

RESIDENT EVIL VOLUMEN CINCO
NEMESIS
S.D. PERRY

*Para los lectores,
que hacen que esto siga adelante.
Y para Curt Schulz,
que no se creyó que le dedicaría este libro*

No cedas tú a estos males y sigue avanzando lleno de valor.

VIRGILIO

Nota del autor

Los lectores más fieles de esta serie puede que hayan notado la existencia de discrepancias entre personajes o momentos concretos entre las novelas y los juegos (o entre unos libros y otros). Debido a que las novelizaciones y los juegos se escriben, se revisan y se producen en fechas distintas por personas diferentes, la coherencia completa es casi imposible. Tan sólo puedo disculparme en nombre de todos nosotros, y tener la esperanza de que, a pesar de los errores cronológicos, continuaréis disfrutando de la mezcla de zombis corporativos y de héroes desventurados que convierten Resident Evil en algo tan entretenido.

Prólogo

Carlos estaba saliendo de la ducha cuando sonó el teléfono. Se puso la toalla alrededor de la cintura y entró a trompicones en la atestada sala de estar, donde casi se cayó al suelo al tropezar con una caja de libros todavía sin abrir por la prisa que se dio por descolgar el insistente teléfono. No había tenido tiempo de comprar un contestador desde que se había mudado a la ciudad, y sólo el nuevo oficial de campo al mando tenía su número. No convenía perder las llamadas, sobre todo porque Umbrella se encargaba de pagarle todas las facturas.

Tomó el auricular con una mano todavía goteante y procuró no parecer sin resuello.

—¿Diga?

—Carlos, soy Mitch Hiramí.

Carlos se irguió un poco más hasta casi ponerse en posición de firmes, sin soltar la toalla empapada.

—Sí, señor.

Hiramí era su jefe de escuadra. Carlos sólo lo había visto en persona dos veces, y no el tiempo suficiente como para juzgar su carácter, pero parecía bastante competente, al igual que los demás miembros de la escuadra.

Competente, aunque no muy franco.

Al igual que Carlos, nadie hablaba mucho sobre su pasado, aunque sabía con toda certeza que Hiramí había estado involucrado en operaciones de tráfico de armas en Sudamérica años atrás, antes de empezar a trabajar para Umbrella. Al parecer, todos los que se conocían del UBCS tenían un secreto o dos, y la mayoría procedía de actividades no demasiado legales.

—Acabamos de recibir órdenes sobre una situación que se está produciendo en este momento. Estamos llamando a todo el mundo para que participen en esto y para que acudan aquí lo antes posible. Tienes sólo una hora para presentarte, y nos vamos dentro de dos horas, es decir, a las 15.00. ¿Lo has entendido?

—Sí..., esto, sí, señor. —Carlos hablaba con fluidez el inglés desde hacía años, pero todavía estaba acostumbrándose a hablarlo de forma permanente—. ¿Hemos recibido información sobre el tipo de situación?

—Negativo. Se te informará, como al resto de nosotros, en cuanto llegues.

El tono de voz de Hiramí sugería que en realidad tenía mucho más que decir. Carlos se quedó esperando mientras comenzaba a quedarse helado por el agua que se iba enfriando sobre el cuerpo.

—Se rumorea que es un vertido accidental de productos químicos —le dijo Hiramí, pero Carlos pensó que algo en la voz de su jefe de escuadra indicaba una cierta incomodidad—. Es algo que hace que la gente... se comporte de un modo diferente.

Carlos frunció el entrecejo.

—¿Diferente?

Hiramí dejó escapar un suspiro.

—No nos pagan por hacer preguntas, Oliveira. ¿A que no? Ahora mismo ya sabes tanto como yo. Tú lo que debes hacer es venir aquí.

—Sí, señor —contestó Carlos, pero Hiramí ya había colgado.

Carlos dejó el auricular en su sitio sin tener muy claro si debía sentirse emocionado o nervioso por participar en la primera operación del Servicio de Contramedidas Biológicas de Umbrella, el UBCS,¹ un nombre impresionante para un grupo de antiguos mercenarios y soldados, la mayoría de ellos con experiencia en combate y una vida pasada bastante dudosa. El reclutador que lo había entrevistado en Honduras le había dicho que el grupo se utilizaría para «resolver» situaciones que Umbrella necesitaba solucionar de forma rápida y dinámica, pero legal. Después de combatir durante tres años en los enfrentamientos entre bandas de mafiosos y contra las guerrillas, de vivir en cabañas llenas de barro y de alimentarse de comida de lata, la promesa de un empleo de verdad, incluido un sueldo realmente impresionante, fue lo más parecido a la respuesta a una plegaria.

Pensé que era demasiado bueno para ser verdad..., ¿y qué pasará si resulta que tenía razón?

Carlos negó con la cabeza. No iba a descubrirlo plantado allí, de pie, con una toalla en la cintura. De cualquier manera, no podía ser mucho peor que meterse en un tiroteo con unos cuantos pendejos hasta las cejas de coca y en mitad de una jungla desconocida mientras se preguntaba si oiría llegar la bala que acabaría con él.

Sólo tenía una hora, y el trayecto hasta la oficina era de veinte minutos a pie. Se dirigió a su dormitorio, decidido de repente a aparecer antes de la hora convenida para ver si podía sacarle un poco más de información a Hiram sobre lo que ocurría. Ya empezaba a sentir la descarga de adrenalina en el cuerpo, una sensación con la que se había criado y a la que había terminado por conocer mejor que cualquier otra: en parte impaciencia, en parte nerviosismo y una sana dosis de miedo.

Carlos sonrió mientras terminaba de secarse. Había pasado demasiado tiempo en la jungla. Estaba en Estados Unidos, trabajando para una compañía farmacéutica legal. ¿Qué podía temer?

Nada —se dijo a sí mismo. Sin dejar de sonreír, se puso a buscar sus pantalones de combate.

Los últimos días de septiembre en las afueras de una gran ciudad; era un día soleado, pero Carlos ya sentía los primeros indicios del otoño mientras se apresuraba a llegar a la oficina central. El aire era más ligero y las hojas de los árboles empezaban a mustiarse. Tampoco es que hubiera muchos árboles. Su apartamento se encontraba en el borde de una zona industrial que se había extendido de forma descontrolada. Se trataba de unas cuantas fábricas de aspecto deprimente, con terrenos vallados repletos de malas hierbas y con cientos de kilómetros cuadrados de naves de almacenamiento con aspecto de estar abandonadas. De hecho, la oficina del UBCS se encontraba en un almacén reformado en unos terrenos propiedad de Umbrella, rodeado por un complejo de instalaciones para el transporte que incluía un helipuerto y varias zonas de carga y descarga. Estaba muy bien montado, aunque Carlos volvió a preguntarse por qué habían decidido construirlo en una zona tan mala. Era obvio que se podían permitir montarlo en un lugar mucho mejor.

Carlos comprobó la hora mientras subía por la calle Everett y empezó a caminar un poco más deprisa. No iba a llegar tarde, pero seguía queriendo estar allí antes de que comenzara la reunión de información para saber lo que comentaban los demás compañeros. Hiram le había dicho que habían convocado a todo el mundo: cuatro pelotones con tres escuadras de diez hombres en cada una, es decir, ciento veinte hombres

¹ (Umbrella Bio-Hazard Countermeasure Service) UBCS son las siglas en inglés. (N del T.)

en total. Carlos era cabo de la escuadra A en el pelotón D. Le parecía ridículo cómo estaba organizado todo aquello, pero supuso que sería necesario para seguirle la pista a todo el mundo. Alguien tenía que saber algo de lo que estaba ocurriendo.

Dobló a la derecha donde la calle Everett se cruzaba con la calle 347 mientras seguía pensando y sintiendo una cierta curiosidad por conocer el sitio al que los mandaban, cuando un hombre surgió de un callejón situado a pocos metros por delante de él. Era un desconocido bien vestido que le sonreía de forma abierta. Se quedó allí, con las manos metidas en los bolsillos de su abrigo de aspecto caro, esperando al parecer que Carlos llegara a su altura.

Carlos mantuvo con cuidado una expresión neutral en la cara mientras estudiaba de forma cautelosa al desconocido. De estatura elevada, delgado, de cabello y ojos oscuros, pero caucásico sin duda alguna, cerca de la mitad de la cuarentena y con una sonrisa de oreja a oreja, como si estuviese dispuesto a compartir con él un chiste muy divertido.

Carlos se dispuso a seguir caminando y a pasar de largo al recordar cuántos pirados vivían en una ciudad de tamaño medio. Era una circunstancia inevitable de la vida urbana.

Lo más probable es que quiera contarme que los marcianos están vigilando nuestras ondas cerebrales o me hará partícipe de alguna teoría sobre una conspiración.

—¿Carlos Oliveira? —le preguntó el individuo, pero parecía más una afirmación que una pregunta.

Carlos se detuvo en seco con todo el cuerpo tenso. Bajó de forma instintiva la mano derecha hacia donde llevaba la pistola, sólo que no la llevaba. No iba armado desde que había llegado y cruzado la frontera, *carajo*.

El desconocido dio un paso atrás y sostuvo las manos en alto como si se disculpara por la inquietud que le había causado. Parecía divertido, pero no se mostraba amenazador.

—¿Quién quiere saberlo? —le replicó Carlos con brusquedad.

¿Y cómo puñetas sabe mi nombre?

—Me llamo Trent, señor Oliveira —le dijo, mientras en sus ojos relucía una expresión de regocijo apenas contenida—. Tengo cierta información para usted.

Capítulo 1

Jill no corría con la suficiente rapidez en ese sueño. Era el mismo sueño que había padecido cada pocos días desde la misión en la que casi habían acabado muertos aquella terrible e interminable noche de julio. En aquellos momentos, tan sólo unos cuantos ciudadanos de Raccoon City habían sido afectados por el secreto de Umbrella, y la organización de los STARS no estaba corrompida por completo, cuando todavía era lo bastante ingenua como para pensar que la gente creería lo que les había ocurrido.

En el sueño, ella y los demás supervivientes, Chris, Barry y Rebecca, esperaban con ansiedad que los rescataran en la plataforma del helipuerto del laboratorio oculto. Todos estaban agotados, heridos, y sabían muy bien que los edificios que los rodeaban, al igual que las instalaciones bajo sus pies, estaban a punto de estallar en mil pedazos por un mecanismo de autodestrucción. Estaba amaneciendo y la suave luz del sol les llegaba a través de los troncos de los árboles que rodeaban la mansión Spencer. La quietud sólo la rompió el deseado sonido del helicóptero que se acercaba. Habían muerto seis miembros de la Escuadra de Tácticas Especiales y Rescates a manos de las criaturas humanas e inhumanas que acechaban por todo el lugar, y si Brad no conseguía llegar con el helicóptero, en muy poco tiempo, no quedaría ningún superviviente. El laboratorio iba a saltar por los aires, destruyendo de esta manera todas las pruebas de la fuga de virus T y matándolos a ellos de paso.

Chris y Barry agitaron los brazos para indicarle a Brad que tenía que darse prisa. Jill le echó un vistazo al reloj, algo aturdida todavía. Su mente intentaba captar todo lo que había ocurrido, intentaba comprenderlo. La empresa farmacéutica Umbrella, el mayor contribuyente a la prosperidad de Raccoon City y una de las mayores compañías dentro del mundo empresarial, había creado en secreto una serie de monstruos en el campo de la investigación de armas biológicas, y al jugar con fuego, se habían quemado gravemente.

Eso no importaba en aquellos momentos: lo único que importaba era salir pitando de allí...

Y nos quedan tres minutos, cuatro como mucho...

¡BUMMM!

Jill se dio la vuelta justo a tiempo para ver cómo unos cuantos trozos de cemento y de placas de alquitrán de gran tamaño salían despedidos hacia el cielo para luego caer sobre la esquina noroccidental de la plataforma de aterrizaje. Una garra gigantesca surgió del agujero, se dobló sobre el borde irregular, y un tremendo monstruo de color pálido, el mismo que ella y Barry habían intentado matar en el laboratorio, el Tirano, se subió de un salto al helipuerto. Se alzó con agilidad de su posición agachada después de saltar, y se dirigió hacia ellos.

Era una abominación de al menos dos metros y medio, que quizá antaño había sido un ser humano, pero que, sin duda, ya no lo era en absoluto. Su mano derecha tenía un aspecto «normal». La izquierda, en cambio, se había convertido en una masa quitinosa llena de garras. Le habían alterado el rostro de forma horrible; con los dos labios cortados para que pareciera sonreír desde una masa de carne de un intenso color rojo. Su cuerpo desnudo carecía de señal alguna de sexo. El tumor grueso y ensangrentado que hacía las veces de corazón le latía con un palpar húmedo fuera del pecho.

Chris apuntó con su Beretta contra el palpitante músculo y disparó cinco proyectiles de nueve milímetros que atravesaron aquella carne antinatural; el Tirano ni siquiera redujo el ritmo de avance. Barry les gritó que se dispersasen, y comenzaron a correr. Jill tiró de Rebecca para alejarla de allí mientras los estampidos rugientes de la 357 de Barry resonaban a su espalda. El helicóptero daba vueltas por encima de ellos mientras Jill casi podía sentir en su cuerpo cómo los segundos iban pasando y creyó percibir cómo la explosión iba tomando fuerza para estallar.

Rebecca y ella sacaron sus armas y comenzaron a disparar. Jill continuó apretando el gatillo incluso cuando vio que la criatura derribaba a Barry de un tremendo golpe, metió un cargador justo cuando el Tirano se abalanzó sobre Chris. Disparó y gritó mientras un terror cada vez mayor se apoderaba de ella. ¿Por qué no se moría?

Le llegó un grito desde arriba y algo cayó desde el helicóptero. Chris corrió hacia el arma, y Jill no vio nada más, nada aparte del Tirano cuando éste centró su atención en Rebeca y en ella, sin prestar atención a los disparos que continuaban abriéndole agujeros sangrantes por todo su extraño cuerpo. Jill dio media vuelta y echó a correr. Vio que la chica hacía lo mismo, y supo que el monstruo la estaba persiguiendo, que el rostro de Jill Valentine estaba grabado en su cerebro reptilisco.

Jill corrió y corrió, y de repente se dio cuenta de que ya no había ni helipuerto ni una mansión medio en ruinas, tan sólo un millón de árboles y aquellos sonidos: sus botas golpeando el suelo de tierra, el palpar de la sangre en los oídos, la respiración jadeante. El monstruo la perseguía en silencio, una fuerza muda y terrible, incansable e implacable, tan inevitable como la misma muerte.

Estaban muertos, Chris y Barry, Rebecca, incluso Brad. Lo sabía, todos menos ella; y mientras corría, vio que la sombra del Tirano la adelantaba, cubriendo y borrando su propia sombra, y oyó el siseo de sus garras monstruosas cortando el aire; le atravesaron el cuerpo, la mataron, no...

No...

—¡No!

Jill abrió los ojos con la palabra todavía saliendo de sus labios, el único sonido en el silencio de su dormitorio. No fue el aullido que se había imaginado, sino el grito débil de una mujer condenada, atrapada en una pesadilla de la que no podía escapar.

¿Que es lo que soy? Después de todo, ninguno de nosotros huyó con la rapidez suficiente.

Se quedó quieta durante unos momentos, respirando profundamente, y alejó la mano de la Beretta cargada que tenía debajo de la almohada. Se había convertido en un acto reflejo, y no lamentaba en absoluto haberlo adquirido.

—Pero no sirve contra las pesadillas —murmuró, mientras se sentaba en la cama.

Llevaba hablando consigo misma desde hacía días. A veces creía que era lo único que la mantenía cuerda. Una luz gris entraba por las rendijas de las persianas, provocando una leve penumbra en la habitación. El reloj digital de la mesita de noche seguía funcionando. Supuso que debería estar contenta porque hubiera electricidad, pero era más tarde de lo que esperaba: casi las tres de la tarde. Había dormido cerca de seis horas, el máximo que había logrado en los tres días anteriores. Teniendo en cuenta lo que estaba ocurriendo en el exterior, no pudo evitar un sentimiento de culpa. Debería estar allí fuera, debería estar haciendo algo más para salvar a aquellos que todavía podían salvarse.

Déjala ya. Sabes la verdad: no podrás ayudar a nadie si te desmayas. Y la gente a la que ayudaste...

No podía pensar en eso, todavía no. Cuando logró llegar por fin a las afueras aquella mañana, después de casi cuarenta y ocho horas seguidas «ayudando», estuvo a punto de

derrumbarse, obligada a aceptar y enfrentarse a la realidad de lo que había ocurrido en Raccoon City: la ciudad estaba perdida sin remedio a causa de los efectos del virus T o de una de sus variantes.

Como los investigadores de la mansión. Como el Tirano. Jill cerró los ojos pensando en su pesadilla recurrente, en lo que quería decir. Coincidió a la perfección con la serie de hechos que habían ocurrido, excepto por el final: Brad Vickers, el piloto Alfa de los STARS, había tirado algo del helicóptero, un lanzagranadas, y Chris había destrozado en mil pedazos al monstruo mientras la perseguía. Todos habían logrado escapar a tiempo, pero en cierto modo, eso no importaba. Para lo que habían conseguido desde entonces, lo mismo podían haber muerto.

No es culpa nuestra —pensó Jill con furia, dándose cuenta de que quería creérselo más que nada en el mundo—. *Nadie nos escuchó. Ni en la oficina central, ni el jefe de policía Irons ni la prensa. Si nos hubieran escuchado, si nos hubieran creído...*

Era extraño que hubiese ocurrido tan sólo seis semanas atrás; a ella le parecía que habían pasado años. La policía y la prensa local se lo habían pasado en grande destrozando la reputación de los STARS: seis muertos en total, y los supervivientes no hacían más que contar historias de terror sobre un laboratorio secreto repleto de monstruos y zombis, además de una conspiración de la empresa Umbrella. Se los había retirado del servicio y se los había ridiculizado. Sin embargo, lo peor de todo es que no hicieron nada para impedir que el virus se extendiera. A ella y a los demás tan sólo les quedó la esperanza de que la destrucción del lugar contaminado hubiese acabado con esa posibilidad.

Habían ocurrido muchas cosas en las semanas siguientes. Habían descubierto la verdad sobre los STARS: que Umbrella, en realidad, White Umbrella, la división encargada de la investigación sobre armas biológicas, estaba sobornando o chantajeando a miembros clave a escala nacional para lograr que sus investigaciones no se vieran obstaculizadas. Se habían enterado de que muchos de los concejales del Ayuntamiento de Raccoon City estaban a sueldo de Umbrella, y que lo más probable era que la compañía dispusiese de más instalaciones de investigación dedicadas a experimentar con enfermedades creadas por ellos mismos. Su búsqueda de información sobre Trent, el desconocido que se había puesto en contacto con ellos justo antes de la desastrosa misión proclamándose «amigo de los STARS», no les había proporcionado nada concreto, pero sí habían descubierto unos cuantos detalles muy interesantes sobre la vida pasada del jefe de policía Irons. Al parecer, lo habían acusado de violación, y Umbrella lo sabía, pero lo habían ayudado a conseguir el puesto a pesar de todo. Quizá lo más difícil había sido verse obligados a separarse, a tomar decisiones muy duras sobre lo que tenía que hacerse y sobre sus propias responsabilidades hacia la verdad.

Jill sonrió un poco. De lo que sí podía sentirse tranquila al menos era de que sus amigos habían conseguido salir sanos y salvos. Rebecca se había unido a otro pequeño grupo de STARS rebeldes que estaban comprobando los rumores sobre la existencia de otro laboratorio de Umbrella. Brad Vickers, fiel a su naturaleza cobarde, había salido de la ciudad para evitar la ira de Umbrella. Chris Redfield ya estaba en Europa, investigando la sede central de la compañía y a la espera de que el equipo de Barry Burton y Rebecca se unieran a él, y también de Jill, que iba a finalizar su registro de las oficinas locales de Umbrella antes de reunirse con ellos.

Pero había ocurrido algo horrible en Raccoon City cinco días antes. Todavía estaba ocurriendo, desplegándose como una especie de flor venenosa que salía de su capullo, y la única esperanza que le quedaba es que alguien de fuera se diera cuenta de lo que estaba

pasando.

Cuando se informó sobre los primeros casos, nadie los relacionó con lo que habían contado los STARS sobre la mansión Spencer. Habían atacado a muchas personas al final de la primavera y al comienzo del verano. Dijeron que sin duda se trataba de los actos de un asesino enloquecido; que la policía de Raccoon City lo atraparía en muy poco tiempo. La gente no empezó a prestar atención de verdad a todo el asunto hasta que, tres días antes, el departamento de policía instaló controles de carretera en todas las salidas cumpliendo las órdenes de Umbrella. Jill no tenía ni idea de cómo lograban mantener a la gente fuera de la ciudad, pero lo hacían: no entraba ninguna clase de mercancía, ni servicio de correo, y las líneas telefónicas estaban cortadas. Los ciudadanos que intentaban salir eran obligados a volver sobre sus pasos sin que les dieran ninguna explicación.

Todo parecía muy irreal en aquellos momentos, aquellas primeras horas después de que Jill se enterara de los ataques, de los controles de carreteras. Había ido directamente a la comisaría de policía para ver al jefe Irons, pero éste se había negado a hablar con ella. Jill sabía que quizá algunos policías harían caso de lo que decía, que no todos estaban tan corrompidos o tan ciegos como Irons. Sin embargo, incluso a pesar de lo extraños que eran los ataques que habían presenciado, no se habían mostrado dispuestos a aceptar la verdad. ¿Quién podía culparlos?

—Oigan esto, agentes: Umbrella, la compañía que ha hecho prosperar nuestra pequeña ciudad, ha experimentado con un virus creado en sus laboratorios en nuestra propia vecindad. Han desarrollado y criado criaturas antinaturales en sus laboratorios secretos y después les han inyectado algo que las convierte en seres increíblemente fuertes y extremadamente violentos. Cuando los humanos se ven afectados por esa sustancia, se transforman en zombis, a falta de una palabra mejor. Devoradores de carne humana, idiotas que se caen podridos a pedazos, que no sienten dolor mientras van a la caza de carne humana para devorarla. No están realmente muertos, pero sí bastante cerca de estarlo, de modo que será mejor que trabajemos juntos, ¿de acuerdo? Vamos a salir ahí afuera, a la calle, a acribillar a ciudadanos desarmados, a vuestros amigos y a vuestros vecinos, porque si no lo hacemos, a lo mejor sois los siguientes.

Jill suspiró, sentada sobre la cama. Había hablado con un poco más de diplomacia, pero no importaba lo bien que lo contaras o el cuidado que pusieras en hacerlo; seguía siendo una locura. Por supuesto, no la habían creído, no a plena luz del día y con la sensación de seguridad que les proporcionaban sus uniformes. No fue hasta que cayó la noche, cuando comenzaron los gritos.

Había ocurrido el veinticinco de septiembre, y ya era día veintiocho. Seguramente todos los policías estaban muertos. Había oído los últimos disparos; ¿el día anterior?, ¿la noche anterior? Supuso que podría tratarse de los saqueadores supervivientes, pero ya no importaba. Raccoon City estaba muerta por completo a excepción de los portadores de virus que seguían rondando por las calles en busca de comida.

Los días habían pasado como un borrón difuso debido a la falta de sueño y al constante bombeo de adrenalina en la sangre. Jill se había pasado todo el tiempo buscando supervivientes después de que la fuerza de policía quedara destruida por completo. Fueron horas interminables agazapada en los callejones, de llamadas a las puertas, de registro de los edificios buscando a los que habían logrado esconderse. Había encontrado a decenas de personas, y con un poco de ayuda de algunos de ellos habían conseguido llegar hasta un lugar seguro, un instituto donde bloquearon con barricadas todos los accesos. Jill se había asegurado de que estuvieran a salvo antes de regresar a la ciudad para seguir buscando a otros.

No había encontrado a nadie más, y aquella misma mañana, cuando había regresado al instituto...

No quería pensar en ello, pero sabía que tenía que hacerlo, que no podía permitirse olvidar algo así. Aquella mañana había regresado para descubrir que la barricada ya no estaba. Quizá destrozada por los zombis, o quizá derribada por alguien de dentro, alguien que había mirado afuera y que había visto a un hermano, o a un tío, o a una hija entre la multitud de devoradores de carne humana. Alguien que pensaba que estaba salvando la vida de un ser amado, sin darse cuenta de que ya era demasiado tarde para eso.

El instituto se había convertido en un matadero. El aire apestaba con el hedor a mierda y a vómito, y las paredes habían acabado decoradas con grandes manchas y chorreones de sangre. Jill casi abandonó en ese momento, más cansada de lo que jamás se había sentido, incapaz de ver otra cosa que no fueran los cuerpos de aquellos que habían tenido la suerte de morir antes de que el virus se extendiera por todo su organismo. Todas las esperanzas que guardaba desaparecieron mientras recorría los pasillos casi vacíos y mataba a los portadores de virus que todavía rondaban por el lugar. Era gente que ella había encontrado, gente que había llorado de alivio cuando ella llegó pocas horas antes. Perdió la esperanza al mismo tiempo que se dio cuenta de que todo por lo que había pasado no había servido para nada. Saber la verdad sobre Umbrella no había salvado a nadie, y los ciudadanos que pensaron que los llevaba a un sitio seguro, más de setenta hombres, mujeres y niños, ya no existían.

No pudo recordar cómo consiguió regresar a la casa. No fue capaz de pensar con coherencia, y apenas había logrado ver con unos ojos tan hinchados y llenos de lágrimas. Aparte de cómo le había afectado a ella, miles de personas habían muerto. Se trataba de una tragedia tan enorme que era casi incomprensible.

Pudo haberse impedido. Y todo era culpa de Umbrella.

Jill sacó la Beretta de debajo de la cama y se permitió por primera vez darse cuenta de las dimensiones de lo que había provocado Umbrella. Había contenido sus emociones a lo largo de los días anteriores: había gente que necesitaba ayuda, a la que había que dirigir, y no había lugar para los sentimientos personales.

Sin embargo, en ese momento...

Estaba lista para salir de Raccoon City y hacer que los cabrones que habían permitido aquel horror supieran cómo se sentía. Le habían robado toda esperanza, pero no le podían impedir que sobreviviera.

Jill comprobó que hubiera una bala en la recámara y apretó los dientes mientras sentía crecer un tremendo odio en su interior. Había llegado el momento de marcharse.

Capítulo 2

Llegarían a Raccoon City en poco menos de una hora. Nicholai Ginovaef estaba preparado, y pensaba que su escuadra cumpliría bien. Mejor que las demás, seguro. Los otros nueve miembros de la escuadra B lo respetaban. Lo había visto en sus ojos, y aunque morirían casi con toda seguridad, su comportamiento sería notable. Después de todo, prácticamente había sido él quien los había entrenado.

Nadie charlaba en el helicóptero que transportaba al pelotón D bajo el sol de última hora del atardecer, ni siquiera los jefes de escuadra, que eran los únicos que disponían de microtransmisores personales. Había demasiado ruido como para que los miembros de la tropa se oyeran unos a otros, y Nicholai no tenía nada que decirle a Hiram o a Cryan..., o a Mikhail Victor, ya puestos. Victor era su superior, el comandante de todo el pelotón. Era un cargo que debería ostentar Nicholai: Victor carecía de las cualidades de liderazgo necesarias para ser un jefe de verdad.

Pero yo sí las tengo. Fui escogido para ser un «perro guardián», y cuando todo esto acabe, Umbrella tendrá que tratar de forma directa conmigo, les guste o no.

Nicholai no movió un músculo del rostro, pero sonrió en su interior. Cuando llegara el momento, «ellos», los individuos que controlaban Umbrella desde las sombras, se darían cuenta de que lo habían subestimado.

Estaba sentado cerca de los jefes de las escuadras A y C, recostado contra una pared de la cabina de transporte, relajado gracias al ronroneo constante y ya familiar del helicóptero. El aire estaba repleto de tensión y cargado con el olor a sudor masculino. También eso le era familiar. Ya había dirigido a tropas en combate con anterioridad, aunque si todo salía bien, nunca tendría que hacerlo de nuevo.

Dejó que su mirada pasara por las caras tensas de los soldados. Se preguntó si alguno de ellos lograría sobrevivir más de una hora o dos. Supuso que cabía dentro de lo posible. Estaba el hombre lleno de cicatrices de Sudáfrica, que pertenecía a la escuadra de Cryan, y John Wersbowski, de su propia escuadra. Había tomado parte en una limpieza étnica hacía ya unos cuantos años, aunque Nicholai no se acordaba con exactitud de cuál. Ambos individuos poseían la combinación de suspicacia extrema y el autodomínio necesarios para que tuvieran alguna posibilidad de escapar de Raccoon City, por muy poco probable que fuera..., y era muy poco probable. La reunión de información no los había preparado a ninguno de ellos para lo que se avecinaba.

La reunión de información privada que Nicholai había tenido dos días antes, había sido muy distinta. La habían llamado operación Perro Guardián. Conocía las estadísticas, le explicaron lo que cabía esperarse y cómo eliminar de la forma más eficaz a los afectados que todavía caminaban. Le informaron de la existencia de las unidades buscadoras similares a los Tiranos que se iban a enviar, y cómo evitarlas. Sabía más que nadie en aquel transporte.

Pero también estoy más preparado de lo que se puedan imaginar los de Umbrella..., porque conozco los nombres de los demás «perros».

Volvió a contener la sonrisa. Poseía información adicional que Umbrella no sabía que él tenía, y era algo que valía mucho, mucho dinero, o que lo valdría dentro de poco tiempo. De cara a la galería, Umbrella enviaba a los equipos del UBCS para que rescataran

a los ciudadanos. Eso era lo que les habían dicho. Sin embargo, él era uno de los diez individuos encargados de reunir y archivar datos sobre los portadores del virus T, los humanos y los no humanos, además de comprobar cómo les iba al enfrentarse a soldados profesionales. Ésa era la verdadera razón por la que se enviaba al UBCS, también conocida como operación Perro Guardián. En el helicóptero que transportaba al pelotón A había otros dos, camuflados como miembros del UBCS; ya había seis desplegados en Racoon City: tres científicos, dos oficinistas de Umbrella y una mujer que trabajaba en el ayuntamiento de la ciudad. El décimo era un agente, un ayudante personal del propio jefe de policía. Cada uno de ellos probablemente conocía a uno o dos de los demás buscadores de información que Umbrella había escogido, pero gracias a su habilidad con la informática y a unas cuantas contraseñas que había tomado «prestadas», él era el único que los conocía a todos, además de en qué lugar se suponía que tenían que entregar los informes.

¿No se sorprenderían los contactos cuando no aparecieran? ¿No sería genial que sólo un «perro guardián» lograra sobrevivir y le pusiera un precio a la información que habían recogido entre todos? ¿Y no era increíble que una persona acabara siendo multimillonaria si estaba dispuesta a esforzarse un poco y disparar unos cuantos tiros?

Nueve personas. Estaba a nueve personas de ser el único empleado de Umbrella que poseyera la información que querían. La mayoría, si no todos, de los miembros del UBCS morirían con rapidez, y entonces quedaría libre para buscar a los demás «perros guardianes», arrebatárles la información y acabar con sus míseras vidas.

Esa vez no pudo evitarlo: Nicholai sonrió. La misión que tenía por delante prometía ser emocionante, una verdadera prueba para sus numerosas habilidades..., y cuando la acabara, sería un hombre muy acaudalado.

A pesar de que el lugar estaba abarrotado y del rugido apagado de los motores del helicóptero, Carlos apenas era consciente de lo que le rodeaba. No podía quitarse de la cabeza a Trent y la extraña conversación, sin duda, que habían tenido tan sólo dos horas antes. Se dio cuenta de que no hacía más que recordarla una y otra vez en un intento por decidir si había algo útil de verdad en ella.

Para empezar, Carlos no se fiaba mucho de aquel tipo: estaba demasiado contento. No mucho por fuera, pero a Carlos le dio la impresión casi segura de que Trent se estaba riendo de algo en su interior. Sus ojos oscuros relucían con humor cuando le dijo que tenía información para él justo antes de dar la vuelta y meterse en el callejón de donde había surgido, como si no le cupiera ninguna duda de que Carlos lo seguiría.

Lo cierto es que no lo dudó. Carlos había aprendido a ser muy cauteloso en su trabajo, pero también sabía unas cuantas cosas sobre el aspecto de las personas, y Trent, aunque era obvio que se trataba de un desconocido, no se había mostrado amenazador.

El callejón estaba oscuro y era fresco. Olía un poco a orina.

—¿Qué clase de información? —le había preguntado Carlos.

Trent se comportó como si no lo hubiera oído.

—En el distrito comercial del centro de la ciudad encontrará un restaurante llamado Grill 13. Está subiendo la calle que viene de la fuente y al lado del cine. No tiene pérdida. Si puede estar allí —miró su reloj—, digamos a las 19.00, veré qué puedo hacer para ayudarlo.

Carlos ni siquiera supo por dónde empezar.

—¡Eh!, no es por ofender, pero ¿de qué coño me está hablando?

Trent le sonrió.

—De Raccoon City. Allí es adonde lo envían.

Carlos se lo quedó mirando, a la espera de algo más, pero parecía que Trent había terminado.

Dios sabe como conoce mi nombre, pero este tío no me está enseñando todas las cartas.

—Esto..., oiga, señor Trent...

—Sólo Trent —lo cortó el susodicho sin dejar de sonreír.

Carlos comenzó a sentirse irritado.

—Lo que sea. Creo que debe de haberse equivocado de Oliveira, y aunque aprecio su..., esto, preocupación, lo siento, pero tengo que irme.

—¡Ah, sí! Lo llama el deber —dijo Trent, y su sonrisa desapareció—. Sepa que no le dirán todo lo que necesita saber y que la situación será mucho, mucho peor. Señor Oliveira, las horas que le esperan pueden ser funestas, pero confío en sus capacidades. Sólo recuerde esto: Grill 13, a las siete en punto. La esquina nordeste del distrito comercial.

—Sí, claro —le contestó Carlos, asintiendo. Salió de nuevo a la luz de la calle principal con algo parecido a una sonrisa forzada en el rostro—. Me parece bien. Tomaré nota.

Trent le había sonreído de nuevo a la vez que lo seguía.

—Tenga mucho cuidado en quién confía.

Carlos se dio media vuelta y comenzó a caminar con rapidez para alejarse. Había echado un vistazo atrás para mirar a Trent. El tipo se había quedado mirando cómo se alejaba, con las manos metidas de nuevo en los bolsillos, con un aspecto tranquilo y relajado. Para ser un chiflado, no tenía aspecto de estar loco. *Y ahora te parece menos loco todavía, ¿a que sí?* Carlos había logrado llegar de todas maneras un poco antes de tiempo a la oficina, pero nadie parecía haber oído nada sobre lo que estaba sucediendo. A todos les habían comunicado en la breve sesión de información presentada por los jefes de pelotón del UBCS los pocos hechos conocidos: se había producido un derrame de productos químicos tóxicos al principio de esa misma semana en una comunidad bastante aislada, una sustancia que provocaba alucinaciones que a su vez causaban brotes de violencia. Los productos químicos ya habían desaparecido, pero los ciudadanos que se habían visto afectados seguían atacando a los que no habían sufrido sus efectos. Existían pruebas de que el daño podía ser permanente, y la policía local no había sido capaz de mantener la situación bajo control. El UBCS tenía orden de ayudar a evacuar a los ciudadanos que no estaban afectados y de utilizar la fuerza necesaria para protegerlos y que no sufriesen más daño. Todo aquello era alto secreto. Era en Raccoon City, lo que significaba que quizá, después de todo, Trent sabía algo..., pero ¿qué significaba eso?

Si estaba en lo cierto sobre el sitio al que íbamos, ¿qué hay de lo demás? ¿Qué es lo que no nos han dicho y que necesitamos saber? ¿Qué podría ser peor que una multitud de personas enfurecidas y violentas?

No lo sabía, y no le gustaba no saberlo. Había empuñado un arma por primera vez a los doce años para ayudar a su familia a defenderse de una banda de terroristas, y se había convertido en todo un profesional a los diecisiete. De eso hacía ya cuatro años, y desde entonces había puesto su vida en peligro por una causa u otra. Sin embargo, siempre había sabido cuáles eran los riesgos y contra qué se enfrentaba. No le gustaba nada ir al combate a ciegas. El único consuelo era que iba a luchar al lado de más de un centenar de soldados experimentados. Fuese lo que fuese, serían capaces de manejarlo.

Carlos miró a su alrededor y pensó que se encontraba en un buen grupo. No es que fuesen necesariamente buenas personas, pero sin duda eran combatientes más que

capacitados. Incluso tenían la apariencia de estar preparados, con la mirada firme y vigilante. Las expresiones de sus rostros mostraban decisión, a excepción del jefe de la escuadra B, que estaba mirando al vacío y sonriendo como un tiburón. Como un depredador. Carlos se sintió inquieto de repente al mirar al individuo, Nicholai Noséqué: cabello blanco cortado a rape y con la complexión de un levantador de peso. Jamás había visto sonreír a nadie de aquel modo.

El ruso se percató de que lo estaba mirando, y su sonrisa se ensanchó de un modo que hizo que Carlos quisiese estar sentado con la espalda pegada a la pared y una pistola en la mano.

Y al instante se desvaneció. Nicholai asintió de un modo ausente en su dirección y apartó la mirada. Tan sólo un soldado saludando a un camarada, nada más. Estaba comenzando a ponerse un poco paranoico. Aquel encuentro con el tal Trent lo había puesto de los nervios, y siempre estaba un poco maniático antes de combatir.

Grill 13, al lado del cine.

No lo olvidaría. Por si acaso.

Capítulo 3

El plan de Jill era bordear la ciudad hacia el sureste, manteniéndose mientras fuera posible en las calles laterales y atravesando los edificios siempre que pudiera. Las calles principales no eran seguras, y muchas estaban cortadas con barricadas en un intento por mantener encerrados a los zombis antes de que la situación empeorara sin remedio. Si conseguía llegar lo bastante al sur, podría cruzar las tierras de labranza para llegar hasta la carretera 71, una de las que llevaban a la autopista.

De momento, todo va bien. Si sigo a este ritmo, llegaré a la 71 antes de que oscurezca del todo.

Había tardado menos de una hora en llegar desde las afueras de la ciudad hasta el edificio de apartamentos —que estaba vacío, al parecer—, donde se encontraba en ese momento. Temblaba un poco por el frío húmedo que invadía el pasillo mal iluminado. Se había vestido pensando más en la facilidad de movimiento que en protegerse de los elementos: una camiseta ceñida, una minifalda y unas botas, además de una riñonera para meter unos cuantos cargadores adicionales. Las ropas se le pegaban al cuerpo como una segunda piel y le permitían moverse con soltura y rapidez. También llevaba encima un suéter blanco para cuando saliera de la ciudad. Lo tenía atado a la cintura. De momento, prefería pasar un poco de frío y tener los brazos más libres.

El Imperial era un edificio de apartamentos un poco abandonado y en decadencia en la parte sur de la zona residencial de Racoon City. Jill había descubierto en una de sus primeras incursiones en la ciudad que los zombis salían en busca de comida en cuanto podían, abandonando sus hogares y lanzándose a las calles. Por supuesto, no todos ellos, pero sí los suficientes como para que atravesar los edificios fuera más seguro que andar en terreno abierto.

Un ruido. Un gemido suave procedente de detrás de una de las puertas de los apartamentos al fondo del pasillo. Jill se detuvo de forma inmediata, con la pistola en la mano y esforzándose por determinar de qué lado había venido, y en ese preciso instante se dio cuenta del fuerte olor a gas.

—¡Mierda! —susurró mientras intentaba recordar la distribución del edificio a la vez que el penetrante olor le invadía las fosas nasales. Girar a la derecha al llegar al final del pasillo, y luego...

¿Otra vez a la derecha? ¿O la recepción está justo ahí? Piensa. Sólo hace dos días que has estado aquí. Por Dios, tiene que ser un escape de narices.

Oyó otro gemido delante de ella. Sin duda, procedía del apartamento de la izquierda. Era el sonido vacío y sin sentido que los zombis dejaban escapar, el único sonido que eran capaces de articular, por lo que ella sabía. La puerta estaba entrecerrada, y Jill casi se imaginó que veía las ondulantes oleadas de aire lleno de gas que salían al pasillo.

Empuñó con más fuerza la Beretta y dio un paso atrás. Tendría que salir por el mismo camino por el que había entrado; no se atrevía a disparar con el gas en el aire, y no le apetecía en absoluto hacer frente a los portadores de virus con las manos desnudas. Un simple mordisco de cualquiera de ellos le pasaría la infección. Dio otro paso atrás y...

¡Crac!

Jill dio media vuelta en redondo y alzó de forma instintiva el arma cuando una puerta se abrió a unos cinco metros detrás de ella. Un hombre encorvado que arrastraba

los pies salió a la penumbra y le cortó el paso a la entrada posterior.

Mostraba la piel amarillenta y la mirada muerta de un portador del virus, por si no era prueba suficiente el hecho de que tuviera una mejilla arrancada: los zombis no sentían dolor en absoluto. Cuando éste abrió la boca para lanzar su gemido hambriento, Jill pudo ver la base de su lengua gris e hinchada, y ni siquiera el pestazo a gas pudo cubrir por completo el hedor dulzón de la carne en descomposición.

Jill se dio la vuelta de nuevo y vio que el resto del pasillo seguía despejado; no le quedaba más remedio que pasar corriendo por delante del apartamento con el escape de gas y mantener la esperanza de que su ocupante fuese demasiado lento si intentaba atraparla. *Venga. Muévete.*

Echó a correr pegándose a la pared derecha del pasillo todo lo que pudo, y empezó a notar los efectos del gas mientras balanceaba los brazos para conseguir más velocidad: una leve distorsión de la luz, una sensación de mareo, un sabor asqueroso en la parte posterior de la garganta. Pasó corriendo por delante de la puerta entreabierta, aliviada de que no se abriera más, y de repente recordó que la recepción estaba directamente a la derecha. Dobló la esquina... y, bam, chocó contra una mujer y la derribó al suelo. Jill salió rebotada y se estampó contra la pared de estuco con el hombro derecho con la fuerza suficiente para que cayera un poco de polvo blanco sobre ellos. Apenas lo notó; estaba demasiado concentrada en la mujer caída en el suelo y en las tres personas que seguían de pie en el pequeño vestíbulo y que concentraban su atención imbecil en ella. Todos eran portadores del virus.

La mujer, que iba vestida con unos harapos que antes habían sido un camisón de dormir, gorgoteó de forma incoherente e intentó sentarse. Había perdido uno de los ojos, y el hueco rojizo de carne al descubierto relucía un poco bajo la luz de la bombilla. Los otros tres infectados, todos hombres, se dirigieron hacia Jill, gimiendo y alzando con lentitud los brazos gangrenosos. Dos de ellos estaban bloqueándole el paso hacia la pared de metal y vidrio que llevaba a la calle: su única salida.

Tres de pie, una arrastrándose e intentando agarrarla por las piernas, y al menos otros dos a la espalda. Jill se desplazó de lado hacia la puerta de seguridad con el arma apuntando hacia la frente despellejada del individuo más cercano, a unos dos metros de ella. La pared de buzones que había a su espalda era de metal, pero no le quedaba más remedio: sólo podía tener la esperanza de que la cantidad de gas en el aire en ese punto fuera menor.

La criatura se abalanzó sobre ella, y Jill disparó al mismo tiempo que saltaba hacia la puerta mientras la bala semiblandada le atravesaba el cráneo... Y sintió tanto como oyó la explosión, ¡bum!; un desplazamiento llameante del aire la empujó con fuerza en la dirección en que había saltado. Todo se movió con demasiada rapidez para separarlo, para entenderlo de forma cronológica: su cuerpo dolorido, la puerta que estallaba en mil pedazos, el mundo iluminado por fogonazos blancos. Se dobló sobre sí misma y rodó por el suelo. El duro asfalto le arañó el hombro, y los horribles olores a carne humana chamuscada y a cabellos quemados la rodearon a la vez que una lluvia de fragmentos de cristal ennegrecidos acribillaba la calle.

Jill se puso en pie con algo de dificultad, haciendo caso omiso a todo ello, a la vez que se giraba, lista para disparar de nuevo mientras las llamas comenzaban a devorar los restos del Imperial. Parpadeó con los ojos llenos de lágrimas y los abrió de par en par para ver mejor algo que no fueran los destellos blancos que la rodeaban.

Al menos dos de los zombis estaban tirados en el suelo, muertos con casi toda probabilidad, pero otros dos trastabillaban entre los restos ardientes, con las ropas y el

cabello envueltos en llamas. A la derecha y por detrás de ella se alzaban los restos de una barricada de la policía, unas cuantas vallas de contención y algunos coches aparcados. Pudo distinguir el ruido de más infectados al otro lado de los restos, arrastrando los pies y gimiendo.

Y allí, a su izquierda, había otro hombre. Ya estaba girando la cabeza inclinada hacia un lado sobre su cuello laxo para mirarla. Sus ropas desgarradas estaban cubiertas de costras de sangre seca. Jill apuntó con cuidado y apretó el gatillo: la bala le atravesó el cerebro infestado de virus. Se dirigió hacia él mientras todavía se estaba desplomando. Había un contenedor justo detrás del cadáver, y detrás de éste, varios bloques de edificios de la zona comercial del área residencial, llenos de tiendas. Era la mejor ruta de escape posible.

Tengo que dirigirme hacia el oeste, tengo que ver si puedo esquivar los bloqueos y las barreras que hay más adelante.

Se detuvo un momento al comprobar que ya no había ningún peligro inmediato y examinó sus heridas. Tenía las dos rodillas llenas de raspaduras y el hombro un poco amoratado y cubierto de suciedad; podía haber sido mucho peor. Le zumbaban los oídos y todavía no veía con claridad, pero pronto se recuperaría del todo.

Llegó hasta el contenedor y se encaramó para asomarse por encima y observar los dos lados de la calle a oscuras que tenía delante de ella. El enorme cubo estaba metido entre la pared de una tienda de ropa de moda y un coche aplastado por completo, y le limitaba lo que podía llegar a ver. Jill se quedó a la escucha unos instantes para ver si se oían gemidos hambrientos o el típico sonido de pies arrastrándose de los infectados, pero no oyó nada.

Lo más probable es que ni siquiera fuese capaz de oír a una banda de cornetas, pensó con cierta rabia mientras se subía al contenedor.

Justo al otro lado había una puerta. Jill creyó que lo más probable era que llevara a un callejón trasero, pero se interesó más por lo que había a su izquierda. Con un poco de suerte, sería un ramal que le proporcionaría la ruta más directa para salir de la ciudad.

Jill se bajó de un salto, miró a ambos lados, y sintió una oleada de auténtico pánico apoderarse de su cerebro. Había docenas de ellos, a la izquierda y a la derecha, y los más cercanos ya se aproximaban para cortarle el paso de vuelta al contenedor. *¡Muévete, Jilly!* La voz de su padre. Jill no lo dudó un instante. Echó a correr un par de pasos y estampó su hombro sano contra la puerta de hierro oxidado que tenía justo delante. La puerta se estremeció, pero no cedió al embate.

—¡Vamos! —gritó sin darse cuenta de que estaba hablando, concentrada por completo en la puerta.

No importa lo cerca que estén, tengo que pasar.

Se lanzó de nuevo contra la puerta a la vez que el hedor empalagoso de carne putrefacta de los monstruos la rodeaba por completo. La puerta siguió resistiendo.

¡Concéntrate! ¡Hazlo, ya!

Era de nuevo la voz autoritaria de su padre, su primer maestro. Jill se preparó, inclinó el cuerpo hacia atrás y sintió el roce de unos dedos fríos en un lado del cuello, una ráfaga de aliento pútrido y ansioso en la mejilla.

CRAAAC.

La puerta se abrió de par en par y se estampó contra los ladrillos que había detrás. Jill pasó como una exhalación y siguió corriendo con el pulso a cien por hora. Recordó que había un almacén un poco más adelante y a la derecha. A su espalda se elevaron gemidos de decepción, de hambre frustrada, que resonaron por el callejón que era su salvación.

Había una puerta justo delante.

Por favor, que esté abierta.

Jill agarró el pomo, lo bajó, y la puerta de metal se abrió dando paso a un espacio abierto, silencioso y bien iluminado.

Gracias a Dios.

Justo entonces vio a un hombre de pie en mitad del lugar, justo debajo de la escalera a la que había llegado. Alzó la Beretta pero no disparó: le echó un vistazo rápido antes de bajar el arma. A pesar de sus ropas hechas jirones y ensangrentadas, se dio perfecta cuenta por su mirada atemorizada y llena de desesperación de que no era un portador del virus o que, al menos, todavía no se había transformado.

Jill sintió que una oleada de alivio le recorría el cuerpo al ver a otra persona, y se dio cuenta de repente de lo sola que había estado. Incluso siendo un civil sin entrenamiento, alguien a quien ayudar que a su vez te podía ayudar.

Le sonrió de forma trémula y se dirigió hacia los peldaños que bajaban al nivel principal mientras comenzaba a efectuar cambios en su plan inicial. Tendrían que encontrar una arma para él. Recordaba haber visto una vieja escopeta en el Bar Jack dos días antes. Estaba descargada, pero seguro que podrían encontrar cartuchos, y, además, estaba cerca de allí.

¡Lo más probable es que juntos pudiéramos pasar por una de las barricadas!

Sólo necesitaba que alguien permaneciese alerta mientras apartaba los coches del camino.

—Tenemos que salir de aquí —dijo, intentando que su voz sonara lo más esperanzadora posible—. No va a venir nadie a ayudarnos, al menos no durante bastante tiempo, pero entre los dos podemos...

—¿Está loca? —la interrumpió el individuo mientras miraba a su alrededor con una mirada llena de nerviosismo—. Señorita, no pienso irme a ningún lado. Mi propia hija está ahí afuera, perdida...

Su voz se fue apagando y se quedó mirando a la puerta por la que Jill había entrado, como si pudiera ver a través de ella.

Jill asintió y recordó que lo más probable era que se encontrara en estado de shock.

—Razón de más para...

Él la interrumpió de nuevo, y su voz atemorizada se elevó hasta convertirse en un grito que reverberó por todo aquel espacio abierto.

—¡Está ahí afuera, y lo más seguro es que ya esté tan muerta como todos los demás, y si no salgo por ella, tiene que estar loca para pensar que lo haré por usted!

Jill se metió la Beretta en la cinturilla de la minifalda y alzó con rapidez las dos manos con un gesto tranquilizador a la vez que seguía hablando con voz suave.

—¡Eh!, lo entiendo. Siento lo de su hija, de verdad, pero si logramos salir de la ciudad, podremos conseguir ayuda y luego volver. Quizá está escondida en algún lugar, y lo mejor que podemos hacer para encontrarla es conseguir ayuda.

El hombre retrocedió un paso, y ella se percató del terror que existía bajo su furia. Ya lo había visto antes: una cólera falsa que algunas personas utilizaban para no sentirse atemorizadas, y Jill supo que no iba a ser capaz de convencerlo.

Pero tengo que intentarlo...

—Sé que tiene miedo —le dijo con voz tranquila—. Yo también lo tengo. Pero soy..., bien, era uno de los miembros de la Escuadra de Tácticas Especiales y Rescates. Nos entrenaban para efectuar misiones peligrosas, y estoy convencida de que puedo conseguir que salgamos los dos de esta situación. Estará más seguro si viene conmigo.

Él retrocedió otro paso.

—Vete a la mierda, puta —le espetó antes de darse la vuelta y echar a correr por el suelo de cemento.

Había un remolque de camión de transporte al otro extremo del almacén. El hombre entró a rastras en el interior, jadeante. Jill distinguió por un momento su cara enrojecida y sudorosa cuando cerró las puertas. Oyó el chasquido metálico de un cerrojo al cerrarse seguido de un grito que no le dejó duda alguna acerca de la decisión que había tomado el individuo.

—¡Váyase! ¡Déjeme en paz!

Jill sintió un ramalazo de rabia, pero supo que no servía de nada, del mismo modo que habría sido inútil seguir hablando con él. Suspiró y se dirigió de vuelta a la escalera mientras intentaba evitar con cuidado el sentimiento deprimente que amenazaba apoderarse de su ánimo. Le echó un vistazo al reloj: las cuatro y media; y se sentó para repasar mentalmente el mapa de la zona residencial de Raccoon City. Si el resto de las calles estaban tan repletas de zombis como aquélla, iba a tener que volver al centro de la ciudad e intentarlo por otro lado. Tenía cinco cargadores completos con quince balas en cada uno de ellos, pero necesitaría más potencia de fuego, como una escopeta, por ejemplo. Si no encontraba cartuchos, al menos podría utilizarla como garrote contra aquellos cabrones.

—Bueno, pues al Bar Jack —dijo en voz baja, y se apretó las palmas de las manos contra los ojos, preguntándose cómo lo iba a lograr.

Capítulo 4

Llegaron a la ciudad a media tarde, a las cuatro cincuenta según el reloj de Carlos, y se dispusieron a descender sobre una zona de aparcamiento vacía. Al parecer, había una serie de instalaciones subterráneas por allí cerca que eran propiedad de Umbrella. Al menos, eso era lo que les habían dicho en la sesión de información.

Carlos se puso en fila con el resto de la escuadra, con el rifle de asalto colgado al hombro. Se enganchó al cable de descenso y esperó a que Hiramí abriera la puerta. Delante de Carlos se encontraba Randy Thomas, uno de los tipos más amistosos de la escuadra A. Randy miró hacia atrás y fingió un gesto de furia a la vez que apuntaba a Carlos con el índice y doblaba el pulgar imitando el percutor de una pistola. Carlos sonrió y se agarró el estómago como si le hubiera dado una bala. Se trataba de una broma estúpida, pero Carlos se sintió un poco más relajado cuando su jefe abrió la puerta y el rugir de los rotores múltiples inundó el compartimiento de carga.

Los hombres que estaban delante de Carlos fueron bajando de dos en dos por los cables de descenso anclados al fuselaje del helicóptero. Carlos se acercó a la abertura y entrecerró los ojos para ver dónde estaban aterrizando. El helicóptero lanzaba una sombra alargada bajo el sol del atardecer, y vio a los hombres de los demás pelotones ya en el suelo, alineándose por escuadras. Un momento después, le llegó el turno. Se asomó un segundo después de que Randy lo hiciera y la sensación de la bajada casi en caída libre le hizo subir el estómago a la garganta. Un borrón de cielo que pasó a toda velocidad y llegó al suelo. Se desenganchó del cable y se apresuró a acercarse donde se encontraba Hiramí.

Pocos minutos después, todos estaban desplegados en el suelo. Los cuatro helicópteros de transporte viraron casi al unísono y se dirigieron hacia el oeste. El sonido de los motores se fue apagando mientras el polvo levantado se asentaba de nuevo alrededor de las tropas desplegadas. Carlos se sintió alerta y preparado. Los jefes de escuadra y de pelotón comenzaron a señalar en diferentes direcciones e indicaron las rutas de patrulla que habían sido planeadas antes de que salieran de la oficina central.

Por último, cuando los helicópteros eran poco más que manchas en el cielo, pudieron oír de nuevo sin problemas, y Carlos se sintió sorprendido por el silencio de la zona que los rodeaba. Ni coches, ni ruidos de maquinaria, y, sin embargo, se encontraban en los límites de una ciudad de tamaño respetable. Le resultaba extraño cómo las personas daban por sentado que existían esos ruidos sin prestarles atención hasta que notaban su falta.

Mikhail Victor, el jefe del pelotón D, estaba de pie junto a Hiramí y a los otros dos jefes de escuadra, Cryan y el ruso de aspecto inquietante, mientras los jefes de los pelotones A, B y C daban órdenes. Las escuadras se pusieron en marcha con rapidez y con el mínimo de ruido. El sonido de sus botas parecía demasiado fuerte en aquel silencio de calma inmóvil. Carlos vio las expresiones de intranquilidad en algunas de las caras de los compañeros que pasaron por delante, y sabía que él tenía esa misma expresión. Lo más probable es que todo estuviera tan silencioso porque la gente estaba enferma y en sus casas o escondida en algún lugar, pero de todas maneras, aquella sensación era muy inquietante...

—¡Escuadra A, a paso ligero! —gritó Hiramí, e incluso su voz parecía extrañamente apagada.

Sin embargo, Carlos se lo sacó de la cabeza en cuanto empezaron a correr detrás de él. Si no le fallaba la memoria, por lo que habían dicho en la reunión de información, todos se dirigían más o menos hacia el oeste, hacia el centro de Raccoon City. Los pelotones se habían desplegado para cubrir un área mayor. La escuadra A cubría una zona de treinta metros a la redonda; treinta soldados trotando por una zona industrial no muy diferente a la que albergaba su oficina central: aparcamientos medio abandonados llenos de restos y desechos, pedazos de tierra llenos de malas hierbas y almacenes rodeados de vallas.

Carlos lanzó un bufido, incapaz de mantenerse callado.

—¡Fuchi! —exclamó medio susurrando. Olía como un pedo dentro de una bolsa llena de pescado podrido.

Randy bajó un poco el ritmo para colocarse junto a Carlos y correr a su lado.

—¿Has dicho algo, hermano?

—He dicho que algo apesta —le contestó Carlos—. ¿Hueles eso?

Randy asintió.

—Sí. Pensé que habías sido tú.

—Ja, ja. Me muero de risa, cabrón —replicó Carlos con una sonrisa—. Eso significa «querido amigo» en mi tierra.

Randy sonrió de oreja a oreja a su vez.

—Sí, seguro que sí. Y seguro que...

—¡Un momento! ¡Y los de ahí atrás, callaos!

Hirami les ordenó que se detuviesen y alzó una mano para asegurarse de que todos se quedaran en silencio. Carlos distinguió el débil sonido de unas botas contra el pavimento: otra escuadra que avanzaba, uno o dos edificios al norte de donde estaban ellos. Un instante después, oyó algo más.

Gemidos y gruñidos procedentes de algún punto por delante de ellos. Les llegaban débilmente al principio, pero fueron tomando fuerza. Sonaba como si hubieran soltado a las calles a todos los pacientes de un hospital. Al mismo tiempo, aquel olor desagradable fue acentuándose, empeorando, haciéndose más familiar.

—Oh, mierda —susurró Randy. Su rostro palideció, y Carlos supo de forma inmediata qué era aquel olor, lo mismo que lo supo Randy.

No es posible.

Era el hedor de un cuerpo humano pudriéndose al sol. Era el olor a muerte. Carlos lo conocía muy bien, pero jamás lo había sentido con tanta fuerza, tan abrumador. Mitch Hiramí, justo delante de ellos, comenzó a bajar la mano lleno de incertidumbre, con una expresión de profunda preocupación en los ojos.

Los sonidos inarticulados y angustiosos de las personas enfermas se hicieron más fuertes. Hiramí parecía estar a punto de decir algo cuando comenzaron a resonar disparos cerca de ellos, procedentes de una de las otras escuadras, y Carlos pudo oír entre el repiqueteo de las ráfagas otro sonido: los gritos de sus camaradas.

—¡En línea! —gritó Hiramí a la vez que levantaba las dos manos hacia el cielo con las palmas hacia arriba, con una voz apenas audible por encima del tableteo de las armas que rasgaba el aire de la tarde.

Línea recta, con cinco hombres apuntando en la dirección hacia la que se dirigían y otros cinco hacia el camino por el que habían venido. Carlos se apresuró a colocarse en su posición, sintiendo la boca seca pero las palmas húmedas por el sudor. Las ráfagas cortas al norte de donde se encontraban se hicieron más largas, ahogando cualquier otro sonido que se pudiera producir, pero era evidente que el hedor era más fuerte por momentos. Para empeorar la situación, distinguió a lo lejos el ruido de más disparos, con un sonido

más débil, pero que dejaba algo claro: pasase lo que pasase, implicaba a todos los miembros del UBCS.

Carlos se concentró en el espacio que se abría por delante de ellos: vigiló con atención el tramo de calle que se extendía hasta un cruce, tres bloques más allá. Un M16 con un cargador de treinta balas no era algo que se pudiera tomar a la ligera, pero tenía miedo..., aunque todavía no sabía de qué.

¿Por qué están disparando todavía por ese lado? ¿Qué es lo que puede aguantar tantas balas? ¿Qué es lo que... ?

Vio en ese momento al primero. Una figura que avanzaba tambaleándose apareció casi cayéndose al salir de detrás de un edificio a dos bloques delante de ellos. Una segunda silueta surgió al otro lado de la calle, seguido de una tercera, de una cuarta..., y de repente, en la calle había al menos una docena de personas tambaleantes que avanzaban hacia ellos arrastrando los pies. Parecían borrachos.

—Dios, ¿qué les pasa? ¿Por qué andan así?

El que había hablado estaba al lado de Carlos. Se llamaba Olson, y estaba encarado en la dirección por donde habían venido. Carlos echó un rápido vistazo a su espalda y vio al menos a otras diez personas que se dirigían hacia ellos, surgidas de la nada, y en ese preciso instante se dio cuenta de que los disparos al norte de su posición se habían espaciado hasta casi desaparecer. Las ráfagas intermitentes eran cada vez menos y más cortas.

Carlos miró hacia adelante de nuevo y lo que vio le hizo abrir la boca hasta que le quedó colgando la mandíbula. Ya estaban lo bastante cerca para distinguir sus rasgos y que sus gritos fueran audibles. Vio que tenían las ropas desgarradas y cubiertas de manchas de sangre, aunque algunos estaban incluso medio desnudos; que sus caras pálidas también estaban manchadas de sangre, con unos ojos que no veían nada; que caminaban con los brazos alzados por delante de ellos, como si quisieran agarrar a la línea de soldados que todavía estaban a un bloque de distancia. Y aquellas desfiguraciones: miembros amputados, grandes trozos de carne y de extensiones de piel arrancadas, partes del cuerpo hinchadas y húmedas por la putrefacción.

Carlos había visto ese tipo de películas. Aquellas personas no estaban enfermas. Eran zombis, los muertos vivientes, y de momento, lo único que podía hacer era mirar mientras avanzaban a trompicones hacia ellos. No era posible; y mientras su cerebro se esforzaba por aceptar lo que estaba viendo, recordó lo que Trent le había dicho sobre «horas funestas» o algo así.

—¡Fuego, fuego! —ordenó Hiram desde lo que parecía una enorme distancia, y el repentino tableteo de las armas automáticas a ambos lados trajo de repente a Carlos de nuevo a la realidad. Apuntó contra el vientre hinchado de un hombre obeso que llevaba puestos unos pantalones de pijama y abrió fuego.

Tres ráfagas, nueve disparos al menos, atravesaron la gruesa panza del individuo y abrieron una larga fila de agujeros en su parte baja. Varios chorros de sangre oscura mancharon la cintura de sus pantalones hasta empaparla. El hombre trastabilló, pero no cayó. Incluso, pareció más ansioso por alcanzarlos, como si el olor de su propia sangre lo incitara a ello.

Unos cuantos zombis habían caído al suelo, pero continuaron arrastrándose hacia ellos sobre lo que les quedaba de los estómagos, arañando el asfalto con las uñas en su intento de conseguir ese objetivo de forma obsesiva.

Al cerebro, tengo que darle al cerebro. En las películas, el único modo de detenerlos es pegarles un tiro en la cabeza.

El más cercano ya estaba a unos seis metros. Era una mujer esbelta que parecía intacta a excepción del brillo del hueso bajo su cabello apelmazado. Carlos apuntó a la cabeza y apretó el gatillo, sintiéndose loco de alivio cuando se desplomó en el suelo y se quedó allí, inmóvil.

—A la cabeza, apuntad a la cabeza —empezó a gritar Carlos, pero Hiram también había comenzado a gritar: unos aullidos sin palabras de puro terror a los que se unieron casi en seguida los de algunos de los demás soldados cuando la línea empezó a romperse. ¡Oh, no... !

Los zombis los habían alcanzado por el otro lado.

Nicholai y Wersbowski eran los únicos miembros de la escuadra B que habían conseguido sobrevivir, y sólo porque se habían aprovechado de sus compañeros. Nicholai había empujado a Brett Mathis a los brazos de una de las criaturas cuando ésta estuvo demasiado cerca, y de ese modo consiguió ganar unos segundos preciosos que le permitieron escapar. Había visto a Wersbowski dispararle a Li en la pierna izquierda por el mismo motivo, hiriendo a su camarada para que se quedara atrás y distrajera a los portadores de virus más cercanos.

Habían logrado llegar juntos hasta la escalera de incendios de un edificio, a dos bloques de distancia de donde habían caído los demás. Oyeron ráfagas y disparos esporádicos mientras subían los peldaños oxidados, pero los gritos roncros de los moribundos fueron desapareciendo, apagados por los gimoteantes muertos hambrientos.

Nicholai sopesó con cuidado las diferentes opciones disponibles mientras subía por la escalera de incendios. Tal como había previsto, John Wersbowski era un superviviente nato, y también era obvio que no tenía ninguna clase de reparo en hacer lo que fuera para continuar siéndolo, y con lo mal que estaba la situación en Raccoon City, que, de hecho, era peor de lo que a Nicholai le habían hecho creer, no vendría mal tener a un individuo como aquél cubriéndole la espalda.

Y si nos rodean, siempre podría utilizarlo como cebo sacrificable para escapar.

Nicholai frunció el entrecejo cuando llegaron al tejado y Wersbowski observó los alrededores para saber qué se podía ver desde aquellos tres pisos de altura. Por desgracia, lo de la víctima sacrificable también se le podía aplicar a él. Además, Wersbowski no era tan idiota o tan confiado como lo habían sido Mathis y Li. Pillarlo por sorpresa iba a ser difícil.

—Zombis —murmuró Wersbowski mientras empuñaba con más fuerza el rifle automático.

Nicholai se quedó de pie a su lado y siguió su mirada hasta donde la escuadra B había presentado batalla por última vez, hasta los cuerpos destrozados que yacían esparcidos por el asfalto y las criaturas que continuaban alimentándose. Nicholai no pudo evitar sentirse un poco decepcionado. Habían acabado muertos en pocos minutos, apenas habían presentado resistencia.

—Bueno, «señor», ¿cuál es el plan?

El sarcasmo era muy obvio, tanto en el tono de voz como en la expresión medio disgustada y medio en sorna de su cara. También era obvio que Wersbowski lo había visto empujar a Mathis a los zombis como víctima propiciatoria. Nicholai dejó escapar un suspiro mientras meneaba la cabeza, con el M16 suelto entre las manos. Lo cierto es que no le quedaba otra opción.

—No lo sé —dijo en voz baja, y cuando Wersbowski bajó la mirada hasta donde

habían comenzado a combatir, Nicholai apretó el gatillo del rifle de asalto.

Un trío de balas atravesó el abdomen de Wersbowski y lo arrojó de espaldas contra el reborde de cemento del tejado. Nicholai alzó el arma de forma inmediata y apuntó contra uno de los ojos asombrados de Wersbowski. Disparó mientras el sorprendido soldado lo entendía todo de repente: la súbita comprensión de que había cometido el error fatal de bajar la guardia tan sólo un instante.

Todo acabó en menos de un segundo, y Nicholai se quedó a solas en el tejado. Se quedó mirando al cuerpo sangrante sin verlo, y se preguntó, no por primera vez, por qué no tenía ninguna sensación de culpa cada vez que mataba. Ya había oído hablar del término «psicópata», y pensaba que lo más probable era que se le pudiera aplicar, aunque no comprendía por qué la gente lo seguía viendo como algo negativo. Supuso que se trataba de aquello de la empatía. La mayoría de la humanidad se comportaba como si la incapacidad para relacionarse fuese algo malo.

Pero a mí no me importa nada, y nunca dudo a la hora de hacer lo que tengo que hacer, sin importarme cómo lo perciben los demás. ¿Qué tiene eso que sea tan terrible?

Lo cierto es que él era un hombre que sabía cómo controlarse a sí mismo. El truco era la disciplina. En cuanto decidió abandonar su tierra natal, dejó incluso de pensar en ruso al cabo de un año. Cuando se convirtió en un mercenario, se entrenó día y noche con toda clase de armas y puso a prueba sus habilidades en el campo de batalla contra los mejores combatientes. Siempre había vencido, porque no importaba lo feroz que fuese su oponente: Nicholai sabía que no tener ninguna clase de conciencia lo dejaba con las manos libres por completo, por la misma razón que tener una conciencia representaba una desventaja para sus enemigos. El cadáver de Wersbowski no podía darle ninguna respuesta. Nicholai comprobó la hora en el reloj, aburrido ya de aquellas disquisiciones filosóficas. El sol estaba bastante bajo sobre el horizonte y tan sólo eran las cinco de la tarde. Todavía le quedaban muchas cosas por hacer antes de marcharse de Raccoon City con todo lo que necesitaba. En primer lugar, tenía que recoger un ordenador portátil y acceder a los archivos que había creado la noche anterior, llenos de mapas y nombres. Se suponía que tenía que haber uno esperándolo en el edificio de la comisaría de la ciudad, aunque tendría que tener mucho cuidado en aquella zona, ya que, sin duda, los dos rastreadores Tirano se encontrarían por allí. Uno de ellos había sido programado para buscar una muestra química, y Nicholai sabía que existía un laboratorio de Umbrella no muy lejos del edificio. La otra unidad, la creación más avanzada en el sentido tecnológico, tenía la misión de localizar y eliminar a los miembros renegados de los STARS, suponiendo que alguno se encontrara todavía en Raccoon, y la oficina central de los STARS de la ciudad se encontraba precisamente en el mismo edificio que la comisaría. No correría ningún peligro siempre que se mantuviera fuera de su camino, pero odiaría entrometerse entre cualquier espécimen de la serie Tirano y su objetivo si sólo la mitad de lo que contaban sobre ellos era verdad. Umbrella estaba aprovechando al máximo la situación en Raccoon City tomando medidas proactivas (es decir, utilizando los nuevos modelos de Tiranos, si eso eran exactamente) además de las encaminadas a recoger datos. Nicholai admiró su eficiencia.

Oyó una nueva ráfaga de disparos y apartó el cuerpo del borde del tejado en un acto reflejo, pero se asomó lo suficiente para ver a dos soldados pasar corriendo un momento después. Uno de ellos estaba herido: mostraba una mancha roja bastante visible un poco más arriba de su tobillo derecho, y tenía que apoyarse en su camarada para seguir avanzando.

Nicholai no reconoció al herido, pero sí a su compañero. Era el hispano que lo había

estado observando en el helicóptero.

Sonrió mientras los dos pasaban trastabillando por delante del edificio hasta desaparecer de su vista. Puede que unos cuantos soldados hubiesen sobrevivido, por supuesto, pero lo más probable era que sufrieran el mismo destino que aquel herido, al que sin duda había mordido uno de los infectados.

O el destino que casi seguro le espera al hispano. Me pregunto qué hará cuando su camarada comience a ponerse enfermo, cuando comience a cambiar.

Lo más probable era que intentara salvarle en alguna clase de tributo patético al honor. Sería su final. Lo cierto es que todos podían darse por muertos. Nicholai, sorprendido por lo predecibles que llegaban a ser, meneó la cabeza y se agachó para quitarle la munición al cadáver de Wersbowski.

Capítulo 5

A Jill le pareció distinguir el sonido de un tiroteo mientras se dirigía al Bar Jack.

Se detuvo un momento en el callejón que llevaba a la puerta trasera del bar, con la cabeza inclinada hacia un lado. Le parecieron disparos de arma automática, pero sonaban demasiado lejanos para estar segura. De todas maneras, se animó un poco al pensar que quizá no estaba luchando sola, que quizá llegaría ayuda en poco tiempo.

Sí, claro. Un centenar de buenos muchachos provistos de lanzagranadas, vacunas, una lata de bebida energética y un filete de ternera con mi nombre puesto. Todos son atractivos, heterosexuales y solteros, además de tener estudios universitarios y unos dientes perfectos.

—¿Qué tal si nos ceñimos a la realidad? —se dijo en voz baja.

Se sintió aliviada al notar que la voz sonaba bastante normal, incluso en el silencio oscuro y húmedo del callejón trasero.

Se había sentido bastante mal en el almacén, incluso después de encontrar el termo con café todavía tibio en la oficina de la zona superior. La idea de cruzar la ciudad muerta una vez más, sola...

Es lo que tengo que hacer, se dijo con firmeza, así que voy a hacerlo.

Como a su querido y encarcelado padre le gustaba decir, «desear que las cosas fueran de otro modo no las cambiaba».

Dio unos cuantos pasos adelante, y se detuvo de nuevo cuando llegó a unos dos metros de donde el callejón se dividía. A su derecha había una serie de calles y callejones que llevaban de vuelta al centro de la ciudad; a su izquierda, después de atravesar un pequeño patio, un callejón recto que la llevaría directamente al bar; eso suponiendo que conociera esa zona tan bien como creía conocerla.

Jill se acercó a la encrucijada, moviéndose de aquella forma tan silenciosa que sabía y con la espalda pegada a la pared que daba al sur. Todo estaba lo bastante tranquilo para arriesgarse a echar un vistazo rápido por el callejón que se abría a la derecha, pero con el arma por delante. Todo despejado. Cambió de posición y cruzó el hueco caminando de lado para mirar en la dirección que quería tomar...

Entonces lo oyó: el suave quejido gemebundo de un infectado, un hombre medio oculto en las sombras a unos cuatro metros de distancia. Jill apuntó a la zona más oscura de la sombra y esperó con tristeza a que se pusiera a la vista mientras se recordaba a sí misma que aquello no era humano, ya no. Lo sabía, lo había sabido después de ver lo que había ocurrido en la mansión Spencer, pero procuraba no reprimir los sentimientos de pena y de tristeza que la afligían cada vez que tenía que acabar con uno de ellos. Tener que decirse que cada zombi estaba más allá de cualquier esperanza de salvación le permitía sentir compasión por ellos.

Incluso la figura medio descompuesta que arrastraba los pies hacia ella había sido una persona. No podía permitirse el lujo de ponerse emotiva, pero si alguna vez se olvidaba de que todos ellos eran víctimas más que monstruos, perdería una parte esencial de su propia humanidad.

Un único disparo en la sien derecha, y el zombi se derrumbó sobre un charco de sus propios fluidos apestosos. Ya estaba bastante descompuesto: tenía los ojos cubiertos de una leve película blanca y la carne de color gris verdoso ya se estaba desprendiendo de los

huesos. Jill tuvo que respirar a través de la boca cuando pasó por encima de él procurando con cuidado ni siquiera rozarlo con las botas.

Dio otro paso y tuvo el patio a la vista..., y lo que vio fueron otros dos zombis, pero también un repentino y confuso movimiento que desapareció en el callejón que llevaba al bar. Era demasiado veloz para tratarse de uno de los portadores del virus. Jill apenas tuvo tiempo de distinguir unos pantalones de camuflaje y una bota de combate de color negro, pero fue suficiente para confirmar la esperanza que había tenido: era una persona. Era una persona viva.

Jill acabó con rapidez con los dos portadores del virus desde la parte superior de la escalera que daba al patio mientras el corazón le palpitaba con fuerza por la esperanza que sentía. Ropa de camuflaje. Él o ella era un militar, quizá alguien enviado en misión de reconocimiento. Después de todo, quizá su fantasía no era tan irreal. Se apresuró a dejar atrás a las criaturas tiradas en el suelo y echó a correr en cuanto entró en el callejón, luego siguió unos diez metros de pared de ladrillo, y llegó a la puerta trasera.

Jill inspiró profundamente y abrió la puerta con lentitud y cuidado. No quería sorprender a nadie que pudiera estar empuñando un arma..., y vio a un zombi que cruzaba el suelo de baldosas del pequeño bar, sin dejar de gemir, hambriento, mientras alargaba los brazos hacia un hombre con una camiseta oscura que estaba apuntando con lo que parecía ser una pistola de pequeño calibre a la criatura que se le aproximaba. Abrió fuego.

Jill lo imitó enseguida, y logró con dos disparos lo que él fue incapaz de conseguir con cinco. El infectado cayó de rodillas y, con un gemido final desesperado, se desplomó en el suelo como gelatina. Jill no pudo discernir si era hombre o mujer, pero en ese momento le importaba una mierda.

Centró su atención en el soldado con un saludo en los labios, y de repente se dio cuenta de que se trataba de Brad Vickers, el piloto del equipo Alfa del grupo de STARS desmantelados. Brad, a quien habían apodado Vickers el Gallina, que había abandonado a todo el equipo en la mansión Spencer cuando tuvo demasiado miedo para quedarse, que se había marchado de forma discreta de la ciudad cuando se enteró de que Umbrella conocía sus nombres. Era un buen piloto y un genio con los ordenadores, pero a la hora de la verdad, Brad Vickers era un cobarde de primera clase.

Y a pesar de todo, me alegro de verlo.

—Brad, ¿qué estás haciendo aquí? ¿Estás bien?

Se esforzó al máximo por no preguntarle cómo había logrado sobrevivir, aunque era algo que la intrigaba, sobre todo porque sólo parecía estar armado con una pequeña semiautomática de calibre 32 y que había sido el peor tirador con diferencia de todos los STARS. Tampoco es que ofreciera un aspecto muy tranquilizador: tenía la camiseta llena de manchas de sangre seca y sus ojos mostraban una expresión algo enloquecida, abiertos de par en par y sin dejar de girar por el pánico.

—¡Jill! ¡No sabía que estuvieras viva todavía!

Si estaba contento por verla, lo ocultaba bastante bien, y no había contestado a su pregunta.

—Sí, bueno, podría decir lo mismo —contestó, procurando no sonar demasiado acusadora: quizá Brad podría proporcionarle información útil—. ¿Cuándo has regresado? ¿Sabes algo sobre lo que está pasando fuera de la ciudad?

Fue como si cada palabra que le dijo no hiciera más que aumentar su miedo. La postura de su cuerpo indicaba su tensión, su nerviosismo, y le temblaban las extremidades. Abrió la boca para contestar, pero no dijo nada.

—Brad, ¿qué pasa? ¿Qué es lo que ocurre? —preguntó, pero él ya estaba retrocediendo hacia la puerta delantera del bar meneando la cabeza de un lado a otro.

—Viene a por nosotros —dijo con un susurro—. A por los STARS. Los policías están muertos, no pueden hacer nada para impedirlo, lo mismo que no pudieron impedir todo esto... —Brad señaló con una mano temblorosa la criatura ensangrentada que se encontraba tumbada en el suelo—. Ya lo verás.

Estaba al borde de la histeria. Tenía el cabello castaño empapado por el sudor y la mandíbula apretada por la tensión. Jill se acercó hacia él, sin saber qué hacer. Su miedo era contagioso.

—¿Qué es lo que viene, Brad?

—¡Ya lo verás!

En cuanto acabó de decirlo, Brad abrió la puerta de forma súbita y salió, cegado por el pánico, tropezando con torpeza al salir a la calle, y empezó a correr sin mirar atrás. Jill dio un paso hacia la puerta que ya se cerraba, pero se detuvo. De repente, se le ocurrió que había cosas peores que estar sola. Sin duda sería mala idea intentar encargarse y cuidar de alguien al mismo tiempo que se esforzaba por salir con vida de Raccoon, sobre todo si se trataba de un hombre histérico con un largo historial de cobardía y que estaba demasiado aterrorizado para ser razonable.

Sin embargo, se estremeció al pensar en lo que le había dicho. ¿Qué era lo que venía? ¿Y por qué de forma específica a por los STARS?

Parece estar convencido de que lo descubriré.

Jill, inquieta y nerviosa, le deseó mentalmente suerte y se giró hacia la pulida barra del bar, con la esperanza de que la vieja Remington siguiera guardada debajo de la caja registradora, y preguntándose qué demonios estaba haciendo Vickers el Gallina en Raccoon, y qué era exactamente lo que lo tenía tan aterrorizado.

Mitch Hiram estaba muerto. También lo estaban Sean Olson, Deets, Bjorklund, Waller y Tommy, además de los dos chavales nuevos, de los que Carlos apenas podía recordar gran cosa, excepto que uno siempre se estaba crujendo los nudillos y el otro tenía la cara cubierta de pecas.

¡Para, deja de pensar en eso! Nada de eso importa ya, sólo importa salir de aquí con vida.

Los gemidos habían quedado lo bastante atrás como para que Carlos considerase que podían detenerse durante un minuto después de lo que les había parecido una eternidad. La cojera de Randy parecía empeorar con cada paso que daba, y Carlos necesitaba de un modo desesperado recuperar el aliento, pensar un poco..., sobre cómo habían muerto, sobre la mujer que mordió en la garganta a Olson y la sangre que le corría por la barbilla, y el modo en que Waller había comenzado a reírse a carcajadas, agudas y enloquecidas, antes de arrojar a un lado el arma y dejar que lo agarrasen y lo devorasen, mientras le llegaba la voz de alguien que gritaba una oración a un cielo inmisericorde...

¡Para ya!

Se apoyaron en la pared de una tienda de aparatos eléctricos, una zona vallada de reciclaje con una sola entrada y una visión clara de la calle. No se oía ningún sonido excepto el canto lejano de los pájaros que les llegaba en aquel atardecer fresco que olía levemente a podrido. Randy se había caído de espaldas hasta quedarse sentado en el suelo, y se había quitado la bota derecha para mirarse la herida. La parte baja de su pantalón estaba empapada de sangre húmeda, lo mismo que el cuello de su camisa.

Randy y él habían sido los únicos que lograron escapar, y eso, por los pelos. Tan

poco tiempo después ya le parecía una especie de sueño imposible.

Los demás miembros de la escuadra habían caído, y todavía quedaban al menos seis zombis caníbales que los perseguían, a él y a Randy. Carlos había disparado una y otra vez. El olor a pólvora quemada y a sangre recién derramada se habían mezclado con el de la podredumbre, y todo ello, junto a la adrenalina bombeada por la sensación de horror, lo había mareado. Se sintió tan desorientado que ni vio caer a Randy ni se dio cuenta hasta que oyó el sonido del cráneo de su camarada chocar contra el asfalto incluso por encima de los gritos de los muertos.

Uno de los zombis se había acercado a rastras, había agarrado a Randy y lo había mordido a través del cuero de la bota. Carlos le asestó un tremendo culatazo con su arma y le partió el cuello. Su mente no le había dejado de gritar de forma inútil que aquello se estaba *comiendo* el tobillo de Randy. Levantó con un brazo a su camarada, con una fuerza que no sabía que tenía y habían echado a correr. Carlos arrastraba a su compañero herido para alejarlo del lugar de la matanza mientras pensaba de forma incoherente y desorientada y, a su propia manera, de un modo tan terrorífico como todo lo que había sucedido. Había estado loco durante unos cuantos minutos, incapaz de comprender lo que había ocurrido, lo que todavía estaba ocurriendo.

—Dios, tío...

Carlos bajó la vista al oír hablar a Randy, y se sintió un poco alarmado al notar que lo hacía con un poco de dificultad. Vio los bordes irregulares del profundo mordisco que tenía a unos cinco centímetros por encima del tobillo. La sangre seguía manando espesa, y el interior de la bota de Randy estaba encharcado con ella.

—Me ha mordido; el muy cabrón me ha atravesado la bota. Pero estaba muerto, Carlos. Todos estaban muertos... ¿Verdad que estaban muertos?

Randy levantó la vista y lo miró con los ojos enturbiados por el dolor y por algo más, algo que ninguno de los dos se podía permitir en ese momento: confusión. Una confusión tan grande que Randy apenas podía enfocar la vista.

Quizá se trataba de una conmoción. Fuese lo que fuese, Randy necesitaba un hospital. Carlos se puso de cuclillas a su lado y sintió que el corazón se le encogía mientras arrancaba un trozo del cuello de la camisa de su compañero y lo doblaba para formar una venda de compresión.

Estamos jodidos, no quedan policías por aquí, ni médicos de urgencia, esta ciudad se muere o ya está muerta. Si queremos encontrar ayuda, vamos a tener que buscarla nosotros mismos, y él no está en condiciones de luchar.

—Mano, esto te va a doler un poco, pero tenemos que impedir que la bota se siga llenando de sangre —dijo Carlos, procurando hablar con un tono de voz tranquilo mientras apretaba el trozo de tela doblada contra el tobillo sangrante de Randy. No tenía sentido atemorizarlo, sobre todo si estaba tan reventado y aturdido como Carlos creía—. Aguántalo con fuerza, ¿vale?

Randy apretó los dientes y todo su cuerpo se estremeció de arriba abajo, pero hizo lo que Carlos le pedía y mantuvo apretado aquel vendaje improvisado. Cuando Randy se inclinó hacia adelante para hacerlo, Carlos observó con atención su nuca y se le escapó un gesto de dolor involuntario cuando vio la piel y la carne levantadas y ensangrentadas justo debajo de sus rizos de cabello negro. Al menos, parecía que ya no estaba sangrando.

—Carlos, tenemos que largarnos de aquí —dijo Randy—. Vámonos a casa, ¿vale? Quiero irme a casa.

—Pronto —contestó Carlos con voz suave—. Vamos a quedarnos sentados aquí otro minuto para descansar y luego nos marchamos.

Pensó en todos los coches destrozados con los que se habían cruzado, los montones de muebles rotos, de maderas y de ladrillos que se habían encontrado en las calles formando barricadas improvisadas. Aun suponiendo que tuvieran la suerte de encontrar un coche con las llaves puestas, casi todas las calles estaban intransitables. Carlos no tenía licencia de piloto, pero había pilotado un helicóptero unas cuantas veces, lo que estaba muy bien... si llegaban a un aeropuerto.

Pero no lograremos salir de aquí a pie. Incluso si Randy no estuviese herido, todo el UBCS ha quedado eliminado, o casi. Tiene que haber cientos, incluso miles, de esos bichos ahí afuera.

Si pudiera encontrar a otros supervivientes y agruparse... Pero buscar a alguien en aquella pesadilla no sería más que otra pesadilla de por sí. Pensó por un momento en el restaurante de Trent, pero dejó la idea a un lado: a la mierda con toda esa locura, tenían que salir de la ciudad, e iban a necesitar ayuda para hacerlo. Los jefes de escuadra eran los únicos que conocían el plan de retirada y recogida, o que tenían radios, y Carlos no pensaba de ningún modo regresar a...

Pero no tengo que hacerlo, ¿no?

Cerró los ojos un momento al darse cuenta de que había pasado por alto algo muy obvio. Quizá estaba más afectado de lo que pensaba. Seguro que había más de una radio en aquella ciudad, tan sólo tenía que encontrarla. Enviaría una llamada a los transportes..., no, joder, a cualquiera que estuviese a la escucha, y esperaría a que apareciese alguien para llevárselos.

—No me siento muy bien —dijo Randy en voz tan baja que Carlos casi ni le oyó. Farfullaba las palabras con menor claridad todavía—. Me pica, me pica.

Carlos le apretó con suavidad el hombro y sintió cómo el calor de la piel enfebrecida de Randy traspasaba el tejido de la camisa y de la camiseta.

—No te preocupes, hermano. Vas a ponerte bien. Tú aguanta. Vamos a salir de aquí. Sonó lleno de confianza. Carlos deseó estar tan convencido como sonaba.

Capítulo 6

A Ted Martin, un hombre delgado, en los últimos años de la treintena, le habían disparado varias veces en la cabeza. Nicholai no estaba seguro de si lo habían asesinado o si habían acabado con él después de quedar infectado por el virus. Tampoco es que le importase; lo que le importaba de verdad era que Martin, un agente cuyo cargo oficial era: «Enlace personal y político con el jefe de policía», le había ahorrado a Nicholai el tiempo y el esfuerzo que hubiera tenido que dedicar para localizarlo.

—Eres muy amable —dijo Nicholai sonriéndole al «perro guardián» completamente muerto. También había tenido la amabilidad de morir cerca de donde se suponía que debía estar: en la oficina de reuniones de los detectives, situada en el ala oriental del edificio de la policía.

Un comienzo excelente para mi plan. Si todos los demás son tan fáciles como éste, va a ser una noche muy corta.

Nicholai pasó por encima del cuerpo y se agachó al lado de la caja fuerte anclada en el suelo. Tecleó con rapidez el sencillo código de cuatro cifras que le había dado su contacto en Umbrella: 2236. La puerta de acero se abrió y dejó a la vista unos cuantos papeles (uno parecía un plano de la comisaría), una caja de cartuchos para escopeta, y lo que sin duda sería el objeto más útil para Nicholai hasta que se marchara de Raccoon: un módem portátil con la última tecnología, diseñado para que pareciera un trasto inútil pero que en realidad era el más avanzado de todo el mercado. Sacó sonriente su ordenador portátil y lo colocó sobre una mesa mientras la puerta de la caja fuerte se cerraba a su espalda.

El trayecto hasta la comisaría había sido bastante tranquilo, a excepción de siete infectados que había tenido que eliminar a quemarropa para evitar hacer demasiado ruido. Era tan fácil acabar con ellos, siempre que se estuviera atento a los alrededores, que daba vergüenza. Todavía no se había tropezado con ninguna de las mascotas de Umbrella, el único desafío que realmente esperaba tener. Había uno al que habían bautizado como «chupacerebros» con el que deseaba mucho encontrarse, un bicho que se arrastraba sobre patas múltiples provistas de garras asesinas.

Cada cosa a su tiempo. Lo que ahora mismo necesito es información.

Ya había memorizado los nombres y las caras de sus víctimas, y tenía una idea aproximada de dónde se suponía que cada uno de ellos debía establecer contacto, aunque no cuándo exactamente. Todos los «perros guardianes» tenían programas de reuniones distintos, sujetos a cambios pero bastante ajustados. Martin, por ejemplo, debía contactar con Umbrella desde un ordenador de la comisaría a las 17.50, es decir, unos veinte minutos más tarde a partir de aquel momento. Su último informe debió de ser poco después del mediodía.

—Vamos a ver si lo logró, agente Martin —dijo Nicholai mientras tecleaba los códigos que había conseguido para acceder a los informes actualizados de la situación de campo de Umbrella—. Martin, Martin... ¡aquí estás!

El policía había faltado a sus dos últimas citas, lo que indicaba que llevaba muerto o incapacitado desde hacía nueve horas. Allí no había ninguna información que se pudiera recoger. Nicholai leyó con cuidado los informes sobre los otros «perros guardianes», y se

quedó encantado con lo que vio. De los otros ocho que quedaban aparte de Martin, tres de ellos habían faltado a las citas para pasar sus últimos informes. Se trataba de uno de los científicos, un trabajador de Umbrella y la mujer que trabajaba para el departamento de agua del ayuntamiento. Suponiendo que estuviesen muertos, y Nicholai estaba dispuesto a apostar que así era, eso sólo dejaba a cinco con vida.

Dos combatientes, dos científicos, y el otro tipo de Umbrella.

Nicholai frunció el entrecejo mientras estudiaba los puntos de contacto designados para cada uno de ellos. La científica, Janice Thomlinson, debía encontrarse en las instalaciones del laboratorio subterráneo, y el otro científico, en el hospital que se alzaba cerca del parque municipal; el trabajador de Umbrella debía informar desde una planta de tratamiento de aguas residuales presuntamente abandonada que estaba en las afueras de la ciudad, y que no era más que una tapadera para ocultar su uso como terreno de pruebas químicas de Umbrella. Nicholai no preveía ninguna clase de problemas para encontrarlos, pero los dos soldados del grupo de «perros guardianes» habían desaparecido del mapa.

—Dónde estaréis, tíos... —dijo en voz alta Nicholai con aire ausente mientras pulsaba las teclas y su frustración iba en aumento. En su última hora de encuentro, la noche anterior, ambos debían contactar desde la torre del reloj de la iglesia de Saint Michael.

¡Mierda!

Allí estaban. Los nombres de ambos aparecían al lado del suyo propio, y los dos habían sido transferidos a la clasificación de «móviles», lo mismo que él. Informarían desde los ordenadores portátiles proporcionados por Umbrella o desde donde creyeran más conveniente, y sólo tenían que informar una vez al día, lo que significaba que podían estar en cualquier lugar de Raccoon City; en cualquiera.

Una sensación de furia recorrió todo su cuerpo y le hizo perder la cabeza. Sin ni siquiera pensárselo, Nicholai cruzó la oficina a grandes zancadas y empezó a propinarle patadas al cadáver de Martin con todas sus fuerzas: una, dos veces, descargando toda su rabia, sintiendo una satisfacción tremenda al oír los sonidos húmedos que provocaba su bota y el crujido de las costillas al romperse, al ver los movimientos espasmódicos del cuerpo..., y un momento después, ya se había acabado, volvía a recuperar el control. Seguía sintiéndose frustrado, pero bajo control. Lanzó un bufido y regresó a la mesa, dispuesto a revisar sus planes. Sólo iba a tardar un poco más en encontrarlos, sólo eso. No era el fin del mundo. Y quizá incluso no acudirían a sus citas y morirían de forma conveniente, como Martin y los otros tres.

Era una posibilidad, pero no podía contar con ella. Con lo que sí podía contar era con su propia perseverancia y habilidad. Umbrella no enviaría los transportes para recogerlos hasta dentro de una semana, el tiempo máximo durante el que creían que podrían mantener todo aquel desastre en secreto, a menos que los «perros guardianes» informaran de que ya disponían de los resultados completos, lo que era bastante improbable. Nicholai estaba seguro de que con seis días para encontrar a cinco personas, él sería el único al que tendrían que recoger.

—Ni siquiera necesitaré los seis días —dijo Nicholai con un gesto de asentimiento al cadáver desparramado de Martin—. Tres días, estoy seguro de que lo haré en tres días.

Una vez dicho aquello, Nicholai se inclinó hacia adelante y comenzó a descargar los mapas que iba a necesitar. Estaba contento de nuevo.

Jill no había podido encontrar cartuchos para la escopeta del calibre 12, pero se la

llevó de todas maneras; sabía que la munición de la pistola no duraría para siempre. Sin duda sería un garrote bastante bueno, y siempre podría encontrar cartuchos más adelante. Estaba a punto de intentar subir por una de las barricadas situadas al oeste para poder cruzarla cuando vio algo que la hizo cambiar de opinión. Algo que había deseado con todas sus fuerzas no ver de nuevo: Un Cazador como los que había en la mansión, en los túneles.

Estaba de pie, inmóvil, en la salida de incendios de una tienda de moda, cuando lo vio pasar por la calle por delante de una furgoneta que bloqueaba el callejón al que daba la salida de incendios. El engendro no la vio a ella. Jill observó cómo pasaba al trote y se perdía de vista. Era algo diferente de los que había visto con anterioridad, pero se les parecía bastante: el mismo cuerpo grácil y maligno, las fuertes garras recurvadas, el color verde pardusco. Contuvo el aliento, con el estómago hecho un nudo, mientras recordaba...

Se veía tan inclinado que sus brazos increíblemente largos casi tocaban el suelo de piedra del túnel, y tanto las manos como los pies acababan en unas garras de aspecto muy afilado. Sus ojos, pequeños y de un color claro luminoso, sobresalían en su liso cráneo de reptil, y el eco de su tremendo chillido agudo resonó por el subsuelo envuelto en sombras justo antes de que se lanzara a por ella.

Había logrado matar a aquella criatura, pero le habían hecho falta quince balas de nueve milímetros; todas las del cargador. Barry le dijo más tarde que había oído que a aquéllos los llamaban Cazadores, una de las armas biológicas de Umbrella. Habían encontrado otros tipos de criaturas en la mansión: perros feroces sin piel; una especie de planta carnívora gigantesca que Chris y Rebecca habían logrado destruir; arañas del tamaño de ovejas, y los seres oscuros y mutantes con garras afiladas como cuchillas en vez de manos que se quedaban colgando del techo del cuarto de generadores y se movían como monos cubiertos de espinas.

Y el Tirano. En cierto modo era el peor, porque se podía ver que antes había sido humano; antes de que le practicasen las operaciones quirúrgicas; antes de que lo transformasen con experimentos genéticos, de que le inoculasen el virus T.

De modo que el virus T no era lo único que andaba suelto por Raccoon City. Por muy espantosa que fuera la idea, no era precisamente sorprendente: Umbrella había estado utilizando sustancias muy peligrosas, había criado a vástagos asesinos y de pesadilla como si fueran una especie de dios aberrante, y todo ello sin prepararse para las consecuencias inevitables. Algunas veces, las pesadillas no desaparecían sin más.

A menos..., a menos que lo hicieran a propósito.

No. Si hubiesen planeado destruir Raccoon City habrían evacuado a su propio personal, ¿o no?

Fue una pregunta que la obsesionó en el camino a la comisaría de la ciudad. Ver al Cazador la había hecho decidir sobre lo siguiente que tenía que hacer: tenía que conseguir como fuera más munición, y sabía que la encontraría en la oficina de los STARS, en el armario blindado de las armas. Seguro que había cajas de balas de nueve milímetros, probablemente alguna con cartuchos de escopeta y, con un poco de suerte, alguno de los revólveres antiguos de Barry.

Al menos, la comisaría no estaba demasiado lejos. Se mantuvo pegada a las sombras crecientes provocadas por el atardecer y esquivó sin problemas a los pocos zombis con los que se encontró. Muchos de ellos ya estaban demasiado podridos para avanzar más que con pasos lentos. Una de las puertas de acceso por las que tenía que pasar para llegar al edificio estaba cubierta de un lado a otro por cuerdas anudadas. Los nudos estaban empapados con gasolina. Se reprendió sin palabras por olvidarse de llevar un cuchillo

encima. Por suerte, había cogido un mechero del Bar Jack, aunque se quedó preocupada con la posibilidad de que el humo delatara su posición..., hasta que atravesó la puerta y vio la pila de restos ardientes que se levantaba un poco más adelante, justo enfrente de las oficinas de venta de Umbrella. Supuso que se trataba del resultado de los disturbios. Pensó en detenerse a apagar las llamas, pero no parecía haber peligro de que el incendio se propagara por la avenida de cemento y ladrillo.

Allí estaba, a las puertas del patio delantero de la comisaría. Los disturbios habían sido bastante graves en aquel punto. Todo el lugar estaba repleto de coches destrozados, de barricadas rotas y de conos de color naranja de señalización, aunque no había cuerpos entre los escombros. Una boca de incendios lanzaba un chorro de agua siseante al aire. El sonido del agua al caer al suelo habría sido agradable en otras circunstancias, en un día caluroso de verano con niños jugando y riendo a su alrededor. Saber que ningún bombero o empleado municipal llegaría para arreglar la boca de riego le encogió el estómago, y pensar en los niños... Era demasiado; bloqueó aquellos pensamientos, decidida a no pensar en aquellas cosas que no podía solucionar o evitar. Ya tenía bastante de lo que preocuparse.

Como por ejemplo, conseguir suministros. Así que... ¿a qué estás esperando? ¿Una invitación por escrito?

Jill inspiró profundamente y empujó las puertas. Hizo un gesto cuando se abrieron con un sonido chirriante de metal oxidado. Un rápido vistazo le indicó que el pequeño patio rodeado de vallas se encontraba despejado. Bajó el arma, aliviada, y cerró con cuidado antes de dirigirse hacia las pesadas puertas de madera del edificio de la policía. En las calles habían muerto un montón de policías, lo que le ponía las cosas más fáciles, por muy terrible que fuese aquello. No tendría que enfrentarse a muchos infectados cuando entrara.

¡Crreeeecc!

Las puertas se abrieron de par en par a su espalda. Jill se giró en redondo y casi le pegó un tiro a la figura que había entrado a la carrera en el patio antes de darse cuenta de quién se trataba.

—¡Brad!

El antiguo piloto avanzó trastabillando hacia ella, y Jill se percató de que estaba herido de gravedad. Se agarraba el costado derecho con una mano y la sangre le goteaba entre los dedos. Su rostro estaba convulso por una expresión provocada por el terror más puro mientras alargaba la otra mano, jadeante.

—Ji..., Jill.

Se encaminó hacia él, y tan concentrada estaba en su antiguo compañero que cuando éste desapareció de repente, no comprendió lo que había ocurrido. Una pared de negrura se interpuso entre los dos, una negrura que emitía un aullido profundo y rugiente lleno de furia y que se dirigió hacia Brad haciendo estremecer el suelo con cada paso gigantesco que daba.

—Staaaarrssss —pronunció con toda claridad, aunque la palabra casi quedó oculta por el bramido intermitente parecido al de un animal. Jill supo qué era sin necesidad de verle la cara. Lo conocía tan bien como a sus propios sueños.

Un Tirano.

Brad retrocedió a trompicones, meneando la cabeza como si pretendiese negar la criatura que se le aproximaba, trastabilló en semicírculo hasta que se detuvo cuando chocó de espaldas contra una pared de ladrillos. Jill pudo ver a aquel ser en la fracción de segundo que tardó en alcanzar a Brad. El tiempo pareció detenerse en ese instante

concreto y le permitió verlo de verdad, ver que no era el Tirano de su pesadilla, pero que no era menos horrible por eso. De hecho, era peor.

Medía entre dos metros veinte y dos metros cuarenta, con una silueta humanoide de unos hombros anchos hasta lo increíble. Sus brazos eran más largos de lo que debían ser. Tan sólo las manos y la cabeza eran visibles. El resto de aquel cuerpo de extrañas proporciones estaba cubierto de un tejido negro, excepto lo que parecían ser unos tentáculos, unos tremendos cordones de carne que palpitaba de forma leve y que llevaba ocultos sólo en parte bajo el cuello de la ropa. No se veía de qué parte de su cuerpo salían. La piel, sin pelo, tenía el color y la textura del tejido de una cicatriz mal curada, y el rostro tenía un aspecto tal que parecía que a quien se había encargado de crear a la criatura no le importara lo más mínimo la apariencia de la cara y le hubiese colocado simplemente un saco de cuero desgarrado sobre el cráneo. Las aberturas irregulares que eran los ojos estaban demasiado abajo y permanecían separadas por una línea irregular de grapas quirúrgicas. Apenas tenía formada la nariz, pero el rasgo más dominante era su boca, o más bien la falta de ella: la parte inferior de su cara no era más que dientes, gigantescos y cuadrados, sin labios, resaltando contra las encías de color rojo oscuro.

El tiempo se puso de nuevo en marcha cuando el monstruo alargó el brazo y cubrió toda la cara de Brad con una sola mano, sin dejar de aullar mientras el piloto intentaba decir algo entre jadeos lastimosos y ahogados que llegaban desde debajo de aquella enorme palma..., y un momento después, se oyó un sonido desagradable, húmedo y resbaladizo, fuerte pero viscoso, como si alguien hubiera abierto un agujero en un trozo de carne. Jill vio un tentáculo que salía por la parte de atrás del cuello de Brad y comprendió que estaba muerto, que se desangraría en cuestión de segundos. Todavía aturrida por todo lo sucedido, vio que el apéndice, grueso como una cuerda, se estaba moviendo, como si fuese una serpiente ciega y musculosa, y que salpicaba por todos lados con las gotas de sangre que tenía adheridas. El Tirano agarró el cráneo de Brad, y con un solo movimiento veloz y fluido, alzó al piloto muerto y lo arrojó a un lado, retrayendo el tentáculo asesino hacia el interior de la manga antes de que el cuerpo de Brad se estrellase contra el suelo.

—*Staaaarrssss* —dijo de nuevo mientras se giraba hacia Jill, y cuando centró su atención en ella, la mujer sintió un miedo mucho mayor que el que jamás había conocido en toda su vida.

La Beretta sería inútil. Se dio la vuelta y echó a correr atravesando a toda velocidad la puerta de entrada del edificio para luego girarse y echar todos los cerrojos. Lo hizo por puro instinto. Estaba demasiado aterrorizada para pensar en nada de lo que estaba haciendo, demasiado aterrorizada para hacer otra cosa que no fuera alejarse de espaldas de la puerta cuando el monstruo se estampó contra ella y la hizo estremecerse sobre sus bisagras.

Aguantaron el impacto. Jill se quedó muy quieta, oyendo el palpitir de la sangre en los oídos, a la espera del siguiente golpe. Pasaron unos segundos eternos, y no sucedió nada..., pero pasaron varios minutos antes de que se atreviera a apartar la vista, y ni siquiera el hecho de darse cuenta de que aquello había acabado de momento la hizo sentirse más aliviada.

Brad tenía razón: iba a por ellos..., y al estar él muerto, aquella criatura iría a por ella.

Capítulo 7

Que Dios me ayude: por fin lo he visto con mis propios ojos. Que Dios nos ayude a todos. Nos mintieron. El doctor Robinson y la gente de Umbrella organizaron una conferencia de prensa en el hospital esta misma mañana e insistieron en que no había necesidad de dejarse llevar por el pánico, que los casos mencionados no eran más que hechos aislados, que las víctimas en realidad sufrían la gripe. Según ellos, no se trataba de la llamada «enfermedad caníbal» de la que hablaron los STARS en julio pasado, a pesar de lo que dijeran unos cuantos ciudadanos «paranoicos». El jefe de policía Irons también estaba allí, y apoyó a los doctores e insistió sobre la incompetencia de los STARS que habían muerto. Caso cerrado, ¿de acuerdo? No había nada por lo que preocuparse.

Estábamos de regreso a la oficina después de la conferencia de prensa, ya al sur de la calle Cole, cuando vimos que había un tumulto que había detenido el tráfico, con un par de coches parados y una multitud reunida alrededor. No había policías por ningún lado. Pensé que se trataba de algún accidente leve, así que comencé a dar marcha atrás, pero Dave quería sacar unas cuantas fotos. Todavía le quedaban dos rollos de película que no había utilizado en el hospital. Salimos del coche y, de repente, la gente comenzó a correr y a gritar pidiendo ayuda. Vimos a tres peatones tumbados en mitad de la calzada, y había sangre por todos lados. El atacante era un joven de apenas unos veinte años, blanco... Estaba sentado a horcajadas sobre un anciano, y...

Me tiemblan las manos. No sé cómo escribirlo. No quiero escribirlo, pero es mi trabajo. La gente tiene que saberlo. No puedo dejar que me afecte de este modo.

Se estaba comiendo uno de los ojos del anciano. Las otras dos víctimas estaban muertas, asesinadas. Eran una anciana y una joven, ambas con las gargantas destrozadas y los rostros llenos de sangre. A la joven la habían destripado por completo.

Todo era un caos, una situación totalmente histérica: gritos, alaridos, gemidos, incluso risas enloquecidas. Dave logró sacar un par de fotos y luego se puso a vomitar. Quería hacer algo, de verdad, pero aquellas personas ya estaban muertas y yo tenía miedo. El joven se tragó el ojo del anciano y empezó a meter los dedos en el otro ojo, ajeno por completo a todo lo que ocurría a su alrededor. De hecho, estaba gimoteando como si no tuviera bastante a pesar de estar cubierto de sangre y de restos.

Oímos las sirenas y retrocedimos igual que todos los demás. La mayor parte de la gente se marchó, pero unos cuantos nos quedamos, pálidos, asqueados y atemorizados. Un tendero regordete me contó lo que había pasado mientras se retorció las manos sin cesar, aunque tampoco había mucho que contar. Al parecer, el joven simplemente había aparecido en la calle, había agarrado a la muchacha y había comenzado a morderla. El tendero me dijo que el nombre de la joven era Joelle noséqué más, y que iba caminando con su madre, una tal señora Murray (el tendero no sabía su nombre de pila). La señora Murray intentó detener al atacante, y el joven se abalanzó sobre ella. Un par de hombres se esforzaron por ayudarla y se echaron encima del chaval, pero también mató a uno de ellos, así que nadie más había intentado ayudarlas. Entonces aparecieron los polis, y antes incluso de echar un vistazo al follón que había en la calle, al chaval que se estaba comiendo al anciano, despejaron y aseguraron la zona.

Tres coches patrulla rodearon al joven y lo ocultaron de la vista por completo. Al tendero le dijeron que cerrara el negocio y que se fuera a casa, lo mismo que todos los que quedábamos allí. Cuando le dije al agente que Dave y yo éramos de la prensa, confiscó la cámara de Dave. Nos dijo que contenía pruebas, lo que supone una gilipollez. Como si tuviera derecho a...

Pero fíjate, yo aquí preocupado por la libertad de prensa a estas alturas. Ya no importa. A las

cuatro en punto de esta tarde, hace una hora, el alcalde Harris ha declarado la ley marcial. Han colocado barricadas y controles por toda la ciudad, y hemos quedado aislados del exterior. Según Harris, la ciudad permanecerá en cuarentena para que «la desgraciada enfermedad que está afectando a algunos de nuestros ciudadanos» no se extienda. No la llamó la enfermedad del caníbal, pero es obvio que se trata de ella, y según el escáner de radio con la frecuencia de la policía, los ataques se están multiplicando de forma exponencial.

Es posible que ya sea demasiado tarde para nosotros. La enfermedad no se propaga por el aire, o ya estaríamos todos infectados, pero todas las pruebas y las evidencias demuestran que contraes la enfermedad si te muerde uno de ellos, lo mismo que en las películas que solía ver en el cine cuando era un crío. Eso explicaría el increíble aumento del número de ataques, pero también indica que a menos que la ayuda llegue muy pronto, todos vamos a morir, de un modo u otro. Los polis han cerrado el periódico, pero voy a intentar que todo el mundo se entere, aunque tenga que ir de puerta en puerta. Dave, Tom, Kathy, el señor Bradson, todos los demás se han ido a sus casas para estar con sus familias. No les importa que la gente no sepa la verdad, pero eso es todo lo que me queda a mí. No quiero...

Acabo de oír cristales rotos en la planta de abajo. Alguien viene.

Ya no ponía nada más. Carlos dejó de nuevo los folios arrugados que había encontrado sobre el escritorio del periodista. Tenía los labios apretados en un gesto desalentado y lúgubre. Había acabado con dos zombis en el pasillo...; quizá uno de ellos era el periodista, una idea bastante inquietante que empeoraba si se pensaba en sus implicaciones: ¿cuánto había tardado aquel individuo en transformarse en un zombi?

Y si tiene razón respecto a la enfermedad, ¿cuánto tiempo le queda a Randy?

Sobre una mesa al otro lado de la habitación había un escáner para las frecuencias de radio de la policía y una especie de radio de mano, pero de repente, en lo único que pudo pensar fue en Randy, en la planta de abajo, cada vez más enfermo, esperando que Carlos regresara. Se había mantenido en pie bastante bien al principio, e incluso había sido capaz de atravesar dos de las barricadas sin apenas ayuda, pero para cuando llegaron al edificio de la prensa de la Raccoon Press, apenas podía mantener erguida la cabeza. Carlos lo había dejado recostado debajo de un teléfono público desconectado que había en la primera planta. No había querido arrastrarlo por las escaleras: en la parte de abajo quedaban unos cuantos fuegos pequeños y Carlos tuvo miedo de que Randy tropezara, cayera en uno de ellos y se quemara.

Lo que ahora mismo sería la menor de sus preocupaciones. Joder, qué follón de mierda. ¿Por qué no nos dijeron en la jodienda que nos estábamos metiendo?

Carlos dejó a un lado la desesperación que aquella pregunta le causó. Era algo que podría denunciar a las autoridades pertinentes cuando logran salir de allí. Lo más probable era que lo deportasen, ya que estaba en el país gracias a Umbrella, pero ¿y qué? En aquellos momentos, volver a su estilo de vida anterior le parecía irse de merienda campestre.

Se acercó apresuradamente al aparato de radio y conectó el escáner. No tenía muy claro lo que tenía que hacer. Jamás había utilizado uno, y su única experiencia con los radios de transmisión-recepción fueron unos *walkie-talkies* de juguete que le regalaron de pequeño. En la superficie del escáner aparecía escrito «200 canales multibanda», y hasta había un botón de encendido. Lo apretó y observó cómo en una pequeña pantalla digital empezaban a parpadear varias series de números que no significaban nada para él. A excepción de unos cuantos chasquidos y de algunos restallidos de estática, nada ocurrió.

Genial. Esto sí que sirve de mucha ayuda.

De todas maneras, lo que en realidad necesitaba era la radio, y al menos parecía un

walkie-talkie, aunque lo que ponía en uno de sus costados era «transmisor-receptor AM/SSB». Lo cogió mientras se preguntaba si tendría más de un canal o si tendría un botón de control de memoria..., cuando oyó unas pisadas en el pasillo. Eran pasos lentos, que se arrastraban.

Dejó la radio de nuevo en la mesa y empuñó el rifle de asalto girándose hacia la puerta que daba al pasillo: había reconocido el andar desorientado y pesado de un zombi. La oficina grande del periódico era la única estancia de la segunda planta. A menos que quisiese saltar por la ventana, aquel pasillo y las escaleras eran el único modo de salir del edificio. Tendría que matarlo para regresar con...

Mierda, ha tenido que pasar por delante de Randy. ¿Y si lo ha matado? ¿Y si...?

¿Y si era Randy?

—No, por favor —susurró, pero en cuanto se le ocurrió aquella posibilidad, no pudo dejar de pensar en ella.

Retrocedió a lo largo de la estancia mientras sentía cómo el sudor comenzaba a bajarle por el cuello y la espalda. Los pasos continuaron avanzando, acercándose. ¿Eso que oía era el sonido de alguien cojeando, el ruido provocado por un pie al ser arrastrado?

No, por favor. ¡No quiero tener que matarlo!

Los pasos se detuvieron justo delante de la entrada..., y un instante después, Randy Thomas entró, se tambaleó hacia dentro, con un rostro carente de toda expresión, de todo dolor, con la boca llena de baba que iba cayendo en hilillos al suelo desde su labio inferior.

—¿Randy? Párate ahí, tío, ¿vale? —Carlos oyó que las palabras desprendían un miedo cervical—. Di algo, por favor. ¿Randy?

Carlos sintió que lo inundaba una especie de aceptación resignada cuando Randy inclinó la cabeza hacia un lado y avanzó con los brazos levantados en su dirección. De su garganta surgió un gemido gorgoteante, y Carlos pensó que se trataba del sonido más solitario que jamás había oído. En realidad, Randy ni lo veía, ni por supuesto entendía lo que le estaba diciendo. Carlos se había convertido en comida, nada más.

—Lo siento mucho —le dijo, y lo repitió otra vez por si todavía dentro de aquel cuerpo quedaba una mínima parte de la personalidad de Randy—. Lo siento mucho. Descansa, Randy.

Carlos apuntó con cuidado y apretó el gatillo. Apartó los ojos en cuanto vio aparecer el grupo de agujeros justo por encima de la ceja derecha de Randy, así que oyó pero no vio cómo el cuerpo de su camarada se estrellaba contra el suelo. Se quedó allí de pie, sin hacer nada, durante un buen rato, con los hombros hundidos mientras contemplaba sus propias botas y se preguntaba cómo era posible que se hubiese cansado en tan poco tiempo, y diciéndose que no podía haber hecho otra cosa.

Por fin, se acercó a la mesa y tomó de nuevo la radio. La encendió y pulsó el botón de transmisión.

—Aquí Carlos Oliveira, miembro del equipo UBCS de Umbrella, escuadra alfa, pelotón delta. Estoy en la sede del periódico de Raccoon City. ¿Me oye alguien? Nos hemos quedado aislados del resto del pelotón, y necesitamos..., necesito ayuda. Solicito ayuda inmediata. Si alguien puede oír esto, por favor, responda.

No sonó nada excepto la estática. Pensó que quizá debería probar algún canal en concreto, podía pasar de uno en uno repitiendo el mensaje. Le dio la vuelta a la radio para mirar todos los botones y vio en la parte posterior una advertencia: «Alcance: diez kilómetros».

Eso significa que puedo ponerme en contacto con cualquiera que esté en la ciudad. Eso es muy útil, sólo que nadie me va a contestar, porque todos están muertos. Como Randy. Como yo.

Cerró los ojos e intentó pensar, intentó sentir algo parecido a la esperanza, y en ese momento se acordó de Trent. Echó un vistazo al reloj dándose cuenta de lo enloquecido de la situación, y pensó que era lo único que tenía sentido en esos momentos. Trent lo sabía, sabía todo lo que estaba ocurriendo y le había dicho a Carlos dónde tenía que ir cuando estuviera de mierda hasta el cuello. Sin tener que preocuparse por Randy, y sin una ruta clara de salida de la ciudad...

Grill 13. Carlos tenía poco más de una hora para encontrarlo.

Jill acababa de entrar en la oficina de los STARS cuando la consola de comunicación de la parte trasera de la estancia comenzó a emitir chasquidos. Cerró la puerta de un golpe y corrió hacia ella mientras oía las palabras que llegaban en mitad de las descargas de estática.

—Carlos... Raccoon... aislados... pelotón... ayuda... Si alguien puede oír..., responda.

Jill agarró los cascos, se los puso de un tirón y pulsó el botón de transmisión.

—¡Aquí Jill Valentine, Escuadra de Tácticas Especiales y Rescates! No lo recibo muy bien. Repita, por favor. ¿Dónde se encuentra? ¿Me recibe? Cambio.

Se esforzó por oír algo, cualquier sonido..., y entonces vio que la luz del indicador de transmisión no estaba encendida. Pulsó varios botones y apretó el mando de comunicación, pero la pequeña luz verde se negó a encenderse.

—¡Maldita sea!

Tampoco tenía ni puñetera idea sobre aparatos de comunicación. Fuese lo que fuese que estaba roto, no iba a ser ella quien pudiera arreglarlo.

Jill dejó escapar un suspiro, colocó de nuevo los cascos sobre la consola y se dio la vuelta para observar el resto de la oficina. Aparte de unos cuantos papeles tirados por el suelo, tenía el mismo aspecto de siempre. Unas cuantas mesas repletas de archivos, ordenadores, algunos objetos personales, unas cuantas estanterías sobrecargadas, un fax y, detrás de una puerta, el depósito de armas de acero reforzado que, por Dios, esperaba que no estuviese vacío.

Lo que me espera ahí fuera no va a morir con facilidad. Ese asesino de STARS.

Se estremeció y sintió que el nudo provocado por el miedo que tenía en su estómago se hacía más fuerte. No sabía por qué no había derribado las puertas y la había matado. Era lo bastante fuerte para hacerlo con facilidad. Tan sólo pensar en ello la hacía desear arrastrarse hasta un rincón oscuro y esconderse allí. Hizo parecer a los pocos zombis con que se había encontrado de camino a la comisaría tan peligrosos como bebés. Por supuesto, no era cierto, pero después de ver lo que el Tirano le había hecho a Brad...

Jill tragó saliva con dificultad y se sacó aquello de la cabeza. Darle vueltas y más vueltas no iba a servir para nada en absoluto.

Era hora de poner manos a la obra. Se acercó a su mesa, pensando sin querer que la última vez que había estado sentada en ella era una persona diferente por completo. Le parecía que había pasado toda una vida desde esa última vez. Abrió el cajón superior y comenzó a rebuscar; por fin, detrás de una caja de sujetapapeles, encontró el juego de herramientas que siempre tenía guardado en la oficina. ¡Sí!

Sacó el pequeño envoltorio de trapo y lo desenrolló. Estudió con ojos expertos las ganzúas y las palanquetas. A veces, haberse criado como la hija de un ladrón profesional tenía grandes ventajas. Los días anteriores había tenido que andar pegándole tiros a las cerraduras. Algo que no era tan seguro o fácil como la gente pensaba. Tener una ganzúa

medio en condiciones sería una ayuda enorme.

Y, además, no tengo la llave del depósito de armas, aunque, claro, eso jamás me ha detenido antes.

Había practicado con ella cuando no había nadie en la oficina para saber si podía hacerlo, y no lo había tenido demasiado difícil. La cerradura era de un modelo bastante antiguo. Jill se agachó delante de la puerta, colocó una de las palanquetas y una ganzúa, y empezó a tantear con suavidad en busca de las clavijas de la cerradura. Vio recompensados sus esfuerzos en menos de un minuto: la pesada puerta se abrió de par en par y allí, a plena vista, estaba la respuesta de acero inoxidable a al menos una de sus plegarias más recientes.

—Que Dios te bendiga, Barry Burton —susurró a la vez que tomaba un pesado revólver de la estantería inferior, vacía por lo demás. Era un Colt Python 357 Magnum, con seis proyectiles en un cilindro extraíble. Barry era el especialista en armas del equipo alfa y, además, estaba chiflado por las pistolas. La había llevado de prácticas de tiro bastantes veces, y siempre había insistido en que probara uno de sus Colts. Tenía tres, que ella supiera, cada uno de un calibre distinto, pero el 357 era el que tenía mayor potencia de fuego. Que lo hubiera dejado allí, ya fuese por error o a propósito, le parecía un milagro; lo mismo que la caja con más de veinte proyectiles en el suelo del depósito de armas. No encontró cartuchos de escopeta, pero sí un cargador suelto lleno de balas de nueve milímetros en uno de los cajones.

Al menos, el viaje ha merecido la pena. Además, con las ganzúas puedo bajar a la sala donde se guardan las pruebas y echar un vistazo en busca de material confiscado.

La situación estaba mejorando. Lo único que le quedaba por hacer era salir de la ciudad en mitad de la noche esquivando a los zombis, a los animales feroces modificados genéticamente y a una criatura de la clase Tirano que se proclamaba a sí misma la némesis de los STARS. Una némesis creada para ella.

Se sorprendió al notar que aquello la hacía sonreír. Si se le añadía a todo aquello una explosión gigantesca y un poco de mal tiempo, podría tener toda una fiesta.

—Wheee —se dijo a sí misma, y comenzó a cargar el Magnum con unas manos no demasiado firmes, y que no lo habían estado desde hacía mucho tiempo.

Capítulo 8

Nicholai descubrió mientras avanzaba con lentitud por el sistema de alcantarillado bajo las calles de la ciudad que se sentía fascinado por el diseño general de Raccoon City. Había estudiado los mapas, por supuesto, pero eso era muy distinto a recorrer la ciudad de verdad, a experimentar de primera mano el diseño de todo el montaje. Umbrella había construido el terreno de juego perfecto. Era una lástima que lo hubieran estropeado de esa manera ellos mismos.

Existían numerosos pasadizos subterráneos que comunicaban entre sí las distintas instalaciones clave de Umbrella, aunque algunos eran más obvios que otros. Había entrado en las alcantarillas desde el sótano de la comisaría para llegar hasta los conductos que lo llevarían al laboratorio subterráneo de plantas múltiples donde Umbrella había efectuado las investigaciones y los experimentos más importantes. También habían llevado a cabo varias investigaciones en el laboratorio de la mansión Spencer/Arklay, situada en el bosque de Raccoon, y existían tres fábricas o almacenes «abandonados» donde se efectuaban pruebas en las afueras de la ciudad, pero los mejores científicos habían trabajado bajo el mismísimo núcleo urbano. Todo ello haría que su trabajo fuese mucho más fácil. Trasladarse de una zona a otra sería mucho menos peligroso bajo tierra.

Pero no por mucho tiempo más. Dentro de diez o doce horas, ningún lugar será seguro.

Los bioorganismos con los que trabajaba Umbrella se mantenían sedados y crecían en Raccoon City, aunque se los solía enviar fuera para las pruebas de campo reales. Sin embargo, con todo aquello destrozado, se escaparían para conseguir comida. Seguro que unos cuantos ya habrían escapado, y la mayoría aparecerían sin duda en cuanto echaran en falta unas cuantas inyecciones.

Seguro que será divertido. Un poco de práctica de tiro para despejarme entre cada una de las búsquedas, y con la potencia de fuego necesaria para disfrutarlo.

Sostuvo el rifle de asalto con la parte interior del codo derecho y palpó los cargadores que le había quitado al cadáver de Wersbowski. No había caído en la cuenta de comprobarlos en el momento de cogerlos, pero el rápido vistazo que les echó antes de bajar a las alcantarillas lo había dejado bastante satisfecho. A todos los soldados del UBCS les entregaban cargadores llenos de proyectiles blindados que atravesaban por completo los objetivos. Wersbowski los había sustituido por balas de punta hueca: esos proyectiles se expandían y aplastaban al entrar en contacto con el objetivo y provocaban unos daños terribles. Nicholai ya había planeado efectuar una incursión en el pequeño arsenal del laboratorio. Con una carga adicional de sesenta balas de punta hueca, saldría de rositas de cualquier situación.

No como ahora.

El agua fría y sucia que corría por los conductos mal iluminados le llegaba casi hasta las rodillas y despedía un hedor terrible, una mezcla de orina y moho. Ya había tropezado con bastantes portadores del virus. La mayoría llevaban puestas batas de los laboratorios de Umbrella, aunque había unos cuantos «civiles»: personal de mantenimiento, o quizá tan sólo gente con mala suerte que se habían aventurado a entrar en las alcantarillas con la esperanza de escapar de la ciudad. Evitó a la mayoría de ellos porque no deseaba desperdiciar balas o alertar a nadie de su presencia.

Llegó a un cruce de conductos y dobló a la derecha después de comprobar que no había ningún movimiento al otro lado. Al igual que durante el resto del trayecto hasta ese momento, no se oía nada más que el suave golpeteo del agua contaminada contra las piedras grises, y no se veía más que el destello de la escasa luz amarillenta sobre la superficie aceitosa. Era un entorno triste, frío y húmedo, y Nicholai no pudo evitar pensar en los A334, los gusanos resbaladizos. En la reunión de información para los «perros guardianes» los habían catalogado como algo parecido a unas sanguijuelas gigantes que viajaban en grupo por el agua. Se trataba de una de las últimas invenciones de Umbrella. No sentía tanto miedo como asco ante la posibilidad de toparse con ellas, y odiaba las sorpresas, odiaba la idea de que en esos precisos momentos un grupo estuviera atravesando el agua oscura, con las mandíbulas abiertas de par en par, en busca de calor y alimento en forma de sangre humana.

Se sintió avergonzado por el alivio que le inundó el cuerpo cuando vio el reborde elevado al final del túnel. Bloqueó con rapidez aquella sensación y se preparó para el encuentro. Un vistazo al reloj mientras salía del agua le confirmó que llegaba a tiempo. La doctora Thomlinson debía mandar su informe en los diez minutos siguientes.

Nicholai cruzó con rapidez el corredor que se abría ante él, molesto por el débil sonido chapoteante de sus botas empapadas, mientras llegaba a la puerta de la antesala del almacén. Se quedó escuchando unos instantes, pero no oyó nada. Luego, le dio un leve empujón a la puerta, que se abrió dejando a la vista un cuarto de descanso para trabajadores municipales que estaba vacío. Había una mesa, unas cuantas sillas, unos armarios de casillas y, atornillada a la pared más alejada, una escalera que bajaba. Avanzó en silencio después de cerrar con cuidado la puerta.

La escalera bajaba hasta la pequeña nave de almacenamiento desde donde transmitiría la doctora Thomlinson. Había una terminal de ordenador escondida detrás de unas cuantas piezas de equipo de limpieza que se encontraban en una de las estanterías. La doctora, tal como suponía, llegaría procedente del laboratorio, por lo que entraría por la pequeña plataforma del ascensor que estaba situada en una esquina de la estancia, si no había entendido mal el mapa. Nicholai se sentó a esperar, y se quitó la mochila del hombro para sacar el ordenador portátil: quería echar otro vistazo a los mapas después de encontrarse con la buena doctora.

Thomlinson fue puntual. Llegó cuatro minutos antes de la hora exacta para su cita. Al oír el sonido del ascensor, Nicholai apuntó el cañón del rifle hacia aquel rincón y puso el dedo en el gatillo. Una mujer de estatura elevada y despeinada apareció a la vista, con una expresión distraída en su rostro algo sucio. Llevaba puesta una bata de laboratorio manchada y empuñaba una pistola que tenía apuntada hacia el suelo. Era obvio que esperaba que su punto de información sería un lugar seguro y despejado.

Nicholai no le dio ninguna oportunidad de reaccionar a su presencia.

—Suelte el arma y aléjese del ascensor. Ahora mismo.

Era una mujer imperturbable, eso tuvo que admitirlo. No mostró ninguna señal de alarma en su rostro aparte de abrir un poco los ojos. Hizo lo que le había ordenado y el repiqueteo pesado de la pistola semiautomática resonó con fuerza al mismo tiempo que daba unos cuantos pasos titubeantes hacia el interior de la estancia.

—¿No tienes nada nuevo de lo que informar, Janice?

La doctora lo miró con detenimiento, y sus ojos de color marrón claro lo estudiaron a fondo mientras cruzaba los brazos.

—Eres uno de los «perros guardianes» —le dijo. No fue una pregunta.

Nicholai asintió.

—Vacíe todo lo que lleve en los bolsillos encima de esa mesa, doctora. Poco a poco.

Thomlinson le sonrió.

—¿Y si no lo hago? —Su voz era profunda, algo ronca, y seductora—. ¿Me lo... quitará?

Nicholai se pensó por unos momentos lo que ella le estaba sugiriendo. Luego apretó el gatillo y le destrozó por completo la hermosa sonrisa con una repentina descarga de fuego. La verdad era que no tenía tiempo de andar con ese juego en concreto. Debería haberle pegado un tiro en cuanto la vio para no sentirse tentado. Además, tenía los pies húmedos y fríos, y eso era algo que detestaba. No había nada como unas botas mojadas para desanimar a un hombre.

De todas maneras, era una lástima. Era su tipo, alta y llena de curvas, y también era obvio que había sido inteligente. Se acercó a su cuerpo despatarrado y sacó un disco del bolsillo de la pechera de la bata sin mirar a la mezcla de huesos astillados y sangre que había sido su cara momentos antes. Se recordó a sí mismo que aquello no era más que una cuestión de negocios.

Ya sólo quedaban cuatro. Nicholai metió el disco en una bolsa de plástico, la selló y la metió en la mochila. Ya tendría tiempo de echarle un vistazo a su contenido cuando hubiera recogido todo el material.

Encendió el ordenador portátil y buscó el mapa del sistema de alcantarillado, frunciendo el entrecejo mientras trazaba su siguiente recorrido. Se trataba de al menos otro kilómetro vadeando el agua sucia y en la oscuridad antes de salir a la superficie. Le echó otro vistazo al cuerpo de la doctora Thomlinson y suspiró. Quizá se había equivocado. Un pequeño revólver lo habría hecho entrar en calor, aunque le disgustaba tener que matar a las mujeres después de disfrutar de ellas. La última vez que lo había hecho había sentido un verdadero arrepentimiento.

No importaba. Estaba muerta, tenía la información y había llegado el momento de ponerse en camino. Quedaban cuatro, y podría olvidarse de trabajar durante el resto de su vida, y en vez de eso se concentraría en las clases de placeres que los pobres sólo podían soñar.

Carlos sabía que estaba cerca. Había salido de la zona donde se encontraba el edificio del periódico local, donde las señales de las calles empezaban todas con indicaciones al norte, y había acabado en una serie de callejones que llevaban hacia el este, hacia donde tenía que estar el distrito comercial del que le había hablado Trent.

Dijo al nordeste del distrito comercial..., así que, ¿dónde está el cine? Y también dijo algo sobre una fuente. ¿O no?

Estaba de pie delante de una barbería con las ventanas tapadas con maderas en la intersección de dos callejones, y ya no tenía muy claro hacia dónde debía dirigirse. No había carteles indicadores, y el atardecer llegaba a su fin. Ya era noche oscura, y sólo le quedaban diez minutos hasta la hora límite de las siete en punto debido a un error inicial que lo había llevado de regreso otra vez a la zona industrial, lo que según Trent no se podía considerar la ciudad en sí. Diez minutos; y después, ¿qué?. Cuando encontrara el famoso Grill 13, ¿qué se suponía que iba a ocurrir? Trent le había comentado algo sobre una posible ayuda, así que si no lograba llegar a tiempo, ¿podría Trent ayudarlo de algún modo?

Creía que si giraba a la izquierda volvería de nuevo al edificio del periódico, ¿o eso quedaba a su espalda?. Justo delante había un callejón sin salida y una puerta que todavía

no había intentado abrir, quizá merecía la pena intentarlo. No lo vio venir, pero sí lo oyó llegar.

Acababa de dar un paso cuando una puerta se abrió de par en par a su espalda con un fuerte porrazo, y la criatura fue tan veloz que Carlos todavía estaba dando la vuelta y alzando el rifle de asalto en respuesta al ruido de la puerta al abrirse cuando llegó hasta él.

¡Qué...!

Una oleada de oscuridad hedionda, una imagen fugaz de unas garras negras, duras y brillantes, un cuerpo segmentado como el exoesqueleto de un insecto gigantesco..., y algo rasgó el aire a escasos centímetros de su cara. Lo habría alcanzado si no hubiese sido por el paso atrás que dio de forma involuntaria. Carlos tropezó con sus propios pies y cayó al suelo, desde donde observó lleno de horror cómo algo pasaba por encima de él y saltaba sobre la pared que tenía a la derecha, donde siguió corriendo de lado sobre el ladrillo vertical. Sorprendido y atemorizado, Carlos lo siguió hasta donde pudo girar la cabeza, tumbado de espaldas sobre el pavimento, hasta que vio cómo pivotaba con agilidad sobre tres de sus patas y se dejaba caer al suelo.

Se hubiera quedado allí esperando que se abalanzase sobre él, incapaz de creer lo que veían sus ojos, aunque una de aquellas seis patas rematadas en largas garras le hubiera rebanado la garganta, si aquella criatura no hubiese gritado, y el aullido triunfante que surgió de su rostro hinchado y redondo hasta lo inhumano fue suficiente para espabilarlo y hacerlo reaccionar. Carlos rodó sobre sí mismo en un instante hasta ponerse en cuclillas y abrió fuego contra la criatura aullante que se abalanzaba contra él, sin darse cuenta de que también él estaba chillando con un grito bronco de terror y de incredulidad. La criatura se tambaleó a medida que los proyectiles atravesaban su piel frágil y sus extremidades empezaron a agitarse de forma descontrolada a la vez que el grito se convertía en un chillido de dolor iracundo. Carlos siguió disparando y acribillando a la criatura con ráfagas de metal mortífero, y continuó incluso después de que se derrumbara y tan sólo se moviera por las balas que azotaban su cuerpo flácido. Sabía que estaba muerta, pero no pudo dejar de disparar, no pudo hasta que el cargador del M16 quedó vacío y el callejón en silencio a excepción del sonido de sus propios jadeos. Retrocedió hasta apoyar la espalda en una pared, metió un cargador nuevo en el rifle de asalto e intentó de forma desesperada entender qué demonios acababa de pasar.

Por fin, se recuperó lo suficiente para acercarse a la criatura. Estaba muerta. Incluso un bicho de seis patas capaz de subir por las paredes a pesar de tener el tamaño de un hombre estaba muerto cuando los sesos le salían a goterones por los agujeros abiertos en el cráneo. Era una certeza en la que podía creer ante aquella situación de locura.

—Está más muerto que Tutankamon —se dijo mientras mantenía la mirada fija en aquel cadáver retorcido y ensangrentado.

Durante un segundo, sintió que una parte de su mente intentaba desconectarse, alejarse de lo que estaba viendo. Lo de los zombis ya era bastante malo de por sí, y al final había acabado por negarse a aceptar el hecho de que Raccoon City había sido tomada y arrasada por los muertos vivientes. Tan sólo eran personas enfermas, afectadas por esa enfermedad del caníbal sobre la que había leído, porque no existía nada parecido a los zombis excepto en las películas. Del mismo modo que tampoco existían monstruos de verdad, ni bichos asesinos gigantes que podían caminar por las paredes y aullar como había aullado aquél.

—*Wo hay piri* —susurró su lema de siempre, pero esa vez lo dijo como una plegaria, y los demás pensamientos lo siguieron como una letanía desesperada. *No te preocupes, relájate, tranquilo.*

Después de un rato, funcionó. El corazón comenzó a palparle casi de un modo normal y él empezó a sentirse como una persona de nuevo, no como un animal insensato dominado por el pánico.

De modo que había monstruos en Raccoon City. No debería ser una sorpresa, no después del día que había tenido. Además, morían como cualquier otra criatura. No iba a sobrevivir si perdía la calma, y ya había pasado por demasiado para abandonar en ese momento.

Carlos se dio la vuelta con aquella idea, le dio la espalda al monstruo y se alejó por el callejón, obligándose a sí mismo a no mirar atrás. Aquello estaba muerto, y él estaba vivo, y lo más probable era que hubiera más como ése por allí. *Trent es mi única salida, y sólo me quedan... ¡mierda!* Tres minutos, sólo le quedaban tres minutos. Carlos echó a correr los pocos pasos que lo separaban de la puerta al final del callejón, y la atravesó para encontrarse en mitad de una cocina amplia y bien iluminada. La cocina de un restaurante.

Echó un rápido vistazo a su alrededor. No había nadie, y todo estaba en silencio a excepción de un siseo procedente de una bombona de gas pequeña que estaba pegada a la pared trasera. Inspiró profundamente pero no detectó ningún olor extraño. Quizá era otra cosa.

No estaría ahora de pie si fuera gas tóxico nervioso. Este tiene que ser el sitio adonde me dijo que tenía que venir.

Cruzó la cocina pasando al lado de fogones y de encimeras de metal reluciente en dirección al comedor. Había un menú en una de las encimeras. En la tapa ponía «Grill 13» escrito con letras de oro. Se alarmó un poco por lo aliviado que se sintió. En el transcurso de unas pocas horas, Trent había pasado de ser un desconocido inquietante a convertirse en su mejor amigo en el mundo.

Lo he logrado, y él me dijo que me ayudaría. Quizá ya ha mandado un equipo de rescate que está en camino, o lo ha dispuesto todo para que me recojan aquí, o quizá hay un montón de armas en algún sitio del restaurante. No estará tan bien como una evacuación, pero me conformaré con lo que haya.

Había un hueco en la pared entre la cocina y la zona de mesas con un mostrador donde los cocineros ponían los platos pedidos. Carlos pudo ver que el pequeño comedor estaba algo más a oscuras y vacío, aunque tardó un poco en estar seguro. Las llamas de unos candiles de aceite hechos de cuero que colgaban de las paredes creaban unas sombras danzarinas.

Rodeó el mostrador donde se colocaban los pedidos y entró en la zona de mesas. Miró a su alrededor notando un leve olor a comida frita que todavía se mantenía en el aire. No estaba seguro de qué tenía que esperar, pero desde luego, no lo vio. Ni un sobre sin dirección colocado sobre una mesa, ni un solo paquete misterioso, ni un individuo con gabardina esperándolo. Había un teléfono público cerca de la puerta de entrada. Carlos se acercó y tomó el auricular, pero no había señal, lo mismo que en los demás teléfonos de la ciudad.

Echó un vistazo a su reloj en lo que le pareció ya la milésima vez a lo largo de la última hora y vio que eran las 19.01. Pasaba un minuto de las siete en punto. Sintió una oleada de rabia, de frustración, que sólo logró aumentar aquel miedo que no quería reconocer que también sentía.

Estoy solo, nadie sabe que estoy aquí y nadie puede ayudarme.

—Estoy aquí —dijo alzando la voz mientras se daba la vuelta para encararse con la estancia vacía—. Lo he conseguido, estoy aquí a tiempo. ¿Dónde coño está?

Como si fuera el pie de entrada en una obra de teatro, el teléfono sonó, y el sonido

agudo del timbre provocó que casi diera un salto. Carlos manoteó para levantar el auricular con el corazón a punto de salirse por la boca, notando de repente las rodillas flojas por la repentina sensación de esperanza.

—¿Trent? ¿Es usted?

Se produjo una breve pausa y después la voz suave y musical de Trent sonó en su oído.

—¡Hola, señor Oliveira! ¡Encantado de oírle!

—Mire, no está ni siquiera la mitad de encantado de lo que yo estoy de oírle a usted.

—Carlos se dejó caer contra la pared y agarró con más fuerza el auricular—. Amigo, estoy metido en una mierda muy grande. Todo el mundo está muerto y ahí afuera hay cosas que, que... son monstruos, Trent. ¿Puede sacarme de aquí? ¡Dígame que puede sacarme de aquí!

Se produjo otro breve silencio y Trent dejó escapar un fuerte suspiro. Carlos cerró los ojos porque ya sabía lo que iba a contestarle.

—Lo siento mucho, pero eso es imposible por completo. Lo que sí puedo hacer es proporcionarle información, pero lo de sobrevivir es tarea suya. Y mucho me temo que la situación va a ponerse peor, mucho peor antes de que mejore.

Carlos inspiró profundamente y asintió, a sabiendas de que aquello era justo lo que se había estado esperando. Estaba solo.

—Vale —dijo, y abrió los ojos, enderezando los hombros mientras asentía de nuevo—. Cuénteme.

Capítulo 9

COMENTARIOS Y DESCRIPCIÓN DE UN DELITO MENOR, 29-087.

Alguien ha robado dos de las doce gemas falsas que son parte integral del «cierre de reloj» de la puerta principal ornamentada del complejo municipal entre (aproximadamente) las 21.00 horas de ayer (24 de septiembre) y las 05.00 de esta mañana. Debido a que muchas de las tiendas y los negocios están cerrados y tapiados con tablas de madera, los saqueadores se han dedicado a destrozar las propiedades municipales y a llevarse lo que creen que puede ser valioso. Este agente opina que el ladrón pensó que las gemas eran verdaderas, y lo dejó después de quitar dos (una verde y una azul) cuando se dio cuenta de que tan sólo eran reproducciones de cristal.

Esta puerta (también conocida como la «Puerta del Ayuntamiento») es tan sólo una de las entradas/salidas que llevan al complejo municipal. La puerta se encuentra ahora mismo cerrada debido a su diseño complicado (y en opinión de este agente, ridículo), que requiere que todas las gemas estén presentes para que la cerradura de la puerta se desbloquee. Esta entrada/salida permanecerá cerrada hasta que el departamento de Parques y Jardines del ayuntamiento las arranque de su sitio o hasta que se recuperen las dos gemas y se coloquen de nuevo en su lugar. Debido a la falta de personal actual, no hay más remedio que suspender la investigación sobre este caso.

Agente Marvin Branagh.

Comentarios adicionales sobre el caso 29-087, agente Branagh.

26 de septiembre: Una de las gemas robadas (la azul) ha aparecido dentro de la propia comisaría. Son las 20.00 horas. Bill Hansen, el propietario del restaurante Grill 13, ya fallecido, llevaba al parecer consigo la gema falsa cuando llegó aquí en busca de refugio a primera hora de la tarde. El señor Hansen murió poco después de llegar bajo los disparos de la policía después de sucumbir a los efectos de la enfermedad del caníbal. La gema fue encontrada entre sus ropas, aunque este agente no tiene forma de saber si la robó él o dónde se encuentra la otra.

Debido a que la ciudad se encuentra ahora mismo bajo la ley marcial, no se llevará a cabo ningún esfuerzo por encontrar la otra gema o colocar ésta de nuevo en su sitio. Sin embargo, debido a que un número creciente de las calles que rodean el complejo municipal ya son intransitables, la necesidad de encontrar estas gemas puede convertirse en algo relevante.

Una nota personal: éste será mi último informe escrito hasta que la crisis actual haya finalizado. El papeleo no parece... En estos momentos, la necesidad de documentar las faltas y los delitos menores me parece un asunto secundario respecto al cumplimiento de la ley marcial, y no creo que sea el único que opina de este modo.

Marvin Branagh, departamento de policía de Raccoon City

Jill dejó el informe mecanografiado y el añadido escrito a mano de nuevo en el cajón de las pruebas y se preguntó con tristeza si Marvin todavía estaría vivo. Le parecía poco probable, lo que era una idea bastante deprimente. Era uno de los mejores agentes de la policía de Raccoon City, y siempre fue educado y agradable aunque ello fuera en detrimento de su comportamiento profesional.

Un verdadero profesional hasta el mismísimo final. Umbrella, hija de puta.

Metió la mano en el cajón y sacó el trozo de cristal azul tallado como un diamante. Lo miró con atención. El resto de la sala de almacenamiento de pruebas había sido arrasada, y no encontró nada útil en cuestión de armas ni en los cajones ni en los armarios con las cerraduras reventadas. Era obvio que ella no había sido la única que había pensado comprobar aquel lugar en busca de armas y municiones. Sin embargo, la gema...

Marvin tenía razón respecto a lo de las calles bloqueadas alrededor de la puerta del ayuntamiento. Ella ya había intentado pasar por la zona y había descubierto que la mayor parte estaba llena de barricadas. Tampoco es que hubiera mucho de interés por allí. La puerta daba a un pequeño jardín con senderos pavimentados, más que nada un entorno para una estatua bastante mala del ex alcalde Michael Warren. Detrás de todo aquello se encontraban el ayuntamiento, que ya no se utilizaba desde que se había construido el nuevo edificio municipal para los juzgados en la zona residencial de la ciudad, y también un par de senderos más que conducían al norte y al oeste respectivamente. A un concesionario de automóviles y a unos cuantos aparcamientos de coches usados si te dirigías hacia el norte, y si ibas hacia el oeste...

—¡Mierda! ¡El tranvía! —exclamó.

¿Por qué no había pensado en aquello antes? Jill se alegró, aunque también sintió la tentación de darse un golpe en la frente. Lo había olvidado por completo. Se trataba del viejo tranvía de modelo antiguo con dos vagones que hacía el recorrido turístico y que ya sólo se utilizaba en verano, pero cruzaba todos los barrios de las afueras de la zona oeste, más allá del parque de la ciudad, después de atravesar algunos de los vecindarios más exclusivos y pudientes. Se suponía que también existía una instalación de Umbrella abandonada en aquella dirección, y quizá allí habría coches que funcionasen y carreteras despejadas. Si todavía se encontraba en condiciones de funcionar, el tranvía sería el mejor modo de salir de la ciudad, la manera más fácil y sin problemas.

Con todas esas barricadas, el único modo de llegar hasta el tranvía es a través de esa puerta cerrada..., y sólo tengo una de las gemas.

No disponía del equipo necesario para encargarse de aquella enorme puerta ella sola..., pero el informe de Marvin decía que Bill Hansen llevaba encima la gema azul, y su restaurante estaba a tan sólo tres o cuatro manzanas de donde se encontraba en ese momento. No había motivo alguno para pensar que había tenido en sus manos la gema verde en algún momento, o que estuviera en el Grill 13, pero merecía la pena comprobarlo. Si no estaba allí, no se encontraría en una situación peor, pero si la encontraba, podría salir de la ciudad mucho antes de lo que esperaba. Con el Némesis por allí suelto, cuanto antes, mejor.

De modo que se decidió. Jill dio la vuelta y se dirigió a la puerta del vestíbulo mientras se metía la gema azul en la riñonera. Quería pasarse por el cuarto de revelado de fotografía de la comisaría a ver si encontraba uno de aquellos chalecos de fotógrafo. No tenía ninguno de esos recargadores rápidos para revólveres y quería disponer de unos cuantos bolsillos para las balas sueltas del Colt. Ya que estaba, pensó en dejar allí la escopeta. Se había apañado una cincha para colocársela al hombro con el cinturón de uno de los muertos, así que llevarla no era demasiado problema, pero sin cartuchos..., además, ya tenía la potencia de fuego del 357. No tenía sentido cargar con ella.

Entró en el vestíbulo y giró a la izquierda, procurando de forma deliberada no mirar el cuerpo tirado en el suelo que había debajo de las ventanas encaradas hacia el sur. Era una joven infectada contra la que había disparado desde las escaleras que llevaban a la segunda planta, justo al doblar la esquina. Estaba bastante segura de que conocía a la

chica. Era una secretaria recepcionista que trabajaba allí los fines de semana, Mary Noséqué. La habitación de revelado se encontraba frente a la abertura, bajo las escaleras. Tendría que pasar a escasos metros del cadáver, pero pensó que podría evitar mirarla demasiado de cerca si...

¡¡CLIIINNGG!!

Dos de las ventanas estallaron hacia dentro lanzando una lluvia de fragmentos de cristal sobre el cuerpo de la recepcionista, y algunas de las astillas de vidrio se clavaron en las piernas desnudas de Jill. Al mismo tiempo, una enorme masa oscura cayó dentro, mayor que un hombre, tan grande como...

El asesino de STARS.

Fue lo único que le dio tiempo a pensar. Jill salió corriendo en la dirección por donde había venido y abrió de golpe la puerta de la sala de almacenamiento de pruebas mientras oía a su espalda el crujir de cristales cuando aquello se puso en pie y el comienzo de su grito único y primordial.

—Ssst...

Siguió corriendo mientras sacaba el pesado revólver de debajo del cinturón y atravesaba la sala hasta llegar a la siguiente puerta, que daba a su vez a la sala de reuniones para policías de patrulla. Giró a la izquierda en cuanto entró y los escritorios se convirtieron en un borrón cuando pasó a toda velocidad a su lado, lo mismo que las sillas y las estanterías. Una de las mesas estaba volcada y llena de manchas de sangre y restos procedentes de los cadáveres de al menos dos policías, cuyos cuerpos destrozados se habían visto reducidos a obstáculos en su camino.

Jill saltó por encima de las piernas retorcidas y oyó cómo la puerta se abría, no, se desintegraba a su espalda con un estallido de madera machacada y astillada que no pudo ahogar el rugido furioso de Némesis.

Más rápido, más rápido, más rápido...

Se estampó contra la puerta sin dejar de correr; hizo caso omiso del pinchazo apagado de dolor que envolvió el hombro lastimado y giró a la derecha en cuanto entró en el siguiente vestíbulo.

Ssshhhh... ¡BUM!

Una estela humeante de luz pasó zumbando a su lado y abrió un agujero irregular y humeante en el suelo a poco menos de un metro de ella. Unos cuantos trozos de mármol y de cerámica ennegrecidos volaron por los aires en una explosión de ruido y calor.

¡Dios, está armado!

Corrió más deprisa todavía bajando por la rampa que llevaba al vestíbulo inferior, y justo en ese momento recordó que había echado todos los cerrojos de la puerta principal. Sintió una especie de puñetazo en el estómago cuando se dio cuenta de aquello. No lograría abrirla, no tenía ninguna posibilidad de...

BAAAM, otra descarga de lo que debía ser un lanzagranadas o algo mayor que pasó lo bastante cerca de ella como para que pudiera sentir el aire rasgarse al lado de la oreja derecha, y oyó el silbido de su velocidad increíble justo antes de que las hojas de la puerta saltaran hechas pedazos. Quedaron colgando y balanceándose de las bisagras retorcidas, meciéndose y echando humo mientras ella pasaba lanzada a la carrera y salía a la noche fresca y oscura.

—¡Sssstaaarrsssss!

Cerca, demasiado cerca. Jill sacrificó de modo instintivo un segundo de velocidad para echarse de un salto a un lado y alejarse de su trayectoria. Se dio cuenta vagamente de que el cuerpo de Brad ya no estaba allí, pero no le importó. El Némesis pasó a su lado

justo cuando aterrizó de nuevo en el suelo y atravesó lanzado a la carga el lugar que ella había ocupado un momento antes. El impulso lo arrastró una considerable distancia: era veloz, pero también demasiado pesado para detenerse de golpe. Su tamaño monstruoso le proporcionó a Jill el tiempo que necesitaba. Cruzó las puertas y las cerró de golpe con un quejido herrumbroso mientras se descolgaba la escopeta de la espalda. Se dio la vuelta y metió el arma entre los grandes tiradores de la puerta, y ambos crujieron contra el cañón y la culata antes de que le diera tiempo a soltarla. Lo hicieron con la fuerza suficiente para que Jill se percatara de que las puertas no resistirían durante demasiado tiempo. El Némesis aulló con rabia animal desde el otro lado, un sonido diabólico lleno de ansia de sangre tan violento que Jill se estremeció de forma involuntaria. Gritaba por ella, era su pesadilla de nuevo, estaba señalada por la muerte.

Se dio la vuelta y echó a correr, y el aullido se fue perdiendo detrás, en la distancia, mientras seguía corriendo y corriendo.

Cuando Nicholai vio a Mikhail Victor, supo que tenía que matarlo. No tenía ninguna razón práctica, pero la oportunidad era demasiado tentadora para dejarla escapar. Por alguna clase de golpe de suerte, el jefe del pelotón D había conseguido sobrevivir, y ése era un honor que no se merecía.

Vamos a arreglar este asunto.

Nicholai se sentía de buen humor. Iba adelantado en la planificación horaria que él mismo se había impuesto, y no había sucedido nada durante el resto de su trayecto por las alcantarillas. Su siguiente destino era el hospital, donde podría llegar en poco tiempo si tomaba el tranvía en Lonsdale Yard. Tenía tiempo más que suficiente para relajarse durante unos momentos y tomarse un descanso en la persecución. El hecho de salir de nuevo a la superficie de la ciudad y ver a Mikhail al otro lado de la calle, desde el tejado de uno de los edificios de Umbrella, un lugar ideal para un francotirador, fue algo parecido a una recompensa cósmica por el buen trabajo que había realizado hasta ese momento. Mikhail jamás se enteraría de qué lo había atacado.

El jefe de pelotón estaba dos pisos más abajo, con la espalda pegada a la pared de una casucha medio derruida mientras cambiaba el cargador del rifle. Una bombilla de seguridad, que arrojaba una luz irregular debido al revoloteo de los insectos nocturnos, iluminaba a la perfección su posición y haría imposible que localizase a su atacante.

Bueno, no se puede tener todo. Su muerte tendrá que bastarme.

Nicholai sonrió alzando el rifle y saboreando el momento. Una fresca brisa nocturna le meció un poco los cabellos mientras estudiaba a su víctima, y notó con no poca satisfacción el miedo que mostraba el rostro arrugado y desprevenido de Mikhail. ¿Un disparo en la cabeza? No. En el improbable caso de que Mikhail hubiese quedado infectado, Nicholai no quería perderse su «resurrección». Además, disponía de tiempo de sobra para quedarse mirando. Bajó el cañón una pizca y apuntó contra una de las rodillas. Muy doloroso..., pero podría utilizar los brazos y lo más probable era que comenzara a disparar a ciegas en la oscuridad. Nicholai prefería no arriesgarse a que le diera por casualidad.

Mikhail había terminado de revisar su arma y estaba mirando a su alrededor, como si estuviera planeando su siguiente paso. Nicholai acabó de apuntar por fin y disparó, un único tiro, sintiéndose muy feliz por su decisión justo en el momento que el jefe de pelotón se doblaba sobre sí mismo agarrándose el estómago..., y de repente, Mikhail desapareció al otro lado de la esquina en mitad de la noche. Nicholai pudo distinguir el sonido de los

pasos sobre la gravilla que se apagaban poco a poco.

Maldijo en voz baja y apretó la mandíbula por la frustración. Quería ver retorcerse a Mikhail, quería verlo sufrir con aquella herida dolorosa y probablemente letal. Al parecer, los reflejos de Mikhail no eran tan malos como él había pensado. *Bueno, pues entonces morirá en algún rincón oscuro en vez de donde yo pueda verlo. ¿Qué me importa? No es que no tenga otras cosas que hacer...*

No funcionó. Mikhail estaba herido de gravedad y Nicholai quería verlo morir. Tan sólo tardaría unos minutos en encontrar su rastro de sangre y perseguirlo. Hasta un niño podría hacerlo.

Nicholai sonrió.

Y cuando lo encuentre, puedo ofrecerle ayuda, puedo jugar a ser el camarada preocupado... Mikhail, ¿quién te ha hecho esto? Déjame que te ayude...

Se dio la vuelta y se apresuró a bajar por las escaleras mientras se imaginaba la expresión en la cara de Mikhail cuando se diera cuenta de quién era el responsable de su suplicio, cuando comprendiera su fracaso como jefe y como hombre.

Nicholai se preguntó qué habría hecho para merecer tanta felicidad. Hasta aquel momento, aquella noche había sido la mejor de toda su vida.

La línea telefónica se cortó en cuanto terminaron de hablar, y Carlos se dirigió a uno de los reservados y se sentó, pensando con detenimiento en todo lo que le había dicho Trent. Si todo aquello era cierto, y Carlos creía que lo más probable era que lo fuera, Umbrella tendría que responder de muchas cosas.

—¿Por qué me cuenta todo esto? —había preguntado Carlos, algo aturdido, casi al final de la conversación—. ¿Por qué a mí?

—Porque he visto su ficha —contestó Trent—. Carlos Oliveira, mercenario profesional..., excepto que siempre ha luchado en el bando de los buenos, siempre a favor de los oprimidos y de los indefensos. Ha arriesgado dos veces la vida en sendos intentos de asesinato, y ambos realizados con éxito: el primero contra un señor de la droga tiránico y cruel, y el otro contra un magnate de la pornografía infantil, si no recuerdo mal. Además, jamás le ha hecho daño a un civil inocente. Ni una sola vez. Señor Oliveira, Umbrella está involucrada en ciertas prácticas extremadamente inmorales, y usted es exactamente el tipo de persona que debería estar trabajando para detenerlos.

Según Trent, el virus T de Umbrella, o el virus G, que eran al parecer dos cepas distintas, fue desarrollado y utilizado en los monstruos que ellos mismos habían criado para convertirlos en verdaderas armas vivientes. Los humanos que se veían infectados por ellos contraían la enfermedad del caníbal. Trent también le había dicho que los directivos del UBCS sabían a qué estaban enviando a su gente y que lo más probable era que lo hubieran hecho a propósito; todo en nombre de la ciencia y de la investigación.

—Umbrella tiene ojos y oídos por todas partes —le había comentado Trent—. Como ya le he dicho antes, tenga cuidado en quién confía. La verdad es que nadie es de fiar.

Carlos se puso en pie de repente y se dirigió hacia la cocina, perdido en sus propios pensamientos. Trent se había negado a hablar sobre sus propias razones para atacar a Umbrella, aunque a Carlos le había dado la impresión de que Trent también trabajaba para ellos de algún modo. Eso podría explicar porque era tan reacio a explicarse.

Está teniendo tanto cuidado para no quedarse con el culo al aire..., pero ¿cómo puede saber tantas cosas? Todo lo que me ha contado...

Un montón de hechos, y algunos de ellos parecían arbitrarios por completo. Había

una gema falsa de color verde en un congelador industrial en el sótano del restaurante. Trent le había dicho que formaba parte de una pareja de joyas, pero se había negado a decirle dónde estaba la otra y por qué eran importantes.

—Asegúrese de que acaban juntas —le había insistido Trent, como si Carlos fuese a toparse con la otra por las buenas—. Cuando encuentre la azul, tendrá su explicación.

A pesar de lo inútil y críptico que podía parecer aquello, Trent también le había dicho que Umbrella mantenía dos helicópteros en la planta abandonada de reciclaje de agua que había al noroeste de la ciudad. Quizá lo más útil de todo había sido la última información que Trent le había pasado: en el hospital de la misma ciudad estaban trabajando sobre una vacuna, y aunque todavía no la habían sintetizado, sí existía al menos una muestra.

—Aunque es bastante posible que el hospital no esté ahí mucho tiempo más —había comentado, lo que provocó que Carlos se preguntara de nuevo cómo conseguía Trent toda aquella información. ¿Qué se suponía que iba a pasar? ¿Y cómo lo había llegado a saber Trent?

Trent parecía pensar que la supervivencia de Carlos era importante, parecía convencido de que Carlos iba a cumplir una función relevante en la lucha contra Umbrella, pero Carlos no estaba muy seguro de por qué, o si ni siquiera quería unirse a esa lucha. En aquellos momentos, lo único que quería era salir de la ciudad, pero fuese el que fuese el motivo por el que Trent se había mostrado dispuesto a ofrecerle información, Carlos se sentía agradecido por la ayuda.

Aunque tampoco habría estado mal si me hubiera ofrecido algo más: las llaves de un vehículo blindado, a lo mejor, o alguna clase de bote de repelente para monstruos.

Carlos se quedó de pie en la cocina observando la trampilla de aspecto pesado que, en teoría, daba a la escalera que bajaba al sótano. Trent le había dicho que lo más seguro era que hubiera más armas en la torre del reloj, que no se encontraba demasiado lejos del hospital. Eso, y lo que le había contado sobre los helicópteros de Umbrella, posados al norte de la torre y del hospital, era muy útil desde luego.

Pero ¿por qué me ha dejado venir si soy tan importante? Podría haberlo impedido cuando iba de camino a la oficina de campaña.

Había muchas cosas en aquella situación que no tenían sentido, y Carlos estaba dispuesto a apostar todo lo que tenía a que Trent no se lo había contado todo. No le quedaba más remedio que confiar en él un poco, pero iba a tener mucho cuidado a la hora de depender de la información que le había pasado Trent.

Carlos se puso en cuclillas al lado de la trampilla, agarró el asa y tiró. Era pesada y lo logró a duras penas, dejándose caer hacia atrás y utilizando las piernas como palanca. A menos que los cocineros fueran culturistas, tenía que haber una palanca de buen tamaño en algún lugar de la cocina.

La puerta delantera del restaurante se abrió y se cerró. Carlos dejó a un lado la trampilla con suavidad y sin hacer ruido antes de darse la vuelta, todavía en cuclillas, y apuntó el M16 hacia la entrada al salón comedor. No creía que los zombis tuvieran la coordinación mental suficiente para abrir puertas, pero no tenía ni idea de lo que eran capaces de hacer los monstruos, o si había alguien más rondando por las calles.

Unos pasos lentos y sigilosos se dirigieron hacia la cocina. Carlos contuvo la respiración mientras pensaba en Trent y en la posibilidad de que le hubieran tendido una trampa, pero lo último que esperaba ver era un revólver 357 aparecer por la esquina, empuñado por una joven atractiva y de aspecto tremendamente serio que entró agachada y que apuntó a Carlos antes de que éste pudiera parpadear.

Se quedaron mirándose durante un instante y ninguno de los dos se movió. Carlos pudo ver en la expresión de los ojos de la mujer que no dudaría en pegarle un tiro si lo creía necesario. Puesto que él se sentía de un modo bastante parecido, decidió presentarse.

—Me llamo Carlos —dijo con voz tranquila—. No soy zombi. Tranquila, ¿vale?

La chica se lo quedó mirando un momento más y luego asintió con lentitud mientras bajaba el revólver. Carlos apartó el dedo del gatillo del rifle e hizo lo mismo a la vez que ambos se ponían en pie moviéndose con cuidado.

—Jill Valentine —contestó ella.

Parecía estar a punto de decir algo más cuando la puerta trasera del restaurante se abrió con un golpe tremendo y el ruido del porrazo vino acompañado por un grito gutural e inhumano que le puso los pelos de punta a Carlos.

—¡Ssstaaaaarrrsss! —aulló, fuese lo que fuese que había entrado. El grito resonó por todo el restaurante mientras unos pasos gigantescos y decididos se dirigieron a ellos de forma implacable.

Capítulo 10

No había tiempo para hacer preguntas, ni siquiera para preguntarse cómo el monstruo había logrado encontrarla tan pronto. Jill le indicó al joven desconocido que se colocara detrás de ella y retrocedió hacia el salón comedor mientras él pasaba corriendo a su lado. Miró a su alrededor con desesperación buscando algo que pudiera utilizar para distraer al monstruo el tiempo suficiente para que los dos pudieran escapar. Se ocultaron detrás de la barra del bar. Carlos se movía con aspecto de tener experiencia en aquel tipo de situaciones. Al menos, tuvo el sentido común de permanecer callado cuando el asesino de STARS entró a la carga en la cocina, aullando todavía.

¡Fuego!

Había una lámpara de aceite encendida en un carrito de servir cerca del mostrador. Jill no lo dudó: los alcanzaría en pocos segundos si no actuaba de inmediato, y quizá un poco de aceite ardiendo lo frenaría.

Le indicó por señas a Carlos que se quedara quieto, recogió la lámpara y se quedó de pie, inclinada sobre el mostrador con el brazo echado hacia atrás. La enorme mole del Némesis había comenzado a cruzar la cocina cuando le arrojó la lámpara, gruñendo por el esfuerzo que suponía lanzarla desde aquella distancia.

La lámpara voló por los aires y el tiempo pareció frenar su marcha hasta casi detenerse. Ocurrieron tantas cosas a la vez que su mente fue pasando los acontecimientos de uno en uno. La lámpara se hizo añicos a los pies del monstruo, y el aceite y los trozos de cristal saltaron por los aires ante de posarse en el suelo y formar un charco pequeño de llamas ondulantes; la criatura alzó los enormes puños y aulló de furia; Carlos gritó algo y se arrojó sobre ella, agarrándola de la cintura y tirando de su cuerpo. Aquel movimiento torpe los hizo caer a los dos al suelo cuando se produjo un estallido fortísimo, un resplandor tremendo y un estampido increíble que ella ya había sufrido una vez desde que se había despertado esa misma mañana, un desplazamiento del aire que la golpeó en los oídos mientras Carlos intentaba protegerla y mantenerle la cabeza agachada a la vez que le decía algo en un castellano rápido justo cuando el tiempo aceleró de nuevo y algo comenzó a arder.

Dios, ¿otra vez? Toda la ciudad va a saltar por los aires a este paso.

La idea le llegó de un modo vago, difuso. Se quedó con la mente aturdida hasta que se acordó de respirar de nuevo. Jill inspiró profundamente y apartó el brazo de Carlos para ponerse en pie. Necesitaba verlo.

La cocina estaba destrozada por la explosión, ennegrecida y con todos los cacharros y demás utensilios esparcidos por doquier. Vio varias bombonas apoyadas contra la pared trasera. Era obvio que una de ellas había sido la causante de la explosión: uno de sus costados estaba humeante y abierto como los pétalos de una flor metálica. Unas volutas de humo de olor rancio ascendían desde el cuerpo achicharrado tirado en el suelo. El Némesis parecía un gigante derribado, con sus ropas negras chamuscadas o quemadas. No se movía.

—No quiero ofenderte, pero ¿estás loca? —le preguntó Carlos, aunque la miraba como si fuera más bien una pregunta retórica—. ¡Podías habernos matado!

Jill se quedó observando al Némesis sin hacer caso a Carlos. No dejó de apuntarle a

las piernas inmóviles con la 357. La cabeza y la parte superior del cuerpo estaban cubiertas por una estantería baja. La explosión había sido muy potente, pero después de todo lo que le había pasado, sabía que era mejor no presuponer nada.

Dispárale, dispárale mientras todavía está tirado en el suelo, puede que no tengas otra oportunidad.

El Némesis se estremeció, un leve movimiento en la mano que tenía a la vista, y los nervios de Jill se dispararon. Quería estar fuera de allí, quería estar muy lejos de allí antes de que aquello se levantara, antes de que superara los efectos de la explosión, como haría con toda seguridad.

—Tenemos que marcharnos, ya —dijo a Carlos, girándose hacia él.

Era evidente que el joven, que era bastante atractivo, no se había sentido impresionado por la explosión, pero dudó un momento antes de asentir y empuñar con más firmeza el rifle de asalto que llevaba. Parecía un M16, de diseño militar, y él vestía ropas de combate: una señal muy buena.

Espero que haya más como tú de dondequiera que hayas venido, pensó Jill, y se dirigió a la puerta a paso rápido, con Carlos pegado a la espalda.

Tenía muchas preguntas que hacerle, y se dio cuenta de que lo más probable era que él también tuviera preparadas unas cuantas para ella, pero podían hacerlas en algún otro lugar. En cualquier otro lugar.

Jill no pudo evitarlo. En cuanto salieron al exterior empezó a correr, y el joven soldado se colocó a su paso, atravesando a toda velocidad la fría oscuridad de la ciudad muerta mientras ella se preguntaba si existiría algún lugar donde pudieran estar a salvo.

La chica, Jill, corrió toda una manzana antes de bajar el ritmo. Parecía saber hacia dónde se dirigían, y era obvio que poseía alguna clase de entrenamiento de combate. Quizá era policía, aunque estaba seguro de que no era una agente de uniforme. Carlos sentía una curiosidad tremenda, pero prefirió ahorrar aliento y se concentró en mantenerse a su lado en vez de hacerle preguntas.

Corrieron calle abajo al salir del restaurante, pasando al lado del cine del que Trent le había hablado y doblando después a la derecha al llegar a una fuente ornamental al final de la manzana. Avanzaron otra media manzana y Jill le indicó una puerta a la izquierda antes de colocarse en posición para entrar. Carlos asintió y se colocó al otro lado con el rifle encarado a la puerta.

Jill la abrió y Carlos entró con el arma por delante, listo para disparar contra cualquier cosa que se moviera mientras Jill lo cubría. Estaban en el interior de alguna clase de almacén, al final de un pasillo que llegaba a un cruce unos quince metros por delante. Parecía estar despejado.

—Debería estar despejado —dijo Jill en voz baja—. He pasado por aquí hace pocos minutos.

—Más vale prevenir, ¿de acuerdo? —contestó Carlos sin bajar el rifle, pero sintiendo a la vez parte de la tensión abandonarle el cuerpo. Sin duda, se trataba de una profesional.

Se adentraron en el almacén y comprobaron el lugar a fondo antes de hablar de nuevo. El aire era frío y el lugar no estaba demasiado bien iluminado, pero no olía tan mal como la mayor parte de la ciudad, y al quedarse en mitad del cruce de pasillos podrían ver cualquier cosa que se acercase demasiado. A Carlos le pareció el lugar más seguro en el que había estado desde que bajó del helicóptero.

—Me gustaría hacerte una pregunta, si no te importa —dijo por fin Jill centrando toda su atención en él.

Carlos abrió la boca y las palabras salieron sin que lo pudiera impedir.

—Quieres salir conmigo, ¿verdad? Es el acento. A las chicas os encanta mi acento. Me oís hablar y no podéis evitarlo.

Jill se quedó mirándolo, con los ojos abiertos de par en par, y Carlos pensó por un momento que había cometido un error, que ella no se daría cuenta de que se trataba de una broma. Había sido una estupidez soltar una gracia en aquellas circunstancias. Estaba a punto de pedirle disculpas cuando Jill levantó un poco una de las comisuras de los labios.

—Me pareció que habías dicho que no eras un zombi —replicó—, pero si eso es lo mejor que sabes hacer, quizá deberíamos evaluar de nuevo nuestra situación.

Carlos sonrió encantado por la respuesta, y de repente, se acordó de Randy, de las bromas que intercambiaron justo antes de aterrizar en Raccoon. Su sonrisa se desvaneció y vio que el destello de humor en los ojos de Jill también desaparecía, como si ella a su vez hubiera recordado la situación en que se encontraban y todo lo que había ocurrido.

Su tono de voz fue mucho menos amistoso cuando habló de nuevo.

—Iba a preguntarte si eres el mismo Carlos que envió un mensaje hace una hora o una hora y media más o menos.

—¿Lo recibiste? —preguntó Carlos, sorprendido—. Al ver que nadie me respondía, pensé que...

«Cuidado en quién confía.» Las palabras de Trent cruzaron su mente por un instante y le recordaron que en realidad no tenía ni idea de quién era Jill Valentine. Dejó de hablar poco a poco hasta encoger los hombros con indiferencia.

—Sólo lo oí en parte, y no podía transmitir desde donde yo estaba —aclaró Jill—. Dijiste algo de un pelotón, ¿verdad? ¿Hay más soldados por aquí?

Cuéntale sólo lo básico, y no digas nada de Trent.

—Los había, pero creo que ya han muerto todos. Toda esta operación ha sido un desastre desde que empezó.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó mirándolo con intensidad—. ¿Y qué es lo que sois? ¿La Guardia Nacional? ¿Van a enviar más apoyo?

Le tocó a Carlos mirarla con detenimiento mientras se preguntaba lo cuidadoso que tendría que ser.

—No vendrán refuerzos; no lo creo. Me refiero a que al final enviarán a alguien, pero no soy más que un soldado, la verdad es que no sé nada de importancia. Llegamos y los zombis nos atacaron. Quizá alguno de los demás logró escapar con vida, pero por lo que yo sé, estás viendo al último superviviente del UBCS, el Servicio de Contramedidas Biológicas de Umbrella.

Ella lo interrumpió, y la expresión que apareció en su rostro fue muy parecida al asco.

—¿Trabajas para Umbrella?

Carlos asintió.

—Sí. Nos enviaron para rescatar a los ciudadanos.

Quiso decirle algo más, contarle lo que sospechaba, cualquier cosa con tal de quitarle aquella expresión de la cara. Parecía que ella había descubierto de repente que era un violador o algo parecido. Sin embargo, el aviso de Trent apareció de nuevo en su mente y le recordó que debía ser precavido. Jill frunció los labios.

—¿Por qué no cortas el rollo? Los de Umbrella sois los responsables de toda la mierda que ha pasado aquí. Como si no lo supieras... ¿Qué es lo que consigues mintiéndome? ¿Qué estás haciendo de verdad aquí? Dime la verdad, Carlos, si ése es tu verdadero nombre.

Estaba muy enfadada, y Carlos se sintió desconcertado durante un momento. Se

preguntó si no sería una aliada, una persona que conocía la verdad sobre Umbrella..., pero también podía ser una trampa.

Quizá trabaja para ellos y está intentando ponerme a prueba para saber a quién soy leal.

Carlos dejó que su voz mostrara un leve enfado.

—Ya te he dicho que sólo soy un soldado. Yo..., todos nosotros, no éramos más que mercenarios, nada de politiqueo, ¿vale? No nos cuentan una mierda. Y la verdad es que en este preciso momento, no me interesa de lo que es responsable o no la gente de Umbrella. Si veo a alguien en apuros, haré mi trabajo y lo ayudaré, pero si no, sólo quiero salir de aquí.

Se quedó mirándola, decidido a mantenerse firme.

—Y hablando de quién es quién y de qué, ¿qué estás haciendo tú por aquí? —le espetó con sequedad—. ¿Qué estabas haciendo en ese restaurante? ¿Y qué era eso que hiciste volar por los aires?

Jill sostuvo su mirada durante otro segundo y luego bajó la vista lanzando un suspiro.

—Yo también estoy intentando salir de aquí. Esa cosa era uno de los monstruos de Umbrella. Me está persiguiendo, y dudo mucho que esté muerto, ni siquiera después de eso, lo que significa que no estoy a salvo. Pensé que... Estaba buscando una especie de llave, y pensé que quizá estaría en el restaurante.

—¿Qué clase de llave? —le preguntó él, aunque, de algún modo, ya sabía la respuesta.

—Es una joya. Forma parte del mecanismo de la cerradura de la puerta que da al ayuntamiento. De hecho, son dos joyas, pero ya tengo una. Si encontramos la otra y logramos abrir esa puerta, podremos llegar a una vía de salida de la ciudad: un tranvía que va hacia el oeste y atraviesa las afueras.

Carlos mantuvo impassible el rostro, pero estaba dando gritos por dentro. ¿Qué era lo que le había dicho Trent?

Para empezar, que fuera hacia el oeste, y que cuando descubriera dónde se encontraba la gema azul, comprendería su importancia. Pero ¿qué tiene que ver todo eso con Jill Valentine? ¿Confío en ella, o no? ¿Qué es lo que sabe?

—No me jodas —respondió con voz tranquila—. Vi algo parecido a eso en el sótano del restaurante. Una piedra preciosa de color verde.

Jill puso unos ojos como platos.

—¿De verdad? Si podemos conseguirla... ¡Carlos, tenemos que volver allí!

—Si ése es mi nombre —replicó él entre irritado y divertido.

Aquella muchacha parecía saltar de un estado de ánimo a otro. Primero estaba animada, luego divertida, después furiosa y, por último, nerviosa. Era algo que cansaba bastante, y todavía no estaba muy seguro de si se podía fiar de ella. Parecía sincera.

—Lo siento —dijo ella tras un momento, tocándole un brazo con suavidad—. No debería haber dicho eso. Es que..., Umbrella y yo no nos llevamos precisamente bien. Se produjo un accidente y una contaminación biológica en unos de sus laboratorios, aquí mismo, hace seis semanas. Mucha gente ha muerto. Y ahora esto.

Carlos se ablandó un poquito por el calor de su mano. Jesús. Era un idiota al que le encantaba cualquier monada, y ella era muy atractiva.

—Carlos Oliveira—dijo—. A su servicio. *Tranquilo, chico. Sal de la ciudad, dice el tal Trent, pero ¿estás seguro de que quieres viajar con alguien que a lo mejor acaba matándote? Será mejor que te aclares antes de despegar con la estupenda señorita Valentine.*

Empezó a discutir consigo mismo de forma inmediata. *Sí, ten cuidado, pero ¿es que vas*

a dejarla sola en mitad de esta situación? Ha dicho que el monstruo va a por ella...

Gastaba bromas sobre ello algunas veces, pero no era machista en absoluto. Jill era capaz de cuidar de sí misma, y ya lo había demostrado más que de sobra. Y si resultaba que era una espía que trabajaba para Umbrella, entonces..., se merecía lo que le estaba pasando.

—Yo no me sentiría bien si nos marcháramos sin intentar al menos encontrar a algunos de los demás —dijo por fin.

Se dio cuenta de que era verdad: ya sabía que existía un modo de salir de la ciudad. Una hora antes, la idea le hubiera parecido ridícula. Sin embargo, en ese momento, pertrechado con la información que le había proporcionado Trent, todo había cambiado. Todavía estaba atemorizado, de eso no había duda, pero conocer un poco la situación le hacía sentirse en cierto modo menos vulnerable. A pesar de todos los riesgos, quería explorar unas cuantas manzanas más antes de marcharse de la ciudad, quería intentar al menos ayudar a alguien. Quería tiempo para pensar, para decidirse de una vez.

Bueno, eso... y saber que ella ha podido sobrevivir. Si ella lo ha conseguido, yo también puedo.

—Vi esa puerta que dices. La que está cerca del edificio del periódico, ¿no? ¿Por qué no nos reunimos allí? O mejor todavía, en el tranvía.

Jill frunció el entrecejo, pero luego asintió.

—Vale. Volveré al restaurante mientras tú echas un vistazo por ahí. Te esperaré en el tranvía. En cuanto pases la puerta, sigue el sendero y mantente a la izquierda. Verás los carteles que indican dónde está Lonsdale Yard.

Ninguno de los dos habló durante unos segundos, y Carlos notó por el modo precavido en que Jill lo miraba que ella también tenía sus propias dudas sobre él. Sus recelos le hicieron confiar un poco más en la chica. Si de verdad odiaba tanto a Umbrella, tenía sentido que no quisiera demasiado andar con uno de los empleados de la compañía.

¡Deja de discutir y márchate ya, por amor de Dios!

—No te vayas sin mí —dijo Carlos con intención de que sonara divertido. Pero le salió tremendamente serio.

—No me hagas esperar demasiado —contestó ella sonriéndole.

Carlos pensó que quizá después de todo fuese buena persona. Un momento más tarde, Jill se dio la vuelta y se alejó al trote de vuelta por el pasillo por el que habían entrado.

La observó alejarse mientras se preguntaba si no estaba loco por no irse con ella. Después de un momento, se dio la vuelta y se dirigió caminando con rapidez hacia la otra salida antes de que decidiera cambiar de opinión.

Para alguien que estaba sangrando como un cerdo empalado, Mikhail se movía con una rapidez sorprendente. Nicholai había seguido el rastro de gotas oscuras a través de una barricada, sobre la gravilla y el asfalto, la hierba y los cascotes, y todavía no había visto al moribundo.

Quizá moribundo sea un término exagerado si tenemos en cuenta...

Nicholai había planeado abandonar la caza si no localizaba al jefe de pelotón al cabo de unos minutos, pero cuanto más lo buscaba, más decidido se sentía a encontrarlo. También se percató de que cada vez estaba más furioso. ¿Cómo se atrevía Mikhail a intentar escaparse de su castigo? ¿Quién se creía que era para hacerle desperdiciar un tiempo precioso? Y para más frustración, Mikhail había recorrido bastante distancia hacia el centro de la ciudad. Si seguía avanzando otra manzana más, acabaría de nuevo en el

edificio de la comisaría de policía.

Nicholai abrió otra puerta, exploró con la vista una nueva estancia y suspiró. Mikhail sabía que lo estaban siguiendo. O eso, o es que no tenía el sentido común suficiente para tumbarse en el suelo y morir. De cualquier manera, no podía estar muy lejos.

Atravesó una oficina pequeña y ordenada que al parecer estaba unida a un garaje. El rastro errático del púrpura de la sangre reluciente destacaba sobre el linóleo de color azul iluminado por las bombillas sin pantalla del techo. Las salpicaduras parecían estar disminuyendo: o Mikhail se estaba desangrando, lo que parecía poco probable, o había descubierto el modo de contener la hemorragia.

Nicholai apretó los dientes y se tranquilizó a sí mismo. *Estará débil, irá más despacio, quizá estará buscando un sitio donde descansar. Vi el impacto. No puede seguir caminando mucho más lejos.*

Entró en el garaje oscuro y cavernoso. El aire frío estaba impregnado por completo con el olor a gasolina y a aceite de motor..., y con algo más. Se detuvo e inspiró profundamente. Estaba seguro de que alguien había disparado con una arma allí, y hacía poco.

Avanzó con rapidez y en silencio por el suelo de cemento rodeando una furgoneta blanca que bloqueaba una de las filas de coches, y vio lo que parecía ser un perro tirado en mitad de un charco de sangre, con su extraño cuerpo doblado en posición fetal.

Se apresuró a acercarse a aquello, asqueado y emocionado a la vez. Lo habían advertido sobre los perros y sobre la rapidez con la que resultaban infectados. Sabía que las investigaciones sobre sus posibilidades como armas biológicas se habían llevado a cabo en la mansión Spencer.

Y se los consideró demasiado peligrosos cuando atacaron a sus propios cuidadores. No se los podía entrenar, y el ritmo de corrupción de sus cuerpos era más elevado que el de los demás organismos.

Lo cierto era que el animal medio despellejado que tenía a sus pies tenía el aspecto y desprendía el mismo olor que un trozo de carne cruda que había pasado bajo el sol demasiado tiempo. A pesar de estar acostumbrado a la presencia de la muerte, Nicholai sintió que el estómago se le subía a la boca, pero siguió estudiando con detenimiento a la criatura, seguro de que aquel ser canino había muerto a balazos.

Allí estaban: dos agujeros de bala justo debajo del jirón de carne desgarrada que era su oreja izquierda..., pero no eran de un M16. Los agujeros eran demasiado grandes. Nicholai retrocedió frunciendo el entrecejo. Alguien aparte de Mikhail Victor había pasado por aquel garaje en la media hora anterior, y lo más probable era que no se tratase de un soldado del UBCS; a menos que llevara consigo una arma personal, casi con toda seguridad una pistola.

Nicholai oyó algo. Alzó la cabeza con rapidez y centró toda su atención en la puerta de salida situada delante de él y un poco a la derecha. Un sonido suave y deslizante. Quizá un humano infectado que rozaba contra la puerta..., o quizá un individuo herido, recostado contra ella y demasiado agotado para abrirla.

Nicholai se acercó a la puerta, esperanzado, y sonrió al oír el sonido de la voz de Mikhail, tensa y exhausta, que llegaba desde el otro lado del metal.

—No... ¡Vete!

Nicholai abrió la puerta, lleno de ansia, y borró la sonrisa de su cara mientras estudiaba la situación. Ante él se abría un patio extenso, con una verja y una puerta, y repleto de vehículos apilados formando una barricada inútil. Otros dos perros muertos estaban tirados en el suelo frío.

Mikhail yacía al lado de la puerta del garaje, intentando desesperadamente alzar su rifle. Su cara pálida estaba cubierta de gotas de sudor, y las manos le temblaban de forma incontrolable. A cinco metros de él, la mitad de una persona se arrastraba en su dirección sobre las puntas destrozadas de sus dedos sin uñas y sin carne. El rostro de aquello, no se sabía si hombre o mujer, estaba podrido y mostraba una sonrisa ya permanente. Avanzaba de un modo lentísimo pero constante. Por lo que se veía, ya no tenía la parte inferior del cuerpo; desde luego carecía de sistema digestivo, pero eso no parecía impedir que el infectado desease seguir comiendo.

¿Me hago el héroe y salvo a mi jefe de ser devorado vivo, o disfruto del espectáculo?

—Nicholai, ayúdame, por favor... —dijo Mikhail entre jadeos y girando la cabeza hacia arriba para mirarle.

Aquello fue demasiado, y Nicholai no se pudo resistir. La idea de que Mikhail se sintiera agradecido con él porque le hubiera salvado la vida le parecía increíblemente... divertida, a falta de un término mejor.

—Aguanta, Mikhail —le dijo con convicción—. ¡Yo me encargaré de esto!

Se lanzó hacia adelante y saltó para aplastar el talón de la bota contra el cráneo del zombi. Puso un gesto de asco cuando una gran parte de la piel del cráneo se desprendió del hueso con un sonido húmedo. Bajó con fuerza el pie de nuevo, una y otra vez, y aquella criatura, antes humana, murió por fin con un crujido fuerte y líquido, moviendo los brazos de modo espasmódico mientras sus dedos sin carne tabaleaban durante momento contra el asfalto.

Nicholai se dio la vuelta y se apresuró a arrodillarse al lado de Mikhail.

—¿Qué ha pasado? —preguntó con una voz llena de preocupación mientras miraba el estómago ensangrentado de Mikhail—. ¿Es que te ha pillado uno de ellos?

Mikhail negó con la cabeza y cerró los ojos, como si estuviese demasiado agotado para mantenerlos abiertos.

—Alguien me disparó.

—¿Quién? ¿Por qué?

Nicholai hizo todo lo posible por parecer sorprendido.

—No sé quién fue, ni por qué. Pensaba que alguien me estaba siguiendo, pero... A lo mejor sólo pensaban que era uno de ellos. Un zombi.

Bueno, lo cierto es que eso no se aleja mucho de la realidad. Nicholai tuvo que sofocar otra sonrisa. Pensó que se merecía un premio por su gran actuación.

—Vi que algunos hombres se salvaban —susurró Mikhail—. Si podemos llegar al punto de evacuación y llamar a los transportes...

La torre del reloj de Saint Michael era el supuesto punto de evacuación, y era allí donde en teoría debían llevar a los ciudadanos supervivientes. Nicholai sabía la verdad: que lo primero que bajaría sería un equipo de reconocimiento disfrazado de asistencia médica de emergencia, y que no aparecerían más helicópteros a no ser que Umbrella lo ordenara. Puesto que lo más probable era que todos los jefes de escuadra estuviesen muertos, Nicholai se preguntó si algunos de los soldados sabrían aquello de la «evacuación», aunque supuso que no era algo importante. No afectaría de ningún modo a sus planes.

Se dio cuenta de que no estaba disfrutando de aquella situación tanto como había pensado. Mikhail era demasiado confiado, hasta un grado patético. Era un desafío tan grande como cazar a un perro amistoso. También era casi vergonzoso ver cómo se había rendido al dolor.

—No creo que estés en condiciones de viajar —dijo Nicholai con frialdad.

—No estoy tan mal. Duele de cojones y he perdido sangre, pero si puedo recuperar el aliento, si descanso unos cuantos minutos...

—No, tiene muy mala pinta —insistió Nicholai—. Parece mortal. De hecho, creo que...

Creeeccc.

Nicholai se calló de forma inmediata cuando la puerta del garaje se abrió junto a ellos con un movimiento lento y fluido y uno de los soldados del UBCS apareció tras ella. Los ojos se le iluminaron de alegría cuando los vio, y bajó su rifle de asalto..., pero sólo un poco, no del todo.

—¡Señor! Cabo Carlos Oliveira, escuadra A, pelotón delta. Yo..., joder, me alegro de veros.

Nicholai se limitó a asentir, furioso más allá de toda medida cuando Carlos se acuclilló a su lado y comenzó a revisar la herida de Mikhail mientras hacía preguntas estúpidas. Estaba seguro con un noventa y nueve por ciento de certeza de que podría matarlos a los dos antes de que se dieran cuenta de lo que estaba pasando, pero incluso ese uno por ciento restante era un riesgo demasiado elevado si tenía en cuenta todo lo que estaba en juego. Tendría que esperar pero quizá encontraría un modo de sacar ventaja de aquella circunstancia nueva.

Y si no... Bueno, la gente le daba la espalda de forma constante a sus amigos, ¿verdad? Y ninguno de los dos tenía motivos para pensar que Nicholai no fuese precisamente eso.

¿Cómo decía el refrán? Era algo sobre que un obstáculo era en realidad una oportunidad disfrazada. Todo iba a salir bien.

Capítulo 11

Jill se detuvo casi patinando delante de la puerta que daba al ayuntamiento. Llevaba las dos gemas en una mano apretada y sudorosa. La zona parecía despejada, al menos la parte que ella podía ver, pero el restaurante estaba vacío a su regreso: el Némesis había desaparecido, y eso significaba que tenía que darse prisa. No sabía cómo, pero lo cierto es que estaba rastreándola, y Jill quería marcharse de una vez.

Su carrera a toda velocidad por los callejones en la parte posterior del restaurante la habían dejado casi sin aliento y bastante atemorizada. Estuvo a punto de caerse al suelo al tropezar con el cuerpo de una criatura casi inconcebible que habría sido incapaz de ver en aquella negrura cerrada. Sin embargo, la silueta oscura de garras múltiples había sido más que suficiente para que siguiera corriendo. No se parecía a nada que hubiera visto antes. Aquello, y la amenaza de la persecución inevitable del Némesis le habían provocado un leve ataque de pánico. Jill lo había utilizado para aumentar la velocidad de su carrera, aunque se había esforzado por mantener el control de sus actos. Sabía por experiencia propia que mantenerse en contacto con los instintos del lado animal de uno mismo formaba una parte vital de la supervivencia. Un poco de miedo siempre venía bien. Hacía que la adrenalina siguiera fluyendo.

El reloj decorativo y ornamentado estaba situado en una especie de estrado al lado de la puerta. Colocó la gema azul en el sitio que le correspondía y, al hacerlo, el cristal con forma de diamante tallado provocó el inicio de un leve zumbido eléctrico. Una serie circular de luces que rodeaba a las gemas parpadeó y se encendió. Colocó el diamante verde con la misma facilidad e hizo que la cadena de luces en círculo se encendiera por completo. Se oyó un pesado sonido chirriante y las dos hojas de la puerta empezaron a abrirse, dejando al descubierto un sendero umbrío flanqueado por setos descuidados y abandonados.

No tenía muy mal aspecto desde donde ella estaba. Entró en el sendero sumido en el silencio y aguzó los sentidos. Hacía frío y estaba oscuro, y lo único que se movía era una brisa leve que prometía traer lluvia y que agitaba las ramas de los árboles y arrastraba las hojas a la par que le secaba el sudor de la cara y los brazos. Distinguió el lejano gemido de un zombi que le llegó arrastrado por el viento, y vio los primeros resplandores de la luna sobre las piedras del sendero. Se mantuvo alerta, aunque no percibió ningún peligro inmediato, y se siguió internando mientras pensaba en Carlos Oliveira.

Estaba segura de que le decía la verdad sobre lo de ser un simple mercenario al servicio de Umbrella, y que no tenía ni idea acerca de lo que estaba tramando de verdad la empresa, pero sin duda se guardaba algo para él. No era tan buen mentiroso como él se creía, y su aparente disposición a mentir no era buena señal.

Por otro lado, tampoco es que pareciera un tipo muy taimado. Quizá se trataba de un mentiroso con buenas intenciones, o que simplemente no tenía malas intenciones. Lo más probable era que tan sólo fuese precavido, que se dedicara a hacer exactamente lo mismo que ella estaba haciendo. Fuera como fuera, no tenía tiempo de andar interpretando con detenimiento sus actos, así que tendría que conformarse con su primera impresión: era uno de los buenos. Si eso iba a servirle o no de ayuda, ya era otra cuestión. De momento, estaba dispuesta a aceptar a cualquier aliado que no tuviese planes de asesinarla.

Pero ¿debería unirme a alguien? ¿Qué pasaría si se interpusiese en el camino del Némesis y...?

Oyó el grito como si respondiera a sus ideas. Fue una coincidencia maligna que le pareció irreal, como si se tratara de un chiste mortífero.

—Ssstaaaaarrssss...

Hablando del demonio. Mierda, ¿dónde está?

Jill se encontraba casi en el centro del pequeño parque, donde los tres senderos se cruzaban. El sonido llegaba de algún punto por delante de ella..., ¿o era desde atrás? La acústica del sitio era extraña. Un patio pequeño que tenía delante hacía que el grito siseante pareciera proceder de todos lados a la vez. Se giró mirando en todas direcciones, pero el sendero por el que había llegado y los otros dos se adentraban hacia la oscuridad del parque abierto hasta desaparecer.

Por dónde...

Avanzó un poco hacia el espacio abierto para disponer de una mayor posibilidad de huida y de sitio suficiente para tener más margen de maniobra, si al final resultaba ser necesario.

El sonido de un paso, fuerte, pesado. Otro. Jill giró la cabeza hacia un lado..., y allí estaba, delante de ella y a la izquierda, en el sendero que llevaba al tranvía. Una oscuridad más densa, todavía un poco más allá de su campo de visión.

Tengo que retroceder, al periódico o a la comisaría. No, no hay modo de que corra más que eso, pero está la gasolinera, tiene una persiana de cierre metálica y un mogollón de coches entre los que puedo esconderme...

Hacia adelante y hacia la derecha. Un plan sencillo era mejor que no tener ninguno, y ya se había quedado sin tiempo para considerar más opciones aparte de ésta.

Jill empezó a correr, y el leve repiqueteo de sus botas quedó ahogado por un repentino estallido de movimiento, un rugido aullante y los fuertes pisotones de unos pies semisintéticos que recorrían el espacio abierto. Jill se sintió muy consciente de sí misma, de las contracciones de los músculos, del palpitante del corazón y del jadeo de la respiración mientras casi volaba por encima de las piedras del sendero. Llegó en un momento a la pequeña puerta que daba al norte, la que la llevaría a casi toda una manzana repleta de coches abandonados, más allá de una gasolinera que incluía un garaje y un taller de reparaciones, hacia...

No pudo recordar nada más. Si la calle estaba despejada, podría atravesar la zona industrial de la ciudad, eso si no tropezaba con ningún grupo de zombis. Si habían levantado alguna barricada por allí...

Entonces, estoy jodida, y ya es demasiado tarde.

Dejó que su cuerpo bien entrenado hiciera el resto, y atravesó con agilidad el hueco de la puerta antes de empezar a correr semiagachada hasta llegar a la seguridad relativa del laberinto de coches y camiones inmovilizados allí. Sintió cómo se acercaba la criatura, así que se fundió con las sombras y trató de sacar a la luz alguna especie de conocimiento primordial de su papel en aquella caza. Ella era la presa, y tenía que ser tan esquiva como decidido estaba el Némesis. Si lo hacía bien, seguiría con vida y la criatura continuaría con hambre. Si no...

No había tiempo. Se acabó pensar. El Némesis se acercaba. Jill se puso en movimiento.

Carlos encontró en la oficina del garaje media botella de agua, cinta aislante y una camisa de hombre todavía metida en su funda de plástico original. Era lo más parecido a

unos suministros médicos esterilizados que iba a conseguir. Se puso de forma inmediata a hacer todo lo posible por Mikhail mientras Nikolai montaba guardia rifle en mano vigilando la zona de automóviles destrozados que se adivinaba en la oscuridad. Todo el patio estaba en silencio a excepción de las exclamaciones jadeantes de Mikhail y del grito lejano de un cuervo.

Carlos no sabía clasificar las heridas mucho más allá de lo que había aprendido con los primeros auxilios básicos, pero le pareció que la herida de Mikhail no tenía un aspecto demasiado malo. La bala le había atravesado el costado de forma limpia, un poco más arriba del hueso izquierdo de la cadera. Dos o tres centímetros más hacia el interior del cuerpo y hubiera estado acabado. Un tiro en el hígado o en uno de los riñones era una sentencia de muerte. Sin embargo, tal como había ocurrido, lo más probable era que tan sólo le hubiera perforado la parte inferior del intestino grueso. Era una herida que al final lo mataría si no recibía tratamiento, pero con aquella atención médica inmediata, podría sobrevivir durante el tiempo suficiente.

Carlos limpió y vendó la herida, tapándola con compresas pegadas con cinta aislante y rodeándole la cintura y el torso con tiras de tela sacadas de la camisa para mantener la presión. El jefe de pelotón parecía tener controlado el dolor, aunque sentía náuseas y un cierto mareo por la pérdida de sangre.

Carlos se dio cuenta por el rabillo del ojo de que Nikolai se estaba moviendo. Acabó de poner unas cuantas tiras de cinta aislante sobre las vendas y levantó la mirada. Vio que el jefe de escuadra había sacado un ordenador portátil de su mochila y estaba tecleando con expresión concentrada. Se había colgado el rifle del hombro y permanecía en cuclillas al lado de una camioneta destrozada.

—Señor... esto, Nikolai, ya he acabado aquí —dijo Carlos mientras se ponía en pie.

Mikhail había insistido en que dejaran de utilizar las formalidades relativas al rango, insistiendo en que la situación exigía flexibilidad. Carlos se había mostrado de acuerdo, aunque no le pareció que a Nikolai le gustara mucho aquello. El tipo parecía más bien de los que les gustaba hacerlo todo siguiendo el manual de instrucciones y ordenanzas.

Mikhail, pálido y con cara de cansancio, se incorporó un poco y se quedó apoyado sobre los codos.

—¿Hay alguna manera de que podamos utilizar eso para pedir que nos evacuen? —preguntó con voz débil.

Nikolai meneó la cabeza y dejó escapar un suspiro. Cerró el ordenador y lo metió otra vez en la mochila.

—Lo he encontrado en la comisaría y pensé que a lo mejor podía ser útil. Podía ser que tuviera listas de las localizaciones de las barricadas, o más información sobre este... desastre.

—¿No ha habido suerte? —preguntó Mikhail.

Nikolai se acercó a ellos con una expresión resignada en la cara.

—No. Creo que nuestra mejor opción es intentar llegar hasta la torre del reloj.

Carlos frunció el entrecejo. Trent le había dicho que en la torre se guardaba un arsenal, y que después debería dirigirse hacia el norte desde allí. Entre lo del tranvía de Jill, que se dirigía al norte, y aquella información nueva, estaba empezando a sentirse acosado por las coincidencias.

—¿Por qué a la torre del reloj?

Fue Mikhail quien contestó con voz débil.

—Por la evacuación. Se suponía que era allí adonde teníamos que llevar a la gente que salváramos para indicarles a los helicópteros de rescate que se acercaran. Las

campanas del reloj de la torre están preparadas para sonar siguiendo un programa de ordenador y cuando se utiliza ese programa se pone en marcha un sistema que emite una señal de baliza. Tocamos las campanas y los helicópteros vienen. Genial, ¿verdad?

Carlos se preguntó por qué a nadie se le había ocurrido proporcionarles esa «pequeña» pieza de información cuando se reunieron para repasar el plan final, pero decidió no preguntar sobre eso. Ya no importaba en aquellos momentos; tenían que llegar al tranvía. No conocía mucho a Nicholai, pero Mikhail no era una amenaza de ninguna clase, al menos no en aquellas condiciones. Necesitaba que lo llevaran a un hospital. Trent le había dicho que había uno no muy lejos de la torre del reloj.

Pero Umbrella tiene ojos y oídos por todas partes. No. Les había pasado lo mismo que a él: habían luchado y habían visto morir a sus camaradas, se habían perdido, habían buscado un modo de salir de aquel sitio y habían acabado allí. Lo único que pasaba era que se sentía extraño por tener a dos personas más involucradas en todo aquello. Trent había hecho que pusiese en cuestión a todo el mundo y sus motivos para actuar de según qué modo. No hacía más que preguntarse quién estaría involucrado en aquella supuesta conspiración de Umbrella y preocuparse sobre lo que podía y lo que no podía decir.

Además, Umbrella también los ha jodido a ellos. ¿Por qué iban a querer ayudar a los cabrones que nos ha metido en toda esta mierda? Puede que Trent me haya dicho la verdad, pero él no está aquí. Ellos sí que están, y necesito su ayuda.

Seguro que Jill no pondría ninguna objeción a tener unos cuantos soldados profesionales más a su lado.

—Hay un tranvía que podemos utilizar para salir de aquí —dijo Carlos por fin—. Creo que lleva justo hasta la torre del reloj. Está cerca de aquí, hacia el oeste..., y con todos esos bichos en busca de carne fresca...

—Podríamos utilizarlo para salir de la ciudad —lo interrumpió Nicholai mientras asentía—. Bueno, suponiendo que las vías estén despejadas. Es genial. ¿Estás seguro de que se encuentra en condiciones de funcionar?

Carlos dudó por un momento y después se encogió de hombros.

—En realidad, no lo he visto todavía. Me encontré con... un agente de policía, supongo, una mujer. Fue ella quien me lo dijo. Está de camino hacia el tranvía para comprobar cómo está, y me dijo que me esperaría allí. Yo quería ver si encontraba a alguien más antes de marcharme.

Casi se sentía culpable por hablarles de ella, y se dio cuenta de repente que estaba permitiendo que lo afectara toda aquella estupidez sobre espías y demás que le había contado Trent. ¿Por qué no iba a hablar de Jill? ¿A quién le importaba?

Mikhail y Nicholai intercambiaron una mirada, y luego ambos asintieron. Carlos se alegró. Por fin, tenían un plan de verdad, un programa de acción. Lo único peor que estar metido hasta el cuello en mierda era estar metido hasta el cuello en mierda sin saber qué hacer.

—Vamos —dijo Nicholai—. Mikhail, ¿estás preparado?

Mikhail asintió, y entre Carlos y Nicholai lo pusieron en pie y se repartieron el peso de la forma más equitativa posible. Entraron en el patio del garaje, y casi habían llegado a la oficina cuando Nicholai soltó una imprecación en voz baja.

—¿Qué pasa? —preguntó Mikhail cerrando los ojos y respirando con dificultad.

—Los explosivos —contestó Nicholai—. No puedo creerme que me haya olvidado de por qué vine hacia aquí. Es que después de encontrar a Mikhail así...

—¿Explosivos? —preguntó Carlos a su vez.

—Sí. Después de que los zombis nos atacaran y mi escuadra... —Nicholai tragó

saliva y su esfuerzo por mantener la compostura fue obvio—. Después de que los zombis nos atacaran, acabé cerca de una zona en construcción, allá por el distrito industrial. Creo que estaban echando abajo un edificio, y vi unas cuantas cajas vacías con señales de advertencia de que llevaban explosivos. También había un camión con las puertas cerradas, así que iba a echar un vistazo al interior cuando apareció otra oleada de zombis. —Miró a Carlos directamente a los ojos—. Se lo pensarán dos veces antes de atacarnos en grupo si tenemos unos cuantos cartuchos de dinamita que tirarles. ¿Crees que podréis llegar hasta el tranvía sin mí? Puedo reunirme con vosotros allí.

—No creo que debamos separarnos —dijo Mikhail—. Tendremos más oportunidades de sobrevivir si...

—Si logramos encontrar un modo de mantenerlos alejados de nosotros —lo interrumpió Nicholai—. No nos podemos permitir quedarnos sin munición, no sin algo para respaldarnos, y también tenemos que tener en cuenta a las demás criaturas.

Carlos tampoco creía que lo de separarse fuera tan buena idea, pero al recordar la criatura que había justo fuera del restaurante...

¿Y qué hay del bicho que encontramos dentro del restaurante? Jill dijo que la perseguiría de nuevo.

—Bueno, vale —admitió Carlos—. Te esperaremos en el tranvía.

—Bien. No tardaré mucho.

Nicholai se dio la vuelta sin decir ni una sola palabra más y se alejó con rapidez hasta salir del garaje e internarse en la oscuridad de la noche.

Carlos y Mikhail siguieron avanzando en silencio con dificultad. Ya habían atravesado la oficina y estaban en la calle antes de que Carlos se diera cuenta de que Nicholai ni siquiera le había preguntado cómo llegar hasta el tranvía.

Nicholai tuvo que controlar la fuerte ansia de sacar y echar de nuevo un vistazo al ordenador en cuanto estuvo fuera de la vista. Había desperdiciado tiempo más que suficiente jugando a ser un jefe de escuadra magnífico con aquellos dos soldados de pacotilla. De hecho, ya habían pasado diecinueve minutos desde que el capitán Davis Chan había transmitido su informe de «perro guardián» desde la oficina de ventas de Umbrella, a unas dos manzanas del aparcamiento, y si Nicholai tenía mucha suerte, todavía podría pillar a Chan mientras comprobaba la posible información que le hubieran pasado a él o intentaba acceder a la base de datos de la oficina.

Nicholai atravesó al trote un callejón estrecho repleto de moscas y saltando por encima de bastantes cuerpos tirados a todo lo largo, eso sí, procurando hacerlo por la parte inferior de los cuerpos por si alguno no estaba muerto del todo. Fue justo lo que pasó: uno de aquellos «cadáveres», casi al final del callejón, alargó una mano e intentó agarrarlo por la bota izquierda. Nicholai saltó hacia un lado sin apenas esfuerzo y sonrió un poco al oír su gemido lleno de frustración. Fue casi tan patético como Mikhail.

Carlos Oliveira era harina de otro costal. Era duro, más duro de lo que parecía, y desde luego, mucho más inteligente. Por supuesto, no era rival para él, pero Nicholai tendría que librarse de su presencia más tarde o más temprano.

O no. Podría pasar por completo de toda esta farsa.

Nicholai cruzó una puerta metálica que había a su derecha y entró en otro callejón sembrado de restos humanos. Consideró todas las opciones de que disponía mientras seguía corriendo. No tenía ningún motivo por el que tuviera que ir hasta la torre del reloj. Sólo debía llegar hasta el hospital, y no necesitaba subir al tranvía. Jugar con Mikhail y con Carlos era divertido, pero eso sí que no era una necesidad. Incluso podía dejarlos vivir, si así lo quería.

Sonrió mientras doblaba una esquina del callejón serpenteante. ¿Qué gracia tendría aquello? No, deseaba ver cómo se desmoronaba de repente la confianza en sus miradas al darse cuenta de lo estúpidos que habían sido. Tic, tic, tic...

Nicholai se detuvo en seco y se quedó inmóvil al comprender de forma inmediata qué era aquel sonido. Garras sobre piedra por delante de él, un repiqueteo casi suave que procedía de las sombras situadas a la izquierda por encima de él. La única luz disponible estaba a su espalda, en la esquina. Era una de esas bombillas fluorescentes de seguridad que apenas irradiaba luz para iluminarse a sí misma. Retrocedió hacia allí, y el repiqueteo se hizo más rápido y cercano, aunque seguía sin poder ver a la criatura.

—Venga, déjate ver —gruñó, sintiéndose frustrado por sufrir otro ejemplo de casualidad molesta. Tenía que llegar a la oficina de ventas antes de que Chan se marchara, y no tenía tiempo de enfrentarse a uno de los monstruos de Umbrella, por mucho que le apeteciera. Tic, tic, tic...

¡Eran dos! Oyó el repiqueteo de otras garras sobre el cemento, pero a su derecha, justo donde había estado un poco antes. Al mismo tiempo, un aullido espantoso resonó en la oscuridad que se abría ante él. Era el sonido de la locura, como si estuvieran desgarrando un alma en mil pedazos..., y de repente, allí apareció de un salto procedente de la oscuridad, aullando, mientras la otra criatura se unía a su cántico enloquecedor, como si estuviera en el infierno con sonido en estéreo. Nicholai vio alzadas en el aire las garras retorcidas de la que tenía delante, las mandíbulas chasqueantes de las que escapaban hilos de saliva, los ojos brillantes y parecidos a los de los insectos, y supo que el otro monstruo tan sólo se encontraba a un segundo detrás del que estaba viendo, preparándose para saltar incluso cuando el primero todavía no se había posado en el suelo.

Nicholai empezó a disparar, y el tableteo del fuego automático quedó ahogado por el coro de aullidos. Los proyectiles impactaron contra la primera criatura y su chillido cambió de tono antes de desplomarse entre temblores a poco más de tres metros de él. A continuación, y sin dejar de disparar, Nicholai se puso en cuclillas y se dejó caer hacia atrás, rodando sobre su costado derecho, en un único movimiento fluido. La segunda criatura lanzada a la carga estaba a menos de dos metros cuando la acertó con la ráfaga y varios chorros de sangre aparecieron en su exoesqueleto negro y brillante como si fueran fuentes carmesíes. Al igual que el primer monstruo, se estremeció y tembló antes de detenerse por completo, y su aullido agudo se convirtió en un gorgoteo antes de quedar en silencio.

Nicholai se puso en pie, intranquilo, ya que no estaba seguro de a qué especie pertenecían aquellas criaturas. Quizá eran de los chupacerebros o algunos de los *deimos* más anfibios, otra rama de las razas con patas múltiples. Había esperado la ferocidad y el modo de ataque, pero no se había dado cuenta de lo tremendamente veloces que eran.

Si hubiera tardado un segundo más...

No tenía tiempo para pensar en ello; debía darse prisa. Avanzó pasando con rapidez por encima del revoltijo sangrante de miembros oscuros y echó a correr en cuanto los dejó atrás.

Sintió que se serenaba más con cada paso que lo alejaba de las criaturas muertas, y también una oleada de satisfacción que le surgía del interior. Eran veloces, pero él lo era más, y con unos monstruos como éstos sueltos por la ciudad, no tendría que andar preocupándose por Mikhail, por Carlos o por cualquiera que estuviese intentando escapar de su destino. Si no se daba él mismo el gusto de matarlos, podría disfrutar con la certeza de que sus camaradas caerían bajo las garras de cualquiera de las docenas de horrores que

pululaban por allí.

Sus inadecuados reflejos les fallarían, y su falta de habilidad sería su muerte segura.

Nicholai empuñó con más fuerza el M16, y su sensación de euforia añadió impulso a cada paso que daba. Raccoon no era un lugar apto para los débiles, pero él no tenía nada que temer.

Capítulo 12

La persiana metálica que cerraba la parte delantera de la tienda de piezas de recambio estaba bajada, pero Jill logró entrar por el garaje gracias a una puerta lateral. La tienda tenía aspecto de ser bastante resistente, lo bastante protegida como para que no entrara ningún ladrón normal, y desde luego, ningún zombi..., pero a Jill no le cabía ninguna duda de que si el Némesis se proponía entrar, lo más probable era que lo lograra. Tendría que mantener la esperanza de que no la hubiera rastreado hasta aquel lugar.

Aunque me preguntó cómo lo hará.

No tenía ni idea. ¿Era por el olor? No le parecía muy probable. Había llegado en silencio y sin apenas respirar a la gasolinera, había pasado de una sombra a otra mientras oía los pasos estruendosos del Némesis mientras la buscaba entre aquella multitud de coches abandonados. Si la hubiese podido localizar por el olor, ya la habría atrapado..., aunque también se preguntaba cómo era posible que aquel monstruo supiera quién era ella de un modo tan específico. Si se cruzara con otra mujer con el aspecto de Jill, ¿la confundiría con ella?

Jill atravesó el garaje bien iluminado y sus botas provocaron unos leves chasquidos húmedos contra el suelo pegajoso por la grasa y el aceite. Por la cabeza le pasaban ideas mientras comprobaba la distribución del local y las puertas. No sabía cómo habían programado al Némesis para que encontrara y matase a los miembros de los STARS, y tampoco por qué parecía interrumpir su persecución de vez en cuando. Brad estaba muerto, así que el único miembro de los STARS que quedaba con vida en Raccoon City era ella. *A menos que...*

El jefe de policía Irons había sido un miembro del equipo B unos veinte años antes, y lo más probable era que todavía estuviese en la ciudad.

Jill negó con la cabeza. Aquello era ridículo. Chris había descubierto suficiente información sobre Irons para que todos tuvieran la certeza casi completa de que llevaba años trabajando para Umbrella, lo mismo que sospechaban del misterioso señor Trent. La diferencia era que Trent parecía estar más que dispuesto a ayudarlos, mientras que Irons no era más que un cabrón asqueroso siempre ávido de dinero a quien no le importaba nadie más que él. Si Irons estaba en la lista de presas del Némesis, a Jill ya le parecía bien.

Salió del garaje y entró en lo que era una combinación de oficina y sala de descanso. Había una máquina de refrescos, una mesa pequeña con un par de sillas y un escritorio abarrotado de papeles. Jill probó a llamar por teléfono, por pura rutina, pero no oyó nada en absoluto, tal como esperaba.

—Y ahora supongo que me quedo esperando —dijo en voz alta a nadie en concreto mientras se recostaba contra un mostrador.

Si el Némesis no aparecía en unos minutos, saldría de nuevo y se dirigiría al tranvía. Se preguntó si Carlos ya estaría allí y si habría encontrado a algún superviviente de su pelotón... ¿Cómo se llamaba el grupo? Contramedidas no sé qué de Umbrella. Lo más probable era que se tratase de una de las ramas medio legales de la compañía. De haber tenido éxito, habría sido una buena publicidad en cuanto la noticia hubiera salido de Raccoon City. Los ejecutivos de Umbrella podrían haber elogiado a su fuerza de intervención y haber contado a los medios de comunicación la forma tan rápida y decisiva

en que habían actuado cuando se dieron cuenta que había ocurrido un accidente.

Claro que ellos no lo habrían llamado accidente, porque eso significaría que habían actuado de forma negligente. Seguro que ya tienen un chivo expiatorio preparado, listo para que le cuelguen el muerto, algún desgraciado al que le puedan atribuir la muerte de miles de personas.

Eso no ocurriría si ella podía impedirlo, no si podían sus amigos. De un modo u otro, la verdad saldría a la luz. Tenía que hacerlo.

Jill se dio cuenta de que había unas cuantas herramientas esparcidas alrededor, algunas llaves de tubo, un par de palancas, y se le ocurrió que quizá no iría mal llevar unas cuantas para el tranvía. Sería toda una frustración llegar allí y acabar necesitando un simple destornillador, cualquier cosa por la que tuvieran que regresar al garaje. Jill no tenía ni idea de mecánica, pero quizá Carlos tenía algo de experiencia en el tema.

¡Pam! ¡Pam! ¡Pam!

Jill se agazapó con rapidez detrás del mostrador en cuanto oyó aquellos golpes en la puerta lateral del garaje. Sonaban de un modo regular e insistente.

¿El Némesis?

No, los golpes eran fuertes, pero no poderosos. Era un humano o...

—Uuuhhh.

El débil gemido hambriento le llegó a través de la puerta, y al primero se unió un segundo, después un tercero, y más y más hasta llegar a ser un auténtico coro. Infectados por el virus, y por el ruido parecía ser un grupo bastante numeroso. El alivio que sintió cuando se dio cuenta de que no se trataba del Némesis desapareció con rapidez: una docena de zombis aporreando la puerta era el equivalente a un anuncio luminoso donde pusiera COMIDA FRESCA.

¿Y ahora cómo voy a lograr salir de aquí en silencio?

Aquel plan tan sencillo, esperar escondida hasta que el Némesis se marchara, se había ido a la mierda. Necesitaba un nuevo plan, y sería preferible que fuese uno que no tuviera que trazar en unos pocos segundos.

Así que piensa ya en algo, a menos que quieras salir a la carga de aquí y empezar a pegar tiros.

Jill soltó un suspiro. El nudo de miedo en su estómago se había convertido en algo tan constante que ya ni lo notaba. Los infectados siguieron arrastrando los pies y gimoteando mientras golpeaban de modo infructuoso la puerta.

Quizá podría revisar todas sus opciones: tenía un poco de tiempo para matar.

Llegaron hasta el tranvía sin más problemas. Carlos sintió algo de esperanza cuando entraron a trompicones en el patio de la estación iluminado por todo un montón de restos en llamas que se extendían por uno de sus costados. No había zombis, ni monstruos, y Mikhail no parecía estar empeorando. La puerta del ayuntamiento estaba abierta cuando llegaron a ella. Había una docena de joyas colocadas en una especie de reloj de pared situado sobre un pedestal, lo que significaba que Jill ya había pasado por allí. Carlos sabía que ella lo conseguiría, pero se sintió aliviado de todas maneras.

—Allí está —dijo Mikhail, y Carlos se limitó a asentir entrecerrando los ojos cuando una vaharada de humo maloliente los alcanzó.

A su derecha había un gran edificio antiguo, que tanto podía tratarse de las cocheras del tranvía como del mencionado ayuntamiento. Delante de ellos, detrás de una pila de cajas que les bloqueaban el paso, había un tranvía de diseño antiguo, con la pintura roja un poco desvaída. Carlos vio al acercarse que había otro vagón unido al primero, aunque quedaba casi oculto por la sombra de un edificio cercano.

Lo más probable era que Jill ya los estuviese esperando en uno de ellos. Carlos echó a un lado varias cajas con unos cuantos empujones de cadera mientras Mikhail se enderezaba un poco apoyando una mano contra la pared de la estación.

—Ya casi hemos llegado —dijo Carlos.

Mikhail le sonrió a duras penas.

—Apuesto a que estás deseando tirarme de culo en un asiento.

—Más estoy deseando sentar mi propio culo para salir de aquí. Billeto sólo de ida, por favor.

Mikhail logró soltar una breve carcajada.

—Me apunto a eso.

Pasaron bajo la sombra del edificio mientras Carlos observaba las ventanas de los tranvías en busca de alguna clase de movimiento. No vio nada. Lo que era peor, no sintió nada. Aquel lugar estaba desierto, en silencio y sin vida.

Jill Valentine, espero que estés echando una siesta ahí dentro. La puerta corredera del primer vagón del tranvía estaba cerrada por dentro. Para alivio de los dos, la del segundo no lo estaba. Carlos se aseguró de que el vagón estuviese vacío por completo y después ayudó a Mikhail a subir a bordo hasta sentarlo en un asiento al lado de la ventana. En cuanto el jefe de pelotón estuvo sentado, se deslizó hasta tumbarse a lo largo del banco y pareció quedarse medio dormido.

—Voy a echarle un vistazo al otro vagón y luego a ver si puedo encender las luces —le dijo Carlos. Mikhail se limitó a soltar un gruñido por toda respuesta.

No le sorprendió descubrir que Jill tampoco estaba en el otro vagón, pero al menos encontró el panel de mandos eléctricos al lado del asiento del conductor. Pulsó uno de los botones y se encendió una hilera de bombillas del techo que iluminaron el suelo desgastado de madera y las cubiertas de vinilo rojo de los asientos acolchados que se alineaban a lo largo de los laterales del vagón.

—Jill, ¿dónde estás? —murmuró Carlos.

Estaba empezando a preocuparse de verdad por ella. Si le había ocurrido algo, se sentiría culpable, al menos en parte por no acompañarla hasta el restaurante.

Mikhail se mantenía consciente a duras penas. Carlos se inclinó sobre él, pero parecía más un estado de sueño que de coma. Lo más probable era que ese descanso fuese lo mejor para él mientras no lo pudiera examinar un médico.

Había un panel de control abierto en la parte trasera del vagón, y Carlos se arrodilló para revisar el interior. El corazón le dio un vuelco cuando se dio cuenta de que se trataba de una parte del sistema de energía primaria, y que se habían llevado algunos componentes del mismo. No tenía ni idea sobre tranvías, pero no hacía falta ser un genio para comprender que no se puede poner en marcha un vehículo cuando le han arrancado varios cables, sobre todo en un sistema tan antiguo como aquél. Por lo que parecía, también faltaba un fusible.

—¡Hijo de la chingada! —susurró, y oyó una risa débil a su espalda.

—Conozco justo el chicano suficiente para saber que no deberías decir algo así delante de tu mamá —dijo Mikhail—. ¿Qué pasa?

—Falta un fusible —contestó Carlos—. Y tenemos que arreglar estos circuitos. Supongo que al final tendremos que hacer un puente.

—Justo al nordeste de aquí... —empezó a decir Mikhail, pero tuvo que detenerse para recuperar el aliento con unos cuantos jadeos—, hay una gasolinera, con un garaje y una tienda de recambios. Es uno de los puntos señalados... en el mapa. Más allá ya están las afueras. Lo más seguro es que allí haya piezas y herramientas.

Carlos lo pensó un instante. No quería dejar solo a Mikhail, y Jill o Nicholai aparecerían en cualquier momento.

Pero no iremos a ningún sitio sin un cable eléctrico y un fusible de gran amperaje. Además, Mikhail está cada vez peor. ¿Es que tengo elección?

—Bueno, vale —dijo Carlos con un tono de voz despreocupado mientras se acercaba a Mikhail. Lo miró, preocupado por el enrojecimiento de sus mejillas y la palidez de su frente—. Supongo que tendré que acercarme a echar un vistazo. ¿Quieres venir?

—Ja, ja —susurró Mikhail—. Ten mucho cuidado.

Carlos asintió.

—Intenta dormir un poco. Si aparece alguno de ellos, diles que volveré en seguida.

Mikhail ya se estaba quedando dormido.

—Claro —murmuró.

Carlos comprobó que el rifle de Mikhail estaba cargado y lo colocó al lado del asiento acolchado, al alcance de su compañero. Rebuscó en su mente algo más que decir, algunas palabras de ánimo, y por fin, se limitó a darse la vuelta y dirigirse a la puerta de salida. Mikhail no era ningún estúpido, y sabía lo que había en juego.

Su propia vida, entre otras cosas.

Carlos inspiró profundamente y abrió la puerta, rezando para que la gasolinera no estuviera demasiado lejos.

Chan ya se había marchado, y no sólo no tenía modo alguno de saber en qué dirección se había marchado, sino que, además, Nicholai no lo había pillado por poco. El ordenador desde el que al parecer había enviado su último informe todavía estaba caliente, y el cristal de la pantalla del monitor aún soltaba chasquidos por la electricidad estática. Nicholai agarró la pantalla en un súbito ataque de rabia y la lanzó al otro lado de la oficina, pero no se quedó satisfecho con la explosión tan trivial de fragmentos de cristal y trozos de plástico barato. Lo que él quería era sangre. Si Chan regresaba a aquella oficina, Nicholai le daría una paliza tremenda antes de acabar con su vida.

Recorrió una y otra vez a grandes zancadas la pequeña oficina, furibundo.

Se burla de mí con su ignorancia. Es tan estúpido, tan inútil... ¿Cómo puede alguien tan inferior seguir con vida?

Nicholai sabía que aquella clase de pensamientos no eran muy racionales, pero estaba enfurecido con Chan. Davis Chan no merecía ser un «perro guardián», ni siquiera merecía vivir.

Fue recuperando poco a poco el autocontrol, respirando profundamente y obligándose a sí mismo a contar hasta cien de dos en dos. El juego no había hecho más que empezar. Además, el plan de Nicholai dependía de que poseyera la información que Umbrella deseaba tener..., y si quería robar esa información, tenía que darles algo de tiempo a los demás «perros guardianes» para que recogieran los datos precisos. Los informes de campo diarios no eran más que resúmenes muy sumarios de las condiciones existentes y del número de víctimas que se utilizaban básicamente para llevar un control de los agentes. La información importante de verdad se guardaba en unos discos. Ese tipo de datos procedían de transcripciones de otros documentos descubiertos o de archivos encontrados en los ordenadores. Los agentes sólo transmitían aquel tipo de información por módem si la consideraban de importancia crítica o vital.

Bueno..., mientras aguardo, puedo echarles un vistazo a mis camaradas, que me esperan en el tranvía.

Nicholai dejó de caminar arriba y abajo al darse cuenta de lo mucho que había

disfrutado engañando a Carlos y a Mikhail. De algún modo, el hecho de que hubiese dos personas más había convertido el juego en algo mucho más emocionante. ¿Sospecharían algo de él? ¿Qué estarían comentando sobre su marcha repentina? ¿Qué pensaban de él?

¿Y cómo sería observar la lenta y dolorosa muerte de Mikhail, ver cómo iba perdiendo poco a poco su capacidad de razonamiento mientras el joven Carlos se esforzaba en vano por superar las dificultades?

Nicholai podría inutilizar el mecanismo que hacía sonar las campanas cuando llegaran a la torre del reloj. Quizá se ofrecería voluntario, como todo un valiente, para buscar el hospital y regresar con material médico.

Se echó a reír de repente. Fue un sonido bastante áspero que resonó en el silencio de la estancia. De todas maneras tenía que matar al doctor Aquino, el científico que debía informar desde el hospital, el que estaba trabajando sobre la vacuna, y sabía que al doctor le habían ordenado que supervisara la destrucción de ese mismo hospital antes de marcharse de Raccoon City, para de ese modo eliminar cualquier prueba que pudiese existir sobre toda aquella investigación. También quedaban algunos especímenes de armas biológicas encerrados en el hospital, ejemplares con los que Umbrella había decidido abandonar toda investigación. Eran los Cazadores de la serie Gamma, por lo que al hacer estallar por los aires el hospital, Umbrella conseguía dos objetivos por el precio de uno.

Al parecer, los Cazadores Gamma no eran lo bastante efectivos para el coste que tenían, aunque por lo que Nicholai sabía, se habían producido discusiones bastante fuertes sobre la conveniencia o no de destruir los prototipos. Si pudiese atraer a Carlos hasta un lugar donde tuviese que enfrentarse a ellos, Nicholai conseguiría una información valiosa de cosecha propia que también podría vender. Además, de ese modo también cumpliría dos objetivos con una sola acción.

Todo encajaba, como si existiese una especie de simetría en ello. Abandonaría la idea por completo si algo salía mal, por supuesto, o si descubría que interfería con su plan. No era idiota, pero disponer al menos de un proyecto como aquél para llenar el tiempo libre impediría que se sintiera frustrado.

Nicholai se giró y se dirigió hacia la puerta, sintiéndose divertido por aquella pequeña extravagancia. Raccoon City era una especie de reino encantado donde él era el gobernante, con la capacidad para hacer lo que quisiese, cualquier cosa que deseara. Mentir, asesinar, disfrutar de la gloria de observar la derrota de otro individuo. Todo eso estaba a su alcance, y, además, le iban a pagar.

Se sintió recuperado. Había llegado el momento de jugar un poco más.

Capítulo 13

Jill se había decidido por fin a abrir la persiana metálica y a salir corriendo cuando oyó disparos fuera: el tableteo agudo de las ráfagas de un rifle de asalto. Decir que se sintió aliviada sería quedarse corto. El golpeteo incesante de los zombis contra la puerta le había estado atacando los nervios, y casi se había sentido tentada de pegarse un tiro para no tener que seguir oyéndolo. En cuestión de segundos, todo quedó en silencio. Se acercó con rapidez a la puerta lateral del garaje agachándose para pasar por debajo de un coche rojo levantado sobre un elevador neumático, y pegó la oreja al metal frío. Todo estaba en silencio. Los infectados estarían muertos casi con toda seguridad... ¡Bam, bam, bam!

Jill dio un salto hacia atrás cuando alguien golpeó la puerta y el corazón le latió al mismo ritmo que los golpes.

—¡Eh! ¿Hay alguien ahí? ¡Los zombis están muertos! ¡Puedes abrir la puerta!

El acento era inconfundible: se trataba de Carlos Oliveira. Jill, aliviada de nuevo, abrió el cerrojo y dijo quién era antes de abrir la puerta.

—Carlos, soy Jill Valentine.

Ella se alegró de verlo, pero la expresión del rostro de Carlos era de tal felicidad que casi se sintió invadir por la timidez. Dio un paso atrás para que él pudiera entrar.

—Me alegro tanto de ver que estás bien. Cuando no te vi en el tranvía, pensé que...

—Carlos se calló, aunque era obvio lo que había pensado—. Bueno, me alegro mucho de verte otra vez.

Su aparente preocupación por ella fue toda una sorpresa para Jill, y no estaba muy segura de cómo responder a aquello. ¿Debía sentirse irritada porque la tratase de un modo protector? No se sentía irritada. Que alguien se preocupara por su bienestar, sobre todo si se tenía en cuenta la situación caótica en que se encontraban inmersos era, bueno, era agradable.

Y el hecho de que ese alguien sea alto, moreno y atractivo no está mal tampoco. ¿A que no?

Jill reprimió aquella idea de forma inmediata. Fuese cierto o no, se encontraban en unas circunstancias de lucha por la supervivencia. Ya intercambiarían miradas de interés en otro momento, si salían con vida de allí.

Carlos no pareció darse cuenta de su leve incomodidad.

—Bueno, ¿qué hacemos aquí?

Jill le sonrió a medias.

—Me desvié. Supongo que no habrás visto al monstruo de Frankenstein por ahí fuera, ¿verdad?

Carlos frunció el entrecejo.

—¿Has visto otra vez a ese tipo?

—No es un hombre, es un monstruo. Lo llaman Tirano, si es lo que creo que es..., bueno, o alguna clase de variante. Es una criatura biosintética, con una fuerza tremenda y muy difícil de matar. Al parecer, Umbrella ha descubierto cómo programar su comportamiento para que realice una tarea específica... en este caso, matarme.

Carlos la miró con expresión de escepticismo.

—¿Por qué tú?

—Es bastante largo de contar. La respuesta más corta es porque sé demasiado.

Bueno, el caso es que me estaba escondiendo aquí, pero...

Carlos terminó la frase por ella.

—Una panda de zombis apareció en la puerta y te puso difícil lo de marcharte. Ya veo.

Jill asintió.

—¿Y tú qué? Me dijiste que ibas hacia el tranvía. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Me encontré con otros dos miembros del UBCS. A uno de ellos le habían pegado un tiro. Todavía está vivo, y al menos no está empeorando. Ése es Mikhail. El otro, Nicholai, pensó que quizá sabía dónde podría conseguir explosivos, así que Mikhail y yo nos fuimos al tranvía para esperarlo. Al parecer, hay preparado un plan de evacuación si logramos llegar hasta la torre del reloj y hacemos repicar las campanas. Conseguimos que suenen y llegan los helicópteros.

Carlos se dio cuenta de la expresión de la cara de Jill y se encogió de hombros con una sonrisa.

—Sí, lo sé. Me han dicho que existe una especie de señal por ordenador, pero no sé cómo funciona. Buenas noticias, sólo que para que el tranvía funcione nos hacen falta un par de cosas: un cable eléctrico y uno de esos fusibles antiguos. Mikhail me dijo que había una tienda de piezas de repuesto por aquí. Es uno de los jefes de pelotón, y se estudió a fondo los mapas antes de que llegáramos aquí.

Carlos se quedó callado un momento y luego asintió, como si hubiera resuelto alguna especie de enigma.

—Nicholai también tiene que haber estudiado los mapas, por eso no le hizo falta que le dijéramos dónde estaba.

—Carlos, Mikhail, Nicholai... Umbrella no discrimina con respecto a las nacionalidades por lo que veo.

Jill hizo el comentario con un poco de brusquedad, sobre todo para ocultar una sensación de inquietud cada vez mayor. Estaba convencida de que Carlos era un tipo legal, pero eso de otros dos soldados, y uno de ellos jefe de pelotón... ¿Qué probabilidades había de que los tres fueran buenas personas engañadas por quien los había contratado? Umbrella era el enemigo, y no podía perder eso de vista.

Carlos ya se estaba alejando en dirección al coche rojo en proceso de reparación.

—Si le estaban realizando alguna comprobación eléctrica, tendría que haber... ¡Ahí está! ¡Eso es lo que busco!

Al parecer, Carlos había visto el tipo de cable que necesitaba entre la maraña de alambres y tubos que salían de debajo del capó del coche. Algunos de ellos estaban conectados a aparatos que Jill no conocía, y otros tan sólo estaban tirados por el suelo de cemento lleno de restos de aceite y grasa para coches.

—Ten cuidado —dijo Jill acercándose hasta él mientras Carlos alargaba la mano y recogía uno de los cables, de color verde oscuro.

Jill sentía una desconfianza instintiva hacia toda clase de material relacionado con la electricidad, y creía que la gente que se dedicaba a trastear con cables estaba pidiendo a gritos acabar electrocutada.

—No te preocupes —dijo Carlos con tranquilidad—. Sólo un tonto de verdad se dejaría alguno de estos conectados a...

¡Craaac!

Un chispazo blanco anaranjado saltó de uno de los cables tirados por el suelo. Restalló con el sonido y el resplandor de un disparo. Antes de que Jill pudiera soltar un grito, el suelo estalló en llamas. No hubo una llamarada que recorriera el lugar, ni una

sensación de que fuera el fuego a más. De repente, en un instante, todo el lugar quedó cubierto de llamas de casi un metro de altura que seguían creciendo.

—¡Por aquí! —gritó Jill, y echó a correr hacia la puerta que llevaba a la oficina mientras el incendio provocado por el aceite le azotaba la piel desnuda.

Cuando esto llegue al depósito de gasolina del coche, todo va a estallar, tenemos que salir de aquí.

Carlos corría justo detrás de ella, y a Jill se le heló la sangre en cuanto entraron en la oficina. A la mierda el coche. Lo del coche no iba a ser nada comparado con lo que sucedería cuando las llamas llegasen a los tanques de combustible situados debajo de los surtidores de la gasolinera.

Al lado de la persiana metálica que protegía la puerta delantera colgaba una cadena de polea. Jill se abalanzó hacia ella, pero Carlos fue más rápido. Agarró la cadena y tiró de ella con todas sus fuerzas, una mano tras otra. La persiana fue subiendo poco a poco a pesar del frenético tintineo de los eslabones metálicos.

—Tírate al suelo y sal a rastras —le dijo Carlos alzando la voz para que lo oyera por encima del fuerte ruido provocado por la cadena y el restallido de las llamas que empezaban a entrar en la oficina.

—Carlos, los surtidores de ahí fuera...

—¡Lo sé! ¡Sal de aquí!

El borde inferior de la persiana ya estaba a poco menos de medio metro del suelo, así que Jill se dejó caer y se pegó al suelo todavía frío.

—¡Déjalo! ¡Ya es suficiente! —gritó antes de salir arrastrándose.

Un momento después, ya estaba fuera y se levantaba a trompicones. Se dio la vuelta y alargó una mano hacia Carlos para tirar de él. Algo explotó dentro del garaje con un estallido sordo.

Puede que sea una lata de gasolina o aquel armario lleno de aceite de maquinaria. Dios, deben haberme echado una maldición, siempre hay algo estallando a mi alrededor.

Carlos la agarró del brazo sacándola de su inmovilidad.

—¡Vámonos!

No hizo falta que se lo dijera dos veces. Echó a correr con Carlos a su lado mientras la luz cada vez más fuerte que salía por las ventanas de la tienda de piezas de repuesto iluminaba con una extraña coloración anaranjada los cadáveres de al menos ocho infectados.

La situación no era buena. La calle estaba atestada y casi cortada, y no se veía ningún camino libre para escapar a tiempo. Jill sentía los segundos pasar volando mientras se esforzaban por atravesar el laberinto de metal destrozado y de cristales rotos. La primera explosión de verdad y el estampido de las ventanas al saltar hechas añicos sonó demasiado cerca. Todavía no se habían alejado lo suficiente, pero lo único que podían hacer era lo que precisamente estaban haciendo..., aparte de rezar para que el fuego no alcanzara los depósitos de combustible subterráneos.

Quizá deberíamos ponernos a cubierto ya; a lo mejor ya estamos fuera del radio de acción de la explosión...

De algún modo, ni lo oyó. O más bien, oyó una ausencia repentina y total de cualquier sonido. Quizá estaba demasiado concentrada en sortear aquel tráfico silencioso e inmóvil en mitad de la oscuridad, en el palpitir de la sangre que le resonaba en los oídos, en el tiempo que pasaba. Lo único que supo fue que estaba corriendo y que al instante siguiente, una onda expansiva gigantesca la levantó desde atrás y la lanzó hacia arriba y hacia adelante al mismo tiempo. El lateral arrancado de un camión pasó a toda velocidad a

su lado mientras Carlos gritaba algo, y un instante después, no había nada más que oscuridad, nada más que un sol lejano que se solapaba con los bordes de esa oscuridad y que le enviaba en sueños unos tremendos rayos de luz hiriente.

Mikhail se moría, hundiéndose en un delirio febril que sin duda terminaría acabando con él. Lo único que Nicholai había conseguido saber gracias al moribundo era que Carlos había ido en busca de piezas para reparar el tranvía, y que regresaría muy pronto. Nicholai tendría que esperar a que la fiebre de Mikhail remitiese o a que Carlos regresase si había algo más que debiera saber, y ninguna de las dos posibilidades parecía probable. Sin duda, el estado de Mikhail empeoraría, y tanto la fuerte explosión que había estremecido hasta el tranvía, como el resplandor del cielo con el que había coincidido, sugerían que se había producido un incendio en la gasolinera. No era seguro que Carlos tuviese la culpa de aquello, pero Nicholai sospechaba que lo más probable era que así fuese, y que Carlos Oliveira había acabado convertido en un trozo de carne chamuscada.

Lo que significa que seré yo quien tendrá que encontrar en persona un cable eléctrico si quiero ir hasta el hospital montado en este cacharro.

Era algo irritante, pero no se podía evitar. Nicholai había encontrado una caja de fusibles de repuesto en la estación, y también un bidón de casi veinte litros de mezcla de aceite en las proporciones adecuadas para poner en marcha el tranvía y llevarlo hasta el hospital, pero no disponía de conexión eléctrica ni de cables de ninguna clase para hacer un puente en los circuitos dañados. Nicholai se preguntó por qué a Carlos no se le había ocurrido entrar en el almacén de mantenimiento de la estación, y decidió que lo más probable era que se debiera a su falta de imaginación.

—No..., no, no puedo... ¡Fuego! ¡Fuego a discreción! Creo que..., creo que...

Nicholai sintió curiosidad y apartó la vista de la inspección del panel de control que estaba efectuando, pero fuese lo que fuese lo que Mikhail estaba pensando se perdió cuando cayó de nuevo en su sueño intranquilo. El viejo banco no dejó de crujir bajo sus movimientos incesantes. A Nicholai le pareció patético; al menos, podría haber balbuceado algo interesante.

Nicholai se puso en pie y se desperezó antes de girarse hacia la puerta. Ya había añadido la mezcla de aceite al rudimentario sistema de depósitos del motor, pero había encontrado los fusibles equivocados. Tendría que conseguir otro de regreso a la ciudad, y lo más probable era que tuviese que volver al puñetero aparcamiento hasta donde había seguido a Mikhail. Recordó que había algunas estanterías con piezas de maquinaria en aquel lugar. Todo aquel ir para arriba y para abajo empezaba a cansarlo, pero al menos, la mayor parte de los caníbales de la zona ya estaban liquidados del todo, así que no tardaría demasiado, y cuando regresase, podría recompensarse a sí mismo por todos aquellos esfuerzos: le diría a Mikhail quién era el responsable de su muerte cada vez más cercana.

Salió al andén del tranvía, y estaba pensando dónde dormiría aquella noche cuando divisó un par de siluetas que se dirigían tambaleantes hacia el vagón. Sus formas quedaban ocultas a medias a pesar de la luz que les daba procedente de una pequeña hoguera situada en la esquina noroeste del andén. Nicholai se dio cuenta cuando se acercaron más, de que, después de todo, Carlos había logrado escapar de la muerte, y de que traía con él a una mujer, sin duda, la misma de que le había hablado en el tranvía. Ambos estaban chamuscados, con la piel enrojecida y llena de ceniza. Por lo visto, no estuvo muy desencaminado cuando pensó quién había iniciado el fuego...

Y una vez más, ¡comienza el juego!

—¿Carlos! ¿Estás herido? ¿Alguno de los dos lo está?

Avanzó unos pasos para que pudieran verlo con claridad y se fijaran en la expresión de preocupación de su rostro.

Fue obvio que Carlos se alegraba de verlo.

—No, estoy... Los dos estamos bien, sólo un poco magullados. La gasolinera se incendió y estalló. Jill perdió el conocimiento durante un minuto o dos, pero está...

Carlos carraspeó de repente y señaló con un gesto de la barbilla a la mujer.

—Esto..., Jill Valentine, éste es el sargento Nicholai Ginovaef, UBCS.

—Por favor, llámame Nicholai —dijo él, pero Jill tan sólo se lo quedó mirando con una expresión indescifrable en la cara.

Al parecer, la señorita Valentine no estaba interesada en hacer nuevos amigos. Eso le gustaba, aunque no sabía con exactitud el motivo. Llevaba un revólver del 357 en la mano y lo que parecía una nueve milímetros metida en la cinturilla de una falda bastante, bastante ajustada.

—Estamos en deuda con usted por contarle a Carlos la existencia del tranvía. ¿Es de la policía? —preguntó Nicholai.

Jill siguió mirándolo fijamente, y a ninguno le cupo duda alguna de la belicosidad del tono de su respuesta.

—Todos los policías están muertos. Soy miembro de los STARS, la Escuadra de Tácticas Especiales y Rescates.

Vaya, vaya, sí que es irónico. Me pregunto si se habrá encontrado ya con la sorpresita que le tiene preparada Umbrella.

Si lo hubiera hecho, lo más probable era que no estuviese delante de él en ese momento. A menos que estuviese herido, un Tirano normal podía partir por la mitad a un ser humano sin ni siquiera ejercer una cuarta parte de su fuerza total. Alguien como Jill Valentine no tenía ninguna oportunidad frente a algo mucho más avanzado: el nuevo juguete que Umbrella había planeado hacer aparecer.

Nicholai estaba encantado con aquella coincidencia tan extraña: encontrarse con un miembro de los STARS. Le hacía sentir que todo estaba en orden, que los pensamientos que tenía en la cabeza se reflejaban en el mundo que lo rodeaba.

—¿Cómo está Mikhail?

Nicholai apartó la vista de la mirada fija de Jill para contestarle a Carlos y para no parecer demasiado beligerante.

—Me temo que no está demasiado bien. Deberíamos irnos en cuanto podamos. ¿Has encontrado algo útil? Mikhail me ha dicho que ibas a pasarte por la tienda de piezas de repuesto.

—Todo ha desaparecido, está todo quemado —contestó Carlos—. Supongo que tendremos que...

—¿Conseguiste los explosivos? —lo interrumpió Jill, que no había dejado de mirar con fijeza a Nicholai—. ¿Dónde están?

No fue una pregunta hostil de forma abierta, pero casi. Tampoco es que fuera sorprendente, dada la situación. Lo último que se sabía de los STARS era que habían descubierto información sobre la verdadera naturaleza de las investigaciones llevabas a cabo por Umbrella en la mansión Spencer. Por supuesto, habían quedado desacreditados más adelante, pero Umbrella llevaba intentando librarse de ellos desde entonces.

Si todos son tan suspicaces como ésta, no me extraña que los de Umbrella no hayan tenido éxito.

—No encontré explosivos porque no los había —contestó él con lentitud, y después

decidió apretar un poco para ver lo directa y franca que podía llegar a ser—. Lo único que encontré fueron cajas vacías. Señorita Valentine, ¿hay algo que le preocupe? Parece..., tensa.

Nicolai dirigió una rápida mirada a Carlos de forma deliberada, como si estuviera furioso por haber traído a aquella mujer desconfiada. Carlos se ruborizó y empezó a hablar con excesiva rapidez y de manera atropellada para desviar la conversación.

—Creo que todos estamos un poco tensos, pero lo más importante ahora es Mikhail. Tenemos que sacarlo de aquí.

Nicholai se quedó mirando a Jill un momento más antes de asentir y apartar la vista para centrar su atención en Carlos.

—De acuerdo. Si tú te encargas de conseguir el cable, yo veré qué puedo hacer con lo del fusible. Hay una central eléctrica no muy lejos de aquí. Echaré un vistazo. Estoy seguro de que vi cables de batería en el garaje donde encontramos a Mikhail. Nos veremos aquí dentro de media hora sin importar si encontramos o no todo eso.

Carlos y Jill asintieron. Nicholai hizo caso omiso a las claras de la respuesta de Jill y se dirigió sólo a Carlos.

—Bien. Le echaré un vistazo a Mikhail antes de irme. En marcha.

Se dirigió hacia el tranvía como si todo estuviera ya en orden, y se felicitó a sí mismo en silencio mientras subía al vagón. Irían a buscar el cable por orden suya, mientras que él tan sólo tendría que caminar una docena de pasos para llegar a la estación del tranvía y rebuscar en una caja.

Eso que significa que dispongo de mucho tiempo de sobra. Me pregunto de qué hablarán cuando yo no esté cerca de ellos.

Quizá podría preparar un encuentro con ellos mientras regresaban, y los vigilaría durante unos minutos antes de revelar su presencia.

Nicholai se acercó hasta donde Mikhail estaba durmiendo y le sonrió, muy satisfecho de sí mismo. Por fin la situación se estaba poniendo interesante. Carlos hacía lo que le ordenaba, Mikhail estaba a las puertas de la muerte, y, además, la mujer de los STARS había aparecido para complicar todo el asunto, por así decirlo. Miró por la ventana del tranvía y no los vio: ya habían desaparecido en la oscuridad. Jill Valentine sospechaba de él, pero sólo por lo que sabía de Umbrella. Nicholai estaba seguro de que si disponía del tiempo suficiente, ella lo aceptaría, confiaría en él, y hasta le caería bien.

—Y si no lo hace, la mataré con los demás —dijo con voz suave.

Mikhail dejó escapar un gemido de inquietud pero siguió durmiendo, y Nicholai se marchó en silencio unos momentos después.

Capítulo 14

Aunque lo más probable era que tuvieran bastante sobre lo que hablar, ni a Jill ni a Carlos les apetecía de verdad. Tenían que conseguir un cable eléctrico de conexión, regresar al tranvía, y no morir en el intento. No era precisamente el momento adecuado para dedicarse a charlar, aunque las calles parecieran despejadas. Después de la experiencia que habían compartido al huir a la carrera de la gasolinera, Carlos no se imaginaba a ambos charlando como si tal cosa.

De todas maneras, ¿de qué íbamos a hablar? ¿Del tiempo? ¿De cuántos amigos suyos están muertos? ¿Sobre si ese bicho Tirano o lo que sea va a aparecer o no de repente para matarla en cualquier momento, o sobre las diez razones por las que no le gusta Nicholai?

Era obvio que Jill no se sentía tranquila con Nicholai, y eso se debía casi con toda seguridad a los sentimientos que albergaba contra Umbrella. Carlos creía que a Nicholai tampoco le gustaba ella, aunque no comprendía del todo el motivo. El jefe de escuadra se había comportado de un modo muy correcto con ella, aunque un poco enérgico. A Carlos le gustaba que Jill no se comportase así con él, de forma suspicaz y agresiva, pero la animadversión mutua entre ella y Nicholai lo había puesto un poco nervioso. Por muy típico que pudiera sonar, debían mantenerse unidos si querían sobrevivir. En cualquier caso, Jill no parecía dispuesta a dar el primer paso para hablar sobre ello, Carlos estaba demasiado ocupado discutiendo consigo mismo si les hablaba o no a los demás sobre Trent, y ambos estaban cubriéndose las espaldas el uno al otro. Caminaron en silencio desde el tranvía en dirección al centro de la ciudad, y ya casi habían llegado al garaje cuando Carlos vio a alguien a quien reconoció.

El muerto estaba recostado contra la esquina de un callejón serpenteante, no muy lejos de los cadáveres grotescos de dos criaturas de Umbrella que Carlos ya había visto un par de veces al pasar por allí en las dos horas anteriores, parecidas al monstruo que había matado cerca del restaurante. Por el aspecto que tenía el cadáver, llevaba allí algún tiempo, lo que significaba que Carlos también había pasado a su lado sin percatarse de su presencia. Era bastante inquietante darse cuenta de que ya ni miraba a las caras de los muertos, pero estaba demasiado sorprendido para hacer caso durante mucho tiempo a ese sentimiento.

—Eh, yo conozco a este tipo —dijo mientras se acuclillaba a su lado e intentaba recordar su nombre.

¿Hennesy? No, Hennings, ése era su nombre. Alto, cabello negro, una leve cicatriz que le corría desde la comisura de los labios hasta la barbilla. Tenía una sola herida de bala en la cabeza y no presentaba signos evidentes de descomposición. *¿Y qué coño estaba haciendo aquí?*

Jill caminaba un poco por delante de Carlos cuando éste se agachó. Se dio la vuelta y se acercó hasta él mientras echaba un vistazo a escondidas a su reloj.

—Siento lo de tu amigo, Carlos, pero tenemos que seguir, de verdad —dijo con voz amable.

Carlos negó con la cabeza al mismo tiempo que palpaba las ropas del muerto en busca de munición o de alguna clase de identificación.

—No, no. No éramos amigos. Lo conocí en la oficina de campaña justo después de

que me contrataran. Creo que trabajaba para otra rama del UBCS. Este tío era una especie de agente secreto, un antiguo militar y, desde luego, no vino a Raccoon City con nosotros... Eh, ¿qué es esto?

Carlos sacó de la chaqueta de Hennings una agenda pequeña con tapas de cuero del tamaño de un libro de bolsillo. Se trataba de un diario. Pasó las páginas y vio que la última anotación databa de dos días atrás.

—Esto podría ser importante —comentó mientras se ponía en pie—. Estoy seguro de que Nicholai lo conocía. Querrá echarle un vistazo a esto.

Jill frunció el entrecejo.

—Si es tan importante, a lo mejor deberías echarle un vistazo ahora mismo. Quizá..., quizá menciona a Nicholai o a Mikhail.

Dijo lo último a la ligera, pero Carlos comprendió lo que quería decirle, y no le gustó demasiado.

—Mira, puede que Nicholai sea algo distante y estirado, pero no lo conoces. Ha perdido a toda su escuadra esta misma tarde, a hombres a los que lo más probable es que conociera desde hace años, ¿por qué no le das una oportunidad?

Jill no cedió.

—¿Por qué no le echas un vistazo a ese diario mientras yo consigo el cable? Dices que este tipo es una especie de agente secreto que trabaja para Umbrella, y que en realidad no debería estar aquí. Pues a mí me gustaría saber qué dijo él en sus últimas horas. ¿Tú no?

Carlos se la quedó mirando un momento más antes de asentir con cierta reticencia y permitir que la tensión desapareciese. Jill tenía razón. Si había algo escrito que explicase con claridad lo que había ocurrido en Raccoon City, quizá les podría ser de utilidad.

—De acuerdo. Pilla todos los cables que puedas y vuelve enseguida, ¿vale?

Jill asintió y desapareció un segundo más tarde entre las sombras sin hacer ni un ruido. Le parecía sorprendente lo sigilosa que era. Para lograr aquello era necesario un entrenamiento muy riguroso. Aunque no sabía mucho sobre ellos, Carlos había oído hablar de los STARS, y le habían comentado que eran muy buenos en su trabajo. Desde luego, Jill Valentine era una demostración de ello.

—Vamos a ver qué te cuentas, Hennings —murmuró Carlos mientras abría el diario y empezaba a leer la última anotación.

No sabía que esto iba a ser así. Se lo debo todo, pero habría rechazado este trabajo si lo hubiese sabido. Son los gritos. No puedo aguantarlo más. ¿A quién coño le importa que mi tapadera se vaya a la mierda? Todo el mundo va a morir, ya no tiene sentido. Las calles están llenas de gente gritando y tampoco eso importa.

Cuando la compañía me salvó el culo hace dos años, me dijeron que iba a empezar a trabajar en la sombra, y no me importó. Estaban a punto de ejecutarme. Hubiera accedido a quitar mierda a paladas durante diez años. Además, lo que me dijo el representante no sonaba tan mal: yo, con otros convictos, íbamos a recibir entrenamiento como agentes y nos encargaríamos de los aspectos ilegales de sus investigaciones. Ya tenían un departamento legal en ese sentido, un par de unidades paramilitares, los chavales de contramedidas biológicas, un grupo bastante apañado de protección medioambiental. Nuestro trabajo iba a consistir en limpiar la mierda antes de que se diera cuenta demasiada gente de lo que sucedía, y de asegurarnos de que la gente que se diera cuenta no tuviera ninguna oportunidad de contarla.

Después de seis meses de entrenamiento intensivo, estaba preparado para enfrentarme a cualquier cosa. Nuestra primera misión fue librarnos de algunos sujetos de prueba que se habían escapado y escondido. Aquella gente quería contarle todo sobre el medicamento que les habían inyectado, que se suponía que detenía el proceso de envejecimiento pero que en vez de eso les

produjo cáncer. Nos llevó un tiempo, pero al final los pillamos a todos. No me siento orgulloso por eso, o por todo lo que he hecho en este último año y medio, pero he aprendido a vivir con ello.

Me escogieron entre muchos para la operación Perro Guardián. Nos infiltraron en la ciudad justo después del primer escape de virus, por si acaso, pero no todo el mundo fue elegido para ser un «perro guardián». Me dijeron que estaba más «comprometido» que los demás, que yo no me derrumbaría si veía morir a otros. ¡Dos hurras para mí! Trabajé en un almacén durante dos semanas como especialista de inventarios a la espera de que ocurriera algo, aburrido como una ostra, y de repente, todo sucedió de golpe. No he dormido desde hace tres días, y todo el mundo sigue gritando hasta que los devoradores de carne los alcanzan y las víctimas mueren o también comienzan a comer.

He intentado contactar con algunos de los demás, con los infiltrados, pero no puedo encontrar a nadie. De todas maneras, sólo conozco a unos cuantos, a cuatro, en concreto, de los elegidos para convertirse en «perros guardianes»: a Terry Foster, a Martin, a ese ruso espeluznante y al doctor con gafas del hospital. A lo mejor están muertos ya, a lo mejor han conseguido escapar, a lo mejor todavía los tienen que enviar. No me importa. No he informado a la central desde anteayer, y por mí, Umbrella se puede ir a tomar por culo y acabar ardiendo en el infierno. Estoy seguro de que nos veremos allí.

He elegido apretar el gatillo yo mismo, pegarme un tiro en la cabeza para no volver hecho un zombi. Ojalá hubieran dejado que me ejecutaran. Me lo merecía. Nadie se merece esto. Lo siento. Si alguien encuentra este diario, por favor, que me crea.

El resto de las páginas estaba en blanco.

Carlos se arrodilló al lado de Hennings envuelto por una especie de aturdimiento y examinó la mano derecha del cadáver en busca de residuos de pólvora. Allí estaban. Alguien se habría llevado la pistola después de...

—¿Carlos?

Alzó la mirada y vio a Jill con un puñado de cables en la mano y una expresión de preocupación curiosa en su cara sucia y atractiva.

Ese ruso espeluznante.

¿A cuántos rusos se podría referir? Carlos no tenía ni idea de lo que era un «perro guardián», pero pensó que Nicholai tendría que darles algunas explicaciones..., y que quizá sería buena idea volver lo antes posible al lado de Mikhail.

—Creo que te debo una disculpa —dijo Carlos al mismo tiempo que sentía de repente un nudo en el estómago. Nicholai había encontrado a Mikhail justo después de que alguien le pegara un tiro al jefe de pelotón; en teoría, un desconocido.

—¿Por qué? —preguntó Jill.

Carlos se metió el diario en un bolsillo del chaleco. Miró por última vez el cadáver de Hennings y sintió asco y pena a la vez, unidos a una furia creciente contra Umbrella, contra Nicholai, contra sí mismo por ser tan ingenuo.

—Ya te lo contaré en el camino de vuelta —respondió a la vez que empuñaba el rifle de asalto con tanta fuerza que las manos empezaron a temblarle mientras su furia crecía y crecía como una marea roja—. Nicholai ya debe de estar esperándonos.

Nicholai colocó el fusible nuevo en el panel de control del tranvía y después decidió esperar dentro de la estación a que Carlos y Jill regresaran. Muchas de las ventanas del primer piso estaban rotas, y el interior se encontraba a oscuras. Podría oír cualquier conversación que tuvieran cuando entraran en el andén. Estaba seguro de que Jill le daría a Carlos unos cuantos consejos de advertencia sobre Umbrella, quizá incluso sobre el

propio Nicholai, y la verdad es que no podía evitarlo: quería saber lo que la mujer de los STARS tenía que decir sobre él, qué clase de cháchara paranoica le soltaría y también quería ver cómo reaccionaría Carlos. Se reuniría con ellos un minuto o dos después de que subieran al tranvía y les diría que había estado echando un vistazo por el edificio en busca de suministros o cualquier otra cosa, y ya vería cómo se desarrollaba todo a partir de ahí.

¿Viajo en grupo?, ¿o mejor solo? Quizá convendría que permaneciéramos juntos esta noche para buscar comida y hacer turnos de guardia. Podría matarlos mientras duermen. Podría engañarlos para que me acompañaran al hospital y hacer que se enfrentaran a los Cazadores. Podría desaparecer y dejar que se marcharan pensando que su querido amigo había muerto.

Nicholai sonrió. Una leve y fría brisa nocturna entró por una de las ventanas rotas con los cristales destrozados y le acarició el rostro. Lo cierto era que las vidas de los tres estaban en sus manos. Era una sensación de poder muy fuerte, algo casi embriagador, disponer de aquella clase de control. Lo que en un principio no había sido más que una misión por dinero había evolucionado hasta convertirse en algo nuevo, algo distinto por completo, algo para lo que no tenía palabras. Era un juego, pero también era algo mucho más que eso. Una comprensión del destino humano como jamás había experimentado. Nicholai ya sabía que él era muy diferente, que no percibía las reglas y límites de la sociedad igual que los demás. Su llegada a Raccoon City se había convertido en una amplificación de aquello, en una realidad alternativa en la que ellos eran los extraños, los ajenos a la situación, y él era el único que conocía lo que estaba pasando en realidad. Por primera vez en su vida, se sintió libre por completo para hacer lo que quería.

Oyó chirriar la puerta del callejón que llevaba al andén. Lo hizo con lentitud, en un intento de sigilo. Nicholai se apartó de la ventana. Un segundo después, los dos jóvenes se pusieron a la vista, moviéndose de un modo casi tan silencioso como él. Se fijó, algo sorprendido, en que estaban inspeccionando la zona como si esperaran problemas de alguna clase. *Quizá se han encontrado con la criatura, con el Tirano.* Si la criatura estaba siguiendo a Jill, eso sí que pondría interés a la situación, aunque Nicholai tenía muy claro que se apartaría de su camino y que le permitiría matar a la chica si al final aparecía. El monstruo se cargaría a todo aquél lo bastante estúpido para interponerse en su camino. Nicholai no sentiría ningún remordimiento en echarse a un lado.

Jill avanzaba por delante de Carlos, y cuando se acercaron un poco más, con paso precavido y sigiloso, Nicholai pudo ver que ella llevaba bastantes cables colgados del hombro.

Quizá los dejaría vivir un poco más después de todo; estaban resultando ser unos ayudantes muy útiles.

—Todo despejado —susurró Carlos, y Nicholai sonrió. Los oía a la perfección.

—Ya tendría que haber regresado, si no se ha encontrado con una de esas criaturas —respondió Jill con otro susurro.

La sonrisa de Nicholai titubeó por un momento. Parecía imposible, pero... ¿estaban peinando la zona por él?

—Propongo que nos acerquemos a él como si no supiésemos nada —dijo Carlos manteniendo la voz baja—. Subimos, nos ponemos cada uno a un lado y le obligamos a que nos entregue el rifle. También lleva un cuchillo.

¿Qué pasa? ¿qué ha cambiado? —Nicholai se sentía confundido, inseguro—. *¿Qué es lo que han sabido?*

Jill asintió.

—De acuerdo. Déjame a mí hacerle las preguntas. Conozco mejor a Umbrella y creo que tengo más posibilidades de convencerlo de que lo sabemos todo sobre la operación

Perro Guardián. Si cree que ya lo sabemos todo...

—... no se preocupará por intentar ocultar nada. —Carlos acabó la frase—. Vale. Venga, hagámoslo. Mantén tu arma preparada por si acaso nos tiene reservada alguna sorpresa.

Jill asintió de nuevo y ambos se enderezaron. Carlos incluso se echó el rifle al hombro. Se pusieron en marcha hacia el tranvía sin preocuparse de que les oyeran.

La furia que se apoderó de Nicholai fue tan feroz, tan intensa, que por un momento se vio cegado por ella de un modo literal. Unos destellos púrpura alternados con momentos de negrura le azotaron el cerebro, de forma enloquecida y violenta, y lo único que impidió que se lanzara a la carrera hacia el andén para acribillarlos a los dos fue el conocimiento remoto de que estaban preparados para repeler su ataque. Casi lo hizo, de todas maneras. El impulso, la necesidad de hacerles daño era tan fuerte que las consecuencias le parecían poco importantes. Le hizo falta recurrir a todo su autocontrol para quedarse quieto, para ponerse en pie, estremecerse y no ponerse a gritar.

Después de un lapso de tiempo indeterminado, oyó el motor del tranvía ponerse en marcha, y el sonido lo llevó de vuelta a la realidad. Su mente se puso a trabajar de nuevo, pero tan sólo pudo concluir razonamientos sencillos, como si su rabia fuese demasiado intensa para permitir ideas de mayor complejidad.

Sabían que no les había dicho la verdad. Sabían algo sobre la operación Perro Guardián, y sabían que estaba involucrado en ella, por lo que se había convertido en su enemigo. Ya no se produciría la consumación del trabajo cuidadoso y concienzudo que había diseñado, no se produciría un desarrollo del sentimiento de camaradería hacia él. Todo aquello había sido una pérdida de tiempo..., y para echarle sal a la herida, iba a tener que ir andando hasta el hospital.

Nicholai apretó con más fuerza todavía los dientes para ahogar el odio impotente que amenazaba con aplastarlo desde su mismo interior, como un secreto infectado. Cómo se atrevían a robarle su sentido del autocontrol, como si tuvieran derecho a hacerlo.

Mis planes, mi dinero, mi decisión. Míos, no suyos, míos... Tras un momento, aquel mantra continuado comenzó a funcionar y lo calmó un poco. Las palabras lo tranquilizaban por la verdad que conllevaban. «Míos, yo decido, yo.»

Nicholai inspiró profundamente varias veces y se concentró en lo único que le podría aliviar la rabia mientras oía al tranvía alejarse con lentitud.

Encontraría un modo de que se las pagasen todas juntas. Los haría pedir misericordia, y se reiría a carcajadas mientras gritaban de dolor.

Capítulo 15

Jill estaba de pie al lado de Carlos, frente a los mandos del tranvía. Miraba al exterior, donde las ruinas de Raccoon City pasaban a su lado con lentitud. No podían ver demasiado con el haz amarillento del único faro, pero había numerosos incendios pequeños que nadie apagaba, y el trozo de luna que brillaba en el cielo lo iluminaba todo con su luz fría: calles repletas de escombros, y cascotes, ventanas rotas o tapiadas con tablas de madera, sombras vivientes que se tambaleaban y vagabundeaban sin dirección fija.

—No vayas muy rápido —dijo Jill—. Si las vías están bloqueadas y vamos a demasiada velocidad...

Carlos la miró con un gesto irritado.

—Vaya, pues no había pensado en eso. Gracias.

Su sarcasmo se merecía una contestación, pero Jill estaba demasiado cansada para ponerse a discutir, y le parecía que todo su cuerpo no era más que un enorme moretón.

—Sí, vale. Lo siento.

Las vías seguían deslizándose ante ellos mientras Carlos manejaba con cuidado los mandos y frenaba la marcha hasta casi convertirla en un paso de tortuga cada vez que aparecía una curva. Jill quería sentarse, incluso marcharse al otro vagón y tumbarse al lado de Mikhail. Quedaban unos cuantos kilómetros hasta llegar a la torre del reloj, y al paso que iban, hasta alguien al trote iría a mayor velocidad que ellos, pero sabía que Carlos también estaba cansado. Lo menos que podía hacer era dejar que le dolieran los pies durante un rato más a su lado.

No habían hablado todavía sobre Nicholai por alguna especie de acuerdo tácito, quizá porque especular sobre dónde estaba o qué estaba haciendo no serviría de nada. Estuviese lo que estuviese haciendo, ellos se iban de la ciudad. Si lograban sobrevivir, Jill estaba más decidida que nunca a que Umbrella pagara por sus crímenes, y eran los directivos de Umbrella los responsables de las muertes en Raccoon City, no Nicholai.

Su intuición había acertado con Nicholai. Aquel individuo no desconocía las maldades que Umbrella había cometido, aunque Jill no había llegado a sospechar la profundidad de su engaño. Al parecer, por lo que había leído en el diario que Carlos había encontrado, la compañía estaba preparada por si la población de Raccoon resultaba infectada, y había organizado un grupo secreto para que redactara informes sobre la catástrofe. Algo asqueroso, pero no sorprendente.

Después de todo, estamos hablando de Umbrella. Si pueden diseñar mediante ingeniería genética y de forma ilegal virus mutantes y, además, efectuar una cría de monstruos asesinos a los que inyectarles esos virus, ¿por qué no sacarle el máximo partido a un asesinato en masa? Se pueden tomar notas, documentar unos cuantos enfrentamientos...

¡Craaash!

Jill se tambaleó cuando el tranvía se estremeció de un lado a otro. El ruido de cristales rotos procedía del otro vagón. Medio segundo después, oyeron a Mikhail lanzar un grito enfebrecido..., aunque Jill no estaba segura si era por miedo o por dolor.

—Toma los mandos —dijo Carlos, pero ella ya estaba a mitad de camino del vagón con el revólver de gran calibre en la mano.

—Yo me encargo, tú mantennos en movimiento —gritó ella, y mientras atravesaba la puerta procuró no pensar en lo que podía ser. Para que el tranvía se sacudiera de ese modo...

Tiene que ser uno de sus monstruos, y lo más probable es que Mikhail ni siquiera pueda incorporarse.

Abrió la puerta de un empujón y pasó a la plataforma que unía los dos vagones. Le pareció que el traqueteo inmisericorde de las ruedas era atronador. Mientras abría la siguiente puerta no dejaba de pensar en la indefensión de Mikhail. *Mieeeeerda.*

Los elementos que formaban la escena que tenía delante eran sencillos, claros y letales: una ventana rota, con fragmentos de cristales por doquier; Mikhail, a su izquierda, con la espalda pegada a la pared e intentando ponerse en pie utilizando el rifle como muleta..., y el asesino de STARS en mitad del vagón, con su cabeza contrahecha alzada hacia el techo y su gran boca sin labios bramando aquel aullido sin palabras. Los cristales de las demás ventanas se estremecieron por la potencia de su grito demente.

Jill empezó a disparar. Cada tiro fue una explosión ensordecedora. Los proyectiles de grueso calibre se estamparon contra el torso del monstruo mientras continuaba con su aullido. La tremenda fuerza de los impactos lo hizo retroceder unos cuantos pasos, pero no pudo ver si había tenido algún otro efecto.

Mikhail se unió al ataque cuando Jill disparó su sexto proyectil, y las balas de menor calibre de su rifle de asalto acribillaron las gigantescas piernas del Tirano justo cuando ella se quedó sin balas. Mikhail todavía estaba recostado contra la pared y su puntería no era muy buena, pero a Jill le venía muy bien cualquier ayuda por pequeña que fuese. Empuñó la Beretta, ya que incluso con un recargador de cilindro hubiera tardado demasiado en reponer las balas, y abrió fuego de nuevo apuntando a la cabeza.

No sirve.

El Némesis dejó de aullar y centró su atención en ella, con sus ojos cubiertos de una película blanca, como si tuviera cataratas, y sus enormes dientes húmedos y brillantes. Varios tentáculos se balanceaban alrededor de su cabeza desigual y sin un solo cabello.

—¡Sal de aquí! —gritó Mikhail, y Jill lo miró por un instante sin ni siquiera tener en cuenta la posibilidad de hacerle caso mientras seguía disparando..., hasta que se percató un momento después de lo que sostenía en la mano: una granada, y tenía un dedo tembloroso metido a través de la anilla de activación. Reconoció la clase de artefacto inmediatamente: se trataba de una RG34, de fabricación checa. Barry coleccionaba granadas. Disparó de nuevo y acertó justo en la frente llena de costurones del Némesis, sin que el proyectil causara efecto alguno. Se trataba de una granada de impacto. En cuanto se quitaba la anilla, estallaba al entrar en contacto con el objetivo.

Mikhail no lo haría. Sería un suicidio...

—¡No! ¡Ponte detrás de mí! —gritó Jill, y el asesino de STARS dio un enorme paso hacia ella y casi redujo a la mitad la distancia que los separaba.

—¡Márchate! —le ordenó Mikhail al tiempo que tiraba de la anilla. En su rostro blanco como el papel se podía ver una expresión de concentración y de decisión increíbles—. ¡Yo ya estoy muerto! ¡Vete ya!

Jill disparó una vez más la Beretta y se quedó sin balas. Se dio la vuelta y echó a correr, dejando que Mikhail se enfrentara a solas con aquel monstruo.

Carlos oyó los gritos en mitad del retumbar de los disparos mientras se esforzaba por detener el tranvía, desesperado por ir en ayuda de Jill y de Mikhail, pero se encontraban en mitad de una curva algo cerrada y los mandos, que sufrían una evidente falta de mantenimiento, se resistieron a todos sus esfuerzos. Estaba a punto de dejarlo todo y

reunirse con ellos de todas maneras cuando la puerta a su espalda se abrió de golpe.

Carlos se giró en redondo y empuñó el M16 apuntando con una sola mano mientras mantenía la otra de un modo instintivo sobre la palanca de mando, pero vio que se trataba de Jill. Ella casi entró de un salto con el rostro convertido en una máscara de terror expectante y un nombre en los labios...

Una fortísima onda expansiva de fuego y sonido surgió a su espalda y la tiró al suelo, donde rodó con torpeza sobre un hombro mientras acababa de llegar el estallido del segundo coche. Unas llamaradas de fuego entraron por la ventanilla de la puerta trasera al mismo tiempo que el suelo se estremecía arriba y abajo. Carlos se estampó contra el asiento del conductor, y el brazo de la silla lo golpeó en el muslo con la fuerza suficiente para que los ojos se le llenaran de lágrimas. ¡*Mikhail!*

Carlos dio un paso hacia la parte trasera del vagón..., y lo único que vio de él fueron sus restos ardientes y destrozados cayéndose a pedazos poco a poco mientras el tranvía cogía velocidad. No existía ninguna posibilidad de que Mikhail hubiera sobrevivido a aquello, y Carlos comenzó a tener dudas muy serias sobre sus propias posibilidades. Jill se acercó a él tambaleándose, con el rostro todavía afectado por lo que fuese que hubiera visto.

El tranvía entró en otra curva y quedó fuera de control en ese preciso instante, saltando de un lado a otro como si se tratase de un barco en mitad de una tormenta, sólo que los rayos y los truenos los provocaba el propio vagón al chocar contra los coches y los edificios y hacer saltar grandes chorros de chispas. En vez de frenar, parecía que el vagón tomaba impulso y velocidad con cada choque, mientras atravesaba la oscuridad entre una serie de tremendos chirridos metálicos.

Carlos intentó luchar contra la gravedad para agarrar la palanca de mando, consciente de que se habían salido de las vías, de que Mikhail había muerto, de que su única esperanza era el freno manual. Si tenían mucha suerte, las ruedas se bloquearían. Tiró con todas sus fuerzas de la palanca..., y no ocurrió nada. Nada en absoluto. Estaban jodidos.

Jill llegó hasta la parte frontal del vehículo agarrándose a los respaldos de los asientos y a las barras verticales de apoyo mientras el vagón seguía saltando y chirriando. Carlos vio cómo se fijaba en la palanca de mando que él seguía sosteniendo de forma inútil, observó un destello de desesperación en sus ojos, y supo que tenían que saltar.

—¡Los frenos! —gritó Jill.

—¡No funcionan! ¡Tenemos que saltar!

Se dio la vuelta y agarró su rifle por el cañón para romper una ventana lateral. Un repentino bote del tranvía lanzó los fragmentos de cristal contra su pecho. Se agarró al marco de la ventana con una mano y se giró para ofrecerle la otra a Jill.

Vio cómo ella daba un codazo contra un panel de cristal pequeño y los ojos se le iluminaban con un rayo de esperanza mientras tiraba de una palanca que él no podía ver...

ÑÑIIIIICCCCC...

El freno de emergencia. Por increíble que le pareciera, la velocidad del tranvía comenzó a disminuir, inclinándose una última vez a la izquierda antes de nivelarse del todo de nuevo mientras seguía deslizándose entre una lluvia de chispas cada vez menor. Carlos cerró los ojos y se agarró a la palanca de mando, ya inútil, tenso, preparado para el impacto final..., y unos segundos después, con un leve crujido decepcionante, el viaje llegó a su final. El vagón acabó deteniéndose contra una pila de trozos de cemento en mitad de un jardín con la hierba cortada a la perfección, con unas cuantas estatuas

sombrías y algunos setos alrededor. El vehículo se estremeció por última vez, y todo se acabó.

Silencio, excepto por los chasquidos del metal que se enfriaba. Carlos abrió los ojos, incapaz apenas de creerse el recorrido de pesadilla que habían hecho por la ciudad. Jill, a su lado, inspiró de forma temblorosa. Todo había ocurrido con tanta rapidez que era un milagro que los dos estuvieran vivos todavía.

—¿Y Mikhail? —preguntó Carlos en voz baja.

Jill negó con la cabeza.

—Era ese bicho, Tirano, el Némesis de los STARS. Mikhail tenía una granada en la mano, aquellos nos atacó y él...

La voz se le quebró, y se quedó callada. Metió una mano en la riñonera y comenzó a recargar sus armas, concentrándose en aquellos movimientos tan simples. Eso pareció calmarla. Cuando habló de nuevo, su voz volvía a ser firme.

—Mikhail sacrificó su vida para salvarme cuando vio que el Némesis iba a por mí.

Jill apartó la vista y miró hacia la oscuridad mientras un viento frío entraba a través de las ventanas destrozadas del vagón. Hundió la cabeza entre los hombros, y Carlos no supo qué decir. Se acercó a ella, le pasó la mano con suavidad por la espalda, y sintió bajo sus dedos que se ponía tensa. Apartó con rapidez la mano, temiendo haberla ofendido de algún modo, pero entonces se dio cuenta de que estaba mirando algo fijamente, con una expresión de puro asombro en su bello rostro.

Carlos siguió la dirección de sus ojos y levantó la mirada para ver una torre de unos tres o cuatro pisos de altura que se alzaba por encima de ellos, recortada contra el trasfondo del nublado cielo nocturno. Un reloj blanco, resplandeciente, situado cerca del extremo superior indicaba que ya casi era medianoche.

—Un ángel de la guarda nos vigila, Carlos —dijo Jill, y él sólo pudo asentir en silencio.

Habían llegado a la torre del reloj.

Nicholai avanzó siguiendo las vías del tranvía, iluminadas por la luz de la luna. Ni se preocupó por ocultarse mientras se dirigía hacia el oeste. No tendría problema alguno en ver cualquier cosa que se acercara hacia él y podría matarla desde lejos. Estaba de un humor de perros, y casi le apetecía la oportunidad de volarle las tripas a algo, sin importarle que fuera humano o no.

Su furia se había aplacado un poco y había dado paso a un estado de ánimo bastante fatalista. Ya no le parecía posible seguir el rastro del jefe de pelotón moribundo y de los dos soldados jóvenes, sobre todo, porque ya no tenía tiempo. Le llevaría por lo menos una hora llegar hasta la torre. Si lograban adivinar cómo se podían poner en funcionamiento las campanas del reloj, se habrían marchado mucho antes de que él llegara.

Nicholai dejó escapar un bufido y se esforzó por recordar que sus planes no habían cambiado, que todavía tenía un horario y un esquema que cumplir. Había cuatro personas que lo estaban esperando sin saberlo. Después del doctor Aquino, iban los dos soldados, Chan y el sargento Ken Franklin, y por último, el operario de fábrica, Foster. Nicholai todavía tendría que recoger toda la información después de habérselos cargado a todos, y más tarde localizar y preparar un punto de reunión y salir en helicóptero de la ciudad. Tenía mucho que hacer..., pero no podía evitar sentirse frustrado por las circunstancias.

Se detuvo e inclinó la cabeza hacia un lado. Había oído un estampido, un choque de alguna clase más hacia el oeste, quizá incluso el sonido apagado por la distancia de una

explosión de pequeño tamaño. Un segundo después, sintió una leve vibración en las vías del tranvía. Las vías pasaban por el centro de una calle principal. Cualquier objeto sólido podía haberlas hecho vibrar.

Son ellos, son Mikhail y Carlos, y Jill Valentine. Han chocado con algo, o le ha pasado algo al motor, o...

O no sabía qué, pero, de repente, estuvo muy seguro de que habían tenido alguna clase de problema. Aquello reforzó su sentimiento de que era él quien tenía mayores habilidades. Ellos se veían obligados a confiar en la suerte, y no todo era buena suerte.

Quizá nos veremos de nuevo las caras. Cualquier cosa es posible, sobre todo en un sitio como éste.

Un gruñido gorgoteante le llegó procedente de algún punto por delante y a la izquierda, entre un edificio de oficinas y un aparcamiento vallado. Al primero se le unió un segundo, y después un tercero. Tres infectados salieron a terreno abierto, a unos diez metros de donde él se encontraba. Estaban demasiado lejos para distinguir con claridad sus cuerpos bajo la pálida luz de la luna, pero Nicholai se dio cuenta de que ninguno de ellos se encontraba en demasiado buen estado. A dos de ellos les faltaba algún brazo, y al otro parecía que le habían cortado las piernas por la mitad, de modo que caminaba sobre sus rodillas, y cada paso que daba sobre los muñones provocaba un sonido parecido a un chasquido con los labios.

—Urrggg —gimió el más cercano, y Nicholai le atravesó el cerebro medio podrido con una bala. Otros dos disparos, y los dos restantes se unieron al primero cayendo al asfalto con un ruido sordo y húmedo.

Se sintió mucho mejor. Tuviera o no otra oportunidad de ver de nuevo a sus camaradas traicioneros, y se dio cuenta de que lo deseaba intensamente, él era un hombre superior, y al final, triunfaría.

Percatarse de aquello lo llenó de nuevos ánimos. Nicholai empezó a correr al trote, deseoso de enfrentarse al siguiente desafío que lo esperara, fuese el que fuese.

Capítulo 16

La puerta del tranvía estaba atascada, de modo que Jill y Carlos tuvieron que salir por una de las ventanas. Los dos tenían el mismo aspecto de agotamiento. La verdad era que se trataba de una coincidencia muy extraña: el tranvía había ido a parar justo debajo de la torre del reloj: el punto adonde tenían que llegar, aunque también era cierto que las últimas horas —¡qué coño horas, semanas!— habían sido más que extrañas. Jill pensó que lo mejor para ella era que ese tipo de situaciones dejaran de sorprenderla.

El patio delantero de la torre del reloj parecía desierto por completo. Nada se movía a excepción de una leve humareda aceitosa procedente del sistema eléctrico del tranvía. Se acercaron a la fuente decorativa que había justo delante de la puerta principal mirando al gigantesco reloj y al pequeño campanario que remataba la torre. Jill no dejaba de pensar en Mikhail Victor. Carlos no la había presentado de un modo formal al hombre que había salvado su vida, pero ella estaba convencida de que habían perdido a un aliado muy valioso. La fuerza de carácter que se necesitaba para morir a cambio de que otro viviera... «Heroico» era la única palabra apropiada. *Quizá incluso ha logrado matar al Némesis. Casi estaba encima de él cuando la granada estalló.*

Lo más probable era que no fuese más que un exceso de optimismo, pero al menos, podía tener esa esperanza.

—Bueno, supongo que ahora toca encontrar el mecanismo para hacer sonar las campanas —dijo Carlos—. ¿Crees que es mejor que nos separemos, o que...?

¡Grraaaacc!

El graznido de un cuervo lo interrumpió, y Jill sintió una nueva oleada de adrenalina recorrerle las venas. Agarró a Carlos de la mano justo cuando un sonido aleteante llenó la oscuridad por encima de sus cabezas: el sonido de las alas de los pájaros en vuelo.

La sala de los cuadros de la mansión, vigilados por decenas de ojillos negros y brillantes que esperaban para atacar, y Chris me dijo que a Forest Speyer, del equipo Bravo, lo habían destrozado con decenas, centenares de picotazos.

—¡Vamos!

Tiró de Carlos en cuanto recordó la ferocidad implacable de los cuervos hiperdesarrollados con los que se había encontrado en la mansión Spencer. Carlos pareció darse cuenta de que era mejor no hacer preguntas, y le hizo caso cuando otra docena de graznidos resonaron en el aire. A la carrera, dejaron atrás la fuente y llegaron a la puerta de doble hoja de la torre del reloj.

Estaba cerrada con llave.

—¡Cúbreme! —gritó Jill a Carlos mientras metía la mano en la riñonera en busca de las ganzúas y los graznidos se acercaban cada vez más.

Carlos se lanzó con todo su peso contra las puertas de madera vieja con la fuerza suficiente para que saltaran astillas. Retrocedió unos cuantos pasos y se lanzó a la carga de nuevo.

¡BAM!...

Saltaron hacia dentro. Carlos siguió adelante llevado por el impulso y entró a la carrera en el vestíbulo, donde tropezó hasta caer al suelo de elegantes baldosas. Jill se apresuró a entrar detrás de él y agarró los pomos de las hojas de la puerta para cerrarlas.

Justo a tiempo. Se oyeron dos golpes sordos pero fuertes al otro lado de la madera seguidos de un coro de graznidos furiosos y el revoloteo de unas alas enormes. Un instante después, el ruido se alejó. Jill se dejó caer contra la puerta, jadeando con fuerza.

Dios, ¿es que esto no va a parar nunca? ¿Tendremos que enfrentarnos a todos y cada uno de esos monstruos cabrones antes de que podamos escapar?

—¿Pájaros zombis? ¿Me estás tomando el pelo? —preguntó Carlos mientras se ponía en pie y ella echaba el cerrojo a las puertas. Jill ni se molestó en contestarle, y se limitó a estudiar el vestíbulo de la torre del reloj.

Le recordó la entrada de la mansión Spencer: las luces tenues y las volutas góticas le daba algo parecido a un ambiente de elegancia antigua. La gran estancia estaba dominada por una amplia escalera de mármol que llevaba a un rellano en la segunda planta rodeado de ventanales con vidrios de colores. Había una puerta a cada lado de la estancia, un par de mesas de madera pulida enfrente de ellos, y a su izquierda...

Jill suspiró para sus adentros y sintió que se ponía en tensión. No era que hubiese confiado en que la torre del reloj fuese una especie de santuario invulnerable, incluso si se tenía en cuenta lo alejada que estaba del centro de la ciudad, pero se dio cuenta de que había tenido esa esperanza..., una esperanza que había perdido ante el espectáculo de nuevas muertes.

La escena contaba algo, un misterio. Cinco cadáveres de hombres, todos vestidos con alguna clase de uniforme militar. Tres de ellos yacían al lado de las mesas, víctimas, al parecer, de los zombis. El cuerpo de un infectado estaba tirado en el suelo, acribillado por completo a balazos. La carne de las víctimas estaba mordida y les habían roto el cráneo y vaciado el interior. El quinto cadáver pertenecía a un joven, que al parecer se había suicidado pegándose un tiro en la cabeza, lo más probable era que después de acabar con el zombi. ¿Se había matado por la desesperación que había sentido al ver a sus camaradas medio devorados? ¿Había sido el responsable de aquello de algún modo? ¿O era que conocía al zombi y se había suicidado después de verse obligado a acabar con él?

No habrá forma de saberlo jamás. Otro puñado de vidas perdidas en una tragedia desconocida, otro puñado entre los miles de muertos de esta ciudad.

Carlos se acercó a los cuerpos, ceñudo. A ella le pareció que los conocía por la expresión lúgubre de su cara. Se agachó, agarró del asa una bolsa de lona manchada de sangre que estaba entre dos de los cadáveres y la arrastró hasta sacarla de allí, dejando un rastro de sangre por el suelo de baldosas. Jill pudo oír un entrechocar de objetos metálicos. Además, se dio cuenta de que debía de ser pesada, porque a Carlos le costaba un poco arrastrarla.

—¿Eso es lo que creo que es? —preguntó Jill. Carlos subió la bolsa a una de las mesas y sacó todo lo que había dentro. Jill sintió una oleada de alegría inesperada cuando vio el contenido. Se apresuró a acercarse a la mesa, incapaz de creer la suerte que habían tenido.

Media docena de granadas RG34, como la que había utilizado Mikhail; ocho cargadores de treinta proyectiles para el M16, y llenos, por lo que parecía; por último, algo que ni siquiera había soñado tener: un lanzagranadas M79 con un puñado de proyectiles de cuarenta milímetros.

—Armas en la torre del reloj —dijo Carlos con un tono de voz pensativo. Antes de que Jill pudiera preguntarle qué quería decir, tomó uno de los proyectiles del lanzagranadas y dejó escapar un silbido—. Granadas de metralla —comentó—. Una de éstas puede mandar volando a la mierda de un tiro a ese *espantajo*² de Némesis.

² En castellano en el original (N. del T)

Jill arqueó una ceja.

—¿Espantajo? —preguntó.

—Sí. Quiere decir literalmente «espantapájaros», pero también se refiere a cualquier bicho raro o feo.

Jill pensó que era un término apropiado. Señaló con el mentón a los cadáveres que habían llevado aquellas armas.

—¿Los conocías?

Carlos se encogió de hombros con un gesto de incomodidad mientras le pasaba tres de las granadas de mano.

—Todos son del UBCS. Los he visto por la oficina, pero no..., no los conocía. No eran más que soldados de a pie, y lo más probable es que no tuvieran ni idea de dónde se estaban metiendo cuando aceptaron trabajar para Umbrella o cuando los enviaron aquí.

Parecía estar furioso y un poco triste al mismo tiempo. Cambió de repente de tema al recordar lo cerca que estaban de lograr escapar de Raccoon City.

—¿Quieres llevar tú el lanzagranadas? —preguntó a Jill.

—Creí que no me lo ibas a pedir nunca —contestó ella con una sonrisa. Le encantaría empuñar una arma que, tal como había expresado Carlos de una forma tan pintoresca, podía mandar volando a la mierda de un tiro a un bicho como el Némesis—. Ahora sólo tenemos que encontrar un botón en algún lugar de la torre, pulsarlo, y esperar que llegue nuestro taxi a recogerlos.

Carlos sonrió a la vez que metía los cargadores del M16 en los bolsillos del chaleco.

—Y procurar no acabar muertos, como todos los demás en este sitio de mierda.

Jill no tuvo respuesta para aquello.

—¿Vamos arriba? —fue lo único que pudo decir.

Carlos se limitó a asentir. Armados y preparados, se dirigieron a la escalera.

La segunda planta de la torre del reloj no era más que una balconada que daba al vestíbulo. Cubría tres lados del edificio, y había una sola puerta que tenía que dar a otras escaleras que subían al campanario. Ése era el término adecuado, si Carlos no recordaba mal.

Ya casi se ha acabado, casi se ha acabado. Dejó que aquella idea repetida expulsara todas las demás sensaciones. Estaba demasiado cansado para tener en cuenta los sentimientos de rabia, pena y miedo que lo embargaban. Se daba perfecta cuenta de que no estaba muy lejos del momento en que podría perder el control. Ya se ocuparía de aclarar sus emociones cuando se hubiera largado de Raccoon.

La balconada en sí estaba decorada con tanto lujo como el vestíbulo. Sus baldosas de color azul hacían juego con los vidrios de las ventanas, formando un arco apoyado sobre dos columnas blancas. Podían ver casi toda la balconada desde el extremo superior de las escaleras. Parecía estar despejada, sin ninguna clase de monstruo o zombi a la vista. Carlos se relajó un poco, y se fijó en que Jill también parecía más tranquila. Llevaba el revólver Colt Python en la mano y el lanzagranadas cruzado sobre la espalda, con el cinturón de Carlos como cincha.

¿Cómo sabía Trent que aquí encontraríamos armas? ¿Sabía que tendríamos que quitárselas a los muertos?

Carlos se dio cuenta de repente de que estaba sobrestimando la capacidad de maniobra de Trent. Seguro que había algún tipo de depósito de armas oculto en el edificio, eso era todo. Jill y él tan sólo habían dado por casualidad con la bolsa de lona. La alternativa a eso era que Trent supiera de alguna manera que aquellos hombres morirían allí, y era algo demasiado extraño incluso para que lo tuviese en cuenta en aquella

situación.

Recorrieron el primer tramo de la balconada de lado a lado. Carlos se preguntaba qué le diría Jill si le hablaba de Trent. Lo más probable era que pensara que estaba bromeando. Todo aquello se parecía tanto a las novelas malas de misterio y de espías...

Algo se movió por delante de ellos, al otro lado de la primera esquina, algo en el techo, una sombra desplazándose. Carlos se apoyó en la barandilla y se inclinó a un lado para mirar, pero fuese lo que fuese, estaba escondido detrás de uno de los arcos colgantes, o era algo que su cerebro agotado se había sacado de la manga para mantenerlo despierto.

—¿Qué pasa? —susurró Jill a su lado mientras mantenía el revólver en alto y preparado para disparar.

Carlos escrutó el lugar unos cuantos segundos más y después negó con la cabeza al mismo tiempo que se daba la vuelta.

—Nada, pero es que me pareció ver algo en el techo. Seguro que no...

—¡Mierda!

Carlos se giró en redondo mientras Jill levantaba el revólver y apuntaba al techo justo delante de ellos: una criatura del tamaño de un perro grande, un ser de cuerpo rechoncho y múltiples patas que se deslizaba en su dirección. Sus pies peludos pataleaban a toda velocidad pegados al techo y lo hacían avanzar con una rapidez increíble.

Jill disparó tres veces antes de que Carlos tuviera tiempo de parpadear, pero no antes de que se diera cuenta de lo que estaba viendo. Se trataba de una araña, pero tan grande que Carlos podía ver su propio reflejo en los ojos negros brillantes cuando se estampó contra el suelo. Unos fluidos de color oscuro surgieron de su tórax agujereado mientras movía con furia arriba y abajo en el aire las patas multicolores y la sangre espesa se acumulaba formando un charco bajo su cuerpo. Aquella danza salvaje y silenciosa duró tan sólo un segundo o dos antes de que se encogiera sobre sí misma, muerta.

—Odio las arañas —dijo Jill con una expresión de asco en la cara mientras seguía caminando sin perder de vista el techo—. Todas esas patas, ese estómago hinchado... puagh.

—¿Has visto algo como esto antes? —preguntó Carlos, incapaz de apartar la mirada del cuerpo enroscado sobre sí mismo.

—Sí, en el laboratorio que Umbrella tenía en el bosque. Bueno, aunque no estaban vivas. Las que yo me encontré ya estaban muertas.

La calma aparente que Jill mantuvo mientras pasaban de largo al lado de la enorme araña muerta le recordó a Carlos la suerte que había tenido al encontrarse con ella. Había conocido a muchos tipos duros en sus experiencias de combate, pero dudaba mucho que ninguno de ellos se manejase tan bien en una situación como aquélla como lo estaba haciendo Jill Valentine.

El resto de la balconada estaba despejado, aunque Carlos se sintió intranquilo por la inmensa cantidad de telarañas que había en el techo: montones y montones de una sustancia pegajosa blanca y espesa acumulados en todos los rincones. A él tampoco es que le gustaran mucho las arañas. Cuando llegaron a la puerta y la cruzaron, Jill en primer lugar y semiagachada, Carlos se sintió aliviado de encontrarse de nuevo en el exterior.

Habían salido a una cornisa amplia situada en la parte frontal de la torre. Era un espacio abierto, con una barandilla vieja, un par de focos apagados y unas cuantas macetas con plantas muertas y secas. Se veía una abertura parecida a una puerta un piso más arriba, pero no había forma de llegar hasta ella. Era un callejón sin salida. No podían ir a ningún lado excepto volver por donde habían venido. Carlos suspiró. Al menos, los cuervos, si es que eso eran, se habían marchado a algún otro lugar.

—¿Y ahora, qué? —preguntó Carlos mientras miraba abajo, al patio envuelto en la oscuridad y al tranvía destrozado, del que todavía salía algo de humo.

Carlos se giró y vio que Jill estaba de pie al lado de una placa de cobre en la que no se había fijado y que estaba colocada sobre la superficie de piedra de la torre. Metió una mano en la riñonera que llevaba a la cintura y sacó un juego de ganzúas envueltas en un trapo.

—Te rindes con demasiada facilidad —contestó Jill mientras escogía unas cuantas del puñado que tenía—. Tú monta guardia por si vuelven los cuervos y yo veré qué puedo hacer para conseguir una escalera.

Carlos se quedó vigilando mientras se preguntaba si había algo que ella no pudiera hacer. Olió la llegada de la lluvia en el viento frío que azotaba la cornisa, y un momento después, oyó una serie de chasquidos seguidos de un zumbido producido por un mecanismo oculto. A continuación, una escalerilla metálica apareció justo debajo de la abertura y comenzó a descender.

—¿Qué te parece si te quedas montando guardia unos cuantos minutos más? —preguntó Jill sonriéndole.

Carlos le devolvió la sonrisa, sintiendo el mismo nerviosismo que Jill: ya casi se había acabado todo.

—A la orden.

Jill subió con rapidez por la escalera y desapareció a través de la abertura. Un momento después, gritó que todo estaba despejado, y Carlos caminó arriba y abajo con impaciencia durante los minutos siguientes, pensando en todo lo que iba a hacer después de que los rescataran. Quería hablar de nuevo con Trent sobre lo que había que hacer para detener a Umbrella de una vez por todas. Fuese lo que fuese, estaba dispuesto a hacerlo.

Seguro que también le interesará hablar con Jill. Nos comportaremos como si no supiéramos nada cuando lleguen los helicópteros y hasta que nos dejen marchar, y luego planearemos nuestro siguiente paso... Bueno, después de una buena comida y unas veinticuatro horas durmiendo, por supuesto.

Estaba tan concentrado en la huida de Raccoon City que al principio no se dio cuenta de la expresión de la cara de Jill cuando ella bajó. Cayó en la cuenta de que las campanas no estaban repicando. Le sonrió... y sintió que el alma se le caía a los pies cuando se percató de que su sufrimiento todavía no había acabado.

—Falta un engranaje en el mecanismo que acciona las campanas —dijo ella—, y lo necesitamos para que suenen. La buena noticia es que me apuesto lo que quieras a que está en algún lugar de este mismo edificio.

Carlos arqueó una ceja.

—¿Cómo lo sabes?

—Hallé esto al lado de uno de los otros engranajes —dijo ella mientras le entregaba una postal algo estropeada.

La fotografía de la parte delantera mostraba tres pinturas colgadas en fila, y en cada una de ellas aparecía un reloj. Carlos le dio la vuelta a la postal y vio que ponía «La Torre del Reloj de Saint Michael, Raccoon City» en la esquina superior izquierda. Debajo había una frase escrita, y Jill la leyó en voz alta.

—«Entrégale tu alma a la diosa. Pon las manos juntas para rezar ante ella.»

Carlos se la quedó mirando.

—¿Me estás diciendo que tenemos que rezar para conseguir ese engranaje?

—Ja, ja. Lo que te estoy diciendo es que el engranaje se encuentra donde están estas tres pinturas.

Carlos le devolvió la postal.

—Me has dicho que ésa era la buena noticia. ¿Cuál es la mala?

Jill le sonrió, esta vez con amargura y sin ninguna alegría.

—Que dudo mucho que el engranaje esté a plena vista. Se trata de resolver alguna especie de acertijo. Como los que encontré en la mansión Spencer. —Se quedó callada un momento—. Y algunos de ellos casi me mataron.

Carlos no preguntó. No quería saberlo, al menos, en aquellos momentos.

Capítulo 17

Después de seguir su rastro durante casi media hora, Nicholai encontró al doctor Richard Aquino en la cuarta planta del mayor hospital de Raccoon City. El hecho de ver al otro «perro guardián» alegró a Nicholai de un modo tal que no pudo explicar ni siquiera a sí mismo. Fue una sensación de que todo iba bien en el mundo, que la situación se desarrollaba como debía.

Conmigo al mando, tomando las decisiones. Dentro de un momento, sólo quedarán tres, tres perritos a los que tendré que dar caza en la tierra de los muertos vivientes —pensó con actitud soñadora—. *¿Puede haber algo que sea mejor que esto?*

Aquino estaba cerrando con llave una puerta. Su cara sudorosa de tez pálida mostraba una expresión de miedo, y movía los ojos de un lado a otro mientras miraba a su alrededor lleno de nerviosismo. Se metió las llaves en el bolsillo, se colocó bien las gafas sobre el puente de la nariz y se adentró en el pasillo que llevaba de vuelta al ascensor. A Nicholai le pareció divertido que ni siquiera fuese armado.

Salió a medias de entre las sombras, dispuesto a pasárselo bien. Había tardado más de una hora en llegar al hospital, marchando al trote casi todo el rato, y aquel individuo ratonil se había atrevido a intentar esconderse de él, aunque al verlo en aquel momento, Nicholai pensó que lo más probable era que el científico ni siquiera se hubiera dado cuenta de que lo estaban buscando, y lo había esquivado más por suerte que por otra cosa. Aquino tenía el típico aspecto de alguien capaz de perderse en su propia casa. En aquel mismo momento, ni siquiera se había dado cuenta de que Nicholai se encontraba a tan sólo tres metros de él.

—¡Doctor! —exclamó Nicholai en voz bien alta, y Aquino se dio la vuelta con un sobresalto, abriendo la boca y colocando las manos de forma involuntaria delante de él en un gesto defensivo. Su sorpresa fue absoluta. Nicholai no pudo evitar sonreír un poco.

—¿Qui..., quién es usted? —tartamudeó Aquino. Tenía los ojos de un color azul claro y acuoso y un corte de pelo horrible.

Nicholai se acercó e intimidó de forma deliberada al científico con su tamaño.

—Soy de Umbrella. He venido a ver cómo lleva los progresos con la vacuna..., entre otras cosas.

—¿De Umbrella? Yo no... ¿Qué vacuna? No sé de qué me está hablando.

No lleva armas, no tiene habilidades de combate y no sabe decir una mentira sin ruborizarse. Debe de ser brillante en su campo.

Nicholai bajó la voz y habló en un tono de voz conspirador.

—Doctor, me han enviado como parte de la operación Perro Guardián. No ha enviado sus informes en las últimas citas. Han empezado a preocuparse por usted.

Aquino pareció a punto de desmayarse por el alivio que sintió.

—Ah, si ya conoce... Pensé que era... Sí, la vacuna. He estado muy ocupado. Mi, esto..., contacto quería que la síntesis inicial estuviese dividida en varias fases, de modo que no existe una muestra única ya cultivada..., pero puedo asegurarle que tan sólo se trata de combinar los distintos elementos. Todo está preparado.

El doctor casi balbuceaba en su esfuerzo por ser amable. Nicholai meneó la cabeza fingiendo asombro y admiración.

—¿Y ha hecho todo eso usted solo?

Aquino sonrió débilmente.

—Con la cooperación de mi ayudante, Douglas, que Dios acoja en su seno. Me temo que he andado un poco apurado desde que murió, anteayer. Por eso no he podido enviar los últimos informes... —Se fue callando poco a poco, y luego volvió a intentar sonreír—. Entonces..., usted es el que iban a enviar a recoger la muestra... Franklin, ¿no?

Nicholai no podía creer la suerte que estaba teniendo, ni la ingenuidad de Aquino. Aquel individuo estaba a punto de entregarle el único antídoto existente de los virus T y G tan sólo porque le había dicho que lo enviaba Umbrella. Y, además, otro de sus objetivos aparecería por allí.

—Sí, así es —respondió Nicholai con naturalidad—. Ken Franklin. Doctor, ¿dónde está la vacuna?

Aquino hurgó en un bolsillo buscando las llaves.

—Aquí. La había escondido..., la vacuna base, me refiero, el caldo de cultivo está aparte. La escondí aquí para mantenerla a salvo hasta que llegara. Pensé que tenía que venir mañana por la noche..., pasado mañana por la noche. Ha llegado mucho antes de lo que me esperaba. —Abrió una puerta y lo invitó a entrar—. Hay una caja fuerte refrigerada en la pared, detrás de un cuadro con un paisaje de bastante mal gusto, algo que compró hace poco un paciente bastante acaudalado, un tipo excéntrico según me han dicho, tampoco es que sea importante...

Nicholai pasó al lado del doctor, que no decía más que tonterías, sin hacerle caso. Todavía estaba sorprendido de que lo hubieran escogido como uno de los «perros guardianes» cuando se dio cuenta de que había dejado que el doctor se colocara a su espalda.

En la mente de Nicholai todo encajó en un instante y creó el escenario completo: el científico tontorrón y charlatán que hacía bajar la guardia a sus enemigos con facilidad y se aprovechaba al máximo de que lo subestimarán...

Darse cuenta de todo aquello tan sólo le llevó una fracción de segundo, y Nicholai se puso en movimiento de forma inmediata.

Se dejó caer de rodillas, giró los brazos hacia atrás, agarró al doctor Aquino de las pantorrillas y le levantó los pies del suelo.

A Aquino se le escapó un grito de sorpresa y cayó encima de Nicholai. Una jeringa repiqueteó en el suelo, y el doctor se abalanzó hacia ella para recogerla, pero Nicholai lo mantuvo agarrado por sus piernas huesudas. Aquino no tenía apenas músculo. De hecho, Nicholai descubrió que podía mantener inmovilizado al doctor, que pataleaba como un poseo, con una sola mano mientras con la otra desenfundaba el cuchillo que llevaba guardado en la bota.

Nicholai se incorporó hasta quedarse sentado, tiró de Aquino para acercarlo, y le clavó el cuchillo en la garganta.

El doctor se llevó las manos al cuello cuando Nicholai retiró el cuchillo y se quedó mirando a su asesino con los ojos abiertos de par en par por el asombro. La sangre comenzó a salir a borbotones entre sus dedos mientras su corazón seguía funcionando.

Nicholai se lo quedó mirando a su vez, sonriendo sin piedad. De todas maneras, iba a acabar con el doctor, y el hecho de que lo atacara había convertido aquella obligación de matarlo en un placer.

El científico dio la vuelta sobre sí mismo sin dejar de agarrarse la garganta ensangrentada y perdió el conocimiento. Murió con rapidez: un último espasmo, y se acabó.

—Mejor tú que yo —dijo Nicholai.

Rebuscó entre las ropas del cadáver y encontró varias jeringuillas más y un código de cuatro dígitos escrito en una hoja de papel. Sin duda, se trataba de la combinación de la caja fuerte refrigerada. Era obvio que el doctor Aquino no se esperaba que Nicholai apareciera para robar la vacuna.

Se puso en pie y se dirigió a la caja fuerte al mismo tiempo que revisaba sus planes. Lo hacía siempre que podía después de cualquier acontecimiento imprevisto. Aquino esperaba que fuese Ken Franklin quien recogiese la muestra, por lo que Franklin aparecería por allí, a menos que el doctor le hubiera mentido. Nicholai no lo creía. Aquino había sido convincente porque le había dicho la verdad, una técnica excelente para distraer a cualquier oponente.

De modo que lo que voy a hacer es sintetizar la vacuna, disfrutar de un poco de caza mientras espero que aparezca el sargento Ken Franklin para librarme de él, y después..., destruyo el hospital y, de paso, todas las pruebas de la investigación del doctor Aquino. Si los de Umbrella me están vigilando, pensarán que todo marcha según el plan previsto. Después de eso, sólo quedarán Chan y el obrero de la fábrica, Terence Foster.

A la mierda con Mikhail y los otros dos. Ya no eran importantes. Nicholai pronto sería el único «perro guardián» superviviente, y sólo por eso valdría millones, pero con la vacuna de los virus T y G en la mano, no había límite en lo que la gente de Umbrella estaría dispuesta a pagar.

Jill estaba dispuesta a admitir su fracaso cuando llegaron a las habitaciones posteriores de la torre. Habían estado en todos lados, habían abierto puertas y cerraduras, habían registrado todas y cada una de las estancias llenas de mobiliario elegante, habían pasado por encima de cadáveres ya existentes y habían acabado de crear algunos nuevos: una ventana rota en la capilla de la torre permitió la entrada de unos cuantos infectados, y también se toparon con otra araña mutante en un pasillo, justo al salir de la biblioteca.

Le había contado a Carlos mientras caminaban algunos datos sobre la mansión Spencer y los terrenos que la rodeaban, una información que obtuvo después de la desastrosa misión de los STARS. El viejo Spencer, uno de los fundadores de la compañía farmacéutica Umbrella, era un fanático de los pasadizos y de los escondrijos secretos. Había contratado a George Trevor, un arquitecto famoso por su creatividad, para que diseñara la mansión y lo ayudara a renovar algunos de los monumentos y edificios históricos más famosos de la ciudad, relacionando algunas partes de Raccoon City con las fantasías de espías de Spencer.

—Todo esto ocurrió hace treinta años —dijo Jill—, y el viejo ya estaba loco para entonces, o eso cuentan. En cuanto todo estuvo terminado, cerró la mansión y trasladó las oficinas centrales de Umbrella a Europa.

—¿Qué le pasó a George Trevor? —le preguntó Carlos cuando se detuvieron delante de otra puerta, una de las últimas estancias que les quedaban por registrar.

—Ah, eso es lo mejor—contestó Jill—. Desapareció justo antes de que Spencer se marchara de la ciudad. Nadie lo ha vuelto a ver desde entonces.

Carlos negó lentamente con la cabeza.

—Desde luego, éste es un sitio bastante jodido donde vivir.

Jill asintió antes de abrir la puerta y retroceder un paso con el revólver en alto.

—Sí, hace tiempo que pienso lo mismo.

No detectaron ninguna clase de movimiento. Había varias filas de sillas a la derecha,

y tres estatuas, bustos de mujeres, justo enfrente de ellos. A la izquierda de la puerta, vieron dos cadáveres juntos. Eran una pareja. Estaban abrazados, y Jill no pudo evitar un gesto de dolor y pena mientras apartaba la mirada. Al hacerlo, vio en la pared del sur tres marcos gruesos y dorados, y en su interior, las tres pinturas con los relojes. Entraron en la estancia. Jill escrutó llena de nerviosismo el lugar. Parecía normal...

Pero también lo parecía la habitación de la mansión que resultó ser un triturador de basura gigante.

Jill obedeció un impulso y utilizó una silla para inmovilizar la puerta y así asegurarse de que permanecía abierta mientras se dirigía a echar un vistazo desde más cerca a las tres pinturas.

Bueno, algo parecido a pinturas. Supuso que en términos técnicos serían obras resultado de la mezcla de artes. Cada una de las tres piezas retrataba a una mujer, pero también incluían un reloj octogonal. El primero y el último mostraban las agujas a medianoche, y el que estaba en medio de los dos, a las cinco en punto. Había una especie de bandeja o cuenco en el fondo de cada marco de cuadro. Indicaban de izquierda a derecha que se trataba de las diosas del pasado, del presente y del futuro.

—En la postal decía algo de poner las manos juntas —comentó Carlos—. Puede que se refiriera a las manecillas del reloj.

Jill asintió.

—Sí, tiene sentido. Es lo suficientemente críptico como para ser cabreante.

Alargó un brazo y tocó con suavidad el cuenco de la pintura del centro, que representaba a una mujer bailando. Se oyó un leve chasquido, y el cuenco se hundió un poco al recibir el peso de la mano de Jill. Al mismo tiempo, las manecillas del reloj empezaron a girar.

Jill apartó la mano de inmediato, temerosa de haber puesto en marcha alguna trampa. Las manecillas del reloj volvieron enseguida a su posición inicial, pero no ocurrió nada más.

—Manos juntas... —murmuró—. ¿Crees que se refiere a que las manecillas de los tres relojes deben estar señalando la misma hora? ¿O querrá decir que deben estar alineadas, de forma literal?

Carlos se encogió de hombros y alargó el brazo hacia el cuadro de la diosa del futuro, sin duda, la pintura más inquietante de las tres. El pasado estaba representado por una muchacha sentada en una colina, el presente por la mujer que bailaba..., y la diosa del futuro era una mujer con un vestido de fiesta ceñido sobre su atractiva figura, con el cuerpo inclinado en una posición seductora..., y con el rostro desnudo y sonriente de una calavera.

Jill reprimió un estremecimiento y no permitió que la mente se le llenara con ideas sobre una muerte inmediata. *Como si no pensara bastante en ello.*

El cuenco que Carlos tocó también se hundió bajo su contacto, pero fueron de nuevo las manecillas del reloj de la diosa del presente las que se movieron. Por lo que parecía, los otros dos relojes estaban bloqueados en la medianoche.

Jill se apartó de la pared, pensativa y con los brazos cruzados, y, de repente, se le ocurrió la respuesta. Supo cómo funcionaba aquel rompecabezas, aunque no tenía la solución exacta. Se dio la vuelta con la esperanza de que las piezas que faltaban estuviesen cerca, y sonrió al ver las tres estatuas —¡ah, aquella simetría!— y los tres objetos brillantes que sostenían entre sus delgados dedos de piedra.

—Es un rompecabezas de balanza —dijo mientras se aproximaba a las estatuas.

Cuando estuvo más cerca, vio que cada una de ellas sostenía un cuenco con una

piedra redonda del tamaño de un puño. Las recogió y las sopesó, notando la diferencia de peso entre las tres.

—Tres piedras, tres cuencos —comentó mientras regresaba a donde se encontraban las pinturas.

Le entregó a Carlos la piedra negra, que era de obsidiana u ónice, no lo sabía con seguridad. La segunda piedra era de cristal transparente, y la tercera de ámbar reluciente.

—Y lo que tenemos que conseguir es que el reloj del centro dé la medianoche —dijo Carlos, acabando la conclusión.

Jill asintió.

—Estoy segura de que hay una lógica en la solución, una correlación en los colores, como que el negro es para la muerte, por ejemplo..., o a lo mejor es algo matemático. No importa. No tardaremos mucho en probar todas las combinaciones posibles.

Se pusieron manos a la obra, y primero fueron poniendo las distintas piedras en los diferentes cuencos una por una y después todas a la vez. Ella estudió con atención los movimientos de las manecillas en cada uno de los casos. Al parecer, las piedras tenían valores distintos según en qué cuenco se pusieran. Jill sintió que estaban a punto de encontrar la solución, que, desde luego, era matemática, cuando dieron con ella por casualidad, o por suerte.

La piedra de cristal estaba en el pasado, la de obsidiana en el presente y la de ámbar en el futuro, cuando el reloj de en medio dio la medianoche con un campanileo suave. A continuación, la manecilla de los minutos comenzó a retroceder con un sonido repiqueteante..., y la tapa del reloj se desprendió de la pintura, empujada por algún resorte que Jill no llegó a ver. En el hueco que quedó a la vista estaba el reluciente engranaje dorado que faltaba en la maquinaria de las campanas de la torre.

Muy astutos, cabrones, pero no lo suficiente.

Carlos frunció el entrecejo con una expresión evidente de confusión.

—Pero ¿qué coño es esto? ¿Quién ha escondido esta pieza, y por qué de un modo tan complicado?

Jill sacó la reluciente pieza de su escondrijo y recordó lo que ella había pensado sobre aquello, tan sólo seis semanas antes, en mitad de los oscuros pasillos de la mansión Spencer. ¿Por qué? ¿Por qué tantos secretos y tan retorcidos? Los archivos que Trent le había entregado justo antes de la misión que la llevó a la propiedad Spencer estaban repletos de pistas sobre los rompecabezas que existían en la mansión, por suerte para ella. Sin aquellas pistas, no habría logrado salir con vida del lugar. La mayor parte de los mecanismos, pequeños e intrincados, eran demasiado complicados para ser prácticos, funcionales o simplemente útiles. ¿Qué sentido tenían?

Jill, después de pensarlo durante mucho tiempo, había llegado a la conclusión de que los verdaderos jefes ejecutivos de Umbrella, aquellos de los que nadie conocía su existencia, eran unos fanáticos paranoicos. Eran niños perversos que jugaban a ser agentes secretos y que apostaban las vidas de otros en esos juegos tan sólo porque sí; porque podían. Porque nadie les había dicho que lo de esconder juguetes y lo de dibujar mapas del tesoro era algo que se dejaba atrás cuando se crecía. *Porque nadie los ha parado. Todavía.* De repente, se sintió deseosa de acabar con todo aquello, de colocar el engranaje, hacer sonar las campanas y marcharse de una vez. Jill se lo resumió a Carlos de un modo sencillo.

—Porque están zumbados, por eso. Son unos cabrones chiflados de primera clase. ¿Estás preparado para salir de aquí, o no?

Carlos asintió con gesto sombrío, y después de echar un último vistazo a su

alrededor, salieron de la estancia y regresaron por donde habían entrado.

Capítulo 18

Carlos observó cómo Jill trepaba una vez más por la escalera. Intentó no hacerse demasiadas ilusiones otra vez. Si aquello no funcionaba, iba a sufrir una gran decepción...; no, una decepción enorme.

A la mierda con todo. Si no funciona, nos vamos andando, o vemos si podemos llegar a la fábrica y robar un medio de transporte. Jill tiene razón: esta gente son unos lunáticos de narices. Cuanto antes salgamos de su territorio, mejor.

Se quedó mirando al patio delantero, sin verlo, durante unos momentos. Estaba tan agotado que se preguntó si aún tenía ánimos, aunque sólo fuera para dar un paso más. Le parecía algo imposible. Lo único que lo mantenía en pie era el deseo de marcharse de allí, de alejarse de aquel holocausto para intentar recuperarse.

Cuando sonó el primer repique de campana y el tañido bajó desde la parte superior de la torre, Carlos se dio cuenta de que no podría contener sus esperanzas. Lo intentó. Se dijo que el programa de llamada no funcionaría, que Umbrella enviaría a un grupo de asesinos para acabar con ellos, que el piloto sería un zombi... Nada de aquello sirvió. Sabía que un helicóptero iría a recogerlos; estaba convencido. Sólo esperaba que el equipo de rescate no tuviera ningún problema para encontrar un lugar donde aterrizar.

¡Focos!

Había cuatro en el borde de la cornisa, y una caja de mandos oxidada cerca de la puerta que llevaba al interior. La luz serviría para guiar al transporte y hacer que llegara con mayor rapidez. Carlos se apresuró a acercarse y levantó la vista para saber si Jill comenzaba a bajar. No lo había hecho..., y cuando bajó la mirada, vio que ya no estaba solo. Como por arte de magia, el espantoso monstruo mutilado que perseguía a Jill apareció de repente, allí mismo, lo bastante cerca como para que Carlos pudiera oler la carne quemada. El horrible rostro deformado estaba inclinado hacia arriba, hacia la parte superior de la escalera.

—¡Carlos, cuidado! —gritó Jill.

Sin embargo, aquel monstruo, el Némesis, no le hizo caso en absoluto y dio un paso gigantesco hacia la escalera mientras sus tentáculos, como serpientes sin ojos, azotaban al aire alrededor de la enorme cabeza. Un paso más y estaría a los pies de la escalera..., y Jill quedaría atrapada. *Dijo que las balas no le hacían daño...* Carlos, desesperado, vio el gran interruptor verde del panel de control de los focos y se lanzó a por él, sin tener muy claro lo que esperaba conseguir. Distraerlo, si tenía suerte.

Los cuatro focos se encendieron al mismo tiempo, cegadores, e hicieron subir la temperatura de forma inmediata a su alrededor al mismo tiempo que iluminaban la torre, haciéndola visible desde kilómetros de distancia. Uno de los potentes rayos estaba enfocado de forma directa contra el rostro odioso del monstruo. La potencia de la luz lo obligó a retroceder, trastabillando, a la vez que protegía con aquellas manos enormes los ojos mutantes. Carlos actuó.

Echó a correr hacia el Némesis cegado, con el M16 en alto, y le propinó un culatazo en pleno pecho con todas las fuerzas que pudo. La criatura perdió el equilibrio y siguió trastabillando hacia atrás. Las piernas tropezaron con la barandilla y toda una sección de la misma se partió con un fuerte crujido y cayó hacia la oscuridad. El Némesis fue detrás.

Carlos oyó un golpe tremendo contra el suelo justo cuando los focos, recalentados, se apagaron. Los ojos se le llenaron de manchas oscuras danzantes durante unos momentos.

El tremendo repicar de las campanas siguió llenando el aire mientras Jill bajaba por la escalera. Se descolgó del hombro el lanzagranadas en cuanto llegó a la cornisa, y se reunió con Carlos al lado de la barandilla rota.

—Yo... Gracias —dijo Jill mirándolo directamente a los ojos. Su mirada era firme y sincera—. Si no hubieras encendido las luces, ya estaría muerta. Gracias.

Carlos quedó impresionado y un poco azorado por su sinceridad.

—De nada —contestó.

Se había dado cuenta de repente que era muy, muy atractiva, y no sólo en el sentido físico, y de la poca experiencia de verdad que tenía con las mujeres. Era un mercenario de veintiún años, y no era precisamente que hubiera tenido muchas oportunidades ni tiempo para andar ligando.

No puede ser mucho mayor que yo. No tiene más de veinticinco años, y quizá...

Jill chasqueó los dedos delante de su cara y lo trajo de nuevo a la realidad. Aquello le recordó lo cansado que estaba. Se había ido por completo.

—¿Sigues aquí?

Carlos asintió y carraspeó un poco.

—Sí, lo siento. ¿Qué decías?

—He dicho que será mejor que nos pongamos en marcha. Si está así de vivito y coleando después de que le haya estallado una granada en plena cara, dudo mucho que una caída de dos pisos lo mate.

—Vale —contestó Carlos—. De todas maneras, deberíamos bajar a la parte delantera. Lo más seguro es que dejen caer una cuerda y un arnés si no pueden posarse.

Jill asintió.

—Vamos allá.

Carlos entró de nuevo en la torre mientras la poderosa voz de las campanas seguía resonando, y de repente se preguntó si Nicholai todavía estaría vivo..., y si lo estaba, qué haría cuando oyese repicar las campanas.

Nicholai oyó sonar las campanas en su camino de regreso a la ciudad, y soltó un bufido de irritación, pero se negó a dejarse tentar. No confiaba en que el trío sin apenas experiencia lo consiguiera, pero ¿qué importaba si lo habían logrado? Davis Chan había enviado otro informe, desde una tienda de moda para mujeres nada menos, y Nicholai estaba decidido a darle caza.

¿Por qué debería importarme que se marchen con el rabo entre las piernas si tengo lo que tengo?

Nicholai sacó el estrecho tubo de metal de un bolsillo por tercera vez desde que había salido del hospital. Fue incapaz de resistirse a ello. Dentro había una ampolla de cristal llena de un líquido de color púrpura que él mismo había sintetizado con ayuda de una hoja de instrucciones que el metódico ayudante del doctor Aquino había dejado en el laboratorio.

Nicholai sabía que lo mejor y lo más seguro sería guardar la muestra en algún lugar, pero el pequeño envase representaba su poder sobre los demás «perros guardianes» y el estatus recién adquirido en Umbrella. Era un dirigente natural, un líder entre hombres menores, y se dio cuenta de que llevar la vacuna encima y sostenerla en la mano de vez en cuando lo hacía sentirse poderoso. Respaldado, en cierto modo.

Nicholai sonrió y volvió a guardar el envase en el bolsillo, a su alcance. Comenzó a caminar de nuevo e hizo caso omiso de forma deliberada del repique de las campanas. Todo iba bien: tenía la vacuna; sabía dónde se encontraba Chan y dónde iba a estar Franklin en menos de cuarenta y ocho horas; ya había conectado todos los explosivos para hacer saltar por los aires el hospital, y apretaría el botón que los haría estallar en cuanto su «encuentro» con Franklin hubiese finalizado. Nicholai pensó que quizá lo mejor sería acercarse a la fábrica y cargarse a Terence Foster mientras esperaba que llegase el momento de librarse de Franklin. Tenía tiempo de sobra...

Lo mismo que tiempo de sobra para dar caza a Mikhail, para jugar a ser un noble miembro de escuadra, para decidir quién de ellos sería el primero en morir.

Los repiques de las campanas siguieron martilleándole la cabeza, recordándole su fracaso, pero se negó a verse distraído por la huida de tres incompetentes. Ya estaba acercándose a la ciudad. Pudo distinguir el brillo combinado de los fuegos pequeños y de otros no tan pequeños que azotaban a la ciudad muerta. Incluso aunque quisiera, no llegaría a tiempo a la torre del reloj antes de que el primer helicóptero acudiese a la llamada. Y tampoco es que quisiese: tuvo la oportunidad de hacerlo después de matar al doctor Aquino, y decidió que no merecía la pena la pérdida de tiempo. Había sido la decisión adecuada..., y no merecía tener en cuenta las extrañas dudas que lo acosaban mientras seguía oyendo repicar las campanas. No significaban nada, tan sólo que habían sobrevivido. No quería decir que les fuera tan bien como a él.

Además, todavía tenía unos cuantos «perros» a los que matar si quería asegurarse por completo el monopolio sobre la información de todo lo ocurrido. Pensó que lo más probable era que Chan decidiese pasar la noche en la tienda desde donde había enviado su informe dado lo tarde que era. Nicholai lo mataría, se apropiaría de los datos que había recogido y se retiraría a descansar a algún lugar seguro. En la reunión con los «perros guardianes» los habían informado de que los alimentos eran más bien escasos, pero estaba seguro de que se las apañaría. A lo mejor bastaría con entrar en unas cuantas despensas a buscar comida enlatada. Enviaría su propio informe por la mañana para mantener su tapadera, y pasaría todo el día recogiendo información antes de dirigirse al oeste de nuevo.

Todo iba de maravilla, y oyó el sonido de un helicóptero que se acercaba mientras cruzaba las afueras de la ciudad. No le importó lo más mínimo. Que esos cobardes cabrones de mierda huyeran. Él se sentía genial, con el control de la situación. Mejor que genial. Sólo tenía dolor de cabeza por el repique de las malditas campanas.

Recorrieron de nuevo todo el camino que habían andado en el interior de la torre del reloj. Jill quería asegurarse de que el Némesis se confundiera o se dedicara a dar vueltas todo el tiempo posible antes de que ellos tuvieran que acercarse al helicóptero. Se fueron inventando un cuento para los del equipo de evacuación mientras caminaban: Jill se llamaba Kimberly Sampsel (era el nombre de la mejor amiga de Jill en el quinto curso del colegio) y trabajaba en una galería de arte de la ciudad. No tenía familia allí porque se había mudado a Raccoon City hacía poco tiempo. Carlos la había encontrado justo después de que su jefe de pelotón, el único miembro del UBCS que había sobrevivido al primer encuentro aparte de él, hubiera muerto a manos de los zombis. Habían logrado llegar juntos a la torre del reloj. Fin del cuento.

Decidieron no mencionar a Nicholai, ni al Némesis ni a las demás criaturas inidentificables que habían visto correr por la zona: la idea era aparentar ser lo más

ignorantes posible respecto a todo lo que había ocurrido en la ciudad. Ninguno de los dos quería arriesgarse en absoluto con las posibles intenciones del equipo de rescate, y Jill estaba segura de que habría alguien en el helicóptero para hacerles preguntas, de modo que, cuanto más simple fuese lo que contaran, mejor. No les quedaba más remedio que rezar para que nadie tuviera una fotografía de ella a mano. Ya se preocuparían de desaparecer del todo cuando estuvieran bastante lejos de la ciudad.

Se detuvieron un momento delante de la puerta principal de la torre y se prepararon para ser rescatados. Jill sentía una mezcla extraña de alegría y ansiedad. Estaban a punto de ser rescatados, pero estar tan cerca de lograr salir de aquel lugar le hacía temer que algo saliera mal.

Quizá estoy así porque son los de Umbrella los que vienen al rescate. Dios sabe que no tienen un historial demasiado de fiar...

—¿Jill? Quiero hablarte de algo antes de que nos marchemos —dijo Carlos.

Durante unos momentos, Jill pensó que su ansiedad iba a verse confirmada, que Carlos iba a contarle algún secreto terrible que le había estado ocultando..., pero entonces vio su expresión pensativa y apartó aquello de su mente.

—Vale. Dime —respondió con un tono de voz neutral al mismo tiempo que recordaba cómo se había quedado mirándola en la cornisa de la torre del reloj.

Ya había visto esa mirada antes en otros hombres..., y no tenía muy claro cómo debía sentirse respecto a Carlos. Chris Redfield y ella habían comenzado a sentirse bastante unidos antes de que él se marchase a Europa.

—Antes de venir, se me acercó un tipo que se me puso a hablar sobre Raccoon y lo que estaba pasando aquí... —comenzó a decir Carlos, y Jill tuvo justo el tiempo suficiente para sentirse idiota por su presuntuosidad antes de darse cuenta de lo que significaban aquellas palabras. ¡Trent!

—Me dijo que lo íbamos a pasar mal y se ofreció a ayudarme. Al principio, pensé que estaba chiflado...

—Pero cuando llegaste aquí, viste que no era así —lo interrumpió ella.

Carlos se la quedó mirando fijamente.

—¿Lo conoces?

—Lo más probable es que lo conozca lo mismo que tú. A mí me ocurrió exactamente igual justo antes de la misión a la propiedad Spencer. Me proporcionó información sobre la casa..., y me dijo que tuviese cuidado en quién confiaba. Se llama Trent, ¿no?

Carlos asintió, y aunque los dos abrieron la boca para hablar al mismo tiempo, ninguno de los dos dijo una sola palabra; los interrumpió la llegada del helicóptero de rescate. Ambos sonrieron e intercambiaron una sonrisas de alegría y de alivio.

—Ya hablaremos de él más tarde —dijo Carlos.

Abrió la puerta, y el rugido de las palas del rotor del helicóptero inundó el vestíbulo cuando se apresuraron a salir al patio delantero.

Jill sólo vio un helicóptero de transporte, pero no le importó. Era obvio que no había nadie más a quien evacuar, y los dos empezaron a agitar los brazos y a gritar en cuanto pasó por encima del tranvía volcado.

—¡Aquí! ¡Estamos aquí! —gritó Jill, y vio con claridad el rostro afeitado del piloto, vio su sonrisa iluminada por las luces de la cabina mientras se acercaba a ellos lo bastante para distinguir a la perfección cómo la sonrisa desaparecía de aquel rostro juvenil y se veía sustituida por una expresión de horror, al mismo tiempo que oía el disparo de una arma a su derecha.

Sssshhhh...

Una estela de humo, procedente del tejado de uno de los edificios adyacentes a la torre del reloj, se dirigía hacia la aeronave inmóvil...

Un misil tierra-aire, un lanzagranadas o un lanzacohetes...

¡BAAAM!

—No —susurró Jill, pero su voz se perdió cuando el cohete se estampó contra el helicóptero y explotó.

Jill pensó aturdida que debía tratarse de un misil perforante de alto poder explosivo antitanque al ver los destrozos que había causado en el fuselaje del helicóptero. El aparato giró sobre sí mismo antes de inclinarse hacia un lado y empezar a escupir llamas por la cabina destrozada.

Carlos la agarró del brazo y tiró de ella, casi levantándole los pies del suelo, cuando un ruido cada vez más agudo y penetrante sonó por encima de sus cabezas. El helicóptero en llamas cayó hacia adelante justo en el momento en que se refugiaban detrás de la fuente y se estrellaba contra la torre del reloj. Trozos de metal al rojo, fragmentos de madera y pedazos de roca llovieron a su alrededor después de que el transporte atravesara el tejado del vestíbulo. Unos instantes más tarde, como si fuera la voz de la destrucción final, Jill pudo oír el grito triunfante del Némesis que se alzaba por encima del estruendo general.

Capítulo 19

Carlos oyó el grito aullante del monstruo y comenzó a ponerse en pie sin soltar el brazo de Jill. Tenían que marcharse de allí antes de que la viera.

Justo entonces, la parte frontal del edificio se partió hacia fuera como si estuviera hecha de madera de contrachapado, y nuevos restos del helicóptero salieron despedidos envueltos en una nube de llamas y humo.

Un trozo de piedra ennegrecida, procedente de la pared exterior de la torre, se estrelló contra el costado izquierdo de Carlos antes de que le diera tiempo a agacharse de nuevo. Oyó y sintió cómo se le partía una costilla antes de caer al suelo. El dolor fue instantáneo e intenso.

—¡Carlos!

Jill se inclinó sobre él. Miró de forma inquieta hacia la parte de la torre que quedó oculta y luego miró otra vez hacia él. No había dejado de empuñar el lanzagranadas. El Némesis había dejado de aullar. Entre aquello y el silencio repentino y brutal de las campanas, Carlos pudo distinguir algo que golpeaba de un modo rítmico y pesado el suelo, a lo que siguió el sonido crujiente de piedras al convertirse en gravilla con un ritmo lento y constante.

Crraac. Crraac.

Viene hacia aquí. Ha saltado del techo y viene hacia aquí...

—Corre —dijo Carlos.

Vio que ella entendió la situación un segundo antes de marcharse a la carrera: no tenía elección. Lo dejó a solas con toda la rapidez que pudo y oyó el sonido de las botas alejándose a toda velocidad sobre la gravilla.

Carlos giró la cabeza mientras se incorporaba a medias, esforzándose por no sentir dolor, y vio al monstruo. Se encontraba de pie en mitad de una pila de trozos de cemento, de piedra rota y madera ardiendo, sin darse cuenta de que el borde de su abrigo de cuero estaba en llamas. Su rostro aberrante se movía de un lado a otro en busca de Jill. Al igual que en la ocasión anterior, no pareció reparar en él.

Siempre que no me interponga en su camino —pensó Carlos mientras se recostaba contra la piedra fría de la fuente y alzaba el rifle—. *No me duele, no me duele, no me duele.*

El Némesis levantó un lanzacohetes hasta uno de sus gigantescos hombros con un movimiento fluido y sin apenas esfuerzo. Apuntó, y Carlos comenzó a disparar.

Cada sacudida del M16 provocada por los proyectiles disparados le envió una nueva oleada de agonía a los huesos, pero disparó con puntería a pesar de ese dolor tremendo. En el rostro de aquella criatura deforme comenzaron a aparecer pequeños agujeros negros, y Carlos incluso pudo oír el sonido metálico de una bala al rebotar en el lanzacohetes. Los tentáculos carnosos que asomaban por detrás de la cabeza y salían de debajo de la larga chaqueta del monstruo comenzaron a agitarse de un modo frenético, como si estuviesen enfurecidos, enrollándose y desenrollándose con una velocidad increíble.

Carlos vio que inclinaba el lanzacohetes hacia donde él se encontraba, pero siguió disparando: sabía que no podría levantarse a tiempo para echar a correr. *¡Corre, Jill! ¡Márchate!*

Apuntó contra Carlos y disparó. Éste vio un estallido de luz que se dirigía hacia él,

sintió el calor del cohete antitanque de alto poder explosivo pasar cerca de su piel, y, de algún modo, no murió, pero algo que no estaba muy lejos, a su espalda, voló por los aires. La fuerza de la onda expansiva de la explosión lo levantó y lo arrojó contra un lado de la fuente. El dolor fue increíble, pero logró mantenerse consciente, decidido a conseguirle un poco más de tiempo a Jill.

Carlos, medio recostado sobre el borde de la fuente, comenzó a disparar de nuevo contra el monstruo apuntando otra vez a la cara, pero las balas lo alcanzaron por todos lados mientras se esforzaba por mantener el control del arma.

Muere, muérete ya de una vez...

Pero no moría. Ni siquiera mostró el más mínimo gesto de dolor. Carlos supo que sólo le quedaba medio segundo de vida antes de quedar reducido a una mancha grasienta sobre el césped.

El lanzacohetes estaba apuntando en línea recta a la cara de Carlos cuando ocurrió: un disparo entre un millón...

¡Carajo!

El «ping» metálico se convirtió en una explosión, en un estallido repentino de luz al rojo blanco. El monstruo salió despedido hacia atrás cuando el arma se desintegró y desapareció de la vista.

El rifle de Carlos se quedó sin balas. Alargó el brazo para meter un nuevo cargador y sufrió otra oleada de dolor. La luz se apagó y la oscuridad lo arrastró.

Jill vio a Carlos desplomarse, y se obligó a sí misma a quedarse donde estaba, entre un seto y el tranvía. Había visto caer al Némesis, arrojado de espaldas contra la pila de escombros en llamas por el estallido que había destrozado el lanzacohetes, pero la capacidad del monstruo, probada una y otra vez, para esquivar a la muerte, la hizo quedarse quieta y no acudir en ayuda de Carlos. Si aquello estaba en pie todavía, Jill quería asegurarse de que sólo se fijara en ella.

El lanzagranadas apenas le pesaba en las manos. La adrenalina que le recorría las venas de nuevo proporcionaba nuevas fuerzas a su deseo de venganza..., y en cuanto el Némesis se puso en pie con un hombro envuelto en llamas y los músculos de carne roja visibles bajo las ropas destrozadas, Jill le disparó.

La granada cargada de metralla, como un cartucho de escopeta lleno de postas, lanzó una descarga concentrada de miles de bolas de acero al otro lado del patio..., pero Jill no había apuntado bien y el disparo falló por completo. El Némesis, que se había puesto a aullar de nuevo, quedó indemne, y los restos de la pared delantera de la torre quedaron cubiertos de agujeros.

El Némesis dejó de aullar aunque su pecho continuaba ardiendo. Tenía la piel negra y cuarteada. Incluyó el cuerpo hacia Jill mientras ésta abría la recámara del lanzagranadas y sacaba otro proyectil de la bolsa. Rezó para que las heridas del monstruo fuesen peores de lo que parecía.

Agachó la cabeza y empezó a correr hacia ella. Sus increíbles zancadas lo hicieron acercarse a una velocidad tremenda. Cruzó el patio casi en menos de un segundo, y sus tentáculos se alzaron por encima de su cabeza como si se dispusiesen a agarrarla.

Jill saltó hacia su izquierda y se metió, con la granada todavía en la mano, en un pasillo formado por el seto y la pared occidental, intacta todavía, de la torre. Oyó cómo irrumpía a través del seto en el momento que ella llegaba al final. Casi la había alcanzado. Su velocidad era extraordinaria. Estaba a poco más de la distancia de un brazo mientras ella doblaba la esquina..., y en ese preciso instante, algo la golpeó en el hombro derecho, algo sólido y viscoso que se enterró en su piel como si fuera un dedo gigantesco y sin

hueso. Le picaba, como si el veneno de un millar de avispones se hubiera metido de repente en sus venas, y comprendió que uno de los tentáculos le había atravesado la carne. *Mierdamierdamierda.*

No podía pensar en ello, no tenía tiempo. Sin embargo, el Némesis se detuvo, alzó la cabeza hacia las estrellas y aulló su victoria al firmamento oscuro y frío. Jill también se detuvo, tambaleante, metió el proyectil en el lanzagranadas, cerró la recámara, y le descerrajó un tiro cuando se abalanzaba de nuevo contra ella. El disparo impactó de lleno al aullante Némesis justo debajo de la cadera derecha y le desgarró los músculos de la parte superior del muslo. Una lluvia de trozos de carne y piel salieron despedidos hacia atrás.

Cayó al suelo. Se arrastró unos cuantos metros más, y se desplomó como una montaña de carne desgarrada. Se quedó allí quieto, monstruoso y en silencio.

A Jill se le cayó la siguiente granada en su frenesí por recargar y el proyectil se alejó rodando. Logró agarrar con firmeza la última, y acababa de cerrar la recámara del arma después de recargarla cuando el Némesis comenzó a levantarse de espaldas a ella.

Jill apuntó a la parte baja de la espalda y disparó. El estruendo del arma no fue más que otro ruido sordo que le llegaba por debajo del fuerte zumbido de sus oídos. El Némesis ya estaba de pie cuando recibió el impacto, que lo alcanzó en la parte izquierda del cuerpo, lo que en una persona normal habría sido una herida letal en mitad de un riñón. Por lo que pudo ver, eso no fue así en el caso del asesino de STARS. Trastabilló, se irguió de nuevo, y comenzó a alejarse cojeando con una de sus gigantescas manos tapando la herida.

Se marcha, se está marchando...

Sus pensamientos eran un poco lentos e incoherentes, y tardó en darse cuenta de que el hecho de que se marchara no era nada bueno. No podía permitir que se fuera para curarse y luego regresar. Tenía que matarlo mientras todavía estaba débil.

Jill empuñó el Colt Python e intentó apuntar, pero se le nubló la vista y no pudo enfocar con precisión la silueta que se alejaba a través de los restos en llamas. Se sentía mareada y algo enfebrecida. Pensó que lo más probable era que la hubiese infectado con el virus T.

No tenía que mirarse la herida del hombro para saber que era seria. Sentía la sangre tibia bajarle por el costado y empapar la cinturilla de la falda. Deseó creer que el virus estaba saliendo de su cuerpo junto con la sangre, pero no pudo engañarse, ni siquiera estando herida de tanta gravedad.

Pensó por unos momentos en utilizar la 357 que llevaba en la mano, pero luego se acordó de Carlos y comprendió que tenía que esperar. Tenía que ayudarlo si aún podía. Al menos, le debía eso.

Reunió las escasas fuerzas que le quedaban y que iban desapareciendo con rapidez y se dirigió hacia Carlos. Estaba tendido al lado de la fuente, gimiendo medio inconsciente. Sin duda, estaba herido, pero al menos no se veía sangre por ningún lado.

Quizá esté bien...

Fue su último pensamiento antes de sentir que su cuerpo la traicionaba y se rendía, dejándola caer al suelo y sumiéndola en un sueño muy, muy profundo.

Está oscuro, me zumban los oídos, hay que escapar, fuego y oscuridad, balas, no puedo oír. Jill corre, lejos del fuego..., el monstruo dispara, cohete de alto poder explosivo que apunta... apunta a mi... cara.

Carlos volvió en sí de golpe, confuso y dolorido, y miró a su alrededor para ver qué estaba pasando, para ver al monstruo y a Jill. Estaría metida en apuros si aquel monstruo

la alcanzaba...

La noche estaba tranquila y silenciosa. Algunos incendios pequeños seguían ardiendo a su alrededor, iluminándolo todo con un resplandor naranja y generando el calor suficiente para hacerlo sudar. Carlos se obligó a sí mismo a incorporarse, y se puso en pie con lentitud mientras se agarraba la costilla rota con una mano y apretaba los dientes con fuerza para soportar el dolor. Estaba rota o fisurada, puede que incluso fueran dos, pero tenía que pensar en Jill, tenía que superar el efecto de las explosiones y...

—¡Oh, no! —exclamó en voz baja, olvidando por completo su agotamiento dolorido mientras se dirigía de forma apresurada hacia ella.

Jill estaba tumbada sobre un parterre de hierba quemada, inmóvil por completo a excepción del flujo de sangre que seguía saliendo del hombro derecho. Estaba viva, pero quizá no por mucho tiempo.

Carlos hizo caso omiso del dolor que sentía y la tomó en brazos. El peso muerto le provocó el deseo de gritar de rabia por la locura que había crecido y se había instalado en Raccoon City, que había impuesto su ley inmisericorde en Jill y en él. Umbrella, monstruos, espías, incluso Trent..., todo aquello no era más que una pesadilla de locura..., aunque la sangre era muy real.

La apretó contra su pecho y giró sobre sí mismo buscando un refugio. Tenía que ponerla a cubierto, a salvo, en algún sitio donde pudiera curar y vendar sus heridas, donde los dos pudieran descansar un poco. Se fijó en la capilla del ala occidental de la torre del reloj, que seguía casi intacta. No había ventanas y las puertas tenían unos buenos cerrojos.

—No te mueras, Jill —murmuró Carlos y deseó que pudiera oírlo mientras atravesaba el patio en llamas.

Capítulo 20

El tiempo pasaba. Oscuridad y oscuridad, y fragmentos de un millar de sueños que podían verse con claridad un instante antes de desvanecerse de nuevo. Era una niña que estaba en la playa con su padre. El sabor de la sal estaba en el aire. Era una joven desgarbada y torpe enamorada por primera vez. Una ladrona que robaba a los ricos, tal como le había enseñado su padre. Una estudiante que entrenaba con los STARS y que aprendía a utilizar sus habilidades para ayudar a las personas.

Más oscuro. El día que su padre había sido encarcelado por robo. Amantes a los que había traicionado, o que la habían traicionado. Sentimientos de soledad. Y por fin, su vida en Raccoon City, la misma muerte de la luz.

Becky y Priscilla McGee, de siete y nueve años, las primeras víctimas. Destripadas y devoradas en parte. Descubrir al helicóptero del equipo Bravo estrellado cerca de la mansión Spencer. El olor dentro del edificio, a polvo y a podredumbre. Enterarse de la conspiración de Umbrella y de la corrupción y traición de algunos miembros de los STARS. La muerte del jefe del equipo, Albert Wesker, un traidor, y el ataque final del Némesis.

Bebió agua fresca bastantes veces medio despierta, y volvió a dormirse mientras los recuerdos más recientes tomaban el control. Los supervivientes perdidos, la gente a la que había intentado salvar, sobre todo las caras de los niños. Todos ellos muertos. La muerte brutal de Brad Vickers. Carlos. La mirada fría y vacía de sentimientos de Nicholai, y el sacrificio de Mikhail. Y reinando por encima de todo aquello como el ejemplo perfecto de la maldad, el Tirano monstruo, perfeccionado, el Némesis, su aullido terrible llamándola, sus ojos terribles buscándola a dondequiera que fuese, hiciese lo que hiciese.

Sin embargo, lo que más la inquietaba era que algo le estaba ocurriendo. Era una sensación distante, porque le estaba pasando a su cuerpo y estaba muy dormida, pero no por ello era menos desagradable. Le parecía que las venas y las arterias estaban calentándose y ensanchándose, como si todas y cada una de sus células engordase y se llenase de especias extrañas, y se pegase a las de alrededor para hervir a fuego lento. Como si todo su cuerpo fuese un envase y estuviese repleto de calor húmedo en movimiento.

Al final, el suave sonido de las gotas de lluvia que caían repicó en el borde su conciencia y deseó verla, sentir su frescura sobre la piel, pero salir de aquella oscuridad era un esfuerzo largo y agotador. Su cuerpo no quería, y protestó cada vez con mayor fuerza a medida que ella se acercaba más y más a la superficie gris, a la zona de penumbra situada entre la lluvia y los sueños... Pero Jill estaba decidida, y logró salir.

Abrió los ojos después de decidir que estaba viva.

Capítulo 21

Carlos estaba sentado, recostado contra la puerta y comiendo una lata de fruta en conserva, cuando vio a Jill agitarse un poco. El sonido pesado y rítmico de su profunda respiración se hizo más leve. Giró su cabeza de un lado a otro, todavía dormida, pero aquel movimiento había sido la acción más deliberada que la había visto hacer en cuarenta y ocho horas. Se puso en pie con toda la rapidez que pudo, pero se vio obligado a ir con cuidado debido al pinchazo de dolor que sintió en las costillas antes de acercarse al altar donde la había dejado tumbada.

Carlos se agachó para recoger una botella de agua que había en la base del altar, y ella, irguiéndose, abrió los ojos.

—¿Jill? Voy a darte un poco de agua. Intenta ayudarme, ¿vale?

Ella asintió, y Carlos se sintió henchido de alivio. Le sostuvo la cabeza mientras bebía unos cuantos tragos de agua de la botella. Era la primera vez que había respondido con claridad a algo, y tenía buen color. Había bebido durante dos días lo que él le había ido dando, pero aparte de eso se había mantenido inconsciente por completo y con el rostro blanco como el papel.

—¿Dónde... estamos? —preguntó con voz débil, y cerró los ojos mientras dejaba caer la cabeza en la almohada improvisada: un trozo de alfombra enrollado sobre sí mismo. La manta no era más que unas cortinas del vestíbulo que se habían salvado del incendio y que él había recuperado.

—En la capilla de la torre del reloj —le contestó en voz baja—. Llevamos aquí desde que... desde que el helicóptero se estrelló.

Jill abrió los ojos de nuevo. Era obvio que estaba completamente consciente y bastante despejada. No estaba infectada. Carlos lo había temido durante un tiempo, pero ella estaba bien; tenía que estarlo.

—¿Cuánto tiempo?

Hablar parecía cansarla, de modo que Carlos se esforzó por resumir todo lo que había ocurrido para que no tuviera que seguir haciéndole preguntas.

—El Némesis derribó el helicóptero y tú y yo acabamos heridos. A ti te..., hirió en el hombro, pero te he ido cambiando las vendas y la herida no parece infectada. Llevamos aquí dos días, descansando y recuperándonos. Tú te has pasado casi todo el tiempo durmiendo. Estamos a uno de octubre, o eso creo, el sol se puso hace una hora y lleva lloviendo a ratos desde ayer por la noche...

Se fue callando, sin saber qué más decir, pero sin querer que se quedara dormida de nuevo, al menos, no inmediatamente. Estaba a solas con sus pensamientos desde hacía demasiado tiempo.

—Ah, sí. He encontrado una caja de latas de macedonia de fruta en el baúl que había en una de las salas de estar, la que tenía el tablero de ajedrez. ¿Te acuerdas? También he encontrado unas botellas de agua que alguien guardaba. Supongo que hemos tenido suerte. ¿Verdad? No quería dejarte sola. He estado, esto..., cuidándote.

No añadió que la había estado limpiando y cambiando las cortinas sobre las que estaba tumbada cuando había sido necesario. No quería que se sintiera avergonzada.

—¿Estás herido? —preguntó ella frunciendo el ceño y parpadeando con lentitud.

—Un par de costillas rotas, nada grave. Bueno, cuando tenga que arrancarme la cinta aislante, ya verás, eso sí que va a doler de cojones. Es lo único que pude encontrar para vendarme.

Jill sonrió levemente, y Carlos bajó la voz, casi demasiado temeroso de preguntarlo.

—¿Cómo estás?

—¿Dos días? ¿Y no han venido más helicópteros? —preguntó ella a su vez. Carlos se puso un poco tenso. No le había contestado a la pregunta.

—No han venido más helicópteros —respondió.

Carlos se dio cuenta por primera vez de que las mejillas de Jill estaban demasiado enrojecidas. Le tocó un lado del cuello y se puso tenso: tenía fiebre, aunque no demasiado elevada. El problema era que no la tenía una hora antes, la última vez que había comprobado su estado.

—No me siento mal, nada mal. Apenas me duele.

Su voz era monótona, sin inflexiones. Carlos sonrió, torciendo una comisura de los labios.

—Bien, ¿no? Una buena noticia. Eso significa que podremos coger nuestras cosas y marcharnos de aquí dentro de poco...

—Estoy infectada con el virus —lo interrumpió ella, y Carlos se quedó helado. La sonrisa se le borró de la cara.

No. Se equivoca. No es posible.

—Llevas dos días así, de modo que no puede ser —contestó con firmeza, diciéndole lo que llevaba diciéndose a sí mismo desde que ella se despertó—. Vi a uno de mis camaradas convertirse en un zombi. No pasaron más de dos horas desde que a Randy lo mordiera uno de esos bichos hasta que cambió. Si estuvieras infectada, ya te habría ocurrido algo a estas alturas.

Jill rodó sobre sí misma con cuidado. Se le escapó un leve gesto de dolor y cerró los ojos. Habló con un tono de voz que mostraba un cansancio tremendo.

—Carlos, no voy a discutir contigo. Quizá se trata de una mutación nueva debido a que procede del Némesis, o quizá poseo alguna clase de inmunidad por haber estado en la mansión Spencer. No lo sé, pero estoy infectada. —Su voz tembló un poco—. Puedo sentirlo, puedo sentir cómo voy empeorando.

—Vale, vale. Ssshhh —le contestó Carlos.

Decidió que se marcharía de forma inmediata. Se llevaría el revólver de Jill, aparte de su rifle de asalto, y desde luego, un par de granadas de mano.

El hospital estaba bastante cerca de la torre, y allí había al menos una muestra de la vacuna. Era lo que le había dicho Trent. A Carlos le hubiera gustado pasarse antes por el lugar, en busca de suministros, pero al principio estaba demasiado agotado y dolorido como para acercarse a mirar, y después no se había atrevido a arriesgarse a dejar a Jill a solas e inconsciente. Era peligroso, por muchas razones.

Saldré por delante y me dirigiré hacia el oeste, a ver si puedo encontrar un cartel o algo parecido...

Trent también le había dicho que el hospital no estaría por mucho tiempo allí. Carlos esperaba que no fuese demasiado tarde.

—Procura volverte a dormir —dijo a Jill—. Voy a salir un rato para intentar encontrar algo que te pueda ayudar. No tardaré mucho.

Ella ya parecía estar medio dormida, pero levantó la cabeza y se esforzó por hablar con claridad.

—Si cuando vuelvas estoy... más enferma, quiero que me ayudes. Te lo pido ahora,

porque puede que no tenga capacidad para pedírtelo más tarde. ¿Me entiendes?

Carlos quiso protestar, pero sabía que él le habría pedido lo mismo si estuviese infectado con aquel virus. Morir era una putada, pero Raccoon City le había demostrado que había cosas peores.

Como tener que pegarle un tiro a alguien al que aprecias.

—Te entiendo —contestó—. Ahora descansa. Volveré dentro de poco.

Jill se durmió, y Carlos empezó a recoger el equipo que necesitaba. Miró a la chica justo antes de marcharse, y se quedó observando su rostro durante un largo rato. Rezó en silencio para que todavía siguiese siendo Jill cuando volviese.

El hospital estaba mucho más cerca de lo que creía, tan sólo a dos manzanas de la torre del reloj.

Nicholai esperó con impaciencia a Ken Franklin. Sabía que la muerte de aquel «perro guardián» marcaría el comienzo de la partida final. La creciente frustración de Nicholai se acabaría por fin.

Si el cabrón aparece de una vez...

No, seguro que llegaba, y Nicholai estaría en marcha de nuevo. Echó un vistazo por una ventana de la esquina de la oficina que había escogido, y que daba a la calle vacía y a oscuras, por décima vez en otros tantos minutos. También era su ruta de escape por si el sargento presentaba más problemas de los que preveía. Deseaba que su oponente se diera prisa y apareciera de una vez.

Nada había salido tal como él lo había planeado, y aunque Nicholai procuró aprovechar el tiempo, estaba comenzando a perder la paciencia. La búsqueda de Davis Chan había sido infructuosa hasta un extremo increíble. Ni siquiera lo había visto de refilón durante los dos días que llevaba en la ciudad. Además, el esquivo soldado había conseguido evitar el enfrentamiento después de enviar otros dos informes y lo había hecho correr por toda la ciudad.

Nicholai también había planeado dirigirse a primera hora del día a las instalaciones para la depuración de aguas y librarse de una vez por todas de Terence Foster, pero se enfrascó en otra persecución inútil y sin resultado: había visto a una mujer cerca del edificio de la comisaría de Raccoon. Se trataba de una chica de rasgos asiáticos, vestida con un traje rojo ceñido sin mangas y que empuñaba una pistola como si supiese utilizarla muy bien. Se había metido en un edificio y había desaparecido. Nicholai la estuvo buscando durante casi cuatro horas, pero no volvió a ver a aquella mujer misteriosa. Así pues, sus tres objetivos seguían todavía con vida. Al menos, consiguió obtener información interesante para la operación: había descubierto un par de informes secretos de los laboratorios sobre la fuerza media de los zombis. Sin embargo, ya estaba harto, harto de comer judías frías de lata, harto de dormir con un ojo abierto, harto de jugar a ser el gran cazador. Llevaba la cuenta: había matado a cuatro Cazadores de la clase Beta, a tres arañas gigantes y a tres chupacerebros. Bueno, aparte de decenas de zombis, por supuesto, pero ésos no los contaba, ya que no creía que mereciera la pena hacerlo, ya no. Cada vez eran más lentos y más asquerosos. Raccoon ya olía como un pozo séptico gigante, y la situación iba a empeorar en ese sentido mientras los portadores del virus continuasen pudriéndose hasta convertirse en grandes montones de restos semisólidos de hedor inaguantable.

Ya me habré marchado para cuando eso ocurra. Después de todo, Franklin llegará en cualquier momento.

Después de dos días de objetivos incumplidos, Nicholai había acabado considerando su encuentro con Franklin en el hospital como algo seguro, algo a lo que podía aferrarse: una muerte segura. Mientras pasó aquellas largas horas inmerso en el creciente caos de la incertidumbre, la muerte de Ken Franklin se había convertido en algo importante en extremo. En cuanto estuviese muerto, Nicholai haría saltar por los aires el hospital. En cuanto el hospital estuviese destruido, podría dar caza a Chan y a Foster, y después, ya podría marcharse. Todo iría encajando en cuanto matase a Franklin.

Y justo cuando Nicholai daba vueltas a todas aquellas ideas, oyó el sonido de unas pisadas en el pasillo. Sintió el corazón henchido de alegría. Se colocó en la posición que había escogido al lado de la ventana y esperó a que Franklin lo encontrase. La oficina o cuarto de suministros donde se encontraba, estaba situada en la cuarta planta, no muy lejos de donde había matado y escondido el cadáver del doctor Aquino.

Vamos, sargento...

Cuando el «perro guardián» abrió la puerta, Nicholai estaba apoyado en la esquina con los brazos cruzados sobre el pecho y con aspecto tranquilo. Franklin llevaba una arma de las mejores, una VP70 de nueve milímetros, y apuntó con ella a la cara de Nicholai en un parpadeo. Él ni se inmutó.

—Se supone que no tienes que estar aquí —dijo Franklin con un tono de hostilidad evidente en su voz profunda y mortífera.

Se adentró un poco más en la estancia sin dejar de mirar y de apuntar con la pistola semiautomática a Nicholai. *Ya va siendo hora de que descubra quién es más listo.* Cualquiera podía preparar una emboscada, pero hacía falta mucha inteligencia y habilidad para lograr que el oponente entrara en ella de buen grado. Nicholai fingió un leve nerviosismo hosco.

—Tienes razón. No debería estar aquí. Es Aquino quien debería estar, pero dejó de enviar informes ayer. Pensaron que estaría demasiado ocupado trabajando en la vacuna antiviral, pero llevo buscándolo desde anoche y no lo he visto por ningún lado.

Lo cierto era que Nicholai había estado enviando informes con el nombre del doctor Aquino desde que lo había matado para así guardar las apariencias.

—¿Quién eres? —preguntó Franklin. Era un individuo alto y de musculatura fuerte, con una piel bastante oscura. Llevaba puestas unas gafas de montura de alambre de aspecto delicado. Sin embargo, no había nada delicado en la forma en que miraba a Nicholai.

Nicholai descruzó los brazos y luego los bajó con mucha lentitud.

—Nicholai Ginovaef, UBCS... y «perro guardián». Me enviaron para que comprobara la situación cuando el doctor dejó de dar señales de vida. Tú eres Franklin, ¿verdad? ¿Has tenido algún contacto con Aquino desde que llegaste? ¿Te habló de cómo iba a guardar en un lugar seguro la muestra? ¿Te dio alguna clase de combinación o de llave?

Franklin no bajó el arma, pero era evidente que se sentía un poco confundido.

—Nadie me ha dicho nada sobre un cambio de planes. ¿Quién dices que te envía?

Aquella parte era todo un riesgo. Nicholai conocía los nombres de cuatro individuos con la importancia suficiente dentro de la organización de Umbrella para efectuar cambios en los planes, y lo más probable era que uno de ellos fuese el contacto de Franklin, y que ya lo habría informado.

—No lo he dicho todavía —contestó Nicholai—. Bueno, supongo que no importa que te lo diga... Fue Trent quien me llamó para esto.

Había elegido el nombre del individuo al que menos conocía, incluso después de

toda la investigación meticulosa que había llevado a cabo, con la esperanza de que Franklin tampoco supiera gran cosa del ejecutivo. Trent era un enigma que acechaba tras la sombra de los otros directivos en jefe como una sombra críptica. Nicholai ni siquiera sabía cuál era su nombre de pila.

Sin embargo, funcionó con el sargento. Franklin bajó su arma, todavía algo desconfiado pero con unos deseos evidentes de creérselo.

—¿No has podido encontrar a Aquino? ¿Qué hay de la vacuna?

Nicholai dejó escapar un suspiro. Meneó la cabeza y luego miró de forma deliberada a un lugar situado a su izquierda, un espacio oculto a la vista de Franklin por una estantería llena de papeles.

—No he visto ninguna señal del doctor..., pero ésta era su oficina, y hay una caja fuerte empotrada en la pared, justo ahí. ¿Sabes algo sobre cómo abrir uno de esos cachivaches?

Nicholai sabía perfectamente que Franklin era un experto en ello. En su archivo personal aparecía que era una de sus habilidades principales. En realidad, a Nicholai le importaba una mierda que Franklin pudiera abrir o no la caja fuerte. Lo que importaba de verdad era que, para llegar a la caja fuerte, el sargento tendría que darle la espalda a Nicholai.

Soy el mejor, mejor en esto que Aquino, que Chan o que este idiota, y esto lo demostraré. Yo jamás le daría la espalda a nadie, jamás.

Sí, sin duda, eso sería indigno de él.

Franklin asintió y enfundó la VP70 mientras caminaba hacia el rincón donde estaba Nicholai.

—Sí, algo sé de eso. Al menos, puedo echarle un vistazo.

Nicholai asintió con firmeza.

—Bien. Empezaba a pensar que tendría que quedarme aquí metido bastante tiempo.

—Quizá sería lo mejor —comentó Franklin mientras pasaba a su lado y se dirigía a la pequeña caja fuerte situada en la pared, detrás de la estantería—. Tal como se está poniendo la situación ahí fuera, hasta yo he pensado en meterme en algún sitio seguro durante un buen rato, hasta que las cosas se calmen un poco.

Nicholai dio un paso silencioso de aproximación hacia Franklin mientras observaba la funda abierta de la VP70.

—No es mala idea.

Franklin asintió mientras estudiaba el teclado de la caja con el entrecejo fruncido.

—Es lo que está haciendo Chan. Dice que la información seguirá aquí mañana, así que, ¿por qué no?

¡Davis Chan!

Nicholai se quedó muy quieto mientras decidía qué iba a hacer..., y un momento después se abalanzó sobre Franklin y le arrebató la nueve milímetros: no deseaba andarse con tonterías para saber de una vez lo que quería. Empujó al sargento y le hizo perder el equilibrio, y en la fracción de segundo que éste tardó en recuperarlo, ya lo tenía encañonado con el arma.

—Chan. Dime dónde está, y no te mataré —lo amenazó Nicholai con brusquedad.

Con la mano que tenía libre tocó el envase de la vacuna para tener buena suerte. Aquel objeto se había convertido en una especie de talismán para él, un recordatorio de lo bueno que era en su trabajo..., y le daba suerte; lo sabía.

Primero Franklin y ahora Chan. Los dos únicos «perros guardianes» que no tienen un lugar fijo desde el que informar. Es increíble.

Franklin se puso en pie y retrocedió un paso.

—Eh, vale, tranquilo...

—¿Dónde está? —lo cortó Nicholai con un grito. Franklin estaba sudando.

—En una de las emisoras de radio. La del cementerio. Tranquilo, ¿vale? Mira, no te conozco, y no me importa lo que estés haciendo...

—Genial —ironizó Nicholai antes de disparar dos veces contra el abdomen de Franklin.

—¡Aarghh!

Franklin gruñó con fuerza al mismo tiempo que su sangre salpicaba la pared que tenía a la espalda. El sargento cayó hacia atrás y acabó sentado en el suelo con los brazos abiertos de par en par y una expresión de sorpresa en sus facciones oscuras. El propio Nicholai también estaba un poco sorprendido: esperaba más de alguien escogido para ser «perro guardián».

Nicholai alzó de nuevo la pistola y apuntó a la frente de Franklin..., cuando oyó que alguien abría la puerta. El sonido de unas botas penetró en la habitación. Nicholai se agachó sin dejar de apuntar a Franklin. Miró por una abertura en la estantería y vio a Carlos Oliveira en mitad de la estancia, observando a su alrededor con nerviosismo y empuñando un revólver del calibre 357. Era obvio que estaba intentando averiguar de dónde habían procedido los disparos.

Era un regalo del destino. Nicholai salió de su escondite y apuntó contra el rostro de expresión sorprendida de Carlos antes de que éste se diera cuenta de que había alguien más en la oficina.

—Te pillé —susurró Nicholai.

Capítulo 22

Nicholai lo había pillado, sin duda alguna. Carlos dejó caer el revólver y puso las manos en alto. Tenía que ganar algo de tiempo.

Háblale, dile algo que le llame la atención. Jill necesita que regrese, con o sin la vacuna.

—Hola, capullo —dijo Carlos con despreocupación aparente—. Me preguntaba si iba a verte otra vez después de que nuestro viaje fuera de la ciudad acabara jodido. Nos atacó un monstruo, te lo creas o no. Bueno, y tú, ¿qué? ¿Has matado algo interesante últimamente?

El sonido de alguien que gemía de dolor les llegó desde la parte posterior de una estantería que sobresalía de la pared. Nicholai no apartó la vista, y Carlos se dio cuenta de que había escogido el tema adecuado. El ruso se sentía confiado, irritado e intrigado.

—Estoy a punto de matarte, así que no, no he matado nada interesante de verdad. Dime, ¿Mikhail ha muerto ya? ¿Y cómo está esa zorra que tienes por amiga, la señorita Valentine?

Carlos se lo quedó mirando fijamente.

—Los dos han muerto. Mikhail murió en el tranvía, y Jill quedó infectada con el virus. Tuve..., tuve que acabar con ella hace un par de horas. —Lo más probable era que no sobreviviera a aquel encuentro con Nicholai, y no quería que aquel cabrón fuera a por Jill. Cambió con rapidez de tema—. Fuiste tú el que disparó a Mikhail, ¿verdad?

—Fui yo —contestó Nicholai con ojos chispeantes de alegría. Metió una mano en uno de los bolsillos frontales y sacó lo que parecía un envase metálico tubular para puros—. Y como si fuera cosa del destino, aquí tienes lo que hubiera salvado la vida de tu amiga. Si hubieras venido antes... En cierto modo, supongo que puedes decir que soy el responsable de esas dos muertes, ¿no crees?

La muestra. Lo único que podía curar a Jill y salvarle la vida, y resultaba que Carlos estaba a merced del loco que tenía ese remedio en las manos.

¡Piensa! ¡Piensa algo!

Se oyó otro gruñido de dolor procedente de detrás de la estantería. Carlos inclinó la cabeza hacia un lado y vio a un hombre tirado contra la esquina trasera de la estancia, visible justo entre dos pilas de archivos. No pudo verle la cara, pero la parte inferior del cuerpo del individuo estaba empapada de sangre.

—Y con ese tipo ya son tres —comentó Carlos, en un intento desesperado por mantener la conversación mientras se esforzaba por no mirar el contenedor plateado que Nicholai tenía en la mano—. Vas a por todas. Dime: ¿todo esto tiene una finalidad? ¿O lo que pasa es que te gusta matar gente?

—Me gusta matar a la gente que es tan inútil como tú —contestó Nicholai mientras metía de nuevo la vacuna en el bolsillo—. ¿Se te ocurre algún motivo por el que debiera considerar que mereces vivir?

Se oyó otro gemido del moribundo que estaba detrás de la estantería. Carlos echó un vistazo otra vez entre las pilas de papeles y se dio cuenta de que sostenía una granada de impacto en sus manos temblorosas. Ya le había quitado la anilla. Carlos comprendió que aquel tipo había gemido tan fuerte para tapar el sonido al quitarla. Una parte de él admiró aquella claridad de pensamiento en unas condiciones semejantes. Todo ello ocurrió en un

instante, y Carlos comenzó a retroceder con las manos todavía en alto. La granada era una RG34, del mismo tipo que la que él llevaba metida en el chaleco, y quería alejarse todo lo posible.

Hazlo con naturalidad, que no sospeche...

—Soy un tirador excelente, tengo un carácter bondadoso y me cepillo los dientes todos los días —respondió, al tiempo que retrocedía otro paso procurando aparentar que estaba atemorizado e intentaba ocultarlo con una bravata.

—Va a ser todo un desperdicio —dijo Nicholai sonriendo y extendiendo el brazo para apuntar mejor.

¡Tira ya la puta granada!

—¿Por qué? —preguntó Carlos—. ¿Por qué estás haciendo todo esto?

La sonrisa de Nicholai se ensanchó de oreja a oreja con el mismo gesto de depredador que Carlos le había visto en el helicóptero de transporte, en lo que le parecía hacía ya un millón de años.

—Poseo las cualidades necesarias para el liderazgo —le contestó, y Carlos pudo ver por primera vez el destello de locura que anidaba en sus ojos oscuros—. Eso es lo único que necesitas saber...

—¡Muere! —gritó el moribundo.

Carlos distinguió un leve movimiento detrás de la estantería, y una fracción de segundo después ya estaba saltando de lado en un intento por ponerse a cubierto detrás de una mesa al mismo tiempo que se oía el ruido de una ventana al romperse.

BAAAMMMM...

Las carpetas y los libros saltaron por los aires, y una lluvia de restos, astillas de madera y trozos de papel y de metal, cayeron sobre él mientras la pesada estantería volcaba con un fuerte crujido. Se estrelló contra el suelo con un estruendo tremendo, y después, todo quedó en silencio y cubierto de porquería.

Carlos se incorporó hasta quedar sentado con un brazo agarrando su costillar palpitante y los ojos llenos de lágrimas de dolor. Parpadeó varias veces para hacerlas caer y recogió el revólver del suelo ante de ponerse completamente en pie.

Nicholai había desaparecido. Carlos se abrió paso a patadas entre los restos para llegar hasta la esquina mientras recordaba que el sonido de la ventana rota se había producido antes de que estallara la granada. Fuera estaba oscuro y lluvioso, pero Carlos pudo distinguir el tejado de un edificio adyacente a tan sólo un piso por debajo.

¡Bam! ¡Bam!

Carlos metió la cabeza dentro de la estancia en cuanto dos disparos impactaron contra la pared exterior, el segundo de ellos a menos de un palmo de distancia de su cara. Se reprendió en silencio por asomar la cabeza por la ventana, como si fuera un novato medio estúpido. Se apartó de la ventana y quedó cara a cara con los restos quemados y ensangrentados del individuo que había lanzado la granada.

—Gracias —dijo Carlos en voz baja.

Deseó que se le ocurriera algo más para expresar su agradecimiento, pero luego pensó que sería un gesto inútil. El tipo estaba muerto, y no podía oírlo.

Se dispuso a cruzar la habitación de nuevo, pensando cómo iba a atrapar a Nicholai. No sería tarea fácil, pero no le quedaba más remedio.

Justo en ese momento distinguió un destello metálico por el rabillo del ojo y se detuvo en seco. Parpadeó, sintiendo algo parecido a un sobrecogimiento reverencial, cuando se dio cuenta de qué era lo que estaba viendo. Lo recogió del suelo sintiendo que se le quitaba un peso enorme de los hombros y del corazón.

Lograría salvar a Jill. Aquel loco cabrón había dejado caer la vacuna.

Nicholai se movió con rapidez bajo la lluvia hacia la parte delantera del hospital.

Todo va bien. En cuanto apriete el botón adecuado, morirá. Yo tengo el control. Puedo desconectar la luz y atraparlo...

De repente, soltó una carcajada. Acababa de recordar los tubos de almacenamiento donde se encontraban encerrados los Cazadores de la clase Gamma. Cada uno de ellos flotaba en un baño de nutrientes y estaban conectados a soportes vitales, pero si cortaba la luz, se pondrían en funcionamiento de forma automática los sistemas de drenaje de cada contenedor para impedir que se ahogasen en aquel fluido sin oxígeno.

Muere, o lucha y muere, Carlos.

Nicholai había sido inteligente. Lo había previsto todo, y lo único que le quedaba por hacer era pulsar unos cuantos interruptores para que Carlos quedara sumido en la oscuridad mientras los Cazadores anfibios avanzaban chapoteando para atraparlo. Quizá Carlos ya estuviese muerto cuando los explosivos hicieran saltar en pedazos todo el hospital, pero desde luego, ya estaba muerto sin importar lo que pasase en primer lugar.

Jill estaba durmiendo de nuevo, y estaba enferma. Se sentía con fiebre y dolorida, y sus sueños habían sido sustituidos por unas sombras palpitantes y esquivas. Sombras con una textura rugosa y húmeda. La náusea se enfrentaba al vacío insatisfecho de su estómago, con una sed espantosa y una fiebre creciente.

Rodó hacia un costado y luego hacia el otro intentando encontrar alivio al picor cada vez más fuerte que le recorría todo el cuerpo, que hacía que las sombras fuesen cada vez mayores mientras seguía durmiendo.

Carlos encontró agujas, jeringuilla y media botella de Betadine en el despacho del doctor de la tercera planta. También encontró un botiquín repleto de muestras de medicinas de la compañía. Estaba intentando descifrar lo que ponía en las etiquetas en busca de un analgésico suave cuando se apagaron todas las luces.

—Mierda.

Dejó en el botiquín la muestra que estaba leyendo en ese momento e intentó orientarse en aquella oscuridad repentina. Tardó tan sólo un segundo y medio en decidir que se trataba de una jugarreta de Nicholai y otro segundo en decidir que tenía que salir, y salir con rapidez. Lo más seguro era que Nicholai hubiese cortado la corriente para algo más que hacerlo tropezar y lastimarse un dedo del pie. Fuese lo que fuese lo que estaba planeando aquel individuo, Carlos pensó que lo mejor sería salir al exterior para comprobar si llovía mucho.

Salió de la habitación y empezó a recorrer el pasillo con lentitud y con las manos por delante. Acababa de llegar a la escalera cuando se encendieron las luces de emergencia del edificio con un resplandor suave y rojizo. El efecto fue ultraterrenal: la luz era lo bastante intensa para ver alrededor, pero provocaba sombras siniestras por doquier.

Carlos comenzó a bajar las escaleras de dos en dos y con el pulgar en el percutor del revólver. Hizo caso omiso del dolor que sentía en el costado y decidió que ya se desmayaría más adelante, cuando no tuviese tanta prisa. Sólo conocía dos caminos para salir del hospital: la ventana por la que había saltado Nicholai y la puerta delantera. Seguro que había más vías de salida, pero no quería perder tiempo buscándolas. Por

experiencia propia, sabía que la mayoría de los hospitales eran auténticos laberintos.

La puerta delantera era la mejor opción. Lo más probable era que Nicholai pensara que no tendría la sangre fría de dirigirse de cabeza hacia la salida más obvia, o eso esperaba Carlos.

Llegó al rellano entre la segunda y la primera planta cuando oyó abrirse una puerta de golpe en algún lugar indeterminado por debajo de donde estaba. El eco de aquel estampido resonó por el hueco de la escalera e hizo que se quedara inmóvil. El sonido que se oyó a continuación, el aullido feroz y agudo de una criatura mutante, sin duda, hizo que se pusiera en movimiento de nuevo. Sus pies apenas tocaron los peldaños, pero aun así, no bajó con la rapidez suficiente: justo cuando estaba bajando el último tramo, una figura monstruosa saltó delante de la puerta que llevaba a la planta baja.

Era una criatura de figura humanoide, pero enorme, alta y de espaldas anchas, que, además, rezumaba una especie de baba. Tenía el cuerpo de color verde azulado oscuro, casi negro, bajo la débil luz rojiza de la iluminación de emergencia.

Las grandes manos palmeadas, lo mismo que los pies, y la enorme cabeza, con una boca ancha a juego, le daban todo el aspecto de una rana mastodóntica, rechoncha y asquerosa.

Su poderosa mandíbula inferior bajó, y otro chillido penetrante llenó el aire del hueco de la escalera, reverberando por todo el lugar. Carlos pudo distinguir al menos tres chillidos de respuesta, componiendo un coro feroz y estrambótico procedente de algún lugar de las plantas inferiores.

Carlos disparó contra el nuevo monstruo, pero el primer proyectil dio contra la puerta metálica y provocó un eco rugiente y ensordecedor. Antes de que pudiera apretar el gatillo de nuevo, la criatura de aspecto anfibio dio un salto y chilló otra vez mientras se abalanzaba sobre Carlos y abría de par en par sus brazos musculosos.

Carlos se agachó por puro reflejo y disparó al mismo tiempo que resbalaba varios peldaños hacia abajo. Rodó sobre su lado sano para poder seguir la trayectoria de la criatura. Tres, cuatro balas se incrustaron en el resbaladizo cuerpo de la criatura que seguía chillando mientras pasaba por encima de Carlos. Ya estaba muerta cuando se estrelló contra el suelo. Unos gruesos chorros de fluido acuoso y oscuro surgieron de su cuerpo convulso.

Carlos se incorporó y corrió a través de la puerta antes incluso de que los hermanos de la criatura comenzaran a lanzar sus lamentos salvajes y agudos. Quizá no eran demasiado difíciles de matar, pero no quería tentar su suerte si eran tres o más los que se abalanzaban sobre él a la vez.

Entró en el vestíbulo y se giró para cerrar la puerta a su espalda, pero se dio cuenta de que hacía falta una llave para cerrarla del todo, así que se dio la vuelta de nuevo y se puso a buscar algo para atrancarla..., y lo que vio fue una pequeña luz blanca parpadeante al otro lado de la estancia. El resplandor atrajo su atención en mitad de aquel sombrío océano rojo de cadáveres y de mobiliario destrozado.

Una luz blanca parpadeante en una caja pequeña, y la caja fijada a una columna. La luz de un temporizador para un explosivo de demolición.

Carlos se esforzó en pensar qué otra cosa podía ser, pero no se le ocurrió nada. Sólo sabía que no estaba allí cuando él llegó. Se trataba de una bomba, y había sido Nicholai quien la había colocado. De repente, las ranas monstruosas fueron un asunto de menor importancia.

Curiosamente, su mente permaneció en blanco mientras se lanzaba a cruzar el vestíbulo. Un pánico insensato y sin palabras se apoderó de él y lo obligó a correr más y

más deprisa, a no perder el tiempo pensando. Tropezó con un cojín destrozado y ni siquiera se dio cuenta de si se caía o no o si sintió dolor. Se movía con demasiada rapidez; lo único que podía ver eran las puertas de cristal de la entrada del hospital.

Atravesó la entrada y sintió a sus pies el asfalto negro y húmedo que lo salpicaba, la lluvia que le lavaba la cara sudorosa. Unas hileras de coches destrozados y abandonados brillaban como joyas bajo las farolas de la calle. Sintió el tamborileo de su corazón acelerado..., y la explosión fue tan enorme que sus oídos no la pudieron asimilar por completo, se convirtió en algo parecido a un ¡KAAABBAAAAMMM! que fue tanto un movimiento como un sonido. Su cuerpo salió despedido por los aires, convertido en una hoja a merced de un huracán al rojo vivo, y el cielo y el suelo quedaron unidos e intercambiaron sus orientaciones alternativamente.

Estaba resbalando sobre el pavimento húmedo; se detuvo con un golpe seco contra una boca de riego y sintió la enormidad del dolor en el costado y el regusto salado de la sangre que le salía por la nariz.

El hospital, a poco menos de una manzana de distancia, había quedado reducido a unas ruinas humeantes, y los cascotes seguían cayendo todavía contra el suelo y desmenuzándose como una lluvia de pedrisco letal. Algunas partes estaban siendo devoradas por las llamas, pero la mayoría del edificio se había desintegrado por completo, con toda la materia reducida a polvo, un polvo que comenzaba a posarse y a convertirse en barro mientras el cielo continuaba dejando caer agua sobre todo lo presente en el suelo.

Jill.

Carlos se esforzó por ponerse en pie, y comenzó a regresar cojeando a la torre del reloj.

Nicholai se dio cuenta de que había perdido la muestra de la vacuna mientras se alejaba corriendo a toda velocidad del hospital, cuando tan sólo quedaba un minuto para que todo saltara por los aires, cuando ya era demasiado tarde.

No le quedó más remedio que seguir corriendo, y eso hizo. Cuando el hospital estalló, Nicholai se puso a caminar calle arriba y abajo, a tres manzanas de distancia, totalmente enfurecido; tanto, que no se dio cuenta de que el gemido frustrado y aullante que estaba oyendo era suyo, o que había apretado tanto la mandíbula que se había partido dos dientes.

Recordó después de un buen rato que todavía tenía que matar a dos personas más, y comenzó a tranquilizarse. Tener la posibilidad de expresar su rabia y su ira era positivo: no era bueno ni sano mantener encerrados los sentimientos dentro de uno.

La operación Perro Guardián era su objetivo principal. La vacuna había sido un añadido, un regalo, de modo que, en cierto modo, no había perdido nada.

Nicholai se dijo eso a sí mismo en el trayecto que lo llevaría hasta Davis Chan. Le hacía sentirse mejor, aunque no tan bien como cuando se acordó de que había afilado su cuchillo de caza justo antes de salir de misión hacia Raccoon City. Estaba seguro de que Chan sabría apreciar aquello.

Capítulo 23

Seguía lloviendo cuando Jill se despertó. Se sentía ella misma de nuevo. Débil, sedienta y hambrienta, con un fuerte dolor en la herida del hombro y un millar de otros dolores menores..., pero ella misma. La enfermedad había desaparecido.

Se incorporó con lentitud, desorientada y un poco confusa, y miró a su alrededor, intentando comprender qué había ocurrido. Todavía se encontraba en la capilla de la torre del reloj, y Carlos estaba tirado y profundamente dormido en uno de los bancos delanteros. Recordaba haberle dicho que tenía el virus, y que él le había contestado que salía a buscar algo.

Pero yo estaba enferma, tenía la infección..., y no es que ahora me sienta mejor, es que ya no estoy enferma en absoluto. ¿Cómo es pos... ?

—Oh, Dios mío —susurró al ver la jeringuilla y la ampolla vacía que había a su lado, ambas sobre el banco del órgano que estaba al lado del altar, y, de repente, comprendió lo que había ocurrido, aunque no cómo. Carlos había encontrado un antídoto.

Jill se quedó sentada un momento, un poco abrumada por la mezcla de emociones que la embargaban: asombro, gratitud y una cierta reticencia a creer que ya estuviera curada. Su felicidad por estar viva y encontrarse bien se veía atemperada por un sentimiento de culpabilidad: ella estaba curada, cuando tantísimos otros habían muerto. Se preguntó si habría más dosis de aquel antídoto, pero descubrió que no podía pensar en ello demasiado: la sola idea de que existieran litros de la vacuna en algún sitio y que hubieran muerto tantos miles de personas era algo horroroso.

Por fin, bajó de su cama improvisada y se puso en pie. Se desperezó con cuidado y comprobó su estado físico. Se quedó sorprendida, si se tenía en cuenta por todo lo que había pasado, de lo bien que se encontraba. No tenía ninguna herida grave a excepción de la del hombro, y después de beber un poco de agua, incluso se sintió con fuerzas y capaz de moverse sin problemas.

Jill se comió tres latas de macedonia de fruta, bebió casi dos litros de agua y limpió y recargó todas las armas. También se limpió ella, todo lo que pudo, con agua embotellada y una camiseta sucia. Carlos ni se movió en todo aquel rato. Estaba profundamente dormido, y por el modo en que permanecía doblado sobre sí mismo, agarrándose el costado izquierdo, Jill pensó que quizá el viaje hasta el hospital había sido duro.

También se dedicó a pensar mucho en lo que debían hacer a continuación. No podían quedarse allí. No disponían de suministros ni munición suficiente para mantenerse con vida de forma indefinida, y no tenían forma alguna de saber cuándo, o, ya puestos, si iba a acudir alguien a rescatarlos. Ya no lo daba por sentado. Por difícil que resultara creerlo, parecía que Umbrella había logrado mantener oculto lo que había ocurrido, y si lo habían podido hacer durante todo aquel tiempo, podrían pasar bastantes días más hasta que todo saliera a la luz. Para colmo, no acababa de estar convencida de que el Némesis hubiera muerto. En cuanto se hubiera recuperado, volvería a por ella. Habían tenido muchísima suerte de que no los hubiera atacado todavía.

Jill había estado planeando, antes de unirse a Carlos, dirigirse hacia la planta depuradora abandonada propiedad de Umbrella que se encontraba al norte de la ciudad. Había acabado convencida de que Umbrella jamás abandonaba por completo ninguna

instalación. Les gustaban demasiado sus operaciones secretas. Pensó que a lo mejor habían dejado despejadas las carreteras que rodeaban la instalación para permitir que sus empleados pudiesen escapar. Todavía merecía la pena intentarlo, y también era lo mejor que se le ocurría. Además, el camino más rápido para salir de la ciudad desde donde se encontraban era pasar por la depuradora de agua.

Carlos seguía durmiendo, inmóvil por completo a excepción del lento y pausado subir y bajar de su pecho al respirar. Tenía el rostro flácido por el agotamiento..., y en cuanto decidió lo que debía hacer, se lo quedó mirando durante un breve rato y se dio cuenta de que debería dejarlo allí. Fue una decisión muy difícil de tomar, pero sólo porque no quería estar sola, lo que era algo egoísta por su parte. Lo cierto era que estaba herido porque se había interpuesto entre ella y el Némesis, y no podía permitir que se pusiera en semejante peligro de nuevo.

Iré a echarle un vistazo a la planta depuradora, quizá hasta encuentre una radio y podamos pedir ayuda. Si todo parece estar en orden, que es una situación segura, regresaré a por él. Si la cosa pinta mal, bueno, supongo que regresaré, si puedo.

La planta estaba a menos de dos kilómetros, si no recordaba mal, y podía llegar hasta allí si cortaba por Memorial Park, que estaba justo detrás de la torre del reloj. Era un trayecto muy corto. Sólo eran las dos de la madrugada, así que podría ir y volver antes de que amaneciese. Con un poco de suerte, Carlos todavía estaría dormido cuando ella regresara, quizá con buenas noticias.

Decidió dejarle una nota por si acaso le pasaba algo. Así, al menos sabría la ruta que debía seguir. No pudo encontrar ni un lápiz ni un bolígrafo, pero descubrió una máquina de escribir manual debajo de una pila de libros de himnos. Utilizó la parte posterior de una etiqueta de lata de macedonia de fruta para escribir en ella. El suave chasquido de las teclas la relajó tanto como el sonido de las gotas de lluvia que continuaba cayendo sobre el tejado. Eran unos sonidos que la hacían sentirse contenta de estar viva.

Se llevó con ella el lanzagranadas, aunque tan sólo le quedaba un proyectil. Carlos debió de encontrar el que se le había caído en el patio. No había olvidado el daño que era capaz de infligirle aquella arma al asesino de STARS. También se llevó la Beretta, pero le dejó el revólver a Carlos, por si necesitaba un poco más de potencia de fuego de la que tenía el rifle de asalto. Por si acaso.

Jill dejó la nota en el altar, donde Carlos pudiera verla en cuanto se despertara. Se agachó a su lado y le tocó la frente. Desde luego, estaba exhausto hasta el agotamiento. Ni siquiera movió un músculo de la cara cuando le apartó un mechón de cabello sucio de la frente. Se preguntó cómo podría agradecerle todo lo que había hecho por ella.

—Que duermas bien —susurró, y se puso en pie antes de cambiar de opinión. Se dio media vuelta y se apresuró a salir sin mirar atrás.

Había una cabaña detrás del pequeño cementerio que se encontraba en Memorial Park, que en teoría se utilizaba para guardar herramientas. En realidad, Umbrella la usaba para albergar una de las diversas estaciones receptoras preparadas para actuar durante la crisis de Raccoon City. Se trataba de una especie de lugar de descanso para los agentes, y todas las estaciones se encontraban en un lugar apartado donde se podían organizar los archivos e informes sin que nadie los viera y recibir datos de Umbrella si no disponían de un acceso inmediato a un ordenador con módem.

Nicholai no había planeado pasarse por ninguna de las estaciones receptoras. Opinaba que eran un riesgo innecesario por parte de Umbrella, aunque estuviesen tan

bien escondidas. La de la cabaña del cementerio se encontraba detrás de una pared falsa. Umbrella no quería que nadie detectase señales procedentes de la ciudad, por lo que los aparatos de radio sólo podían recibir. Era otra precaución, pero Nicholai sabía que eran demasiado peligrosas. Si quisiese atrapar a uno de los agentes, sólo tendría que vigilar cualquiera de las estaciones de recepción.

O si quisiese matarlo. Aunque en este caso, tan sólo tengo que entrar..., o esperar un poco.

Estaba bajo la sombra de un monumento de gran tamaño a pocos metros de la cabaña, y pensaba en lo bueno que iba a ser matar al capitán Chan. Nicholai había pensado cargar a través de la puerta oculta y ponerse a disparar hasta acribillarlo, pero necesitaba relajarse, lograr un estado mental más adecuado. Chan saldría más tarde o más temprano a echar un pitillo o al retrete, y al permitir que su ansia creciera, Nicholai era capaz de eliminar algunas de sus emociones más desagradables. No lo hacía a menudo. No se trataba de que estuviese loco ni nada parecido, y lo habitual era que prefiriera que las situaciones estuviesen en marcha, pero, a veces, saborear el suspense anterior a un asesinato era justo lo que necesitaba para salir de un estado de moral baja.

Nicholai siguió vigilando la puerta, en realidad, una esquina con bisagras de la propia cabaña, mientras disfrutaba de la fresca lluvia, aunque sabía que más tarde se sentiría incómodo al tener que andar con las ropas empapadas. Iba a quitarle la vida a alguien. La situación estuvo un poco fuera de control durante un tiempo, cuando se percató de que había perdido la vacuna, pero ¿quién lo tenía todo controlado en esos momentos? Davis Chan estaba a punto de morir, y Nicholai era el único que lo sabía, porque era él quien había decidido el destino final de Chan.

Y Carlos está muerto. Yo provoqué esa muerte. Y Mikhail, y tres «perros guardianes», hasta ahora.

No podía reclamar como suya la muerte de Jill Valentine, pero Nicholai disfrutó de la expresión de dolor que apareció en el rostro de Carlos cuando le sugirió que podía estar muerta. Sin embargo, lo que contaba, lo único que importaba de verdad, era que sus enemigos estaban muertos y que él todavía seguía vivo.

Cuando Davis Chan salió bajo la lluvia, unos instantes después, Nicholai ya había conseguido librarse de la mayoría de sus sentimientos negativos de autocompasión y de frustración. Y cuando su cuchillo acabó con Davis Chan, quince minutos más tarde, volvía a ser el mismo de siempre. Chan, por supuesto, ya no se parecía a nada humano, pero Nicholai le agradeció a aquellos restos con toda sinceridad la ayuda que habían supuesto en todo ello.

02.50, 2 de octubre

Carlos:

Me voy a la depuradora de agua que está justo en línea recta hacia el nordeste desde la torre. Está a poco menos de dos kilómetros. Es propiedad de Umbrella, así que a lo mejor encuentro algo que podamos utilizar. Regresaré en cuanto haya echado un vistazo. Espérame aquí unas cuantas horas al menos. Si no vuelvo mañana por la mañana, lo mejor será que te vayas por tu cuenta.

Te agradezco muchas cosas. Quédate aquí y descansa un poco, por favor. No tardaré mucho.

Jill

Carlos leyó el papel medio enrollado sobre sí mismo otras dos veces, y después agarró su chaleco y se puso en pie mientras le echaba un vistazo al reloj. Se había marchado hacía menos de media hora. Todavía podía alcanzarla.

Quedarse allí ni siquiera podía considerarse una opción. Ella lo había dejado atrás, o

bien porque estaba herido o bien porque no quería exponerlo a más peligros..., y no podía aceptar ninguna de aquellas dos alternativas. Además, no había tenido ocasión de contarle lo que Trent le había dicho sobre la existencia de helicópteros en una instalación de Umbrella situada al noroeste de la ciudad, pero al nordeste de donde se encontraban en aquellos momentos, después del viaje en tranvía. Era obvio que se trataba del mismo sitio.

—Puede que seas capaz de patearles el culo a los monstruos de Umbrella, Jill, pero ¿puedes pilotar un helicóptero? —murmuró Carlos mientras metía un cargador nuevo en el M16. Si al menos lo hubiese despertado...

Se dirigió a la puerta, tan preparado como podía estarlo, y procurando no respirar profundamente. Le dolía, pero se las apañaría. Había sufrido dolores mucho peores, y aun así, había logrado cumplir lo que se proponía. De hecho, una vez había caminado seis kilómetros con un tobillo roto, y suponía que no habría cosas mucho peores que aquélla.

Carlos no perdió el tiempo intentando convencerse de que el motivo que tenía para seguirla era compartir la información que le había proporcionado Trent. Se trataba de que era incapaz de quedarse allí quieto, esperando sin hacer nada, eso era todo. Ella intentaba protegerlo, y él apreciaba aquel detalle, pero no podía quedarse allí y...

Nicholai. Está ahí fuera, y ella no lo sabe.

De repente, se sintió enfermo al recordar el brillo de locura en los ojos de Nicholai. Carlos se apresuró a salir de la capilla y empezó a trotar bajo la lluvia, alumbrado por la luna. Tenía que encontrarla.

Capítulo 24

La lluvia se había convertido en una simple llovizna, pero Nikolai ni se dio cuenta mientras caminaba bajo el dosel de las copas de los árboles llenas de hojas otoñales y atravesaba el cementerio. Avanzaría otros cincuenta o sesenta metros, hasta el punto donde podría cortar hacia el este y seguir en paralelo el sendero que llevaba de forma directa hasta la puerta trasera de la planta depuradora de agua. Jamás utilizaba los senderos en los lugares públicos si podía evitarlo. No le gustaba aquella sensación de estar expuesto.

La última vez que había comprobado los envíos de datos, Terence Foster todavía estaba vivo y seguía mandando sus informes sobre el estado del medio ambiente desde la planta depuradora. Desconocía por completo que, como último «perro guardián» con vida, sus horas estaban contadas. Nikolai ya había decidido matarlo en cuanto lo viera. A la mierda la cháchara. Había descubierto los datos de Chan relativos a la misión Perro Guardián con facilidad, justo en la mesa donde se encontraba el aparato receptor. Seguro que también encontraría los de Foster. Realizaría una encriptación rápida de todos los archivos reunidos, como una pequeña medida de seguridad, y luego llamaría por radio para pedir que lo recogiesen y empezar a preparar una reunión con los jefazos de Umbrella. Nikolai acababa de llegar a un pequeño pinar situado detrás de uno de los estanques de la depuradora, cuando vio a Jill Valentine, que iba caminando con total tranquilidad al otro lado de aquella cisterna, bajo una hilera de farolas de hierro forjado, y que se dirigía al mismo lugar que él. Las luces de las farolas se reflejaban en el agua y la iluminaban desde abajo, dándole una apariencia fantasmal, pero, desde luego, era evidente que estaba viva.

Pensó que no debería sorprenderse, pero lo cierto era que estaba sorprendido. El dolor que había reflejado el rostro de Carlos cuando le habló de ella... Nikolai estaba seguro de que había sido auténtico, no dudó ni por un momento que ella estaba muerta.

Bah, no importa, fue la última mentira que contó. Fue muy noble por su parte intentar proteger a la chica de quien cree que es un villano infame..., como si yo fuese a perder el tiempo con ella.

No perdería tiempo si la mataba en aquel mismo instante. Nikolai alzó el rifle de asalto, apuntó con cuidado a la nuca de la chica..., y dudó. Sentía curiosidad a pesar de su decisión de acabar de una vez por todas su misión en Raccoon. ¿Cómo había logrado esquivar al asesino de STARS durante todo aquel tiempo? ¿Dónde había estado metida mientras su amante hispano hacía el idiota interponiéndose en el camino de Nikolai en el hospital? Y ¿adónde creía ella qué iba exactamente?

Decidió seguirla, al menos hasta que se le presentase una oportunidad fácil de conseguir respuestas a todas aquellas preguntas. Tal como estaba la situación en aquel momento, con ella en el sendero principal que atravesaba el parque y él al otro lado de una valla que llegaba hasta la cintura, no era lo mejor gritarle que se detuviera y tirara las armas para que él pudiera pasar la valla.

Nikolai se ocultó de nuevo entre las sombras y contó hasta veinte lentamente. Dejó que ella se adelantara lo suficiente para que no lo oyera moverse entre los árboles. La seguiría hasta que el sendero la llevase al puente que cruzaba el estanque de mayor

tamaño del parque. La pillaría cuando estuviese justo en mitad del puente, en terreno abierto y sin ningún sitio hacia el que huir.

Se sintió satisfecho con aquel plan, y empezó a caminar de forma tan silenciosa como pudo. La había perdido de vista mientras contaba, pero, a menos que hubiese echado a correr, la alcanzaría antes de que...

—No te muevas. —Su voz era tranquila y clara, y apretaba con firmeza el cañón de la pistola semiautomática contra su cabeza—. Bueno, suelta el rifle antes, si no te importa.

Nicholai la obedeció, impulsado sobre todo por el asombro. Se descolgó el rifle del hombro y lo dejó caer al suelo. ¿Cómo lo había descubierto? ¿Cómo había logrado rodearlo de forma tan silenciosa, sin que él se diera cuenta?

¿Y cuánto sabe realmente sobre mí?

—Por favor, no dispires —dijo con voz temblorosa—. Jill, soy yo, Nicholai.

La pistola no se movió de donde estaba.

—Sé quién eres, y sé que trabajas para Umbrella, pero no como un simple soldado. ¿Qué es eso de la operación Perro Guardián, Nicholai?

Ya sabía algo del tema. Si mentía, perdería cualquier clase de credibilidad que le quedara con ella.

Cuéntaselo y haz lo que haga falta.

—Umbrella me envió a mí y a unos cuantos más a recoger información sobre los infectados —contestó—. Pero te juro que no sabía que esto iba a ser así. Jamás lo habría aceptado si lo hubiera sabido. Sólo quiero salir de aquí con vida, es lo único que me importa ya.

El cañón de la pistola siguió donde estaba, apoyado en su sien. Era precavida, eso tenía que admitirlo.

—¿Qué es lo que sabes de la planta depuradora que hay cerca de aquí? —preguntó ella.

—Nada. Quiero decir, que sé que es propiedad de Umbrella, pero eso es todo. Por favor, debes creerme. Sólo quiero...

—¿Qué hay de la vacuna contra el virus? ¿Qué sabes acerca de eso?

A Nicholai se le encogió el estómago con sólo oírlo, pero mantuvo la apariencia.

—¿Qué vacuna? No hay vacuna para esto.

—Y una mierda. Si no, ya estaría muerta. Demuéstrame que quieres ayudarme, y quizá podamos llegar a un trato. ¿Qué has oído sobre la vacuna del virus T?

Carlos. La expresión de su cara cuando habló de ella..., y cuando vio la muestra de la vacuna.

Nicholai no se atrevía a hablar. La intensidad de su desconcierto fue tan repentina y enérgica que la percibió como una fuerza física y se sintió impelido a actuar..., pero no podía. Tenía que convencerla de que él no era más que otro empleado de Umbrella, un simple peón, o Jill le iba a pegar un tiro. Abrió la boca sin tener muy claro lo que iba a decir..., y lo salvó un temblor de la tierra que tenían bajo los pies. Se oyó un rugido profundo y el suelo se estremeció, casi derribándolos a los dos mientras las ramas caídas y las hojas secas saltaban a su alrededor. La pistola se apartó de su cabeza cuando Jill se tambaleó al perder el equilibrio.

Nicholai, a pesar de lo desorientador y confuso que resultaba intentar mantenerse en pie, no creyó que se tratase de un terremoto de verdad: estaba localizado alrededor de ellos dos. El agua del estanque apenas se movía. El temblor continuó y continuó aumentando de intensidad, y Nicholai supo que no iba a tener una oportunidad mejor para escapar.

Fingió un ataque de pánico: alzó las manos y se puso a gritar, sin dejar de tomar

buena nota de donde se encontraba su rifle en aquel suelo saltarín.

—¡Es uno de los mutantes! ¡Corre!

Era tan probable que fuese uno de los monstruos como cualquier otra cosa, y gritarle que echara a correr le serviría: Jill se lo pensaría dos veces antes de pegarle un tiro a alguien que intentaba ayudarla.

El temblor se fue intensificando mientras Nicholai se alejaba corriendo de Jill sin dejar de mover un brazo de un modo frenético. Le gritó de nuevo que echara a correr mientras recogía su rifle del suelo y se marchaba a la carrera sin mirar atrás. Tenía la esperanza de que ella se hubiera creído su actuación, si no, notaría un balazo en cualquier momento.

Cuando ya había corrido unos veinte metros, se percató de que el suelo sobre el que se encontraba estaba casi quieto, aunque todavía podía notar y oír la tierra retumbar bajo él.

Ya es suficiente. Me pondré a cubierto y le pegaré un tiro.

Vio un roble de gran tamaño justo delante de él. Nicholai extendió el brazo derecho sin dejar de correr y se agarró al tronco para girar sobre sí mismo utilizando el peso de su cuerpo. Miró hacia atrás en cuanto estuvo a cubierto detrás del tronco nudoso, y preparó el M16 al verla: estaba caminando, tambaleándose, para alejarse del terremoto, pero en dirección contraria a donde él se encontraba.

Vas a morir, hija de puta de un billón de dólares.

El estruendo se convirtió, de repente, en un rugido, justo cuando una inmensa fuente de color blanco cenagoso surgió del suelo y le tapó la visión, derribando árboles por doquier e impidiéndole disparar. Un aullido extraño y horrible salió de aquella fuente, un zumbido bajo y siseante. La columna de color pálido subió girando cinco metros en el aire y luego se inclinó hacia abajo. Nicholai se dio cuenta en ese momento de que se trataba de un animal, uno que jamás había visto con anterioridad: el tremendo círculo de dientes y colmillos afilados que remataba el enorme cuerpo blanco parecido a un gusano era prueba más que suficiente de ello.

Aulló de nuevo mientras arqueaba el cuerpo. Era un híbrido titánico, mezcla de gusano y de lamprea, algo entre serpiente y lombriz, tan ancho como alto era un hombre..., y se movió, alejándose de Nicholai.

Hacia Jill Valentine.

Nicholai dio media vuelta y echó a correr mientras soltaba unas cuantas risas ahogadas, maldiciendo a Jill y Carlos al mismo tiempo que esquivaba los árboles en la oscuridad en dirección a la planta depuradora, riéndose a la vez que los maldecía para que acabaran en lo más profundo del infierno.

Jill siguió corriendo por el borde del agua, y no supo lo que se le venía encima hasta que algo se estrelló contra el suelo a muy pocos metros de su espalda. Una oleada de aire fétido la rodeó, un olor a podredumbre y a carne húmeda procedente de la boca del gusano carnívoro.

¡Joder!

Corrió más deprisa en un intento de poner tierra de por medio antes de mirar hacia atrás.

Una granada no va a ser suficiente, tengo que seguir corriendo...

El borde del estanque se curvaba un poco más adelante. Había unos cuantos bancos y un grupo de árboles un poco más lejos. El suelo estaba temblando de nuevo, pero Jill casi había logrado llegar. Si podía doblar la esquina, estaría a salvo. El estanque artificial tenía las paredes de cemento, y si tenía un poco de suerte, el monstruo se estamparía contra una

de ellas...

Los bancos y los árboles que tenía enfrente se alzaron de repente por los aires arrastrados por una oleada de tierra sucia. El gusano ciego vomitó otra arcada de tierra de su mandíbula llena de dientes al mismo tiempo que se abalanzaba sobre ella.

¡Dios, qué rápido es!

Jill alzó la Beretta, que había mantenido empuñada con firmeza todo el rato, y disparó dos balas contra el vientre hinchado del monstruo. El gusano aulló de nuevo con aquel tono profundo y siseante, como el rugido de un cocodrilo lanzado al ataque.

Jill se dio media vuelta y echó a correr de nuevo con el corazón en la boca. Empezó a sentir otro temblor. Sabía que se colocaría delante de ella una vez más. No lograría jamás adelantársele y doblar alguna de las dos esquinas de aquel estanque tan largo, y vadearlo la haría avanzar con demasiada lentitud.

Piensa. Si no puedes ser más rápida, ¿qué puedes utilizar para hacerlo ir con más lentitud? Tierra, agua, árboles, farolas...

Farolas. Había muchas que estaban casi arrancadas por los movimientos subterráneos de aquella larva gigantesca. Parecían árboles jóvenes a punto de caer..., hacia el estanque.

No tenía tiempo para planearlo con detalle. Tendría que entrar en el agua y hacer ella misma de cebo para que saliera. Dio un último paso a la carrera y se frenó lo suficiente para girar noventa grados a la derecha y dirigirse hacia el estanque. Estaba resquebrajado, y unos cuantos riachuelos de agua sucia surgían por encima del borde de cemento.

Se alza y después se deja caer, tarda uno o dos segundos en alzarse de nuevo...

Un segundo o dos, ése era todo el tiempo que tenía para salir del agua. Bueno, eso suponiendo que antes hubiera logrado acabar de derribar una farola con algunos disparos y que el monstruo se hubiese metido por las buenas en el estanque.

Calcular las probabilidades la obligaba a pensar, y el suelo ya estaba temblando, y lo hizo con la fuerza suficiente para hacerla caer de rodillas. Un instante después, se estaba deslizado por una gruesa capa de hierba y barro mientras intentaba ponerse en pie a la vez que procuraba que la pistola no se mojase..., y al instante siguiente, aquello surgió por el borde del estanque a poco más de tres metros de ella y ocultó el cielo nublado con un estallido de barro y piedra, de cemento y agua. Sólo había una farola entre ella y el monstruo, y casi estaba tocando el agua.

¡Venga!

Jill se puso a gatear de espaldas con mayor rapidez de la que hubiera creído posible, y se detuvo cuando vio que la criatura se había alzado por completo y que estaba comenzando a inclinarse hacia ella mientras los chorreones de agua caían de su cuerpo hinchado.

Comenzó a disparar mientras se ponía en pie. Los dos primeros disparos no alcanzaron su objetivo, pero el tercero y el cuarto rebotaron en el poste metálico. El gusano seguía descendiendo y creando una verdadera ola de barro cuando el quinto disparo destrozó la bombilla. Iba a aplastarla si no se apartaba.

Por poco, va a ser por poco...

¡Bam! ¡Bam!

Fue la séptima bala la que lo consiguió, y los resultados fueron espectaculares. Jill oyó un chasquido fuerte y sonoro a la vez que saltaba hacia atrás, y la farola se sumergió en el estanque cada vez más vacío. La carne medio gelatinosa del gusano aullante se estremeció y tembló, retorciéndose con un dolor agónico. Su pellejo pálido comenzó a ennegrecerse y a achicharrarse a la vez que un humo aceitoso y hediondo le surgía de la

garganta. El resto de su cuerpo, oculto bajo la superficie del estanque, arrojó al aire unos gigantescos surtidores de agua sucia y rocas. Aulló una vez más, pero el sonido infernal quedó cortado por un gorgoteo..., y el monstruo se derrumbó, muerto antes de llegar al suelo, antes de que la capa exterior de piel comenzara a romperse y enrollarse sobre sí misma dejando al descubierto la carne recocida de sus entrañas.

Jill se puso en pie trastabillando. Apretó la herida palpitante del hombro con la mano izquierda mientras se alejaba de espaldas del gusano frito y crepitante. El hedor era tan fuerte que le provocaba arcadas una y otra vez. ¡Lo había logrado! ¡Había matado a aquel bicho! Una sensación cálida de victoria le recorrió como una oleada el cuerpo e inspiró profundamente... otra vaharada de olor asqueroso a gusano asado.

Lo he conseguido.

Se inclinó y vomitó hasta echarlo todo.

Cuando ya no quedó nada por echar, Jill se incorporó, temblorosa, y comenzó a caminar de nuevo hacia el este mientras recordaba su enfrentamiento con Nicholai. No era tan buen mentiroso como él creía, y si Jill tan sólo tenía algunas sospechas sobre ello, después de aquel encuentro ya estaba segura de que era un mal bicho.

No había cambiado de planes, pero iba a tener que tomar precauciones cuando llegara a la planta depuradora. Nicholai estaría por allí, de eso también estaba segura..., y si él la localizaba primero, estaría muerta antes de saber qué había pasado.

La barricada era un inmenso apilamiento de coches donde se habían colocado tres o incluso cuatro vehículos uno encima del otro, en una línea que se extendía entre varios edificios al final de una manzana, formando más o menos un semicírculo. Carlos pudo distinguir las marcas de las ruedas del vehículo pesado que habían utilizado para colocar los coches unos sobre otros. También las había visto en las tres últimas calles por las que lo había intentado. Ni Umbrella ni el departamento de policía de Raccoon City habían escatimado esfuerzos cuando decidieron aislar la ciudad.

Se quedó de pie delante de la muralla de metal experimentando un sentimiento de indecisión casi desesperada. Podía retroceder e intentar marchar hacia el norte y después hacia el este..., o podía probar a trepar por una de las barricadas de aspecto precario que parecían haber sido colocadas con el fin específico de impedirle llegar hasta Jill.

Bueno, eso es lo que parece.

Lo único que había al norte de la torre del reloj era un parque bastante grande, pero a lo mejor ése era el único camino para llegar hasta la instalación de Umbrella. La verdad es que no podía imaginarse a Jill trepando con el hombro herido por una pared de coches, y atravesarlos arrastrándose por debajo era demasiado peligroso.

Pero estás suponiendo que ha logrado llegar hasta aquí —le dijo una vocecita incómoda y persistente—. Quizá ya está muerta. El Némesis pudo atraparla, o se ha encontrado a Nicholai, o...

Carlos inclinó la cabeza hacia un lado y frunció el entrecejo. Un ruido distante había interrumpido aquellos pensamientos. ¿Eran disparos? Parecía bastante probable, pero la niebla que estaba comenzando a caer tenía un efecto amortiguador para los ruidos y distorsionaba y apagaba todos los sonidos. Ni siquiera estaba seguro de la dirección de la que procedían aquellos disparos..., pero, de repente, se sintió mucho más frenético en su deseo por encontrar a Jill.

—Después de todo por lo que he pasado para conseguirte esa vacuna, será mejor que no dejes que te maten —murmuró con un tono de voz que sonaba despreocupado, pero lo

que había dicho estaba demasiado cerca de la verdad para que fuera divertido. Tenía que hacer algo, y ya.

Carlos se quedó mirando la pared de coches un momento más mientras escogía la ruta que le parecía ser más estable: por encima de una furgoneta, para luego subir por dos monovolúmenes. Inspiró todo lo profundamente que pudo, cruzó los dedos mentalmente, y comenzó a trepar.

Capítulo 25

—No, escúcheme, tiene que escucharme... No sé nada, y usted no quiere hacerlo, en realidad. Me han estado pidiendo informes sobre las muestras de suelo y de agua, eso es todo. ¡No soy ninguna amenaza para usted! ¡Se lo juro!

Foster casi estaba a punto de empezar a echar espuma por la boca por el miedo que sentía, y Nicholai decidió que hacer que un hombre esperara su muerte, sobre todo un hombrecillo, tan penoso como aquél, era toda una crueldad. El investigador ya estaba acurrucado, acobardado por completo, en la esquina nordeste de la oficina, entre la puerta y la pared. Sus rasgos ratoniles y afilados estaban enrojecidos y sudorosos. Nicholai había tardado menos de cinco minutos en encontrarlo cuando llegó al lugar.

—Me iré, ¿vale? —balbuceaba Foster—. Me iré y no volverá a oír de mí en la vida, se lo juro por Dios. ¿Por qué quiere matarme? No soy nadie. Dígame que quiere que haga y lo haré, sea lo que sea. Hábleme por favor. Hablemos, ¿vale?

Nicholai se dio cuenta de que tan sólo estaba mirando a Foster, sin pensar, como si la cháchara histérica de aquel individuo, que subía y bajaba de tono, lo hubiera hecho entrar en trance. Había sido un día interminable más en toda una serie de ellos..., pero por mucho que quisiese marcharse de allí, acabar de una vez con la operación, Nicholai se sintió impulsado de un modo extraño a decir algo.

—No te hago esto porque tenga nada personal contra ti. Seguro que lo entiendes —empezó a decir Nicholai—. Es por dinero..., o al menos, era por eso al principio, pero todo ha cambiado.

Foster asintió varias veces con gesto rápido y con los ojos abiertos de par en par.

—Claro, claro. Seguro que todo ha cambiado.

Nicholai descubrió que no podía dejar de hablar después de haber comenzado. De repente, le pareció que era importante que alguien más comprendiese por todo lo que había pasado, los retos a los que debía enfrentarse todavía, aunque ese alguien fuese un individuo como Foster.

—Por supuesto, el dinero sigue siendo el motivo principal, pero poco después de llegar aquí, después de lo de Wersbowski, empecé a sentir que había venido a un lugar muy especial. Sentí..., sentí que por fin todo estaba siendo del modo que debía ser. Del modo que mi vida debería haber sido desde siempre. Circunstancias extremas. ¿Lo entiendes?

Foster asintió de nuevo con rapidez, pero fue inteligente y no dijo nada.

—Pero luego Carlos me engañó. No podía haber muerto en la explosión porque Jill recibió el antídoto, y estoy comenzando a pensar que ella es la causa de todo, que todo ha cambiado por su culpa.

Se fue dando cuenta de aquella verdad mientras hablaba, como si una luz hubiera iluminado su cerebro de repente. Era verdad: hablar ayudaba.

—Incluso desde el primer momento. Me estropeó el montaje que les tenía preparado a Carlos y a Mikhail. Es una mujer manipuladora. Hay muchas como ella. Lo más probable es que también se haya acostado con los dos. Los habrá seducido.

—Son todas unas putas —comentó Foster con total sinceridad.

—Después, se puso enferma y envió a Carlos para que robara la vacuna. No es que

esté disculpando al chaval por todo lo que ha hecho, en absoluto, pero es que ella tiene algo... Es como si su presencia alterara la situación, como si provocara que todo saliera mal. Ni siquiera creo que esté muerta. Si el Némesis no ha podido matarla, seguro que un simple bicho mutante no podrá.

Nicholai se quedó de pie, en silencio, perdido en sus pensamientos. Nunca había sido un hombre supersticioso, pero las cosas allí eran diferentes. Jill Valentine era...

Una mujer, tan sólo es una mujer, y no estás pensando con claridad, no lo has hecho desde hace días.

Parpadeó, y la idea desapareció. Foster seguía en la esquina, observándolo con una expresión de terror cauteloso..., como si pensara que Nicholai estaba loco. El ruso sintió una oleada de odio contra aquel hombrecillo por intentar engañarlo, por decirle que hablara y luego ponerse a juzgarlo. Merecía morir, lo mismo que todos los demás.

—¡No estoy loco! —gritó Nicholai poseído por la furia—. ¡Y se acabó hablar de todo esto! ¡Eres el último! ¡En cuanto termine contigo, todo se acabó! ¡Así es como son las cosas, de modo que sé un hombre y acéptalo!

Tres proyectiles, una ráfaga a través de los ojos verdes y suplicantes de Foster, y la cabeza del investigador salió despedida hacia atrás con brusquedad y un chorro de sangre salpicó la puerta contra la que se estaba apoyando. El cuerpo se desplomó sin vida al suelo.

Nicholai no sintió nada. El último «perro guardián» yacía muerto a sus pies y no notaba ninguna sensación de triunfo, ningún sentimiento de victoria. No era más que otro cadáver tirado en el suelo delante de él, y sintió un deseo muy intenso de marcharse de Raccoon, donde ya no se encontraba tan a gusto.

Negó con la cabeza. Sentía pesadumbre en el corazón, pero comenzó a registrar la oficina en busca de los datos recopilados por Foster.

Jill estaba de pie delante del estrecho puente que comunicaba la puerta trasera del Memorial Park con el segundo piso de las instalaciones de Umbrella. Debía de pasar por encima de una ciénaga o un pantano por el fuerte olor a gases que desprendía. Estaba demasiado oscuro para saberlo a simple vista, pero el olor era inconfundible..., lo mismo que las huellas de pisadas frescas que iban desde donde ella se encontraba hasta la puerta situada al otro lado. Tal como esperaba, Nicholai ya estaba allí.

Genial. Toda una invitación para que entre.

Aparte de lo de Nicholai, se alegraba de haber encontrado el puente. Se había sentido preocupada por la posibilidad de que la ruta del parque acabara como un callejón sin salida y tuviera que deshacer el camino andado. Además, el puente llevaba hasta el segundo piso, lo que era muy conveniente. Lo más probable era que las oficinas y las salas de control de las instalaciones estuvieran en la segunda planta del edificio de dos pisos. Tenía la esperanza de que en una de aquellas estancias hubiera un aparato transmisor de radio. En la primera planta era donde se trataba y depuraba el agua. Si Umbrella se había preocupado por planificar una distribución lógica de las oficinas en el edificio, entraría y saldría con bastante facilidad. Si no encontraba una radio, iría a la parte delantera de la planta depuradora y echaría un vistazo a las carreteras.

Entró con cuidado en el puente de metal y madera. Respiró profundamente y se concentró mientras alargaba la mano y se agarraba a la barandilla de madera para mantener el equilibrio. Para enfrentarse a las criaturas de Umbrella, ya fuesen hombres o monstruos, hacía falta habilidad y concentración. Sin embargo, para enfrentarse a un

adversario humano hacía falta mucho más. Las personas eran mucho menos predecibles que los animales, y si quería mantenerse alejada de Nicholai, tendría que estar todo lo alerta que pudiera, con su intuición y su conciencia preparadas al máximo para presentir cualquier ataque.

Como ahora...

Jill se quedó inmóvil en mitad del puente y le quitó el seguro a la Beretta con el pulgar. Algo iba mal, muy mal, pero no podía...

¡Bam!

A su espalda.

Se giró en redondo con el corazón en la boca, y vio al Némesis a unos seis metros de ella. Su cuerpo extraño estaba más deformado todavía por las llamas y los disparos del lanzagranadas. Tenía el pecho y los brazos al descubierto, por lo que Jill pudo ver con claridad que los tentáculos surgían de los hombros y de la parte superior de la espalda. Buena parte de su piel había desaparecido, lo que había dejado a la vista las fibras del tejido muscular rojizo entre los trozos ennegrecidos de lo que quedaba de piel.

—Staarrssss —rugió a la vez que daba un paso adelante, cojeando.

Jill vio que buena parte de su costado derecho estaba destrozado justo donde le había acertado con la granada de metralla. La carne desde el borde inferior de su costillar hasta la altura del medio muslo parecía espaguetis quemados, rota y desgarrada..., aunque dudaba mucho que sintiera dolor o que su fuerza se hubiera visto muy afectada.

Su mente cargada de adrenalina pasó revista a un centenar de opciones y se concentró en la que más posibilidades tenía. La cornisa de la torre del reloj. Carlos lo había hecho caer de un empujón, pero el monstruo estaba cegado, distraído...

¡Distráete con esto, cabrón!

Jill empezó a disparar apuntando a la parte más llamativa de su cara deforme: sus increíbles dientes blancos. Vio que al menos dos de los disparos atravesaban aquella sonrisa inquietante y varios fragmentos blanquecinos saltaban por los aires.

El asesino de STARS lanzó un aullido y sus tentáculos carnosos se extendieron y alzaron por detrás de él como una capa y enmarcaron a la bestia rugiente con el equivalente a los rayos de un sol negro.

Puede que no le duela, pero algo siente...

¡AHORA!

Jill empezó a correr hacia él mientras continuaba disparando. Todos sus instintos le gritaban que corriera en dirección contraria, pero su parte lógica le recordó que, corriendo, jamás podría dejarlo atrás.

El Némesis todavía estaba aullando cuando Jill se estampó contra su cuerpo levantando las manos y empujando como le había visto hacer a Carlos. Se sintió asqueada por el contacto de aquella piel contra sus manos: húmeda, áspera, fría...

El monstruo trastabilló hacia atrás y cayó con fuerza contra el propio borde del puente, a escasos centímetros de la nada. Su peso y su masa actuaron a favor de Jill tal como ella había previsto. Oyó los fuertes chasquidos de la madera al partirse bajo su peso y de la barandilla cuando el gigante chocó con ella..., pero dos o tres de los tentáculos lograron agarrarse a la barandilla intacta del otro lado, y el Némesis alargó las manos hacia adelante para recuperar el equilibrio.

Jill saltó, y retorció el cuerpo en el aire. Sabía que no podía permitir que se pusiera en pie de nuevo, así que le clavó las botas con todas sus fuerzas en el abdomen, pateando al monstruo con todas sus ganas.

Cayó de plano contra las planchas de madera del suelo, y lanzó un grito involuntario

de dolor cuando buena parte del impacto lo absorbió el hombro herido. Sin embargo, la visión de aquellas cuerdas carnosas agitándose en el aire cuando el Némesis perdió su asidero y cayó por el borde, la compensó con creces..., lo mismo que el fuerte chapoteo que oyó unos instantes después.

Se puso en pie con dificultad y cruzó el resto del puente. Dio un silencioso grito de alegría en su interior cuando la puerta de entrada al edificio se abrió sin problemas. Una vez dentro, un corto pasillo giraba a la izquierda, a unos cinco metros de la entrada. Todo el entorno visible estaba dispuesto con suelos de rejilla metálica o paredes de cemento. Echó con rapidez el cerrojo y se dejó caer contra la puerta jadeando, sin dejar de apuntar con la pistola hacia la esquina mientras recuperaba el aliento. No oyó ruido de pasos ni dentro ni fuera, aunque sí un leve zumbido mecánico procedente de algún punto en las profundidades de la instalación. Empezó a caminar cuando pudo volver a respirar de un modo más o menos normal. Estaba ansiosa por salir de allí antes de que el Némesis regresara. Tenía que lograr enviar una petición de socorro, o simplemente salir pitando de allí. El Némesis no iba a rendirse nunca, y no podía mantener la esperanza de que podría esquivarlo siempre.

Siguió avanzando por el pasillo y vio una puerta de metal al final a la derecha, encarada hacia otro pasillo que no podía ver. Dio un paso y asomó un instante la cabeza para mirar al otro lado de la esquina. El siguiente pasillo era corto y estaba despejado. Dio un paso atrás y le echó un vistazo más de cerca a la puerta metálica, que era de la clase que se abría con una tarjeta magnética.

El nombre de la habitación estaba justo por encima del marco de la puerta, escrito con letras negras: COMUNICACIONES. Jill sintió una oleada de esperanza, pero un momento después vio que no había cerradura manual. El lector de la tarjeta de apertura era el único modo de entrar.

Jill se dio la vuelta, rabiosa y frustrada. Encontrarse con el Némesis lo había cambiado todo. Podía marcharse, alejarse de aquel monstruo y de Nicholai e intentar un plan nuevo, o podía continuar allí, buscar una tarjeta que abriese aquella puerta y seguir atenta a otras posibilidades.

Jill sonrió con gesto cansado. Lo cierto era que ambas opciones sonaban fatal, pero la segunda parecía ser menos mala. Al menos, tendría ocasión de secarse la ropa.

Empezó a recorrer el siguiente pasillo. Estaba temblando de frío, y sintió una ligera envidia de Carlos, que estaba dormido y abrigado allá en la capilla.

Las instalaciones de reciclado y depuración de Umbrella estaban compuestas por una serie de edificios de un solo piso y uno grande de dos pisos, todos en mitad de numerosos espacios abiertos repletos de desechos: pilas de madera, coches viejos y otros restos sueltos de metal eran los competidores principales en aquella lucha por el suelo disponible. Carlos pensó que si había helicópteros en aquel lugar, debían encontrarse detrás o en el interior de uno de los almacenes. Por supuesto, iba a ser casi imposible dar la vuelta para llegar hasta allí, a menos que quisiese trepar por otra montaña de coches.

Y me van a disculpar pero no lo haré a menos que no me quede más remedio.

Con la vez que tuvo que trepar por la otra barricada ya tuvo bastante para toda la vida. Se había hecho un daño de mil demonios en las dos rodillas al caer sobre la cabina de un camión de plataforma, y había recorrido cojeando casi todo el camino hasta aquellas instalaciones de Umbrella.

Estaba de pie en mitad de un patio pequeño y abarrotado al que había llegado

después de saltar una pequeña valla. Memorizó lo mejor que pudo la disposición de todos los elementos del lugar antes de dirigirse hacia el edificio principal. Quería asegurarse de que Jill se encontraba bien antes de ponerse a buscar un helicóptero. Carlos rompió la primera ventana que encontró con la culata del M16 en cuanto llegó al edificio en cuestión y pasó a través de ella.

Se quedó sentado en el marco mirando la larga y estrecha estancia parecida a un barracón que se hallaba bajo él. Estaba poco iluminada y repleta de cadáveres. A la derecha se veía un grupo de puertas con una señal de salida en la parte superior y que lo más probable era que llevaran al almacén principal. Tendría que probar esas puertas cuando se pusiera a buscar un helicóptero. Sin embargo, a su izquierda había una escalera de metal que llevaba directamente a una trampilla en el techo. No podía haber pedido más.

Bueno, sí, quizá un ascensor —pensó mientras acaba de pasar por el marco de la ventana y sus costillas protestaban—. Aunque puestos a pedir, tampoco me importaría despertarme de repente y descubrir que todo esto no es más que una pesadilla. Eso estaría bien.

La estancia apestaba a podrido y a sangre. Se dio cuenta de que era un olor al que había acabado acostumbrándose. Olía a Raccoon City. Mientras subía las escaleras, pensó que moriría siendo un hombre feliz si pudiera respirar aire puro, fresco y limpio al menos una vez más.

La trampilla cuadrada de metal que había en el techo se abrió con facilidad y quedó apoyada contra una barandilla que rodeaba tres lados del hueco. Carlos subió hasta asomarse a una habitación poco iluminada con aspecto de bunker, repleta de consolas de ordenador y de armarios. Allí no había cuerpos...

—Caramba —murmuró sin querer.

Acabó de subir la escalera y se acercó a la mesa que estaba apoyada contra la pared delantera, bajo unos ventanales grandes que daban a un patio casi totalmente a oscuras. Encima de la mesa había un aparato de comunicaciones algo antiguo. Justo cuando iba a ponerse los auriculares, un chasquido de la estática surgió del pequeño altavoz que formaba parte de un lateral del aparato, al que siguió una voz de mujer clara y tranquila.

«Atención. El proyecto Raccoon City ha sido abandonado. Las maniobras políticas para retrasar los planes federales han fracasado. Todo el personal debe evacuar la ciudad de forma inmediata y alejarse a más de treinta kilómetros para evitar la onda expansiva. Los misiles serán lanzados al amanecer. Este mensaje se envía por todos los canales disponibles y se repetirá dentro de cinco minutos.»

Carlos miró anonadado su reloj y sintió que se le hacía un nudo en el estómago. Ya eran más de las cuatro y media de la madrugada, lo que les dejaba una hora, quizá incluso algo menos.

Se puso los auriculares con micrófono incorporado y comenzó a pulsar botones.

—¿Hola? ¿Alguien me oye? Todavía estoy en la ciudad. ¿Hola?

Nada. Carlos corrió hacia la puerta de la parte trasera de la estancia. La cabeza le daba vueltas alrededor de la misma secuencia: amanecer, Jill, helicóptero, amanecer, Jill...

La puerta, que era metálica, no se abrió. Estaba bien cerrada. No había cerradura, no había nada. No podía entrar en el edificio.

Y ni siquiera sé si está aquí, quizá ya está de vuelta, quizá...

Quizá un montón de cosas, y por mucho que quisiera encontrarla, si no se aseguraba de disponer de un modo de escapar de la ciudad, no iba a lograr sobrevivir.

Se alejó de la puerta. No quería irse, pero no le quedaba más remedio. Sabía que no tenía elección. Tenía que encontrar uno de aquellos helicópteros de los que le había

hablado Trent y asegurarse que tuviera combustible y estuviera en condiciones de vuelo. Quizá podría sobrevolar las instalaciones, llamar su atención desde el exterior o encontrarla ya de regreso a la torre del reloj.

Y si no puedo...

No terminó de pensar aquella idea. Sabía a la perfección cuál sería el destino de Jill si él fallaba.

Carlos echó a correr hacia la escalera sin apenas sentir el dolor en su costado. El corazón le palpitaba con fuerza, lleno de temor.

Capítulo 26

Cuando Nicholai vio entrar a Jill con paso titubeante por la puerta que daba a la sala de operaciones de tratamiento, se quitó inmediatamente de la vista pasando a través de una puerta lateral de seguridad que daba a un pasillo ancho y vacío por el que se llegaba a una sala con tanques llenos de productos químicos. Una alegría inmensa se apoderó de su espíritu mientras cerraba la puerta con cuidado. Se sintió confirmado y reafirmado en su fuero interno, y ello le levantó el ánimo.

Había combinado los distintos archivos de los diferentes «perros guardianes» después de encontrar los informes de Foster. Fue en ese momento cuando vio en el ordenador portátil el aviso de la oficina central. Tampoco es que fuera una sorpresa total: había sido una de las consecuencias posibles previstas, pero lo había deprimido todavía más. Una parte de él todavía quería ajustarles las cuentas a Jill y a Carlos por lo que le habían hecho, e incluso había pensado en echar un último vistazo antes de llamar para que lo recogieran. Ya no había tiempo: los misiles estaban a punto de caer. Iba de camino para efectuar la llamada cuando oyó el sonido de pasos.

¡Está aquí! ¡Tenía razón sobre ella, y ahora está aquí!

Debía de tener razón sobre ella, o fuese el que fuese el destino que mandaba en Raccoon City no la habría enviado hasta allí. Pudo darse cuenta de que todo lo que había ocurrido desde que llegó a la ciudad había sido algo predestinado. Se trataba del destino, que lo ponía a prueba, que le enviaba dones y presentes y luego se los quitaba para ver cómo reaccionaría. Todo tenía sentido, y justo en ese momento, cuando se acababa el tiempo y tenía que salir de allí, aparecía ella.

No fallaré. He logrado triunfar hasta este momento, y por eso ha ocurrido tal sincronía, para que pueda retomar el control que me pertenece antes de que regrese a la civilización.

Podía preguntarle por Carlos y por Mikhail, podía interrogarla a fondo..., y si había tiempo, podría dominarla de un modo más placentero todavía, como una despedida que recordaría a lo largo de los años siguientes.

Nicholai se apresuró a ponerse en movimiento en cuanto estuvo al otro lado de la puerta. Sus botas apenas resonaron en el amplio pasillo mientras empuñaba con más firmeza el rifle. Se había ganado aquello, e iba a conseguir justamente lo que se merecía.

Jill entró en lo que parecía alguna clase de sala de operaciones. Tenía los sentidos puestos en máxima alerta. Estudió con atención el lugar, que estaba decorado con el estilo clásico de los laboratorios de Umbrella: paredes de cemento desnudas y frías y barandillas de metal que separaban la estancia de dos niveles de un modo funcional por completo. No había nada llamativo o colorido a la vista.

Bueno, a menos que la sangre cuente como decoración...

Unas grandes manchas de sangre ya seca salpicaban el suelo que rodeaba la mesa de trabajo que dominaba la estancia. Aquello no había sido obra de Nicholai, a diferencia del cadáver que había encontrado en la oficina situada al lado de la estancia con las tuberías de vapor rotas. Se trataba de un hombre en mitad de la treintena al que habían disparado en plena cara. El cuerpo estaba tibio todavía. Jill no tenía ninguna duda de que Nicholai estaba por los alrededores, cerca, y descubrió que casi deseaba encontrárselo pronto para

así relajarse un poco y no tener que mirar a su espalda por encima del hombro a cada paso que daba.

No vio nada parecido a una tarjeta de apertura o a una radio en aquel lugar, de modo que decidió seguir adelante. Podía continuar y salir por la puerta lateral que había en una esquina, o podía bajar a la planta inferior. Decidió que lo mejor era la puerta lateral, por si acaso Nicholai había ido por allí. Hasta el momento, había pasado por todas las estancias del piso superior en las que pudo entrar, y no quería bajar y arriesgarse a que él apareciera por la espalda.

Se dirigió a la puerta mientras se preguntaba qué podía haber ocurrido con los cadáveres de los que habían muerto en aquellas instalaciones. Había visto mucha sangre y varias manchas de otros fluidos corporales, pero tan sólo un puñado de cuerpos.

Quizá los han llevado a la parte de abajo... —pensó mientras abría la puerta de seguridad y movía la Beretta de izquierda a derecha. Daba a un pasillo tan ancho como una habitación, del que arrancaba un pasillo más estrecho que iba hacia la derecha—. *O a lo mejor Umbrella ordenó que lo limpiaran todo para que sus empleados no tuvieran que enfrentarse a la crisis esquivando los cadáveres de sus colegas...*

—Quieta, zorra —dijo Nicholai a su espalda, y apretó con fuerza el cañón de su rifle contra los riñones de la chica—. Bueno, suelta el rifle antes, si no te importa.

Era una repetición sarcástica de lo que ella le había dicho en el parque, y Jill no pudo evitar notar el tono de alegría casi histérica de su voz. Había cometido un error por descuido, e iba a morir por ello.

—De acuerdo, de acuerdo —dijo ella, dejando que la nueve milímetros resbalara por sus dedos y cayera de forma estrepitosa al suelo. Todavía tenía el lanzagranadas colgado en la espalda, pero no le servía de nada. Para cuando consiguiera empuñarlo, él ya habría vaciado un cargador contra ella e incluso le habría dado tiempo a recargar.

—Date la vuelta lentamente y retrocede, con las manos entrelazadas al frente, como si estuvieses rezando.

Jill hizo lo que él quería y atravesó la habitación de espaldas hasta que chocó con la pared, más asustada de lo que hubiese querido admitir cuando vio su perpetua sonrisa crispada y su forma de poner los ojos en blanco.

Se había vuelto loco del todo. Fuera lo que fuera lo que le pasaba en un principio, sus días en Raccoon lo habían acabado de desquiciar.

Su forma de mirarla de arriba abajo la llenó de un tipo diferente de temor. Conocía varias formas eficaces de parar el ataque de un violador, pero eso era asumiendo que tuviera la suficiente capacidad física para luchar, y dudaba mucho de que Nicholai se acercara a ella sin pegarle antes unos cuantos tiros bien colocados.

Echó un vistazo a su izquierda, a lo largo de una estrecha sala que terminaba en una puerta cerrada.

No lo conseguirías. Intenta hablar con él.

—Pensaba que sólo querías salir de la ciudad —dijo con displicencia, no muy segura de qué táctica debía utilizar.

Siempre había oído que se debía seguir la corriente a las personas locas, pero no estaba claro que las cosas fueran a mejorar mucho; Nicholai quería matarla, y punto.

Se dirigió hacia ella de forma despreocupada, luciendo una temblorosa sonrisa. Un trueno retumbó en lo alto, un sonido distante.

—Quiero irme ahora, ahora que tengo toda la información. A todos los demás, a los «perros guardianes», los maté por la información que tenían. Umbrella va a tener que negociar conmigo, y sólo conmigo, y yo voy a ser enormemente rico. Todo cuadra, y ahora

que tú estás aquí, mi éxito está asegurado.

A pesar de que no era ésa su intención, Jill sintió curiosidad.

—¿Por qué yo?

Nicholai se acercó hasta colocarse a una distancia segura.

—Porque tú tomaste la vacuna —dijo en un tono natural—. Carlos la robó porque tú se lo pediste. No trates de negarlo. Dime, ¿estás actuando por tu cuenta o te han enviado para obstaculizar mis planes? ¿Qué saben Carlos y Mikhail?

Dios, ¿qué contesto a eso?

Jill se distrajo con el rumor de un trueno que volvió a sonar en lo alto, estaba demasiado confundida por el extraño razonamiento de Nicholai para poder contestarle en el acto. Era raro que pudieran oírlo a través del techo completamente aislado...

No tan raro como pensar en el tiempo en un momento como éste.

Tenía que decir algo, por lo menos para intentar prolongar su vida. Al menos, mientras respirara, habría una oportunidad.

—¿Por qué tengo que decirte nada? Me vas a matar de todas formas —dijo, como si hubiera algo que decir.

La sonrisa de Nicholai titubeó, para volver a brillar después, asintiendo con la cabeza.

—Tienes razón, lo voy a hacer —apuntó con el rifle a su rodilla izquierda y se relamió los labios—. Pero no antes de que nos conozcamos un poco mejor; creo que tenemos bastante tiempo...

Jill cayó hacia atrás, segura de que la habían alcanzado...

Pero él no ha disparado, ha sido el trueno...

El techo se vino abajo, parte de él, y grandes trozos de pared y cemento llovieron sobre los gritos de Nicholai, que disparó de forma frenética antes de desaparecer.

Nicholai la tenía bajo su control. Ella iba a sangrar y a gritar, y él saldría victorioso, había ganado...

Y, entonces, el techo cedió, y los cascotes cayeron sobre él, y algo gigante, frío y duro envolvió la parte trasera de su cuello. Nicholai disparó, gritando:

—Una bruja, ella es...

Una cosa inmensa y helada, una mano, lo arrastró hacia la oscuridad. Lo último que llegó a ver fue la conmocionada cara de Jill antes de que los dedos se crisparan, antes de que una cuerda fría y con vida se enrollara alrededor de su cintura. La mano y la cuerda tiraban en direcciones contrarias, y Nicholai sintió cómo le crujían los huesos, cómo se le estiraban la piel y los músculos al tiempo que su boca se llenaba de sangre en un grito...

Esto no puede estar pasando, yo tengo el control, para... Lo último que sintió fue cómo su cuerpo se partía en dos.

Jill sólo pudo ver parte de lo que ocurrió, pero fue bastante. Un río de sangre manó del borde irregular del agujero, salpicando el suelo. Pudo oír cómo retumbaba el bramido del Némesis, y vio cómo se arrastraba un tentáculo por el humeante chorro rojo, buscando...

No se atrevió a correr por debajo de él. Se dio la vuelta y corrió por el pasillo lateral, forcejeando para coger el lanzagranadas, su única arma...

Dio un golpe en la puerta y entró en un abismo oscuro y reverberante. Una oleada de pestilencia la golpeó como una bofetada. Cerró la puerta de golpe y echó una mano a la única luz que podía ver: un brillante cuadro rojo sobre un panel, junto a la entrada.

Era un interruptor, y cuando parpadearon las hileras de tubos fluorescentes, vio y entendió dos cosas a la vez. Habían dejado aquí, formando una gran pila, a los

trabajadores de Umbrella muertos, de ahí el increíble olor, y no había ninguna otra puerta. Estaba atrapada y sólo tenía un proyectil de metralla para defenderse.

Piensa, piensa...

Pudo oír al Némesis bramar la única palabra que conocía. Era un grito horrible que la animaba a moverse, a hacer algo. Corrió hacia el tremendo montón de cadáveres, la única cosa en la gigantesca cámara en forma de U que no estaba atornillada al suelo. Tal vez uno de ellos tuviera una arma.

El suelo metálico segmentado producía un sonido hueco bajo sus pisadas, recordándole dónde estaba: algún tipo de sala de vertedero, donde el suelo podía abrirse para dejar caer la basura en tanque de ácido, un contenedor de basura o una alcantarilla. No importaba, porque no tenía ni idea de cómo hacer funcionar un sistema como aquél. Todo lo que le importaba en ese momento era encontrar algo que pudiera utilizar contra el Némesis.

Los muertos estaban en un avanzado estado de descomposición, y los cuerpos hinchados y ennegrecidos emitían gruesas y cálidas nubes de gases pestilentes. La pila llegaba casi a su barbilla. Jill no se podía poner a exigir demasiado. Dejó el lanzagranadas y comenzó a palpar los cadáveres, levantando batas de laboratorio pegajosas, metiendo las manos en bolsillos que hacían un sonido húmedo bajo sus rápidos dedos. Bolígrafos y lápices, paquetes empapados de cigarrillos, monedas sueltas, una tarjeta de apertura, probablemente la misma que había estado buscando.

Increíble, ¿verdad?

¡BOOM! ¡BOOM!

Unos puños gigantescos golpearon la puerta, y los estampidos resonaron en la gran cámara. La puerta cedería en pocos segundos y se tendría que ir con lo que tenía. No iba a poder matarlo de ninguna manera, pero podría intentar esquivarlo.

Se metió la tarjeta en la bota izquierda, agarró el arma y echó a correr hacia la puerta, pensando que, al menos, Nicholai le había dado una buena idea.

Era lo menos que podía hacer, el muy loco hijo de puta...

Jill tomó posición al lado de la puerta, cerca de donde quedaría ésta al abrirse. No se colocó justo detrás: el plan no funcionaría en absoluto si acababa aplastada contra la pared.

¡BOOM! La puerta se abrió de golpe, estampándose contra la pared a pocos centímetros de donde se encontraba ella. El Némesis irrumpió en la sala con sus brazos y tentáculos desplegados buscando sangre.

Está cambiando, está aumentando de tamaño...

Jill apuntó a la magullada zona inferior de la espalda y disparó, desgarrándole la carne desde una distancia de menos de tres metros.

La criatura gritó y trastabilló, y antes de que se pudiera erguir, Jill ya había cruzado la puerta y se había ido, rezando para que tuviera tiempo de pedir ayuda y salir de allí antes de que la volviera a encontrar. Sus pasos resonaron en el pasillo mientras empuñaba la Beretta y salía rápidamente al vestíbulo.

Quería tener tiempo al menos para llamar. Tal vez no sobreviviera para ser rescatada, pero si Dios quería, Carlos sí podría salvarse.

Sólo había un helicóptero, pero estaba en perfecto estado, cargado de combustible y listo para volar. Si pudiera encontrar a Jill, pensaba Carlos, puede que lo consiguieran, después de todo.

Se colocó en el asiento del piloto y repasó los mandos y los controles mientras recordaba lo mejor que podía las instrucciones básicas. Le había enseñado otro mercenario que tampoco tenía un entrenamiento formal, y eso había sido hacía ya bastante tiempo, pero estaba bastante seguro de que conseguiría hacerlo despegar. El aparato era un modelo antiguo de dos asientos, con un techo de unos mil y pico metros y unos trescientos cincuenta kilómetros de autonomía. No sabía para qué eran algunos de los botones e interruptores del panel de control, pero tampoco los necesitaba para que aquel cacharro despegara. La palanca de mando movía al aparato hacia adelante, hacia atrás y hacia los lados. Los pedales controlaban la velocidad, y, por tanto, la capacidad de ganar o perder altura.

Carlos echó un vistazo al reloj y se sorprendió desagradablemente al darse cuenta de que habían transcurrido veinte minutos desde que había oído el aviso sobre los misiles. Había pasado unos cuantos comprobando el estado del helicóptero, y tuvo que entretenerse en matar a un par de zombis que rondaban por el patio...

No importaba. Tenían entre veinte y cuarenta minutos como mucho. Aquellas instalaciones eran demasiado grandes, no le daría tiempo a cubrirlas todas...

¡Pues entonces utiliza la radio, capullo!

Carlos se colocó con rapidez los auriculares, sorprendido por no haber pensado en ello antes. Se prometió que ya se daría de tortas por idiota más adelante, cuando tuviera tiempo. Eso suponiendo que hubiera un más adelante.

—Hola, aquí Carlos Oliveira de Umbrella. Estoy en Raccoon City ¿Me reciben? Aquí hay mucha gente con vida todavía. Si pueden recibirme, deben detener el ataque con misiles. ¿Hola? ¿Me reciben?

No había manera de saber si alguien estaba recibiendo aquel mensaje. Lo más probable era que Umbrella hubiese colocado algún aparato para bloquear todas las transmisiones y señales de salida. Tendría que intentar...

—¿Carlos? ¿Eres tú? Cambio.

Sintió que le abandonaban las fuerzas por el alivio que lo inundó cuando su voz resonó en el auricular. Pensó que era bastante posible que fuese el sonido más dulce que jamás hubiera oído.

—¡Sí! ¡Jill, he encontrado un helicóptero! ¡Tenemos que largarnos de aquí ahora mismo! ¿Dónde estás? Cambio.

—En una sala de radio, en la planta depuradora de Umbrella. ¿Qué es lo que has dicho de unos misiles?

¡Estaba tan cerca! Carlos empezó a reír.

¡Vamos a salir de aquí! ¡Se acabó!

—Los federales van a hacer saltar por los aires toda la ciudad dentro de media hora, al amanecer. Pero no importa, podemos salir volando. ¿Ves la escalera que está en mitad de la sala? Cambio.

—Sí, está... ¿Van a bombardear Raccoon City? ¿Estás seguro?

Parecía totalmente sorprendida, hasta el punto de olvidar el protocolo de radio.

¡No tenemos tiempo para hablar de eso!

—Jill, estoy completamente seguro. Escúchame con atención: baja por las escaleras y comienza a correr. Llegarás justo donde yo estoy. No tiene pérdida, no puedes llegar a ningún otro sitio. Pasas toda una habitación de cemento hasta llegar a la señal de salida, llegas al exterior, y luego atraviesas este almacén enorme. Hay una especie de generador de energía, así que tendrás que rodear algunas piezas de maquinaria. La puerta trasera está situada a..., digamos a las once en punto desde la parte frontal. ¿Lo has entendido?

Estaré al otro lado. Y será mejor que muevas el culo para llegar, no andes jodiendo por ahí.

Se produjo una pausa brevísima, y Carlos pudo notar la sonrisa en la voz de Jill cuando contestó.

—Ya te gustaría andar jodiendo. Estoy en camino, cambio y corto.

Carlos puso en marcha el helicóptero con una gran sonrisa en los labios mientras el cielo de un profundo color azul marino oscuro empezaba a clarear preparándose para el amanecer.

Capítulo 27

Jill bajó a toda velocidad por la escalera y siguió corriendo mientras la cabeza le daba vueltas sobre lo que le iba a ocurrir a Raccoon City. No podía imaginarse qué era lo que había ocurrido fuera de la ciudad en los días anteriores para que la decisión definitiva respecto a todo el asunto fuera hacer desaparecer un sitio en cuarentena en medio de una enorme explosión.

Claro que tiene que ser mediante una gran explosión, después de haber recogido todos sus valiosos datos para de ese modo asegurarse de que todas las pruebas quedaban destruidas.

Jill saltó por encima de un cadáver, después de otro, y llegó a las puertas con la señal de salida encima, tal como Carlos le había dicho. Salió sin dejar de correr y la recibió un olor maravilloso a aire fresco cargado de rocío.

Al amanecer. Me ha dicho que los lanzarían al amanecer. Media hora era una estimación de tiempo demasiado generosa. Jill apretó el ritmo de la carrera y atravesó un pasaje serpenteante repleto de coches apilados y montones de metal, y al final vio el almacén, justo delante de ella. Era grande, bajo y ancho, y ya estaba pensando en las manecillas del reloj y las horas para orientarse antes de abrir las pesadas puertas metálicas con refuerzos de acero de la entrada. *Las once en punto.* No podía ver la puerta trasera a causa de una maquinaria inidentificable que estaba justo en medio. Era un tremendo conjunto de tuberías gruesas y placas de metal, pero Carlos ya la había advertido que tendría que rodear algunas máquinas.

Se detuvo en seco para quedarse mirando fijamente al enorme aparato que Carlos había confundido con un generador de energía. En realidad, se trataba de alguna clase de cañón láser, enorme, cilíndrico. Jill ya había visto otros, pero ni siquiera de la mitad de tamaño. Aquél tenía al menos tres metros de alto y seis de largo, y era tan grande como una mesa para seis personas. Docenas de cables lo conectaban a la pared metálica, al lado de donde se encontraba, y estaba apuntado más o menos hacia la puerta delantera por la que había entrado. Se preguntó contra qué demonios lo habrían puesto a prueba.

La puerta trasera se abrió de repente. Jill apuntó la Beretta de forma automática hacia allí, pero vio que se trataba de Carlos. El sonido gimiente de un helicóptero en marcha le llegó desde fuera.

—¡Jill, vámonos!

Era obvio que Carlos se alegraba de verla con vida, pero también pudo ver el gesto impaciente y ansioso de su cara. Aquello fue un recordatorio de lo que se les venía encima mientras la puerta se cerraba a la espalda de su compañero.

—Lo siento. Es que me he quedado pasmada. Es un cañón láser, el más grande que...
¡Crrraassshhh!

El ruido llegó procedente del techo cerca de la puerta delantera. Una gigantesca masa salió disparada tras atravesar la pared y desapareció de su vista cuando aterrizó, cayendo al suelo detrás de la enorme maquinaria. Jill tuvo el tiempo justo de distinguir a duras penas un cuerpo hinchado y bulboso rodeado de garras y de tentáculos, y supo que había estado en lo cierto con el Némesis: estaba evolucionando.

Oyeron otro fuerte estampido un segundo después. Una lluvia de chispas saltó de un panel situado cerca de la entrada, y un aullido gorgoteante resonó por todo el almacén.

Era el rugido del Némesis, pero deformado de un modo horrible, mutado, más profundo, más áspero.

—¡Vámonos! —gritó Carlos, y Jill corrió hacia él al mismo tiempo que éste bajaba el tirador de la puerta trasera..., que no se abrió. Jill se fijó en las pequeñas luces parpadeantes que brillaban en el panel situado al lado de la entrada posterior, y se dio cuenta de que el Némesis había cortocircuitado los mecanismos electrónicos de apertura.

Estaban atrapados en un almacén con la criatura que antes había sido el asesino de STARS, un monstruo que aullaba exigiendo sangre.

Capítulo 28

Carlos oyó aullar a la criatura y supo lo que era. Sólo había visto de un modo fugaz al monstruo cuando caía a tierra, pero era grande y con pinta de cabrón, así que se temió que estaban jodidos.

Jill gritó para que la pudiera oír, y Carlos apenas entendió lo que dijo por encima del aullido al parecer interminable del Némesis.

—¿Dónde está el 357?

Carlos negó con la cabeza. Tenía el M16 en las manos, pero el revólver pesado y el resto de los cargadores del rifle de asalto los había dejado en el helicóptero.

—¿Y el lanzagranadas? —gritó él a su vez, pero entonces fue cuando le tocó a Jill negar con la cabeza.

Una pistola de nueve milímetros y unas veinte balas más o menos para el rifle.

Tendremos que abrir a tiros la puerta. Es nuestra única oportunidad.

Carlos sabía perfectamente que era imposible incluso mientras lo pensaba. Las puertas delantera y trasera eran de metal con refuerzos de acero. Tendrían más posibilidades de abrir un agujero en la pared..., y la respuesta le llegó de repente. Vio que a Jill se le había ocurrido lo mismo porque lo estaba mirando fijamente, con los ojos abiertos de par en par.

El bramido del monstruo estaba disminuyendo de potencia, pero se vio sustituido por un sonido horrible y baboso, el ruido de algo grande y pegajoso que se movía con lentitud pero sin cesar sobre el suelo de cemento.

Viene a por ella.

—¿Puedes hacerlo funcionar? —le preguntó Carlos, mientras se preparaba mentalmente para enfrentarse a fuese en lo que fuese que se hubiera convertido el Némesis.

—A lo mejor, pero...

Carlos la interrumpió.

—Voy a distraer a ese bicho. Tú pon en marcha este cacharro y avísame cuando tenga que agacharme.

Carlos pasó corriendo a su lado antes de que tuviera tiempo de protestar. Estaba decidido a hacer lo que fuese necesario para impedir que la criatura llegase hasta ella.

Al menos, es más lento que antes, si pudiera hacerlo ir todavía un poquito más lento...

Llegó al final del muro hecho de maquinaria, inspiró profundamente, se asomó por la esquina..., y lanzó un grito involuntario de asco al ver la masa ondulante y rezumante que avanzaba arrastrándose sobre unos apéndices sin forma definida y lleno de garras que tenían el color de las ampollas en la piel. Unos bultos carnosos aparecían y desaparecían como burbujas en un estofado a lo largo de su espalda retorcida y deformada. Un fluido negro caía goteando de cada una de las decenas de pequeñas aberturas que le cubrían el cuerpo, humedeciendo el suelo y lubricándolo para que aquel montón de carne pudiera avanzar.

Carlos escogió un bulto algo prominente en la parte superior de aquella criatura gigantesca y palpitante y comenzó a disparar. Los proyectiles se hundieron en la superficie rosada como guijarros en un arroyo.

¡Ratatattatt!

De repente, veloz como un rayo, uno de los tentáculos de la parte delantera salió disparado y golpeó las piernas de Carlos con la fuerza suficiente para derribarlo.

Carlos se arrastró de espaldas procurando no hacer caso del dolor en su costado, sorprendido por aquella velocidad increíble y bastante atemorizado a la vez. La masa corporal de la criatura se movía con lentitud, pero sus reflejos eran de una rapidez de locura, y lo había alcanzado a tres metros de distancia con la fuerza suficiente para tirarlo al suelo, sin esfuerzo aparente.

—Tu puta madre³ —jadeó Carlos.

Era el peor insulto que se le ocurría en aquel momento, mientras se ponía en pie y retrocedía. Ya había llegado a la esquina de la pared metálica, a diez metros o menos de donde Jill estaba pulsando de forma frenética todos los botones. Lo había logrado distraer tanto como una mosca a un avión.

¿Cuánto tiempo nos quedará antes de que amanezca?

De repente, el monstruo bramó de nuevo, y resonó un coro de pequeños aullidos procedentes de todas y cada una de las aberturas de su cuerpo, un millar de bocas gritando a la vez, creando un rugido ensordecedor.

No iba a detenerse. Carlos retrocedió de nuevo y volvió a disparar. Era un desperdicio de balas, pero no podía hacer otra cosa.

En ese momento oyó el zumbido de una poderosa turbina que empezaba a girar cada vez con mayor velocidad, y a Jill que le gritaba que se apartase; y Carlos se apartó.

Todavía no había sido capaz de encontrar la conexión principal, ni botones ni cables a los que conectar algo, y no sabía lo suficiente de mecánica para deducirlo. Se le paró un momento el corazón cuando vio caer a Carlos, pero se obligó a sí misma a seguir buscando. Sabía que era lo único que podía hacer.

Estudió los mandos por segunda vez, de un modo frenético y desesperado, y por fin encontró los botones de encendido en la base, y la maquinaria se puso en marcha con un sonido que a Jill le pareció maravilloso.

—¡Apártate! —gritó a Carlos.

Jill movió las palancas necesarias para alzar con lentitud y con precisión el cañón. Sus movimientos aparecían registrados de forma digital en una pequeña pantalla cerca de la base.

Pudo sentir cómo aumentaba la energía, cómo el aire a su alrededor aumentaba de temperatura, y cuando Carlos se echó a un lado y el nuevo Némesis apareció arrastrándose sobre su propia baba, descubrió que estaba emocionada al máximo, casi superada por una sensación feroz e intensa de autosatisfacción.

Aquello había matado a Brad Vickers y la había perseguido de forma incesante y sin piedad por toda la ciudad. Había asesinado a los miembros del equipo de rescate y los había obligado a quedarse en Raccoon City, la había infectado con el virus, la había aterrorizado y había herido a Carlos. Todo ello porque estaba programado para que actuara así, pero eso no le importaba a Jill. Lo odiaba con todo su ser, lo despreciaba más que a cualquier otra cosa que hubiera despreciado en toda su vida.

La criatura mutada y aberrante avanzó hacia ella sobre una capa de baba mientras el zumbido del cañón aumentaba de potencia hasta que el ronroneo explosivo ahogó cualquier otro sonido. Las siguientes palabras de Jill no las pudo oír nadie, ni siquiera ella misma.

³ En castellano en el original (N. del T)

—¡Quieres STARS! ¡Ya te daré yo STARS, cabrón de mierda! —gritó, y apretó con fuerza el botón de activado.

Capítulo 29

Una luz brillante, de color blanco con intensos tonos eléctricos naranjas y azules, surgió del extremo del cañón en un rayo de furia concentrada. Unos arcos de luz y calor rodearon la parte central del cañón como relámpagos en miniatura. El rayo se topó con el nuevo cuerpo del Némesis, que seguía palpitando y retorciéndose, y comenzó a devorarlo.

La criatura que hasta ese instante había sido el orgullo de la sección de desarrollo de Umbrella aulló de forma quejumbrosa y empezó a sacudirse, agitando en el aire sus múltiples apéndices en un frenesí de confusión agonizante. El rayo concentrado de luz atravesó su carne, tan firme y resistente hasta unos momentos antes, y derritió capas de tejido y de materiales soldados más duros todavía, huesos, cartílagos, metal flexible, hasta convertirlos en unos grumos fundidos e inútiles.

La criatura comenzó a derretirse y a convertirse en humo, y cuando el tejido cerebral de su interior se secó y se transformó en polvo, el Némesis dejó de existir. Su programa había sido borrado, y su corazón increíble e imposible estalló por fin en silencio dentro de lo más profundo de su ser.

Unos cuantos segundos más tarde, el cañón se sobrecalentó y se apagó solo.

Capítulo 30

El helicóptero se elevó y comenzó a alejarse. Al principio, el vuelo fue un poco agitado, pero Carlos se hizo pronto con los mandos y mantuvo equilibrado el aparato. Los primeros rayos de luz solar empezaron a surgir por el este mientras dejaban atrás la ciudad ya condenada. Les pareció muy extraño estar por fin en camino para escapar, después de tantos días deseándolo con tanta fuerza, de esforzarse únicamente para ello.

—Nicholai ha muerto —comentó Jill con voz clara y tranquila por los auriculares. Era lo primero que había dicho desde que habían despegado—. El Némesis lo mató.

—Me alegro —respondió Carlos, y lo dijo de corazón.

Se quedaron callados de nuevo. Carlos se sentía satisfecho con volar. Le daba la ocasión de estar tranquilo. Estaba agotado, y tan sólo quería alejarse lo máximo posible de Raccoon City antes de que llegaran los misiles.

Después de unos instantes, Jill alargó la mano y la colocó sobre la suya, y eso también le gustó.

Jill le sostuvo la mano a Carlos mientras el sol ascendía poco a poco sobre el horizonte, pintando el cielo con unos maravillosos tonos rosados, grises y amarillo intenso. Era algo precioso, y Jill se dio cuenta de que, por mucho que lo intentara, no podía lamentar que Raccoon City estuviese a punto de ser arrasada. Había sido su hogar durante un tiempo, pero se había convertido en el dolor y la muerte para miles de personas, y pensó que aniquilar todo aquello era probablemente lo mejor que podía ocurrirle a la ciudad.

Ninguno de los dos habló mientras el sol seguía ascendiendo, mientras los kilómetros pasaban veloces bajo ellos. Los bosques, las granjas y las carreteras vacías aparecían frescas y brillantes bajo la suave luz cálida.

Cuando el cielo quedó iluminado por un destello blanco y la onda sonora llegó hasta ellos unos momentos después, Jill ni siquiera miró atrás.

Epílogo

Trent estuvo ocupado casi todo el día asistiendo a reuniones, preparando comunicados favorables en unas cuantas cadenas de televisión propiedad de Umbrella, y explicándoles a los tres jefes supremos de White Umbrella la diferencia entre los HARM, los misiles aire-tierra que el ejército había utilizado en Raccoon City, y los SRAM. Había sido Jackson sobre todo quien se había mostrado más descontento por el hecho de que no se utilizaran los misiles tácticos, de mayor tamaño. Al parecer, no era capaz de entender que un incidente nuclear deliberado en el interior del territorio de Estados Unidos debía ser todo lo pequeño y contenido posible. Era irónico que un hombre con tanta riqueza y tanto poder pudiera estar tan ciego ante la realidad que él mismo había ayudado a crear.

Trent dispuso por fin de unos cuantos momentos para él a principio de la noche, después de la última revisión sobre los informes de los «perros guardianes». Se tomó una taza de café en el balcón del apartamento que utilizaba cuando estaba en las oficinas de la empresa en Washington. El fresco atardecer fue vigorizante, después de pasar todo el día encerrado con aire reciclado y luces fluorescentes.

La ciudad, desde veinte pisos de altura, parecía irreal, con sus sonidos distantes y sus rasgos desdibujados. Trent se quedó mirando a nada en concreto y siguió sorbiendo su café mientras pensaba en todo lo que había presenciado a lo largo de los días anteriores desde la tranquilidad privada y protegida de su casa. Los sistemas de vigilancia remota en Raccoon City no habían detectado el satélite pirata que enviaba información a su sala de control propia. Había podido observar los diferentes dramas que habían ocurrido a lo largo de las últimas horas de vida de la ciudad.

Recordó al policía novato, Kennedy, y a la hermana de Chris Redfield. Los dos habían logrado escapar por los pelos de la explosión que había destruido el laboratorio subterráneo, e incluso se las habían apañado para salvar a Sherry Birkin nada menos, la hija de uno de los investigadores más importantes de Umbrella. Trent no se había puesto en contacto con ninguno de ellos, pero sabía que León Kennedy y Claire Redfield se habían unido a la lucha. Eran jóvenes, decididos, y odiaban a Umbrella a muerte. Trent no podía haber pedido nada mejor.

Las esperanzas que había depositado en Carlos Oliveira se habían visto más que confirmadas, y que se hubiera unido a Jill Valentine era algo excelente. Trent quedó muy impresionado por la huida de la pareja, y encantado de que sus dos soldados involuntarios hubieran trabajado tan bien juntos, hasta el punto de sobrevivir a pesar de la infección de Jill, de la locura del ruso y del asesino de STARS. El uso de las unidades experimentales de la clase Tirano todavía seguía siendo algo muy cuestionado por muchos de los investigadores de White Umbrella. A pesar de que normalmente eran eficientes y letales, también eran muy costosas, y sabía que el debate sobre aquella cuestión continuaría, alimentado por la reciente pérdida de dos unidades en la destrucción de la ciudad.

En cambio, Ada Wong...

Trent dejó escapar un suspiro, deseando que hubiera sobrevivido. La agente que había enviado, bella, alta, de origen asiático, era tan brillante como competente en sus cometidos. No la había visto morir, pero las probabilidades de que hubiera escapado tanto

de la explosión del laboratorio como de la destrucción completa de Raccoon eran casi nulas. Algo desgraciado, por decir lo mínimo.

Sin embargo, y en líneas generales, Trent estaba satisfecho por el modo como estaba progresando la situación. Por lo que él sabía, absolutamente nadie de la compañía tenía el más mínimo indicio de quién era o de lo que estaba haciendo. Los tres individuos más poderosos de Umbrella confiaban cada día más y más en él, desconociendo en absoluto sus planes, que no eran otros que destruir la organización, desde dentro y desde fuera, destrozando la vida de sus jefes y propietarios y llevarlos ante la justicia; organizar un ejército de hombres y mujeres dedicados en cuerpo y alma a la desaparición de Umbrella y guiarlos en todo lo que fuera posible para el cumplimiento de su misión. Aunque sus métodos fueran complicados, la razón era muy simple: vengar la muerte de sus padres, ambos científicos, que fueron asesinados cuando él no era más que un niño, para que Umbrella se pudiera aprovechar de sus investigaciones. Trent sonrió para sí mismo y tomó otro sorbo de café. Sonaba tan melodramático, tan grandilocuente. Habían pasado casi treinta años desde que sus padres se habían quemado vivos en un supuesto accidente de laboratorio. Ya había dejado atrás el dolor hacía mucho tiempo. Su determinación, sin embargo, jamás se tambaleó. Había cambiado de nombre, de vida, había abandonado toda esperanza de llevar una existencia normal, pero no se arrepentía de nada, ni siquiera en aquellos momentos, cuando compartía la responsabilidad por la muerte de tanta gente.

Estaba oscureciendo. Las farolas iban encendiéndose muy por debajo de donde se encontraba, irradiando un brillo suave que se extendería por encima de la ciudad como un halo suave bajo el cielo nocturno. A su modo, era muy bello. Trent acabó el café y recorrió con el dedo el logotipo de la compañía que aparecía en un lado de la taza. Pensó en la luz y la oscuridad, en el bien y el mal, y en los tonos de gris que existían entre ellos, entre todo. Tenía que ser muy cuidadoso, y no sólo para que no lo descubrieran. Eran aquellos tonos de gris lo que más le preocupaba.

Después de unos instantes, Trent le dio la espalda a la oscuridad creciente y entró en el apartamento. Todavía tenía mucho por hacer antes de que pudiera volver a su casa.

ÍNDICE

Nota del autor.....	2
Prólogo.....	3
Capítulo 1	6
Capítulo 2	11
Capítulo 3	15
Capítulo 4	20
Capítulo 5	26
Capítulo 6	31
Capítulo 7	36
Capítulo 8	41
Capítulo 9	47
Capítulo 10	54
Capítulo 11	62
Capítulo 12	69
Capítulo 13	74
Capítulo 14	80
Capítulo 15	85
Capítulo 16	90
Capítulo 17	96
Capítulo 18	102
Capítulo 19	107
Capítulo 20	111
Capítulo 21	112
Capítulo 22	118
Capítulo 23	123
Capítulo 24	127
Capítulo 25	133
Capítulo 26	139
Capítulo 27	145
Capítulo 28	147
Capítulo 29	150
Capítulo 30	151
Epílogo.....	152